



de

«En los años veinte, el doctor Caligari abrió su famoso gabinete y liberó a su silencioso sonámbulo. Ahora, Jonathan Barnes nos ofrece el suyo»
—Publishers Weekly

EL SONÁMBULO

JONATHAN BARNES Lectulandia

El extraordinario mago Edward Moon, en otro tiempo la sensación de la alta sociedad londinense, ha dejado de inspirar respeto y admiración, pese a haber resuelto más de sesenta complejos crímenes. Una noche, la vida de un actor de dudosa reputación encuentra un extraño y terrible fin, y la policía, confundida, recurre de nuevo a él.

Así comienza la extraordinaria historia de este detective y mago y su silencioso compañero el Sonámbulo, un personaje enigmático y sombrío, envuelto en el misterio profundo y oculto tras un velo de medias verdades, en medio de una trama diabólica para derrocar el Imperio británico.

«Jonathan Barnes ha irrumpido en el mundo literario con un relato siniestro, terrorífico y divertido, y que evoca los mejores y más tétricos momentos de N. Gaiman, S. Clarke y Clive Barker. Quedarán sorprendidos». —The Guardian.

«Barnes crea una vorágine literaria con toques de expresionismo alemán, Conan Doyle, Poe, Wilkie Collins, Mary Shelley, las películas de terror de la Hammer y uno o dos espectros lovecraftianos, todo ello servido con ingenio y estilo». —Library Journal.

Lectulandia

Jonathan Barnes

El sonámbulo

ePub r1.0

FLeCos 04.04.16

Título original: *The Somnambulist*
Jonathan Barnes, 2007
Traducción: Álvaro Sánchez-Elvira

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis padres

Capítulo 1

Debo advertirles que este libro no tiene mérito literario alguno. Es un desatino morboso, enrevesado, inverosímil, repleto de personajes poco creíbles, escrito en una prosa terriblemente vulgar, con frecuencia ridículo y deliberadamente estrambótico. No es necesario que diga que no espero que crean ni una palabra.

Y sin embargo, no pueden reprochárseme por entero sus fallos. Tengo buenas razones para presentarles un relato tan improbable y sensacional.

Todo es cierto. Cada palabra de lo que sigue ocurrió en realidad, y yo no soy más que el periodista, el humilde Boswell, que las ha registrado por escrito. Ya habrán notado que soy novato en los menesteres de contador de historias, que carezco de la capacidad de los expertos, que no me es propia la habilidad de seducir al lector, de confundirle con trucos narrativos o la destreza de mi puño.

Pero puedo prometerles tres cosas: relatar los hechos con el mayor orden y propósito de los que sea capaz, no omitir nada que considere relevante y ser tan franco y libre con ustedes como sea posible.

A cambio les pido que sean comprensivos con alguien que asume el papel de cuentacuentos tardío en su vida, un aficionado con escasa habilidad que solo espera, en el momento de meter los pies en la charca de la historia, no ponerse en ridículo sin necesidad.

Una última cosa, una advertencia final: para ser justos, debo conceder que tendré motivos para mentir más de una vez.

¿Qué deberían creer ustedes, mis lectores, en ese caso? ¿Cómo distinguirán la verdad de la ficción?

Por supuesto, dejo eso en sus manos.

Capítulo 2

Comenzamos con Cyril Honeyman.

Honeyman era un hombre repugnante, corpulento y de corta estatura, perpetuamente sudado, cuya papada se agitaba sin cesar cuando caminaba. Su muerte es cuestión de pocas páginas.

Les ruego que no se encariñen con él. No tengo intención de detallar su personalidad en absoluto; es insignificante, un comparsa, un cadáver que aún no sabe que lo es.

Pero quizá deberían saber esto: Cyril Honeyman era un actor, y un mal actor. Y cuando digo «malo» quiero decir que era más que simplemente incompetente. Era nefasto, un completo desastre, una afrenta para su profesión, un comicastro que se abrió paso en el mundo del teatro a base de talonario y que desperdició en papeles facilones el generoso desembolso que realizaron en su favor sus excesivamente permisivos padres. En el momento de su muerte estaba preparándose para representar el papel de París en una producción de *Romeo y Julieta* en algún antro desesperado por hacer algo de caja, y esa misma noche estaba de jarana con el resto de actores del reparto, la mayoría de los cuales tenían tan poco talento como él. Les abandonó alrededor de medianoche, tras decirles que volvía a casa para ensayar su papel, aunque, en realidad, tenía en mente otro destino y un pasatiempo muy distinto. Caminó alrededor de una hora, dejando atrás el barrio en el que se encontraban los teatros y encaminándose con manos húmedas y voluntad titubeante hacia una de las zonas más sórdidas de la ciudad. El simple hecho de estar allí le excitaba. Disfrutaba de la transgresión que parecía implicar, el aroma a ilegalidad.

Caminó por las calles durante lo que le pareció una eternidad, respirando el ruidoso ambiente del lugar, deleitándose en la suciedad y la degradación de sus habitantes. La estación de tren llevaba horas cerrada, los residentes que tenían alguna respetabilidad hacía tiempo que se habían acostado y las calles se rendían al vicio y la corrupción. Honeyman se estremeció con ilícito placer mientras se adentraba en esta Gomorra nocturna, a través de callejuelas y pasadizos oscuros, iluminados tan solo por la claridad enfermiza y trémula de la luz de gas. Había bajado una niebla que daba a las calles un aura tétrica y fantasmagórica, y las personas que Honeyman encontraba en su camino parecían insustanciales, indefinidas, solo parcialmente reales, como los personajes de una novela. Le llamaban, pidiéndole comida o limosna, prometiendo placeres clandestinos u ofreciéndose a sí mismos a cambio de dinero, pero Honeyman siguió caminando sin prestarles atención. Había estado allí demasiadas veces, y el espectáculo de la humanidad reducida a sus instintos más bajos había llegado a aburrirle y hastiarle. Esa noche buscaba placeres nuevos y más abyectos. Quería caer más profundamente en la corrupción.

Bajo una farola se dibujaba la silueta de una mujer. Vestía bien, considerando el

ambiente que la rodeaba; un sombrero nuevo adornaba con decoro su cabeza, y su figura, ágil y ligera, era enfatizada por un vestido que mostraba más carne de lo que las buenas maneras habrían considerado adecuado. Su piel tenía el aspecto de haber parecido porcelana en otro tiempo, pero ahora aparecía picada, llena de cicatrices y cubierta de una capa de mugre. La ciudad era cruel con mujeres como ella.

Honeyman se acercó y se quitó el sombrero a modo de saludo. La belleza y juventud de la mujer eran evidentes incluso bajo el ocre grasiento de la farola. Era una mujer caída en desgracia, sin duda, pero caída recientemente. Era una mujer de mala vida, pero una que no llevaba mucho tiempo en el negocio, una novata.

—¿Buscas algo? —preguntó.

Honeyman la miró de arriba abajo sin disimulo. No podía tener más de dieciocho años. Era prácticamente una niña. Honeyman sonrió furtivamente.

—Quizá —dijo.

—¿Quieres saber cuánto?

—Adelante —murmuró Honeyman.

—Lo bastante para conseguirme un lecho esta noche. Es todo lo que pido.

—Querida, eres demasiado bonita para andar por estos barrios. Eres una piedra preciosa rodeada de mugre.

Si la muchacha advirtió el burdo halago, no lo demostró.

—¿Quieres venir conmigo?

—¿Tienes algún sitio en mente?

—Un lugar seguro. Privado. Para que podamos conocernos más íntimamente. — La mujer trató de parecer coqueta, y esbozó una torva sonrisa. Estaba cansada, probablemente borracha, y resultaba obvio que fingía, pero la llama de Honeyman había sido encendida, y solo veía a una mujer lasciva y lujuriosa, una sílfide esperando ser conquistada. La mujer se alejó, y él la siguió sin pensarlo. En pocos instantes sus muslos estaban pegajosos por el sudor, rozando el uno contra el otro incómodamente mientras caminaba. Honeyman hizo una mueca que mezclaba placer y dolor.

—¿Está muy lejos?

—No mucho.

Caminaron en silencio unos instantes antes de que la mujer se detuviera y señalara hacia arriba.

—Allí.

Honeyman se detuvo en seco; una amplia estructura surgía de la oscuridad frente a él, algo horriblemente fuera de lugar en la edad moderna, de un perverso anacronismo. Adornada por la noche, iluminada tan solo por la luz anémica de la luna, parecía una especie de monumento primitivo, un pedazo de Stonehenge arrancado de Salisbury Plain e insertado sin alterar en las profundidades de la ciudad.

—¿Qué es? —susurró Honeyman.

La mujer escupió en la acera, y Honeyman hizo un esfuerzo por no demostrar el

disgusto que le provocó el vulgar gesto.

—No te preocupes por eso. ¿Subes?

—¿Allí? ¿Por qué?

—Es el mejor lugar para hacerlo. —Su cliente no parecía convencido—. Te gustará —le persuadió—. Así es más emocionante. Más excitante. Más peligroso.

Honeyman cedió.

—Subamos, entonces —dijo, y notó, a medida que se acercaban a la torre, que parecía construida enteramente de un metal liso y diáfano que relucía terriblemente a la luz de la luna. La mujer sacó una llave y abrió la puerta. Honeyman la siguió con recelo, y tuvo especial cuidado de cerrar la puerta con cerrojo a su espalda.

El hilo de luz que entraba desde la calle le permitió discernir una escalera de caracol que se elevaba hacia una densa oscuridad. La mujer ya había comenzado a ascender, y Honeyman podía oírla por encima de él.

Nervioso, pero animado por la promesa de placer, Honeyman comenzó el ascenso. La barandilla estaba fría al tacto, y ascendió vacilante en la penumbra. Su acompañante se negó a disminuir el ritmo de ascenso, y el actor pronto encontró que le faltaba el aliento. El ascenso continuó durante lo que parecieron horas. Para tranquilizarse mientras le guiaban a las profundidades de la oscuridad, comenzó a recitar algunas de sus frases.

Llora sin cesar la muerte de Tebaldo
y por eso de amor he hablado poco.
Venus no sonrío en la casa del dolor.
Señor, su padre juzga peligroso
que su pena llegue a dominarla
y, en su prudencia, apresura nuestra boda
por contener el torrente de sus lágrimas.

Mientras las palabras resonaban en la torre, Honeyman se sintió repentinamente intranquilo, y guardó silencio. Detectó movimiento en su visión periférica, y tuvo la irracional certeza de que había allí otras presencias además de la mujer y él mismo. Reprimió un estremecimiento y continuó.

Cuando llegó al piso superior entró en una enorme estancia llena a rebosar de la última cosa que hubiera esperado: lujo, improbable y profundo. Una cama de cuatro postes en mitad de la habitación, una mesa junto a ella combada bajo el peso de un inmenso festín, una botella de champán sin abrir, y un aroma dulce en el aire, a perfume o incienso. La única ventana de la sala estaba compuesta de delicados y diáfanos cristales unidos por bandas de plomo dispuestas geométricamente. Era una ventana más apropiada para una iglesia o una capilla, o una catedral olvidada, que para esta torre amenazante, este gigantesco dedo del destino alzado a modo de maldición sobre la ciudad. Honeyman se acercó para contemplar la vista. Las calles

se extendían debajo de él; la estación de tren se encorvaba entre ellas, y la espiral de una iglesia cercana relucía a la luz de la luna.

La mujer estaba junto a él.

—¿No es lo que esperabas?

—¿A cuántos hombres has traído aquí?

La mujer suspiró con un sonido grave y gutural.

—Tú eres el primero —dijo, y comenzó lentamente a desabotonar su vestido, mostrando unas atrayentes enaguas. Honeyman se mordió el labio inferior con fuerza a causa de la excitación.

—Quítate la ropa —exigió la mujer.

Honeyman se secó el sudor de la frente.

—Eres muy impaciente —dijo.

—¿Y tú no? —Terminó con el vestido y continuó con la ropa interior.

Honeyman vaciló.

—¿Tomamos una copa? Es una pena echar a perder un champán tan bueno.

—Después. —La mujer sonrió—. Tengo la impresión de que no tardarás mucho.

Honeyman se encogió de hombros y a continuación accedió, ansioso. Se desató los zapatos, los alejó de una patada, se quitó la corbata y se desabrochó la camisa y los pantalones. Encontró michelines y pedazos de carne inesperados que obstaculizaban su tarea, y le llevó más tiempo del que parecía necesario, pero por fin se encontró frente a ella desnudo, febril y tumefacto. Le decepcionó encontrarla aún enfundada en sus enaguas.

—Quiero que te lo quites todo —dijo Honeyman. Después, mordiendo de nuevo su labio inferior involuntariamente, añadió—: ¿Te echo una mano?

La mujer negó con la cabeza al mismo tiempo que, desde la calle, llegó un sonido profundo y metálico, como si algo enorme hubiera golpeado el lateral de la torre.

Honeyman sintió una punzada de miedo.

—¿Qué ha sido eso?

La mujer trató de tranquilizarle.

—Nada, nada. Todo está en orden.

Honeyman oyó el sonido de nuevo, esta vez más alto, y sintió miedo.

—Alguien sabe que estamos aquí —dijo.

Como si estuviera esperando a oír esas palabras para hacer su aparición, una figura se separó de las sombras en una esquina de la habitación.

—¿Cyril?

Honeyman se giró para enfrentarse al intruso, una mujer corpulenta y adusta que parecía haberse perdido en algún lugar de la Edad Media. Honeyman contuvo el aliento al verla. Lágrimas aparecieron en sus ojos.

—¿Madre? —La contempló horrorizado—. ¿Madre, eres tú?

Parte de él se negaba a asimilar la presencia, imposible de todo punto, y buscó nerviosamente una explicación razonable, desesperado. Se le ocurrió la feliz idea de

que esto podía ser producto de un sueño opiáceo especialmente febril, puesto que sin duda la escena tenía la enrevesada y fantástica lógica de los sueños de fumadero. Quizá se le había ido la mano con alguna exótica sustancia y todo esto solo era un terriblemente vivido sueño. Era sin duda una incómoda experiencia, acaso una severa lección acerca de los peligros del exceso narcótico, pero no había peligro alguno, nada que amenazara su vida. Era muy desagradable, pero pronto terminaría. En cualquier momento volvería en sí y se encontraría echado sobre un diván mientras un oriental de gesto preocupado le agitaba para despertarle y ofrecerle otra pipa o un par de ellas. Cerró los ojos, esperando ahuyentar este terrible espejismo.

Cuando los abrió de nuevo su madre seguía allí, con los gruesos brazos doblados como pedazos de carne, luciendo una expresión de extremo enfado y exasperación.

—¿Madre? —Logró decir con un hilo de voz—. Madre, ¿qué estás haciendo aquí?

—Siempre fuiste una decepción. —La voz de su madre sonaba coloquial, como si no hubiera nada de extraordinario en la escena—. Tu padre y yo nos hemos acostumbrado a tus fracasos. Pero esto... —Gesticuló distraídamente, señalando lo que la rodeaba—. Esto es demasiado.

—Madre... —Honeyman no pudo negar por más tiempo la realidad y, enfrentado a un asalto tan inesperado y gratuito, no fue capaz de reprimir los sollozos. Hizo un intento infructuoso por cubrir su desnudez con las manos.

—No sé qué decir.

—Será mejor que no abras la boca. —Su madre se giró hacia la mujer caída en desgracia—. Gracias, querida. Ya puedes vestirte. —La mujer hizo una reverencia y se dispuso a recolocar sus faldones.

Honeyman las miraba con los ojos muy abiertos, aterrorizado. Del exterior llegó un nuevo y sonoro estrépito.

—¿Lo sabías?

Su madre sonrió.

Honeyman oyó el sonido de nuevo, se giró y miró por la ventana. Contempló con horror e incredulidad una figura que trepaba por la torre, golpeando sonoramente el lateral de la estructura, abriéndose paso hacia la cima, arrastrándose, cada vez más cerca de él, con la rapidez de una lagartija que trepa un muro.

Cyril sollozó.

—¿Madre?

La figura se acercó y, un instante después, un rostro apareció en la ventana, una nariz aplastada contra el cristal, su respiración humedeciendo la transparente superficie. La forma y el tamaño eran los de un hombre, pero no había en él ni un rastro de humanidad, como si perteneciera a una especie completamente distinta. La piel amarillenta estaba cubierta por numerosas escamas grises, que colgaban en grotescos pliegues de sus mejillas, labios, barbilla y párpados, como queso fundido extendido lacio sobre una tostada. El rostro era de cera de vela derretida.

El miedo paralizó a Honeyman. La criatura le sonrió perversa y comenzó a arrancar las frágiles tiras de plomo que unían los paneles de cristal entre sí con firme propósito.

Honeyman gritó:

—¡Madre! ¡Está intentando entrar!

Su madre sonrió afablemente. La prostituta, ya completamente vestida, apareció junto a ella, y juntas bloquearon la única posible escapatoria de Honeyman. La figura seguía abriéndose paso a través de la ventana. Quizá fuera tan solo la imaginación de Honeyman, pero habría jurado que la criatura silbaba bienhumorada mientras trabajaba.

—¡Madre! ¡Madre! ¡Ayúdame!

La criatura continuó su labor; le quedaban apenas minutos, pues las tiras de plomo caían con un horrible y desgarrador sonido.

—Al menos dime por qué.

A través de las grietas de la ventana, Honeyman podía notar el frío aire nocturno acariciando su nuca, provocándole un cosquilleo en la espina dorsal. Su madre suspiró.

—Te has dejado corromper.

A espaldas de Honeyman, un dedo huesudo se abrió paso al interior de la habitación y arrancó un pedazo de ventana. La criatura lanzó el pedazo afuera, y cayó sonoramente a la calle, haciéndose añicos.

—No sabes cuánto nos has defraudado. Si supieras cuánta fe teníamos en ti.

—Madre, por favor. Sea lo que sea lo que hice, si os he defraudado... lo siento. Lo siento. Lo siento.

Con una fuerza extraordinaria, y aparentemente insensible al dolor, la criatura apartó el último obstáculo de cristal y se abrió paso al interior de la estancia. Se agachó ágilmente junto al actor y le contempló con mirada malévola, como si fuera un perverso espectro de el Bosco surgido, aún humedecido en pintura, reluciente y lustroso, del lienzo.

La señora Honeyman sonrió de nuevo.

—Que el Señor se apiade de tu alma. —Asintió en dirección de la criatura que se puso en pie de un salto obediente y se acercó a su víctima, obligándole a retroceder hacia la ventana destrozada. Honeyman chilló de angustia y terror. Trató de hacer un último ruego por su vida, pero antes de ser capaz de hablar, el monstruo estaba frente a él, obligándole a retroceder más y más hasta que, con un empujón final, en apariencia suave, Honeyman desapareció por completo al otro lado de la ventana y cayó al frío y despiadado aire nocturno.

Gritó mientras caía. Segundos después, la criatura le siguió, desapareciendo de un salto escaleras abajo en la noche.

Arriba, la señora Honeyman y la prostituta unieron sus manos.

—Que Dios esté contigo —dijo una.

—Que Dios esté contigo —repitió la otra.

Cogidas de la mano abandonaron la torre y desaparecieron entre las calles de la ciudad.

Cyril Honeyman aún estaba vivo cuando lo encontraron. Un grupo de residentes curiosos y un solitario agente de policía fueron testigos de sus últimos instantes de vida. La leyenda local aseguraría más tarde que sus últimas palabras fueron las mismas de su último personaje:

«¡Ah, me has matado! Si tienes compasión, abre la tumba y ponme al lado de Julieta».

Un comicastro, pues, hasta el final.

Capítulo 3

No me gustan los hombres apuestos.

En gran parte por celos, soy consciente de ello. Ellos son los culpables de este odio instintivo, esta animosidad irracional. Cuando comparo mis carnes hinchadas y mis rasgos picados de viruela con los tersos cuerpos de los jóvenes y hermosos, el contraste me resulta doloroso. Incluso hoy, soy completamente incapaz de contemplar a un apuesto joven sin desear golpear su exquisitamente proporcionado rostro hasta convertirlo en una pulpa dolorida y sangrante.

Por tanto, apenas podrán imaginar la satisfacción que me invadió al saber que la belleza del señor Edward Moon empezaba a marchitarse.

Ese sedoso cabello, esas mejillas perfectas, esa mandíbula de trazo casi sobrenatural... En otro tiempo, Moon había sido la elegancia personificada, el estilo y la apostura encarnados. Pero ahora, pasados los cuarenta y cayendo en barrena hacia su sexta década con lo que se le antojó indecente velocidad, su atractivo parecía haberse desvanecido por fin. Empezaba a perder pelo, y un observador atento podría haber distinguido las primeras canas. Su rostro, ya fondeado y agrietado, había comenzado a mostrar cierta tendencia a la corpulencia, y había perdido sus apuestas facciones como testimonio de sus pecados y sus vicios, que dejaban su huella en forma de arrugas y surcos.

La noche en que Cyril Honeyman tocó a su turbio fin, Edward Moon cenaba con algunos conocidos (que no amigos, eso nunca, como pronto comprenderán) en una fiesta en una zona especialmente elegante de Kensington, rodeado por algunos de los miembros más eminentes de las clases altas de la ciudad. En otro tiempo se hubiera sentado entre ellos como huésped de honor, la atracción de la velada, pero en la actualidad sus huéspedes parecían contentarse con tolerarle, y le invitaban (eso sospechaba él firmemente) solo por costumbre. Unos años más y dejaría de asistir a esos actos por completo, su nombre sería borrado de las listas de invitados y se convertiría en un fantasma, en un cero a la izquierda.

Moon pronto se descubrió a sí mismo cansado de la compañía, y, al final de la cena, cuando las mujeres se retiraron para cuchichear y chismorrear y los hombres encendieron puros y sacaron el oporto, se excusó y se levantó de la mesa. Salió al jardín y dejó que su acompañante se las arreglara él solo en el interior.

Moon había sido conocido en el pasado por vestir exquisitamente, cuando su armario estaba ese vital paso por delante de la moda. Pero ahora que su apostura se desvanecía, parecía fuera de lugar en el nuevo estilo, comenzaba a parecer cada vez más un retal del siglo anterior, una reliquia de una época previa y más mohosa. Su chaqueta de Savile Row había visto días mejores, y sus zapatos, hechos a mano y pagados con los ahorros de varios meses, estaban gastados y rayados. Llevaba un brazalete negro aún, como luto por el fallecimiento de la reina, aunque había muerto

varios meses atrás. Era, al igual que ella, un espécimen del siglo pasado.

Se encontraban en esa época del año en que el invierno comienza a cerrar su puño sobre días y árboles, esa cúspide de las estaciones en la que las hojas perdían color y caían, quedando los árboles como severos centinelas semejantes a percheros vacíos. El aire era húmedo y helado. La niebla había surgido desde las partes más bajas de la ciudad, y el jardín, iluminado por la luz proveniente de la casa, relucía con un extraño lustre. Moon se alejó del edificio. La larga y húmeda hierba calaba sus zapatos, la parte inferior de su pantalón y la superior de sus calcetines. Encendió un cigarro e inhaló con alivio mientras el humo se filtraba con suavidad a sus pulmones.

—¿Señor Moon?

Había un hombre detrás de él, uno de los invitados, un americano cuyo nombre Moon ya había preferido olvidar. El extremo del cigarro del hombre brillaba con furia en la semioscuridad.

—¿Disfrutando de la velada?

Moon no contestó a la pregunta y dio otra calada a su cigarrillo.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó por fin. ¿Señor...?

El americano esbozó una torva sonrisa.

—Stoddart.

Moon sonrió levemente, una sonrisa desprovista de significado alguno.

—Por supuesto.

—Tengo una propuesta que hacerle. Edito *La gaceta de Lippincott*. Quizás ha oído hablar de nosotros.

Moon negó con la cabeza.

—Somos una publicación periódica, no del todo impopular, si se me permite decirlo. En el pasado hemos publicado a algunos de nuestros autores más eminentes. Arthur Doyle contribuyó...

—Un mercenario, señor Stoddart. Un viajero.

El americano lo intentó de nuevo.

—Oscar Wilde...

Moon bostezó ostensiblemente, negándose a parecer impresionado.

—¿Por qué me está contando esto?

—Me gustaría que se uniera a ellos.

—No soy escritor. No tengo historias que contar.

El editor lanzó su cigarro y pisó lo que quedó de él con la punta de la bota.

—Pero sí las tiene, señor, ya lo creo. No le estoy pidiendo una obra de ficción. Busco algo infinitamente más atrayente.

—¿Ah sí?

—Quiero su autobiografía. Una vida tan intensa y emocionante como la suya sería una lectura tremendamente atractiva. Incluso, me atrevo a afirmar que tendría un considerable valor histórico.

—¿Histórico? —Moon hizo una mueca—. ¿Histórico? —Se giró hacia la casa—.

Mi carrera no ha acabado aún. No tengo ningún interés por escribir mi propio panegírico.

Stoddart eligió con cuidado sus siguientes palabras.

—No me andaré por las ramas. Ambos sabemos que ha dejado atrás sus mejores momentos. Desde Clapham, el interés por usted ha disminuido considerablemente.

Moon se mantuvo en actitud desafiante.

—Aún hay un gran último caso.

El hombre no cedió en su empeño.

—Le debe a su público la verdad. Nuestros lectores quieren saber cómo resolvió usted los asesinatos de Limmeridge Park. Cómo atrapó al Demonio. La aventura de Bahía Contrabandistas. El supuesto milagro de Mile End. Su supuesta participación en la incursión de Crookback en el ochenta y ocho.

Moon observó a su interlocutor con recelo.

—No sabía que ese incidente fuera del dominio público.

—Diga un precio —replicó el editor, y después sugirió una cifra que incluso hoy supondría una pequeña fortuna.

Moon llegó a la casa y se giró para encararse con el americano.

—Mi pasado no está en venta, señor Stoddart. Ya tiene mi respuesta.

Entró y cerró la puerta tras él.

Caminó a través de la sala del billar. Su compañero estaba sentado, solo y en silencio, con una copa en una mano y un cigarro encendido en la otra. Una amplia sonrisa se dibujaba en su afable rostro.

Moon habló en tono seco a su huésped.

—Consígame un taxi. El Sonámbulo y yo nos vamos.

Describir al Sonámbulo como simplemente un hombre inusualmente alto no haría justicia a su memoria. Era enorme, anormalmente alto. De hecho, si debemos creer los rumores que circularon tras su muerte, sobrepasaba ampliamente los dos metros y medio. Tenía una mata de pelo castaño oscuro, lucía patillas y le adornaba un aura de simpatía e inocencia que contrastaba con su prodigiosa fuerza. Y lo que resultaba aún más curioso, llevaba consigo en todo momento una pizarra en miniatura y un pedazo de tiza.

El viaje de regreso a casa transcurrió en silencio. Moon no dijo nada, exhausto por el esfuerzo de mantener la compostura durante los episodios de afable socialización de la velada, pero cuando el taxi se aproximaba al final de su viaje, el Sonámbulo sacó de su cartera la pizarra y la tiza. Con letras descuidadas e infantiles, escribió:

¿Qué preguntó?

Moon se lo dijo.

Con un enorme pulgar, el sonámbulo borró el mensaje y escribió de nuevo:

¿Qué respondiste?

Al oír la respuesta, el gigante guardó la pizarra y la tiza y no volvió a escribir hasta la mañana siguiente.

Edward Moon era prestidigitador de profesión. Era propietario de un pequeño teatro en Albion Square, justo en el límite del East End, donde todas las noches excepto los domingos actuaba en un espectáculo de magia con la ayuda del silencioso e infatigable Sonámbulo. Por supuesto, ambos eran más que simples ilusionistas, pero más tarde hablaré sobre eso.

Su espectáculo fue un fenómeno gradual. A principios de la década de 1880 comenzaron a escenificarlo en teatros modestos, hasta que, en el punto álgido de su carrera, Moon podía considerar un fracaso que el teatro no se llenara hasta la bandera y la mitad de su potencial público no se marchara al no encontrar localidad. En esa época, la ciudad no había visto nada parecido al Teatro de los Prodigios. En un solo espectáculo se mezclaban la magia, el melodrama, lo exótico y emociones de infarto. Pero el público quería ver una cosa por encima de todo, el misterio alrededor del que giraba el espectáculo: el enorme y silencioso enigma que era el Sonámbulo.

El teatro en sí tenía algo más de cincuenta años. Era un edificio modesto con apariencia de capilla universitaria. Un cartel pintado a mano en colores chillones ocupaba la mitad de la fachada y proclamaba en letras de treinta centímetros de alto:

El Teatro de los Prodigios
Con Edward Moon y el Sonámbulo
¡Sorpréndase! ¡Emocíonese! ¡Diviértase!

En el momento en que transcurre nuestra historia, el teatro había pasado su mejor momento, y el público había comenzado a disminuir en número y en entusiasmo.

La noche que siguió al encuentro de Moon con Stoddart no fue una excepción; poco público, una corta fila de personas esperando a la entrada, nada comparable a los días de éxito, en los que, a las cinco de la tarde, tres horas antes de que comenzara la función, empezaba a formarse una fila desde la entrada del teatro hacia la calle que llegaba casi a la puerta de un *pub* cercano, el Strangled Boy.

El interior del teatro tenía un aspecto mugriento y ruinoso, enfatizado por los omnipresentes olores a serrín, licor y gas rancio. Aunque nuestros protagonistas no lo supieron, yo mismo estuve allí esa noche, sentado en primera fila; era mi cuarta o quinta visita.

Mientras el público buscaba sus asientos, una desordenada orquesta tocaba en el foso frente al escenario y se abría paso heroicamente a través de piezas del cancionero popular casi insoportables en su banalidad y ordinariez. Hubo un tiempo en el que el público provenía de todos los estratos sociales, desde familias de clase

obrera a profesionales, indigentes y sacerdotes, doctores y granujas, e incluso, en una ocasión, un representante menor de la familia real, hasta que, abruptamente y sin motivo aparente, las clases más altas habían dejado de venir, abandonando a los residentes, los ociosos, los curiosos, aquellos que simplemente buscaban refugio de la lluvia, además de un grupo bastante peculiar de lo que podríamos llamar «habituales». Se trataba de espectadores algo obsesivos, inadaptados sociales que visitaban el teatro una y otra vez, que habían visto el espectáculo una docena de veces o más y que sin duda podrían haber recitado de memoria el libreto. Aunque exteriormente Moon siempre era cortés, en su interior solo guardaba desprecio por sus discípulos, a pesar del hecho (o quizá, precisamente debido a eso) de que, cada vez más, Moon parecía ganarse la vida precisamente gracias a ellos.

Afortunadamente, la orquesta llegó al final de su minúsculo repertorio, las luces se atenuaron y Edward Moon apareció en el escenario acompañado de un insistente redoble. Hizo una reverencia, recibiendo un inmediato aplauso. Registró la presencia de un pequeño grupo de sus incondicionales, que ocupaban la quinta y sexta fila por completo, con un asentimiento rápido. Después, esbozó una sonrisa profesional y comenzó la tantas veces repetida rutina, esperando que el público, aunque escaso, le otorgara su favor.

Evitó cuidadosamente los trucos típicos de mago. En el Teatro de los Prodigios no había conejos, pañuelos de colores, anillos, vasos o bolas. El espectáculo de Moon era mucho más rebuscado.

Ante los rugidos de admiración de los habituales, hizo aparecer de la nada lo que parecía un enorme galápago y lo observó mientras se abría paso tambaleante entre la multitud, antes de desaparecer inexplicablemente a la vista de todos. Sacó una colección completa de tomos de enciclopedia de sus bolsillos, en apariencia sin fondo, incluso después de que alguien del público certificara que estaban vacíos. A una orden suya se materializó un simio vivo en una explosión de humo púrpura, y el animal brincó y farfulló durante unos instantes para deleite del público.

La preparación del primer gran truco de la noche exigía que el simio eligiera a un caballero del público que, siguiendo instrucciones de Moon y acompañado por silbidos y gritos de ánimo provenientes de las butacas, se puso en pie reacio y subió al escenario. Cuando estuvo junto a él, Moon chasqueó los dedos y el simio se alejó obediente.

—¿Le importa decirnos su nombre, caballero? —preguntó Moon, al tiempo que guiñaba un ojo al público, que rió cómplice al saber que uno de los suyos estaba a punto de ser puesto en un brete, que iban a burlarse de él, o, mejor aún, que iba a ser abiertamente ridiculizado.

—Gaskin —replicó el hombre en tono despreocupado y antipático—. Charlie Gaskin. —Era robusto, de amplio torso, y lucía un mostacho flácido que se asemejaba al de una morsa, y que, en mi opinión, no le sentaba nada bien.

Moon miró a Gaskin.

—Es usted ayudante de cámara —dijo—. Está casado y tiene dos hijos. Su padre era sastre, y murió de tuberculosis el año pasado. Esta noche ha cenado un arenque rancio, y pasa muchas horas de ocio con su colección de relojes antiguos.

Gaskin estaba visiblemente asombrado.

—Todo es cierto —dijo.

El público estalló en aplausos. La esposa del hombre, sentada a tres lilas del escenario, se puso en pie tambaleante, aplaudiendo frenéticamente.

Gaskin rió, con el rostro colorado.

—¿Cómo diablos sabía todo eso?

Moon arqueó la ceja.

—Magia —dijo.

Puedo imaginarles a todos ustedes en este momento, asombrados y esperando una explicación de cómo pudo Moon saber todo eso, exigiendo una biopsia de su proceso deductivo. Lamento decir que tendré que decepcionarles. Lo que sigue no es más que un intento de reconstrucción de su método. Tal como yo lo veo, hay tres posibilidades.

La primera es que esta imposible demostración de intuición fuera un engaño, que Gaskin fuera un cebo, que él y Moon hubieran amañado la farsa con premeditación. En pocas palabras, que todo fue un truco. Lo que ocurrió inmediatamente después, sin embargo, servirá sin duda para descartar esta hipótesis.

La segunda es que nuestro héroe fuera un inusualmente brillante observador de los pequeños detalles, un hombre de una fantástica capacidad deductiva, un maestro del raciocinio intuitivo cortado por el mismo patrón que ya habían tejido y zurcido sir Arthur y el señor Poe. Si la segunda conjetura es correcta, les presento una extrapolación de los pocos hechos conocidos que conforma mi intento de recrear su metodología.

Que el hombre era ayudante de cámara resulta obvio por su actitud de huraño servilismo; el anillo de casado atestiguaba que estaba casado, y que tenía hijos podía deducirse de las manzanas garrapiñadas que asomaban de sus bolsillos, compradas, es de suponer, como regalos para los pequeños. Que su padre era sastre resultaba obvio por el tejido de su chaqueta, de una delicadeza que contrastaba fuertemente con el resto de sus ropas, muy raídas. Por último, la desgraciada muerte del padre a manos de la tuberculosis podía deducirse del leve aroma a cementerio, a moho y enfermedad, que aún despedía la prenda. Un cierto olor a pescado en el aliento de Gaskin, y un trasfondo subyacente a deterioro, hacía fácil suponer cuál había sido su cena, y los restos en las puntas de sus dedos de un raro aceite utilizado únicamente para la restauración de relojes antiguos proclamaban su principal pasatiempo tan claramente como si lo llevara tatuado en la frente.

Sin duda, protestarán ustedes, esas cosas solo ocurren en novelas baratas y encima del escenario. Quizá me he dejado influenciar en exceso por las vulgaridades

de tono amarillento de la ficción más sensacionalista.

La tercera posibilidad parece aún menos convincente tomándolo todo en consideración.

Concretamente, que Edward Moon poseía poderes más allá de la comprensión de la ciencia convencional, que contempló el interior del alma de Gaskin y de algún modo le comprendió, que, por extraño e imposible que parezca en palabras impresas, realmente podía leer su mente.

Los aplausos cesaron.

—¿Señor Gaskin? Debo preguntarle algo.

—Lo que quiera.

—¿Cuándo pensaba contárselo a su mujer?

Una sombra cruzó el rostro del hombre.

—No entiendo.

Moon dirigió sus siguientes palabras a la nada envidiable señora Gaskin, que permanecía en pie en la tercera fila de butacas, con el rostro rojo de orgullo.

—Mis simpatías, señora —dijo Moon—. No me produce ningún placer informarle de que su marido es mentiroso, infiel y adúltero.

Se oyeron algunas risillas entre el público.

—Durante los últimos once meses ha estado teniendo relaciones íntimas con una criada de cocina. Y los últimos quince días han comenzado a temer que ella pueda estar encinta.

El teatro quedó en silencio, y la sonrisa desapareció de los labios de la señora Gaskin. Miró implorante a su esposo y balbuceó palabras ininteligibles.

Gaskin gruñó.

—¡Maldito seas! —gritó, e inició un movimiento para golpear a Moon. Antes de que pudiera golpear, sin embargo, una figura apareció en el escenario y se situó sin palabras entre los dos antagonistas, como una especie de portón levadizo viviente que descendió en defensa del mago.

Gaskin alzó la vista y comprendió que estaba frente al Sonámbulo, con su rostro aproximadamente a la misma altura que el esternón del gigante, cuyo cuerpo protegía a Moon, silencioso e impassible como una estatua de la isla de Pascua arrancada de raíz. El hombre, al encontrarse frente a frente con una fuerza tan irresistible e inamovible, se hizo a un lado rápidamente, visiblemente avergonzado, murmurando una disculpa. Bajó del escenario y salió del teatro velozmente. Su esposa le siguió poco después.

Moon se permitió esbozar una sonrisa privada y ligeramente maliciosa cuando se marcharon, antes de extender los brazos.

—¡Un aplauso —gritó—, para el hombre más extraordinario de la ciudad! ¡Duerme! ¡Despierta! ¡El famoso caminante dormido de Albion Square! Damas y caballeros... ante ustedes, ¡el Sonámbulo!

El público demostró su aprobación y el gigante logró hacer una reverencia nerviosa y rígida.

Desde las butacas del fondo, alguien gritó:

—¡Las espadas!

El resto del público hizo suyo el grito.

—¡Las espadas! ¡Las espadas!

Pronto, la mayoría del público cantaba lo mismo.

Moon golpeó con afecto la espalda del Sonámbulo.

—Ven conmigo —dijo—. No debemos defraudar a nuestro público. —En voz baja, añadió—: Gracias.

Moon desapareció y regresó con media docena de espadas de siniestro aspecto, que fueron cedidas a préstamo por la guardia personal de su majestad. La orquesta inició una melodía familiar y, a esta señal, el Sonámbulo se quitó la chaqueta y descubrió su camisa inmaculada y almidonada.

El teatro guardó silencio mientras todos esperaban lo que sabían que iba a ocurrir. Un miembro del público fue invitado a comprobar la autenticidad de las armas y a certificar que el Sonámbulo no llevaba ningún tipo de relleno, dispositivo o artefacto mecánico. Cuando finalizó la comprobación, Moon desenvainó una de las espadas. Bajo la implacable luz de los focos y de modo que el público pudiera verlo claramente, Moon hundió el filo profundamente en el pecho del Sonámbulo. La punta entró en el cuerpo del gigante con un sonido deslizante antes de resurgir de nuevo segundos después, con una inevitabilidad que revolvió el estómago a más de uno, por el centro de su espalda. El Sonámbulo apenas parpadeó en respuesta. Algunos aplaudieron, otros contuvieron el aliento, otros miraron con ojos llenos de asombro. Al parecer, varias damas, y más de un caballero, se desvanecieron al contemplar la escena.

Tras un nuevo redoble, Moon reanudó el ataque, y esta vez introdujo la espada en el cuello del Sonámbulo, haciéndola salir por su nuca. Sin darle respiro, repitió el ataque, que centró ahora en el muslo del hombre, después su torso, y por último en el punto más doloroso, la ingle.

Como si fuera un trabajador que esperara aburrido el tren que le lleve a su lugar de trabajo, el Sonámbulo bostezó en respuesta. Permaneció inmóvil durante el suplicio en su totalidad, inmune a lo que sin duda había sido una exquisita agonía. Cualquiera otro hombre se habría desmayado hace tiempo, pero el gigante permaneció impertérrito.

Lo más turbador, quizá, fue el final de la escena. Mientras Moon extraía las espadas del cuerpo de su asistente, me di cuenta de que no sólo las espadas estaban completamente limpias de sangre, sino que la camisa del Sonámbulo, desgarrada y hecha harapos, seguía siendo de un inmaculado color blanco.

Ambos hombres hicieron una reverencia, a la que el público respondió con un sincero aplauso. Era la parte más célebre del espectáculo, y había estado a la altura.

Sin duda, el público daba por supuesto que lo que habían visto era una ilusión óptica. Acaso algunos especularon inútilmente y hablaron de espadas trucadas, una prodigiosa destreza manual, camisas trampeadas, humo y espejos, pero, fueran las que fueran las teorías esgrimidas, nunca dudaron de que lo que acababan de ver fuera otra cosa que un truco de prestidigitador especialmente hábil. Era un juego de salón, obviamente. Un truco de ilusionista.

La verdad, como comprobarán pronto, era infinitamente más extraña.

El resto del espectáculo se desarrolló sin incidentes, y el público se fue a casa satisfecho.

Pero Edward Moon no era feliz. Hacía años que se había cansado de repetir la misma rutina cada noche, y en la actualidad seguía representándola tan solo como un intento de luchar contra el aburrimiento. Estaba crónicamente, terminantemente, peligrosamente aburrido.

Después del espectáculo, había adquirido la costumbre, desde hace tiempo, de salir por la puerta del escenario y fumar un cigarrillo en la calle mientras observaba cómo su público se dispersaba. Algunos esperaban para felicitarle, y Moon les dedicaba unos momentos con agrado, hablaba con ellos y agradecía los halagos recibidos. Esa noche le esperaba un pequeño grupo de admiradores, y Moon les atendió con su cortesía habitual. Una mujer permaneció más tiempo del habitual. Moon se estiró y bostezó. No estaba cansado, pero en esos días y meses en los que el aburrimiento le invadía, solía dormir mucho, doce o trece horas de seguido.

—¿Sí? —preguntó.

La mujer parecía fuera de lugar en Albion Square. De mediana edad, elegante y patricia, tenía una cierta aura de indiferencia, de fría altivez. En sus años mozos, pensó Moon, debió de ser toda una belleza.

—Soy lady Glendinning —comenzó—. Pero puede llamarme Elizabeth.

Moon se esforzó por no parecer impresionado y adoptó una actitud despreocupada.

—Encantado de conocerla.

—He disfrutado mucho del espectáculo.

Moon se encogió de hombros.

—Gracias por venir.

—¿Señor Moon? —La mujer hizo una pausa—. He oído rumores acerca de usted. El prestidigitador arqueó una ceja.

—¿Qué ha oído?

—Que es usted más que un mago. Que es un investigador.

—¿Investigador?

—Tengo un problema. Necesito su ayuda.

—Continúe.

Lady Glendinning hizo un curioso sonido, casi un bufido.

—Mi marido ha muerto.

Moon consiguió esbozar un simulacro de compasión.

—Mis condolencias.

—Fue asesinado.

La última palabra, casi embriagadora, tuvo un tremendo efecto sobre el mago. Moon se sintió mareado al oírla, y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para reprimir una sonrisa.

—Estoy decidida a no descansar hasta que se haga justicia —continuó la mujer—, pero la policía no es de ninguna ayuda. Estoy segura de que echarán a perder la investigación. Así que pensé en usted. Debo confesar que, cuando era una muchacha, era una gran admiradora de sus aventuras.

Moon se dejó dominar por su vanidad.

—¿Cuando era una muchacha? —preguntó con incredulidad—. ¿Cuánto hace de eso?

—Unos años. Pero al crecer pierde uno el gusto por las historias de detectives, ¿no cree?

—Así es —dijo Moon, a quien nunca le había ocurrido eso.

Lady Glendinning sonrió fríamente.

—¿Me ayudará?

Moon tomó la mano de la mujer y la besó.

—Señora —dijo—, será un honor.

Edward Moon y el Sonámbulo vivían, sorprendentemente, en un sótano bajo el teatro. Habían convertido la estancia en un cómodo habitáculo, formado por dos dormitorios, una cocina bien equipada, una sala de estar, una biblioteca considerable, aunque abarrotada en exceso, y todo tipo de comodidades imaginables, todo ello oculto bajo el Teatro de los Prodigios. No hace falta decir que el público desconocía por completo esta subterránea domesticidad, este hogar enterrado y secreto.

Moon se despidió de lady Glendinning con la promesa de visitarla el día siguiente. La perspectiva de aliviar un tanto su aburrimiento le animó enormemente, y, mientras se encaminaba hacia los arbustos de rododendro dispuestos estratégicamente para ocultar los peldaños de madera que llevaban a sus aposentos, algo parecido a una sonrisa osciló discretamente sobre sus labios.

Como era costumbre, el señor Speight estaba sentado, o más bien encogido, en los peldaños.

Speight era un indigente, un desposeído cuya presencia Moon había tolerado durante largo tiempo, de modo que había terminado convirtiéndose en una parte integrante del teatro. El hombre, desaliñado y de barba desarreglada, estaba encogido bajo un sucio traje, y junto a sus pies descansaban varias botellas vacías. Junto a él reposaba la pancarta de madera que llevaba consigo a todas partes por las calles de la ciudad. Su mensaje había empezado a borrarse, pero aún podía leerse en gruesas letras góticas:

Ciertamente volveré pronto
Apocalipsis 22. 20

Moon nunca le había preguntado a Speight por qué creía necesario llevar consigo ese mensaje allá donde fuera, y tampoco por qué había elegido ese fragmento en concreto de las escrituras como lema. En verdad, no creía que hubiera entendido la respuesta.

—Buenas tardes —dijo Speight con rostro legañoso.

El prestidigitador respondió tan amablemente como pudo, caminó por encima del vagabundo y entró.

La señora Grossmith le estaba esperando junto a una olla de té que humeaba aromáticamente en el fuego. Era una mujer diminuta y maternal. Recogió el abrigo de Moon y le sirvió una taza de Earl Grey.

Moon se dejó caer con alivio en un sofá.

—Gracias.

La mujer hizo un gesto de deferencia.

—¿Una buena actuación?

Moon sorbió el té.

—Creo que les gustó.

—Parece que el buen señor Speight está afuera, como de costumbre.

—Y sin duda lo estará hasta el mismo fin. ¿Le molesta eso?

La señora Grossmith respondió con un gesto de desdén:

—Supongo que es inofensivo.

—No suena muy convencida.

La mujer arrugó la nariz.

—Francamente, señor Moon... huele mal.

—¿Debería invitarle a entrar? ¿Hacer que se dé un baño? ¿Le agradaría eso?

Grossmith puso los ojos en blanco en un gesto de exasperación.

—¿Dónde está el Sonámbulo?

—Creo que ya se ha acostado.

Moon se puso en pie y colocó su taza, aún medio llena, en la mesa.

—En ese caso, creo que debería imitarle. Buenas noches, señora Grossmith.

—¿Tomará el desayuno habitual?

—Prepárelo temprano. Voy a salir.

—¿Algo interesante?

—¡Un caso, señora Grossmith, un caso!

Moon se encaminó al dormitorio que compartía con el Sonámbulo. Dormían en literas, Moon en la de arriba, el gigante en la de abajo.

El Sonámbulo se había puesto un pijama de rayas (que, debido a su enorme tamaño, tenía que ser fabricado expresamente para él), y estaba sentado en la cama, con la tiza y la pizarra a su lado, absorto en un delgado tomo de poesía.

También era completamente calvo.

Cada mañana el Sonámbulo se colocaba una peluca en el cuero cabelludo y falsas patillas en las mejillas ayudándose de un pegamento para postizos especialmente resistente. Cada noche antes de acostarse se las retiraba. A este respecto, me gustaría dejar bien claro, más bien diáfano, que el Sonámbulo era algo más que sencillamente calvo: carecía por completo de vello, era antinaturalmente lampiño, de una piel semejante a una bola de billar. Era un detalle que Moon y él habían mantenido en secreto tenazmente durante años. Incluso la señora Grossmith solo se había enterado por accidente.

Cuando Moon entró en la habitación, el Sonámbulo dejó a un lado el libro y alzó la vista con ojos somnolientos. Su calva relucía tranquilizadamente en la penumbra.

El prestidigitador apenas podía contener su euforia.

—¡Tenemos un caso! —gritó.

El Sonámbulo esbozó una letárgica sonrisa, pero antes de que su amigo pudiera dar más explicaciones, giró sobre sí mismo, cerró los ojos y se durmió.

Por desgracia, sus sueños, tanto en forma como en contenido, están más allá de mi jurisdicción.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, el cadáver de Cyril Honeyman, contorsionado hasta ser casi irreconocible tras su fútil pugna contra la ley de la gravedad, fue enterrado en una pequeña e íntima ceremonia a la que asistieron familiares cercanos y una representación de conocidos del mundillo teatral. Moon, entretanto, se empeñaba en correr tras una veloz liebre, una oportunidad perdida (para su desgracia) y un error de juicio que iba a costar más de una vida inocente, como pronto resultaría evidente.

Quizá resulte de interés un dato algo trivial, y es que, entre las muchas idiosincrasias y peculiaridades del Sonámbulo, una de las principales era su pasión por la leche. Y digo que le apasionaba; ni le gustaba ni le agradaba. Engullía litros y litros de una vez, incluso mucho después de haber saciado su sed, y, en todos los años que había pasado con Moon, nunca había mostrado el menor interés por ninguna otra bebida. Bebía compulsiva, casi maniáticamente, como si su vida dependiera de ello.

Por ello no ha de extrañarnos que el detective, al levantarse y encaminarse hacia la cocina, encontrase al Sonámbulo sentado a la mesa de la cocina con tres grandes vasos de leche alineados frente a él. Cuando hizo su entrada, el gigante dio un largo sorbo a uno de los vasos, y la leche, salpicada, adornó en forma de largo mostacho su labio superior. Moon rodeó discretamente la leche derramada en el suelo y observó indulgente al Sonámbulo mientras la limpiaba.

—Voy a salir —dijo, jugueteando con la tetera—. Había pensado en pasarme por el archivo para averiguar algo sobre el asunto de los Glendinning.

El Sonámbulo inclinó la cabeza en un gesto que hizo que su falta de interés fuera bien patente.

—¿Te gustaría visitar la escena del crimen?

Un asentimiento apático.

—Debemos encontrarnos con lady Glendinning a mediodía. Reúnete conmigo en la entrada de la biblioteca a las once. —Moon miró severamente a su amigo—. Y que sean las once en punto. Es importante. No podemos permitirnos llegar tarde.

El sonámbulo puso en blanco los ojos. Moon se sirvió té y se dirigió de nuevo al dormitorio.

Algo después, abandonó la casa solo y llamó un taxi que le llevó al West End, donde se dirigió directamente a la sala de lectura del museo Británico. A pesar de la temprana hora, el lugar estaba prácticamente lleno de personas que reservaban un asiento para todo el día, amontonando volúmenes frente a ellos, celosos de ellos como lo estaría un dragón de su tesoro. Moon reconoció a algunos de los habituales del teatro, con los que intercambió educados y tibios asentimientos. Para muchos de ellos la sala de lectura era un segundo hogar, y encontraban en su eterno silencio, en su atmósfera tangible de academicismo, un santuario y refugio del incesante clamor

de la ciudad.

Moon se presentó a uno de los bibliotecarios, un joven de cabello claro y bien peinado que acababa de graduarse en la universidad.

—He venido a ver a la archivista.

El bibliotecario lo miró vacilante y a continuación echó una nerviosa mirada a su alrededor.

—¿Tiene cita?

—Por supuesto.

—Entonces, sígame, rápido.

Guió a Moon hacia la parte trasera de la sala, donde había una pequeña puerta negra, casi oculta tras las telarañas, muy poco atrayente y con la pintura desconchada a causa del abandono. El bibliotecario comprobó que nadie estaba mirando y sacó una llave de extraña forma del bolsillo de su chaqueta. Moon notó que la mano del joven se agitaba nerviosamente y que le costó algún problema introducir la llave en el cerrojo.

—Buena suerte.

Sin replicar, Moon entró.

El bibliotecario no se molestó en ocultar su alivio y cerró la puerta rápidamente tras él. Moon oyó el crujido de la llave mientras giraba en el cerrojo.

La sala que tenía ante sí estaba tan pobremente iluminada que en un primer momento le resultó imposible determinar su amplitud. En la penumbra, parecía cavernosa, como si hubiera sido tallada en la misma tierra, modelada por el tiempo, más que una estructura construida por el hombre. El lugar estaba lleno de papeles que llenaban estantes y formaban pilas, acres de documentación, libros, publicaciones periódicas, manuscritos, panfletos y registros. Las montañas de papel llegaban casi hasta el techo, y le daban a la estancia una calidad vertiginosa, casi mareante.

—Señor Moon, hacía mucho tiempo. —La voz sonó desde detrás de un montón de periódicos infectos, ya descoloridos, cuyos bordes se curvaban sobre sí mismos, apilados en una columna tan alta que a su lado incluso el Sonámbulo parecería un enano. El orador caminó hacia la luz. Era una mujer de muy avanzada edad, debilitada y encorvada casi exageradamente por la decrepitud. Miró a Moon; en su rostro, donde deberían estar sus ojos, solo había un vacío blanco como la leche.

Imagino que habrán oído hablar de la archivista. Conocía cada centímetro de ese lugar. Era su guardián y espíritu tutelar, y a través de sus archivos y registros, sentía, como lo sentiría un médico, el latido enfermizo del Londres criminal.

—Puede encender la luz —dijo—. Uno de nosotros la necesita, soy consciente de ello.

Moon ajustó obedientemente la lámpara, y un cálido fulgor iluminó la sala.

—¿Debo suponer que está trabajando en un caso?

—Sí, señora. El asunto Glendinning.

—Ah, bastante desagradable, por lo que se cuenta por ahí. Supongo que fue

veneno. Es un método muy cruel. ¿Veremos algún día un registro de su investigación, señor Moon? Tengo entendido que el señor Stoddart le ha hecho una oferta.

Moon se preguntó cómo lo había averiguado.

—Lo dudo, señora.

—Es una pena. —La archivista sacó un pañuelo de su manga y se sonó la nariz ruidosamente y durante un buen rato. Moon pudo oír las mucosidades recorriendo su cuerpo como si fuera una vieja tetera llena de aire—. Está usted aburrido —dijo la anciana.

—Hace un año o más que no me enfrento a un caso que ponga a prueba mi capacidad.

—Desde Clapham —dijo en voz baja la mujer.

Moon no prestó atención al comentario.

—Sacar conejos de sombreros de copa no es modo de ganarse la vida para un hombre como yo.

—He visitado su teatro, señor Moon. No vi ni conejos ni sombreros. Pero no quiero hacerle esperar. Tiene usted un asesino que capturar. Veamos qué puedo encontrar. —La anciana se perdió tambaleante entre los montones de papeles.

Moon tomó asiento junto a la puerta, pero apenas lo hubo hecho, la archivista regresó con media docena de mustios registros en sus manos, como si hubiera sabido desde el principio lo que Moon había venido a buscar y hubiera separado los volúmenes relevantes con anterioridad.

La anciana dejó reposar una arrugada mano sobre el hombro de Moon.

—Tiene dos horas. Tengo un invitado a las once.

—Imagino que no merece la pena que le pregunte su nombre.

—Ya debería conocer las reglas, señor Moon —respondió la mujer sin sonreír.

Escarmentado, Moon abrió el primero de los libros.

—Hágame saber si necesita algo más.

—Por supuesto —murmuró Moon, ya absorto en la lectura—. La archivista le golpeó maternalmente el hombro y desapareció en las profundidades de la sala.

El archivo era un secreto que conocía tan solo un centenar de personas en toda Inglaterra. Edward Moon se enorgullecía de ser uno de ellos.

Cuando salió por las puertas metálicas del museo a las once en punto, le agradó ver que el Sonámbulo, de nuevo tocado con sus postizos, le estaba esperando.

¿Tubiste ésto?

—Desde luego —dijo Moon mientras trataba de no sonreír ante las faltas ortográficas.

Llamaron a otro taxi y Moon le dio al conductor la dirección de lady Glendinning.

Vivía en Hampstead, en una lujosa casa, rodeada de numerosos sirvientes, mayordomos, cocineros, chóferes, jardineros y doncellas de cocina; es decir, toda la parafernalia inherente a la verdadera riqueza. La lectura de esta mañana le había indicado a Moon que esta era únicamente la residencia en Londres de los Glendinning. La residencia principal estaba en el campo, una mansión imponente llena de ecos y polvo, imposible de calentar.

Cuando llegaron a Hampstead, el prestidigitador bajó de un salto del taxi, ansioso, y dejó que el Sonámbulo pagara el viaje.

Moon había esperado tener la oportunidad de emplear su *modus operandi* habitual: inspeccionar el lugar del crimen, entrevistarse uno por uno con los sospechosos, determinar cuál era el culpable más probable y reunirlos a todos en la sala de estar para descubrir al asesino. Sin embargo, en cuanto llegaron, comprobó que en la casa reinaba una animada actividad. Policías de abrigos azules, montones de reporteros con sus libretas, y numerosos curiosos revoloteaban por la propiedad.

Lady Glendinning sin duda había visto llegar a Moon. Recorrió el paseo para llegar a su encuentro. Periodistas, policías y curiosos le abrieron paso como si fuera una reina terrible cuya mirada supusiera la muerte. Se detuvo apenas a unos centímetros de Moon.

—Llega demasiado tarde.

—Si me permite decirlo, señora, yo diría que hemos llegado en el instante preciso. Aunque me sorprende tanta actividad. Espero que la policía no haya arruinado la escena del crimen.

—No, quiero decir que llega demasiado tarde. Mala suerte, señor Moon. Todo ha terminado.

—¿Terminado? —preguntó Moon, pero la mujer ya le había dado la espalda y se dirigía de nuevo hacia la casa.

El Sonámbulo frunció el ceño.

A lo lejos, oyeron el que probablemente era el sonido más inapropiado en la escena de un crimen: una carcajada estridente y casi obscena. El gigante le dio un codazo, y Moon alzó la vista para contemplar a una figura familiar que se acercaba a ellos y agitaba la mano en un efusivo saludo.

—¡Señor Moon! —El hombre se acercó aún más, afable, y extendió la mano a modo de saludo—. Edward.

El prestidigitador fue incapaz de demostrar entusiasmo.

—Buenos días, inspector.

El inspector Merryweather era un hombre corpulento, de mejillas rosadas, fanáticamente jovial, que lucía un extravagante par de patillas y que recordaba poderosamente, tanto en aspecto como en actitud, al fantasma de las Navidades pasadas de Dickens. Rió sonoramente.

—Parece que ha perdido este tren, viejo amigo. Al que madruga, ya se sabe...

—¿Disculpe?

—Me temo que el caso está cerrado. El asesinato ha sido resuelto. Tenemos al asesino bajo custodia.

Moon lo miró escépticamente.

—¿Está seguro? No sería la primera vez que arresta usted al hombre equivocado.

—Es cierto, no podrá decir que no lo he admitido. Pero no esta vez. Es un asunto muy sencillo, visto y no visto. Tenemos su confesión.

La decepción de Moon fue palpable.

—¡Oh!

El Sonámbulo le dio un discreto golpecito en la espalda, y Moon se animó un tanto ante el gesto.

—¿Puedo preguntar... quién lo hizo?

Merryweather rió de nuevo con otra sonora y tremenda carcajada.

—Digamos tan solo —guiñó un ojo— que fue un miembro del servicio doméstico.

Una bandada de policías uniformados pasó junto a ellos, escoltando a un caballero alto discretamente vestido y esposado. Tenía ojos furtivos y murmuraba amargamente para sí. Cuando pasó junto al inspector, escupió teatralmente al suelo.

Merryweather saludó con gesto jocoso al hombre y golpeó la espalda de Moon.

—Yo no me preocuparía. Créame, no era digno de usted. Era demasiado ordinario. Predecible, y... ¿cuál es la palabra? Matemático.

—Me aburro, inspector. Necesito un divertimento.

—Yo y los chicos vamos a celebrarlo al *pub*. ¿Quiere acompañarnos?

—Hoy no —dijo Moon—. Tengo actuación.

—Como quiera. Estoy seguro de que nos veremos pronto.

—Quizá.

Merryweather miró nerviosamente al Sonámbulo.

—Adiós.

El gigante saludó, y el inspector se reunió con sus hombres, visiblemente aliviado.

—Deberíamos irnos —dijo lúgubrementemente Moon—. Aquí no pintamos nada.

Se dirigieron de vuelta al teatro. El detective permanecía en silencio, absorto en sus pensamientos.

—Creo que lo he perdido —dijo por fin—. En otro tiempo tuve algo de talento, pero se ha ido.

El gigante trató de animarle lo mejor que pudo.

Mala suerte

—Quizá mi momento ya pasó. Eso es todo. Me he estancado.

El Sonámbulo sonrió abatido.

—Necesito algo más. Algo... gótico y extraño. Como en los viejos tiempos.

Una repentina ráfaga de viento hizo volar un remolino de basura a su alrededor, y una hoja del periódico del día anterior quedó enredada en los zapatos de Moon.

El titular proclamaba:

¡Atroz asesinato! ¡Comicastro tirado de una torre!

La policía, confundida

Tan absorto estaba en sus pensamientos, sin embargo, que el detective ni siquiera se dio cuenta. Hizo una bola con la hoja de periódico, la tiró por encima del hombro y siguió su camino con pesadas zancadas.

Capítulo 5

Edward Moon estaba aburrido.

Había estado fumando durante horas, tendido en el sofá situado en una esquina de su despacho, rodeado por la neblina del humo de tabaco que cubría la habitación como un manto espeso y sofocante parecido a un puré de guisantes de nicotina. Moon bostezó y extendió un lánguido brazo para coger otro cigarrillo.

La señora Grossmith entró en la sala, una figura apenas discernible entre la niebla.

—¿Señor Moon? —preguntó con una voz lastimera que sugería que había asumido su habitual postura reprobatoria, con las manos en las caderas. El ambiente era demasiado brumoso para estar seguro, pero, dada su amplia experiencia con la mujer, Moon pensó que era lo más probable.

—¿Aburrido de nuevo?

—Eso me temo. —Moon encendió el cigarrillo y se recostó de nuevo en el sofá—. Lamento decepcionarla.

—Usted se aburre —dijo severamente el ama de llaves— con la misma facilidad con la que otros hombres cogen la gonorrea.

Moon esbozó una tensa sonrisa.

—Muy bueno.

—Tendrá que dejar de fumar aquí dentro. Dado que vivimos en una casa sin ventanas, me niego en redondo a tolerarlo un momento más. Nos envenenará a todos si sigue así. Es usted una verdadera amenaza.

El prestidigitador exhaló una larga lengua de humo.

—No es la primera que me lo dice. Pero debo confesar que duele un poco más viniendo de usted.

—Sea razonable.

Compungido, apagó lo que quedaba del cigarrillo y se incorporó.

—Sin duda, tiene usted razón. Además, creo que estoy empezando a aburrirme de estar aburrido.

La señora Grossmith bufó reprobadoramente.

—Es imposible tratar con usted cuando se comporta así.

—Y usted es una santa por soportarme.

—¿Por qué no sale? Dé un paseo, tome el aire.

Moon no parecía convencido, pero la señora Grossmith no cejó en su empeño.

—Le hará bien. Este ambiente no puede ser saludable. —Tosió melodramáticamente.

—Quizá debería salir un rato.

La señora Grossmith pareció satisfecha.

—No todas las semanas puede haber un misterio que resolver.

—¿Ah, no? —Moon pareció decepcionado, como un niño que despierta en Navidad para encontrar en su calcetín tan solo una moneda y una naranja aplastada—. Sabe, sueño con un mundo en el que los crímenes violentos sean tan comunes que no me falte nunca el trabajo.

—Es un extraño deseo.

Moon suspiró.

—Por supuesto, los villanos ya no son lo que eran. La época de los grandes criminales ya terminó. Desde Barrabás... solo mediocridad, señora Grossmith. Mediocridad hasta donde alcanza la vista. Le pondré un ejemplo: ¿Recuerda al ladrón al que el Sonámbulo y yo atrapamos hace un par de años? ¿El hombre que había planeado cavar un túnel que le llevara al mismísimo Banco de Inglaterra, pero terminó en las cloacas?

—Le recuerdo, señor.

—En este momento se me escapa su nombre. ¿Lo recuerda?

—Me temo que no.

—¿Lo ve? Poco memorables. Todos lo son, hasta el último de ellos.

La señora Grossmith se obligó a sonreír.

—El aburrimiento pasará, señor. Siempre lo hace.

—Sí —susurró Moon, casi para sí mismo—. Conozco el remedio.

—¿Va a dar un paseo, entonces?

—Eso es. Un paseo.

Moon se alejó, y la mujer oyó sus pasos por la casa, mientras ascendía vivamente los peldaños ocultos, junto a los rododendros, y salía a la calle.

El Sonámbulo apareció proveniente de la cocina, con una enorme jarra de leche en la mano. Miró inquisitivamente a la señora Grossmith y gesticuló un breve mensaje.

—¿Adonde ha ido? —preguntó la mujer—. ¿Es eso lo que quieres decir?

El gigante asintió solemnemente.

La mujer suspiró.

—Creo que ambos conocemos la respuesta a esa pregunta.

El Sonámbulo no respondió, pero, con la cabeza gacha y la leche cerca de su pecho, caminó apesadumbrado de vuelta a la cocina.

Tras intercambiar unas pocas palabras murmuradas con el señor Speight (que había adoptado la que parecía ser una sorprendentemente cómoda posición en los peldaños), Moon abandonó el Teatro de los Prodigios y se encaminó a un distrito de dudosa reputación, que les era bien conocido a él y a otros que compartían sus deplorables gustos. Conocía el camino de memoria, y lo cubrió en menos de una hora, pues no deseaba coger un taxi. Necesitaba esos momentos de soledad para prepararse. De hecho, tan decidido estaba a realizar este viaje que no se dio cuenta de que, los últimos quince minutos de su trayecto, estaba siendo vigilado de cerca por un

hábil perseguidor.

Su destino era un apartamento destartalado situado al final de un callejón a unos minutos a pie de la calle Goodge, en esa zona de la ciudad de escaso atractivo que no sería conocida como «Fitzrovia» hasta pasada una década. Los postigos del lugar estaban cerrados a cal y canto, pero un atrayente fulgor escapaba por los bordes. Moon miró rápidamente en torno a sí para asegurarse de que estaba solo y golpeó seis veces la puerta en una pauta precisa. Mientras esperaba, estaba convencido de que le observaban ojos ocultos desde el otro lado de la puerta, y sintió la convicción, profundamente molesta, de que dentro de la casa estaba siendo objeto de escrutinio y debate.

Esa era la parte de la experiencia que menos le gustaba, esperar allí, solo, esforzándose por pasar inadvertido en una calle desierta. Sentía una cierta vergüenza y una repentina vulnerabilidad, y le asaltaba el miedo irracional de que, por una increíble coincidencia, estuviera a punto de encontrarse con alguien que le reconociera, un amigo, quizá, un viejo conocido que le preguntaría qué estaba haciendo allí, esperando en un callejón en una parte de la ciudad de escasa reputación. Peor aún, ese hipotético interlocutor podría estar allí por la misma razón que él, lo que garantizaría que el encuentro fuese una de las experiencias más espantosas en la vida de ambos. Era uno de los escasos momentos en los que Moon sentía verdadero embarazo. Se me ocurre que deberíamos saborear la escena.

Por fin, la puerta se abrió. Una obesa mujer estaba frente a él, cubierta por una grasienta luz amarilla, y apestando a perfume barato. Era tan enorme que debía apoyar su gigantesco cuerpo en un bastón para caminar.

—¡Señor Gray! —exclamó—. Hacía mucho tiempo.

Moon movió los pies incómodo en el umbral.

—¿Aburrido otra vez?

Moon asintió tímidamente y la mujer soltó una carcajada corta y sonora. Se inclinó hacia delante y arrastró a Moon al otro lado del umbral. Después cerró la puerta.

En el interior, el ambiente estaba cargado de incienso y el aroma del deseo. Moon entró en una amplia sala de espera, recargada y decorada profusamente con los ornatos propios de la riqueza más amoral. La recorrió rápidamente y se sentó en una silla lujosamente tapizada, una de entre media docena. Era un lugar y un procedimiento que conocía terriblemente bien.

La mujer sonrió ásperamente.

—Hoy tenemos una nueva.

De todos los prostíbulos de Londres, el de la señora Puggsley era de lejos el más distinguido, pues prestaba servicios a una clientela selecta y refinada. Los hombres que frecuentaban el establecimiento acudían para recibir servicios que no encontraban en ningún otro de los prostíbulos de la ciudad. Tenían gustos especiales,

únicos, preferencias que, a ojos del lector inocente y desprovisto de cinismo, pueden parecer de mal gusto e incluso repugnantes.

No digan que no les advertí.

—¿Tiene nombre?

—Mina —ronroneó la mujer—. Le gustará.

—¿Y Lucy? ¿Mary? ¿Dónde están esta noche?

—Ahora están con otros clientes. ¿Por qué no conoce a Mina, señor Gray? Le prometo que no le defraudará.

Moon se estremeció internamente cuando la señora Puggsley usó de nuevo su seudónimo. Estaba seguro de que la mujer sabía desde hacía mucho tiempo que era un nombre falso, y en sus peores momentos incluso temía que la *madame* hubiera averiguado su verdadera identidad. A menudo se preguntaba si la mujer le llamaba «Gray» para burlarse de él, como un modo de hacerle saber que conocía su secreto.

Moon asintió.

—Que pase.

Puggsley hizo una almibarada reverencia.

—Póngase cómodo, señor Gray. Relájese. Sus sueños más perversos van a cobrar vida frente a sus ojos.

Se oyeron seis suaves golpes en la puerta frontal, el mismo código que Moon había utilizado hace unos momentos.

—Discúlpeme. —Puggsley cruzó la estancia, miró por un pequeño agujero horadado a la altura de sus ojos y dejó escapar una risilla húmeda y gorgoteante.

—Es Pluck.

La mujer desatracó el cerrojo y dejó entrar a su cliente más reciente, un hombre pequeño y bien alimentado que estaba perdiendo el pelo y de piel picada por la viruela. La mujer extendió los brazos en un florido gesto.

—¿Señor Gray? Le presento al señor Pluck.

Los dos hombres estrecharon manos recelosamente. La mano de Pluck estaba húmeda y el apretón fue débil. Moon apenas pudo reprimir el impulso de secar la humedad del extraño de su mano.

—Encantado —dijo ásperamente.

—Dejaré que se conozcan mejor. Volveré enseguida con un pequeño pedazo de paraíso. —Con una reverencia final y un florido gesto, la señora Puggsley desapareció del salón y se adentró en las entrañas de la casa. Pluck acercó una silla.

—Me encanta este lugar —admitió—. Vengo siempre que puedo. Cuando puedo permitírmelo, quiero decir. Sabe, antes de descubrir este lugar pensaba que nadie en todo el planeta sentía lo mismo que yo. Pensaba que era un enfermo. ¿Entiende, señor Gray? Pensaba que era un monstruo.

—Entiendo perfectamente —dijo Moon con apatía.

—Desde luego. Sabía que lo entendería. Sin duda tenemos mucho en común. Esta

afición, por ejemplo. Dígame... ¿cuándo comprendió que compartía nuestras... inclinaciones?

Moon, que no tenía ningún deseo de dignificar la pregunta del hombre con una respuesta, sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió. La cortesía le obligó a ofrecerle uno a su interlocutor. Pluck aceptó el cigarrillo con afabilidad, y durante unos instantes se mantuvieron en un agradable silencio rodeados de humo.

—Me he enterado de que hay una chica nueva —dijo Pluck entre caladas—. ¿Sabe cómo es?

—No.

—Parece que estamos a punto de averiguarlo. —Pluck consiguió una aproximación decente a una risilla discreta, un sonido horrible, raspante y angustioso.

Por fortuna, la señora Puggsley regresó en ese mismo instante, e hizo su entrada en la sala con su habitual elegancia mastodóntica. La acompañaba una mujer francamente extraña que sin embargo, a primera vista, parecía completamente normal. Era bastante atractiva (uno no esperaría menos en casa de la señora Puggsley), tenía un agradable rostro simétrico y era de piel suave y pecosa. Vestía un vaporoso camisón blanco que llevaba atado a la cintura con un delgado cordel, lo suficientemente ceñido como para acentuar sus curvas naturales. Lo que la diferenciaba de tantas mujeres de parecida belleza sin pretensiones que uno encuentra a diario en la calle, sin embargo, era que además lucía una monstruosamente frondosa barba negra.

—¿Es real? —preguntó Pluck en voz baja y tono reverencial.

La señora Puggsley fingió escandalizarse.

—¡Señor Pluck! ¿Por quién me ha tomado?

—¿Puedo tocarla?

Puggsley se dirigió a la muchacha.

—¿Mina?

La chica asintió y sonrió bobalicona con estudiada coquetería. Pluck extendió la mano y acarició el vello facial con los ojos medio cerrados, extasiado.

—Eres muy hermosa —murmuró. Mina le dedicó una sonrisa profesional que sugería que estaba acostumbrada a ese tipo de halagos.

Moon bostezó.

—¿Hay algo más?

—Usted siempre quiere más, ¿no es así, señor Gray?

—Para eso le pago.

Puggsley invitó a Pluck a ocupar de nuevo su asiento y después desató el cordel que rodeaba la cintura de Mina. El camisón se abrió lentamente y descubrió la desnudez de la muchacha frente a ellos. Su cuerpo era de una generosa sensualidad, pero no era en sí mismo extraordinario.

Entre sus senos, sin embargo, colgaba algo bien extraño, una curiosa deformidad, un truculento pedazo de rosada piel que guardaba un macabro y visceral parecido con

el brazo amputado de un crío. Aleteaba ligeramente mientras lo contemplaban, casi como si fuera consciente de la fascinada admiración que provocaba.

Moon se humedeció los labios.

—Magnífico.

—Caballeros. —Puggsley parecía henchida de orgullo—. Está a su disposición.

Moon y Pluck sonrieron perversamente como si fueran uno.

—¿Cuánto ofrecen?

Pluck nombró una cifra que probablemente suponía una semana de su sueldo. Sin dudar, Moon la dobló. Pluck aumentó la cifra modestamente, y de inmediato su oponente dobló la oferta de nuevo. Alicaído, el hombrecillo admitió la derrota.

—Es suya —dijo.

—Disfrútela —dijo con seriedad la señora Puggsley.

—La disfrutaré tanto como desee. —Moon tomó la mano de Mina y juntos salieron de la sala. Se dirigieron a un tocador situado en uno de los pisos superiores de la casa. Cuando se marcharon, Moon pudo oír a Puggsley tratando de consolar al perdedor lo mejor que podía.

—Mala suerte, señor. Pero hay muchas otras que estarían encantadas de conocerle. La mujer foca estará libre en una hora. Una de nuestras retrasadas ya está lista. Y si no le importa esperar un poco, más tarde va a venir una nueva siamesa.

Edward Moon desapareció escaleras arriba y no pudo escuchar más. Durante las tres horas siguientes, se entregó a las lujuriosas caricias de una dama barbuda.

Así es: este fanfarrón, este charlatán, este libertino, es nuestro héroe. Es una excusa muy pobre, lo sé, pero la nuestra no es una época de paladines, y desafortunadamente, parece que Edward Moon es de lo mejor que puede ofrecernos.

Si, al conocer el último detalle sobre la reprobable y deplorable vida privada de este caballero, albergan ustedes dudas acerca de su capacidad para tolerarle durante lo que resta de historia, se me ocurre que quizá deberían admitir la derrota y tirar este manuscrito bien lejos. Quémenlo, si les place. Tírenlo a la basura. Comprueben sus habilidades papirofléxicas. Créanme, cuentan con mis más profundas simpatías. Si fuera capaz, también yo lo haría.

Si, no obstante, eligen continuar a pesar de la presencia de un protagonista tan reprochable, deberían saber que las cosas solo van a empeorar.

Moon salió de la casa de la señora Puggsley, cerró cautelosamente la puerta principal y miró receloso en torno a sí. Creyendo equivocadamente que nadie le observaba, caminó hasta el final de callejón y giró a la izquierda hacia la calle Goodge, dirigiéndose a casa. La acera estaba desierta, y reinaba un extraño silencio, en el que sus pisadas sonaban escandalosamente ruidosas. Sin embargo, apenas había avanzado unos pocos metros cuando la quietud de la noche fue interrumpida por una tos seca. Alarmado, Moon se giró y vio a un hombre que le seguía de cerca.

Era un hombre pequeño, de apariencia tan aseada que casi resultaba maniática, y que lucía unas lentes de montura dorada precisamente equilibradas sobre la punta de su nariz. Su piel era clara, inusualmente pálida, y su cabello blanco immaculado.

Una expresión de lúgubre reconocimiento cruzó el rostro de Moon, que asintió con gélida amabilidad.

—Señor Skimpole.

El albino hizo una cortés reverencia. A pesar de su apariencia, algo cómica, había algo inquietante en él, un aura de tangible amenaza.

—No le había visto —explicó Moon.

—No suelen verme.

—¿Cuánto hace que me sigue?

Skimpole hizo caso omiso de la pregunta.

—Salude de mi parte a la señora Puggsley —dijo.

—¿Que quiere usted?

El albino lo miró con gesto impasible. Las lentes magnificaban extrañamente las mitades inferiores de sus ojos.

—Necesito su ayuda.

Moon gruñó en respuesta y comenzó a alejarse. Skimpole se apresuró tras él.

—Espere.

—Ya me he negado antes. Mi respuesta es la misma.

—Hay un complot que amenaza a la ciudad. Una conspiración se ha puesto en marcha. El Directorado le necesita. Su país le necesita.

—Búsquese otro primo.

—Algo está ocurriendo. ¿No se da cuenta? Una terrible crisis se nos viene encima.

Moon se detuvo en seco en medio de la calle y se giró para encararse con su perseguidor.

—Debe de ser su imaginación, señor Skimpole. Demasiado queso antes de acostarse.

—Podría obligarle... —Skimpole habló en voz baja—. Señor Gray.

Moon no dijo nada.

El pálido rostro de Skimpole se contorsionó en un gesto parecido a una sonrisa.

—Me ayudará.

Moon sonrió a su vez con exagerada cortesía.

—Incluso yo tengo algunos escrúpulos. Tendrá que apuntarme con un arma para que le ayude.

Se alejó, y Skimpole le observó mientras se perdía de vista en la distancia.

—Puede que lo haga —dijo en voz baja—. Puede que lo haga.

El día siguiente no comenzó con buen pie. El mono que Moon había utilizado en su espectáculo durante los últimos dos años cayó inesperadamente enfermo y el

veterinario le recetó un reposo de duración indeterminada. El zoológico le envió a Moon un sustituto, pero aquel era un animal problemático y rebelde que carecía por completo del talento natural de su predecesor. Cuando se le pedía que saltara con entusiasmo, farfullaba con desgana. Y si lo que se precisaba de él era que se materializase con elegancia y garbo, aparecía en escena con el mismo entusiasmo de un condenado a punto de disfrutar su última cena.

Moon, por tanto, regresó a casa tras el espectáculo aliviado. El Sonámbulo prefirió quedarse con el recalcitrante chimpancé y tratar de obtener algo parecido a una actuación decente del animal.

Cuando Moon entró, Speight estaba medio adormilado en los peldaños. Al oírle llegar, la señora Grossmith se apresuró a salir a su encuentro.

—Hay alguien esperándole. Le dije que era muy tarde, pero insistió.

—¿Quién es? —Moon bajó el tono de voz hasta susurrar—. ¿Es el albino?

Alguien a quien no podían ver soltó una sonora carcajada.

Moon se dirigió a la cocina, donde le esperaba una desgarbada figura sentada en su sillón favorito.

—¿Albino? —El visitante rió de nuevo—. Francamente, Moon, cada vez que nos encontramos, sus amigos parecen ser un poco más extraños.

Moon esbozó una leve sonrisa.

—Inspector.

El inspector Merryweather se puso en pie y estrechó la mano de Moon.

—Me alegra verle de nuevo. Tan solo desearía que nos encontráramos un día en circunstancias más agradables.

Mientras la señora Grossmith se retiraba discretamente a su habitación, Moon sacó una botella de güisqui y dos vasos, se sentó frente a su invitado y sirvió a ambos un generoso trago.

—¿Debo entender que es una visita profesional?

—Eso me temo. Lamento que sea tan tarde, pero estoy desesperado.

—¿Quiere decir que tiene un caso para mí?

—¿Ha leído los titulares?

—¿El asunto Honeyman? He seguido la lamentable falta de progresos de la policía con una notable decepción, inspector. Esperaba que hubieran aprendido algo de mis métodos a estas alturas.

—Hemos hecho lo que hemos podido. Pero, créame, es el asunto más extraño que he visto nunca. El caso más desconcertante de mi carrera.

Moon arqueó una ceja.

—¿Acaso no lo son todos?

—Este es especial —insistió el inspector—. Hay algo muy extraño en él, algo truculento, siniestro y extraño. Por eso pensé en usted.

—Suená perfecto.

Merryweather soltó una nueva risotada, un bramido estridente y vigoroso.

—La señora Grossmith me dijo que estaba usted aburrido. Sabe, en realidad yo no debería estar aquí. Mis colegas no lo aprueban. Creen que tengo lo que se dice una fijación con usted. Aun así, desde el asunto de Clapham...

El prestidigitador se estremeció.

—Bueno, no pueden seguir cerrando los ojos ante la realidad.

Hola, inspector

Merryweather siempre había sentido una extraña perplejidad en presencia del Sonámbulo, y cuando el gigante hizo su entrada, el buen humor habitual del inspector quedó inmediatamente apagado.

El Sonámbulo se sentó, se arrancó la corbata y se sirvió un chupito de leche. Cuando se llevó el vaso a los labios, Moon se incorporó y se giró hacia el inspector.

—En ese caso —dijo con impaciencia— quiero ver el lugar donde ocurrió.

Una hora después, los tres estaban en la cima de la torre en la que el difunto Cyril Honeyman había hecho su último e ignominioso mutis por el foro. La ventana por la que había caído aún no había sido reparada, y en la estancia hacía mucho frío. Una mesa repleta de alimentos pútridos y abandonados hace tiempo era la fuente de un olor a descomposición que persistía en el aire; el que había sido un formidable festín apestaba a putrefacción.

—Le pido disculpas por el olor —dijo Merryweather. Llevaba un grueso abrigo de lana y una bufanda negra alrededor del cuello—. También había una botella de champán aquí, pero los muchachos dieron cuenta de ella hace días.

Moon deslizó por la mesa un dedo que quedó cubierto de un polvo grisáceo y putrefacto.

—¿Qué era este lugar?

—No estamos muy seguros. Creemos que puede ser una especie de depósito de agua. Abandonado —añadió con cierta desesperación—. No está en ningún mapa. No parece existir oficialmente.

—No creo que sea un depósito, inspector. —Moon estaba junto a la ventana, y miraba con gesto ausente hacia la calle—. Creo que es una torre de vigilancia.

—Lamento el desorden. Me temo que los muchachos han echado a perder la mitad de sus pruebas.

El Sonámbulo dio un toque en el hombro a Moon al tiempo que blandía su pizarra.

Suisidio

Moon desestimó la sugerencia con un brusco ademán.

—Ya conoce la reputación de este barrio —dijo Merryweather—. A juzgar por la comida y la cama, creemos que pudieron atraerle hasta aquí.

Moon apenas pareció oírle.

—Creo que eso resulta bastante obvio. —Se arrodilló al pie de la ventana destrozada y recogió algunos pedazos del suelo—. Observe el modo en que cayó el cristal. Si Honeyman rompió la ventana al caer, solo encontraríamos pedazos de cristal en el exterior. Hay demasiados aquí para que ocurriera así.

Merryweather frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Que alguien, o algo, rompió la ventana desde el otro lado. Desde el exterior de la torre. Algo entró.

—Imposible. Nadie podría trepar tan alto.

—Curioso, ¿verdad?

Merryweather suspiró.

—¿Acepta el caso?

Moon no respondió.

—No lo entiendo. Lleva tiempo esperando un caso como este. Algo espinoso, usted mismo lo dijo, algo complejo, como en los viejos tiempos. Un caso tras el que se oculte un habilidoso criminal. Este caso debería ser su sueño hecho realidad.

—¿Sueño? —repitió distraídamente Moon, y comenzó a mover los fragmentos de cristal por el suelo, ordenándolos en una pauta nueva desprovista de cualquier tipo de orden discernible.

—¿Acepta el caso?

Moon asintió distraído.

—Contraviniendo mi buen juicio.

—¿Qué significa eso?

—Significa que hay algo extraño aquí, inspector. Significa que este no es un crimen común, que hay algo oculto de mayores implicaciones. Que estamos muy cerca de algo terrible.

Merryweather rió.

—Buen Dios, ¿tiene que ser siempre tan lúgubre?

Moon miró al inspector sin parpadear, silenciosa y solemnemente. Merryweather, avergonzado, guardó silencio.

El Sonámbulo hizo una mueca infantil y escribió otro mensaje.

Asustado

Moon no sonrió.

—Deberías estarlo —murmuró—. Todos deberíamos estarlo.

Capítulo 6

El asesinato de Cyril Honeyman fue el sexagésimo tercer caso criminal investigado por Edward Moon. Fue el decimonoveno en el que contó con la ayuda del Sonámbulo, y el trigésimo cuarto en el que contó con el beneplácito de Merryweather y el cuerpo de policía. También iba a ser el último de su carrera.

Comenzó, como era su costumbre, imbuyéndose en los detalles del asesinato, inspeccionando la escena del crimen y rebuscando pistas en las calles cercanas, interrogando testigos, hablando incluso con los transeúntes más tangenciales. Sin embargo, a pesar de su diligencia, estos esfuerzos resultaron francamente infructuosos. Era como si las pruebas hubieran sido borradas de la existencia, como si se hubiera barrido exhaustivamente la escena del crimen y se hubiera convertido en una pizarra en blanco, una *tabula rasa*. Pasó mucho tiempo en el archivo, pero no logró encontrar pista alguna sobre el caso Honeyman, nada que arrojara algo de luz sobre el fallecimiento del actor.

Al terminar la primera semana, Moon y el Sonámbulo visitaron a los padres del difunto, más por cortesía que con la esperanza de que la visita pudiera serles de alguna ayuda en la investigación. Vivían en una gran casa de campo, a varios kilómetros de la ciudad y aislados tras acres de frondosa vegetación.

Una hora después de su llegada, tiempo que pasaron esperando en el vestíbulo como si fueran poco más que vendedores ambulantes, un criado apareció para informarles de que los señores, que sentían una profunda incomodidad ante la presencia de los investigadores, solo se veían capaces de recibir un visitante. El Sonámbulo renunció al honor y, poco después, Moon fue llevado a un despacho ventilado en exceso.

Los Honeyman estaban sentados en el extremo opuesto de la sala, entronados tras un gran escritorio de roble. Ninguno de ellos se puso en pie cuando Moon entró, pero le hicieron señas en silencio para que se sentara a unos metros de distancia. Cuando explicó el motivo de su visita (para lo cual tuvo que hablar más alto de lo que hubiera resultado necesario, a causa de la distancia que les separaba), reaccionaron sin demostrar visiblemente simpatía alguna. El señor Honeyman, un hombre de aspecto cansado y rostro gris, vestido con un traje de raya diplomática, explicó que ya le habían contado a la policía todo lo que sabían y que esta intrusión estaba injustificada y probablemente era ilegal. Moon replicó que no representaba a la policía, y dejó caer a continuación (con cierta inmodestia) que él tenía más posibilidades que cualquier otro de llevar a buen puerto la investigación. En respuesta, el hombre carraspeó bravuconamente hasta que su mujer intervino y clavó en Moon una desagradable mirada.

—Mi hijo ha muerto. Hemos respondido a todas estas preguntas antes. Mi esposo y yo estamos seguros de que la policía está haciendo todo lo que está en su mano para

solucionar este asunto. Y desde luego no necesitamos la ayuda de un aficionado. — Escupió la última palabra con verdadero vigor, como si tratara de deshacerse de un pedazo de comida que hubiera quedado atrapado entre sus dientes.

—Mi esposa es una mujer devota —añadió el señor Honeyman, como si eso lo explicara todo.

Se pusieron en pie y dejaron en silencio la habitación. Evidentemente, la entrevista de Moon había tocado a su fin.

El Sonámbulo le esperaba fuera, junto al estanque, y conversaba con el jardinero sobre asuntos de arboricultura. El gigante dio media vuelta y escribió un mensaje para Moon.

Pistas

Moon negó con la cabeza de forma arisca.

—Nada —dijo, y se alejó entre el follaje.

Más tarde, en el tren, su tono era casi enojado.

—¿Podría haber sido algo fortuito? ¿Maldad sin motivo alguno?

El Sonámbulo se encogió de hombros en respuesta.

—Pero parece tan premeditado. Hay algo en el caso que parece planeado. Un cierto... dramatismo. Una especie de teatro de marionetas. Esto no es obra de un granuja de medio pelo. —Guardó silencio, sacó su tabaquera y, para desgracia de sus compañeros de viaje, procedió a llenar el vagón de un humo espeso y acre.

La tarde siguiente, Moon y el Sonámbulo fueron invitados a una fiesta.

Su anfitriona era lady Glyde, en otro tiempo una importante mecenas teatral y la mujer en gran parte responsable de introducir a Moon en la alta sociedad. Su casa de Pall Mall era un lugar feo y ostentoso, un altar a la riqueza y la vulgaridad, un laberinto de salones y habitaciones interconectadas. A pesar de la gran cantidad de ellas, esta noche estaban prácticamente abarrotadas.

Un sirviente recogió sus abrigos y sombreros y les guió hasta el salón, abriéndose paso entre la animada multitud. Un cuarteto de cuerda tocaba alguna sonata barroca, pero la música era apenas audible bajo el rumor de la conversación, las educadas sonrisas y el tintineo de las copas: los sonidos de la hipocresía. El sirviente permaneció en el umbral y anunció, con la reprobatoria solemnidad de un clérigo dando la extremaunción:

—El señor Edward Moon y el Sonámbulo.

Se hizo un corto silencio, y las cabezas de los invitados se giraron para contemplar la entrada de los recién llegados. Moon, que en otro tiempo había sido la atracción de las veladas más exquisitas de Londres, lució su sonrisa más deslumbrante. Los invitados, sin embargo, le miraron tan solo con gélida indiferencia antes de reanudar sus conversaciones como si nada significativo hubiera ocurrido.

Hace una década, se hubieran abalanzado a docenas sobre él, tratando de ser los primeros en saludarle, estrechar su mano o traerle una copa. Muchos le hubieran pedido un autógrafo. Hoy, apenas un parpadeo de interés antes de que la muchedumbre le olvidara.

El sirviente colocó dos copas en sus manos y desapareció, de modo que quedaron a merced de la dudosa misericordia de la multitud. El Sonámbulo dio a Moon un codazo de advertencia cuando una mujer rechoncha y de barbilla respingona se acercó a ellos.

—¡Señor Moon!

El prestidigitador alzó la voz para que fuera audible por encima del tumulto.

—Lady Glyde.

Llegó por fin hasta ellos, y sostuvo la mano de Moon con la febril efusividad de una mujer que se estuviera ahogando.

—Edward —dijo—. No tengo ni idea de quién es la mitad de esta gente.

El prestidigitador rió educadamente, e incluso el rostro del Sonámbulo esbozó una obediente sonrisa.

—¿Les han servido algo de beber?

—Sí, señora, gracias.

La mujer miró con curiosidad al Sonámbulo.

—¿Siempre eliges leche?

El gigante asintió.

—Acompañenme —dijo lady Glyde—. Hay alguien aquí a quien quiero que conozcan. —Se abrió paso entre la multitud; sus nuevos acompañantes la seguían de cerca a regañadientes—. ¿Está trabajando en algún caso en este momento? —preguntó.

Moon le respondió.

—¿De veras? —Parecía genuinamente fascinada—. Supongo que los periódicos no hablan de otra cosa. Debe de ser todo un desafío, incluso para usted. ¿Cree que lo resolverá pronto?

—Ahora mismo estoy bastante perdido —admitió Moon—. Aún tengo que encontrar un sospechoso.

—Bien, si hay alguien capaz de dar con el culpable, es usted.

—Gracias, señora.

—Debo decir que se ha recuperado usted espléndidamente bien de ese terrible asunto de Clapham. Fue muy desagradable. Muchos hombres en su posición se hubieran rendido después de eso. Habrían tirado la toalla.

Moon no tuvo tiempo de responder. Lady Glyde se detuvo junto a un pequeño grupo de mujeres reunidas alrededor de un joven a quien escuchaban con atención. Moon captó parte de sus palabras. Al parecer, hablaba de América con innecesaria beligerancia.

Era bajo, pecoso y tenía una fea mata de cabellos pelirrojos. Su aspecto

contrastaba, sin duda, con el de la élite social que le rodeaba. Parecía un extraño allí, con sus hombros caídos y su esmoquin (que no le quedaba nada bien), un intruso, una polilla entre mariposas. Su rostro era de rasgos especialmente desagradables, y parecía faltarle un dedo en la mano izquierda.

—¿Está disfrutando de la fiesta? —preguntó lady Glyde.

El poco agraciado hombre respondió afable.

—Me recuerda a una maravillosa velada a la que asistí, en Bloomsbury... —Hizo una pausa antes de rematar—: En 1934.

Moon sintió una instintiva antipatía por el hombre. Lady Glyde soltó una risilla que resultó algo impropia para su edad.

—Señor Moon —dijo lady Glyde, como si fuera una empresaria teatral presentando a un conjunto musical—. Le presento a Thomas Cribb.

—Ya nos conocemos —dijo rápidamente Cribb.

Moon le fulminó con la mirada.

—Lo dudo.

—Quizá él no me recuerde, pero conozco bien a Edward. De hecho, diría incluso que somos amigos.

Lady Glyde rió, y Moon miró al hombre con evidente confusión. La reacción del Sonámbulo, sin embargo, fue inesperada. Al ver al extraño, un caleidoscopio de emociones cruzó su rostro: al principio, algo parecido a reconocimiento, después sospecha, después rabia, después miedo. Se dio media vuelta y se perdió entre los invitados.

Nadie le vio marchar.

—Señor Cribb —dijo lady Glyde—, parecía que estaba teniendo usted una conversación fascinante cuando llegamos.

—Oh, sí. Continúe —chilló una de las mujeres, y las demás asintieron bobaliconas en respuesta.

Cribb fingió timidez sin demasiado éxito antes de ceder, como era inevitable, a sus exigencias.

—Estaba hablando de América —explicó—, de todo lo que conseguirá en los próximos años.

—¿Y qué conseguirá? —preguntó una de las mujeres—. ¿Ser por fin un país civilizado? —Soltó una risilla ante su ingeniosa respuesta.

—Se convertirá en una gran potencia —dijo seriamente Cribb—. Una poderosa nación que eclipsará a la nuestra. Nuestro imperio se marchita y muere.

A excepción de Moon, todos rieron. Lady Glyde casi daba saltitos de alegría.

—Oh, Thomas —dijo—. Es usted malvado.

El hombre sonrió todo lo enigmáticamente que pudo.

—He visto el futuro, señora. Lo he vivido.

Thomas Cribb era un enigma.

Como suele ocurrir con hombres como él, existen innumerables teorías y rumores acerca de sus orígenes. Quizá fuera sencillamente un excéntrico, un hombre incapaz de concebir sus rarezas. Quizá era un charlatán profesional, un astuto publicista de sí mismo que había empezado, de manera desastrosa, a creerse sus propias consignas. Lo más probable es que solo fuera alguien que se inventaba historias para que le invitaran a fiestas.

Aseguraba conocer el futuro, haber vivido en él y haber visto la ciudad un siglo después, pero en realidad no importa si alguien le creía o no. Lo que importaba era que sus historias le daban un cariz de color y teatralidad que de otro modo hubiesen estado más allá de su alcance. Cuando relataba sus aventuras, las mujeres le escuchaban con devota atención, lo cual sin duda era una experiencia inédita para él. Las viudas de mediana edad como lady Glyde le adoraban. Se había hecho un hueco en la alta sociedad, y se había convertido en parte imprescindible de esos eventos, donde ejercía de alivio cómico necesario. El contexto le convirtió en un elemento interesante.

Existe también la lejana posibilidad de que fuera algo más significativo, pero hablaré de eso más adelante.

Coincidí con él tan solo una o dos veces, y, francamente, no me impresionó demasiado. Pero, insisto, deben ustedes formarse su propia opinión.

Cuando lady Glyde le contó a Moon, susurrando con voz ronca en su oído izquierdo, quién y qué exactamente aseguraba ser Cribb, el detective no quedó muy impresionado; tanto fue así que incluso puso en duda la sinceridad del hombre.

—¡Señor Moon! —exclamó su anfitriona en tono de fingida indignación—. Creo cada palabra que ha pronunciado.

—Me decepciona usted.

Moon se quedó una o dos horas más, tratando de socializar sin demasiado empeño con el resto de invitados y deseando volver cuanto antes a reanudar la investigación. El Sonámbulo, entretanto, había encontrado una silla vacía y una jarra de leche, y se había acomodado para echar un trago en condiciones.

Moon abandonó la fiesta en cuanto se lo permitieron las buenas maneras. En ese momento, lady Glyde se aferró como un percebe a su brazo y le acompañó a la puerta. En el camino se cruzaron con Cribb.

—Adiós, señor Moon. No volveré a verle.

—Creo que podré sobrevivir a la decepción.

Una sonrisa astuta.

—No me entiende. Puede que esta sea la última vez que le vea, pero no dude que no será la última vez que usted me vea a mí. Aún debe cerrarse un trato para que pueda usted despedirse de mí.

El prestidigitador le miraba impávido.

—Lo que dice no tiene ningún sentido.

—Soy una contradicción andante, señor Moon. Ya lo verá. —Cribb esbozó una extrañamente melancólica sonrisa, inclinó la cabeza y se mezcló de nuevo entre la multitud.

—Un hombre fascinante, ¿no cree?

—Me alegra que le divierta —dijo Moon, mientras lady Glyde apretaba su brazo con mayor fuerza de la necesaria—. Pero me temo que tendrá que disculparme. Debo irme.

—¿Ya?

—Tengo trabajo.

—¿Nos veremos pronto? —preguntó la mujer esperanzada.

Moon le dedicó una tensa media sonrisa de despedida.

—Adiós, señora.

Satisfechas, por fin, sus obligaciones para esa velada, Moon se perdió en la noche.

Apenas había dado cinco pasos cuando le detuvo una voz quejumbrosa y ligeramente familiar.

—¡Edward!

Se dio media vuelta. Una silueta se dibujaba contra el umbral de la puerta: Cribb.

—¿Qué quiere? —preguntó Moon, sin tratar de ocultar su irritación.

Cribb sostuvo la mano izquierda del mago y la estrechó. Sin duda era cosa de su imaginación, pero Moon habría jurado que el ridículo hombrecillo estaba a punto de derramar una lágrima.

—Señor Moon. —Se estremeció; su voz estaba rota por la emoción—. Edward.

Moon trató de liberar su mano, pero Cribb la sostenía con fuerza.

—Por favor. Déjeme hablar. Déjeme decirle algo. Hemos pasado por tantas cosas juntos...

—Tonterías. Nos acabamos de conocer.

—Oh, nos hemos enfrentado a la muerte juntos, usted y yo. Hemos mirado a los ojos a lo peor que puede ofrecer esta ciudad y hemos vivido para contarlo. Quería decirle que ha sido un verdadero honor y un privilegio conocerle, y... —Ahogado por la emoción, Cribb se detuvo y trató de tomar aire en angustiosos suspiros. Recuperó la compostura y concluyó desolado—: Y haber sido su amigo.

Moon supuso que el hombre estaba borracho y retiró su mano de un tirón.

—Ahora no me entiende. Pero lo hará. Se lo prometo. Se arrepentirá de esto. Lamentará no haberme dicho adiós.

Moon se alejó a rápidas zancadas. El hombrecillo prefirió no seguirle, pero, con aun mayor solemnidad y tristeza, volvió a entrar en la casa.

Como si le guiara el instinto, Moon regresó a la escena del crimen.

A pesar de la avanzada hora, las calles estaban repletas de los mismos desechos humanos que abordaron a Cyril Honeyman en su último viaje. Cuando Moon se

acercó, sin embargo, se apartaron rápidamente, quizá conscientes de que era alguien a quien convenía evitar en la medida de lo posible. El prestidigitador apenas reparó en ellos mientras recorría las callejuelas del lugar como si fuera un espectro, dirigiéndose inevitablemente a la torre.

Podía sentir el peso del pasado que le oprimía mientras caminaba, las aguas de la historia, que se cerraban por encima de su cabeza. Se encontró a sí mismo recordando la noción de *genius loci*, esa extravagante convicción de que los lugares afectan materialmente a las personas que los recorren. Si este lugar tenía algún efecto tangible sobre sus habitantes, sin duda era uno maligno. La topografía del distrito tenía un particular cariz malévolo; parecía atraer a su seno todo lo que era despreciable, monstruoso y pecaminoso de la ciudad. El lugar tenía hambre, y exigía sacrificios.

Moon alcanzó la silenciosa silueta de la torre, subió a la cima y la encontró completamente desierta. Era obvio que ningún visitante había utilizado el lugar como una especie de casa de huéspedes improvisada. En una zona sitiada por la pobreza más extrema y perniciosa, este hecho debería haberle sorprendido, pero, extrañamente, no lo hizo.

El piso superior estaba vacío ahora, y la comida rancia había desaparecido. Moon reflexionó de nuevo acerca de los detalles de este problemático caso, la sospechosa escasez de pruebas físicas, la inquietante sensación de que algo mayor se ocultaba más allá de su alcance. Se agachó en el frío suelo, rebuscó en sus bolsillos un cigarrillo y un mechero, y se sentó. Fumó mientras la noche se desvanecía, con las piernas cruzadas, los ojos fuertemente cerrados, como un Buda trasnochado que esperara pacientemente algo, sin saber de qué se trataba.

Los muchos años de servicio de la señora Grossmith habían servido para acostumbrarla a las excentricidades de su jefe, y prácticamente la habían inmunizado contra sus caprichos e idiosincrasias. En consecuencia, la reacción cuasihistérica que tuvo cuando Moon regresó a casa fue francamente alarmante.

—¡Señor Moon! —exclamó—. ¿Dónde ha estado?

—No es asunto suyo.

—No es necesario ser maleducado —dijo la mujer en tono seco.

Hubo una larga pausa. Moon suspiró.

—Le pido disculpas. ¿Qué ocurre?

—Vino un hombre buscándole. Le esperó toda la noche.

—¿Quién?

—Me heló la sangre, ya lo creo. Era un hombre pequeño. Muy pequeño y muy blanco.

—¿Un albino?

Grossmith frunció el ceño exageradamente.

—Creo que esa es la palabra.

—¿Qué dijo?

—Solo que quería verle y que era importante. —La mujer sacó del bolsillo de su delantal un pequeño rectángulo blanco de cartulina que entregó a Moon—. Le dejó esto.

Moon lo miró.

—Está en blanco.

—Lo sé. Le pregunté si era un error, pero dijo que no, que usted lo entendería. Admito que me preocupé. ¿Qué clase de hombre deja una tarjeta como esta?

Moon tiró la tarjeta al fuego de la cocina; las llamas la consumieron en pocos segundos. Mientras observaba el fuego, Moon tomó una decisión.

El Sonámbulo hizo acto de presencia. Cubría su monolítica figura con un florido batín púrpura. Moon le dio los buenos días. El Sonámbulo bostezó en respuesta.

—Voy a cancelar el espectáculo de esta noche. Es momento de que pasemos al ataque.

El Sonámbulo se estiró y bostezó de nuevo. Garabateó un mensaje.

Donde

Cuando oyó la respuesta de Moon, el letargo de ojos somnolientos del Sonámbulo se desvaneció, y se despabiló repentina e incómodamente.

Esperaron a que atardeciera para marcharse. La señora Grossmith les despidió con un gesto reprobatorio. Speight, ya ebrio, se acomodaba para pasar la noche. Cuando pasó junto a él, Moon levantó su sombrero a modo de saludo, y el hombre murmuró una débil réplica.

Un carruaje les esperaba a unos minutos a pie de Albion Square. Moon y el Sonámbulo subieron a bordo en silencio. No hablaron al conductor, que vestía de negro y tenía el rostro oculto bajo una bufanda. Era un socio del inspector, un tipo conocido por su tacto y discreción.

—Esta noche vamos de cacería —explicó Moon una vez acomodados en sus asientos—. Buscamos información. Nada más. No quiero que se repita tu comportamiento de la última vez.

El Sonámbulo asintió sabiamente.

—Pero, si las cosas se complican... y sin duda lo harán, espero poder contar con tu... experiencia.

Otro asentimiento.

—Gracias. No podría desear un mejor compañero en estas pequeñas excursiones.

El gigante sonrió tímidamente en respuesta y el carruaje siguió su camino en la noche.

Menos de media hora después llegaron a su destino, un sórdido callejón en las

profundidades de Rotherhithe. Era un lugar malvado, una galería de apartamentos destartados y cocinas ruinosas, una barriada miserable. Las calles apestaban a dejadez, y sus habitantes parecían más animales que humanos, de rostros mugrientos, leprosos y grisáceos. Era una parte de la ciudad que pedía a gritos una pizca de civilización, piedad, y también de amor. Amor, sí, es la palabra adecuada, por muy pasada de moda que les pueda parecer a mis lectores.

A mitad de la calle, rodeada de casas casi derruidas que se amontonaban las unas contra las otras como si estuvieran ebrias, entre un *pub* y una pensión donde los más pobres pagaban dos peniques la noche por el privilegio de dormir amontonados contra una escalera, se levantaba un establecimiento que Edward Moon conocía bien. Un marino de las Indias de avanzada edad y en estado de embriaguez hacía guardia. Cuando se acercaron, Moon asintió educadamente del mismo modo en que uno saludaría a un portero del Ritz o de un exclusivo club del que fuera miembro vitalicio. El marino les contempló con ojos legañosos y desconfiados, pero, quizá demasiado borracho para oponer resistencia, les dejó pasar sin abrir la boca. Descendieron una escalera de peldaños gastados y torcidos que llevaba a la estructura principal del edificio, su ponzoñoso corazón, una estancia gigantesca que apestaba a pecado: el célebre fumadero de opio de Fodina Yiangou.

La sala estaba envuelta en una neblina de lívido humo amarillo, y el suelo estaba cubierto de cuerpos tendidos, contorsionados, desagradables y antinaturales. Un joven, sentado, parecía perdido en un infierno de creación propia. Era el vivo retrato de la ruina, la boca abierta, los ojos como platos, las pupilas del tamaño de puntas de alfiler. Encogido junto a él descansaba un soldado derrotado, aún vestido con los ropajes escarlatas de su regimiento, gastados y raídos tras años de deterioro. Las manos de los dos, semejantes a garras, se aferraban débilmente a sus pipas de opio, que les traían placer y tormento al mismo tiempo. Somnolientos por el efecto de la adormidera, yacían con desgana en sus cojines. La luz de gas iluminaba sus pálidos rostros, indefensos como marionetas a las que hubieran cortado las cuerdas. Moon y el Sonámbulo se abrieron paso entre ellos y, casi como uno solo, se estremecieron al hacerlo.

—Comedores de loto —murmuró el prestidigitador. Su compañero lo miró con gesto socarrón, pero antes de que pudiera escribir una respuesta, un oriental encorvado apareció junto a ellos. Su rostro estaba agrietado, como si lo hubiera consumido una terrible enfermedad.

—¿Señor Moon? —Hablaba con un profundo acento, con voz insidiosa y taimada.

El detective hizo una educada reverencia.

El oriental dio un codazo, enojado, al Sonámbulo.

—¿Por qué él aquí?

Moon trató de apaciguarle.

—El Sonámbulo está aquí como mi invitado. Tiene mi palabra de que se

comportará.

—Él no bienvenido —insistió Yiangou.

—No diga eso. —Moon sonrió, enseñando los dientes—. Herirá sus sentimientos. Yiangou gruñó.

—¿Qué quiere usted?

—¿Qué quiero? —preguntó Moon con indiferencia. Se acercó al oriental y apretó con fuerza su respingona nariz con los dedos índice y pulgar—. Quiero información, señor Y. Espero que me complazca.

Yiangou dio con un gruñido su receloso consentimiento.

—Espléndido —dijo Moon, y liberó su nariz—. Ahora, veamos si podemos mantener una conversación más civilizada. Estoy investigando el asesinato de Cyril Honeyman.

Yiangou asintió huraño.

—Estoy seguro de que un hombre de su inteligencia podrá sugerir una respuesta para mi próxima pregunta.

Yiangou rió.

—Debe de estar desesperado para venir aquí —dijo—. Creo que fracasará. ¡Fracasará!

—Nunca fracaso —replicó fríamente Moon.

—¡Clapham! —cacareó triunfante el oriental—. Creo que fracasó allí.

La sombra del Sonámbulo ocultó de repente a Yiangou, que de inmediato guardó silencio.

—Quiero nombres —exigió Moon—, cualquier cosa que haya podido oír. Cualquier susurro, cualquier pista que oyera a sus clientes intoxicados por la adormidera. Todos los granujas de Londres pasan por aquí antes o después. Alguno de ellos debe de saber algo.

Yiangou suspiró.

—No ayudaré a usted, señor Moon.

—Podría persuadirle.

—Creo que no.

Moon le fulminó con la mirada.

—¿Sabe usted algo?

Yiangou se encogió de hombros artificiosamente, pero se traicionó a sí mismo sonriendo.

—¡Sabe algo!

El oriental negó con la cabeza.

—Dada nuestra larga amistad, señor Yiangou, creo que me lo debe. Dígame qué sabe.

Yiangou esbozó una sonrisa bobalicona.

—Por otro lado —sugirió Moon como si no tuviera importancia—, podría pedirle a mi amigo que le rompa los dedos uno a uno.

—Ah —suspiró el oriental—, dijeron a mí que usted vendría.

Dio una palmada, y dos fornidos caballeros aparecieron junto a él, desnudos de cintura para arriba, de poderosos músculos y numerosos tatuajes, sudorosos y relucientes. Yiangou chasqueó sus correosos dedos. A esta señal, los dos hombres desenvainaron sus espadas, de aspecto enormemente amenazador, y avanzaron hacia Moon y el Sonámbulo.

—¿Se lo dijeron? —preguntó, pensativo, el mago—. Me pregunto quién.

Uno de los hombres se lanzó hacia Moon, y su espada cortó el aire a apenas centímetros del rostro del mago.

—Me está poniendo nervioso, señor Yiangou. Y pensar que solía usted ser un huésped tan generoso...

El hombre atacó de nuevo, y Moon retrocedió un paso instintivamente, y se maldijo a sí mismo en silencio por no haber traído un arma. Tragó saliva y se limpió una gota de sudor de la sien.

El otro matón blandió su espada. El Sonámbulo, al contrario que Moon, que no se encontraba cómodo en las confrontaciones físicas, permaneció impassible ante el filo.

—¡Marche de aquí! —chilló Yiangou mientras Moon murmuraba algo sobre una huida a tiempo—. Usted viene aquí —continuó el oriental—. Usted amenaza. Usted molesta a clientes. Usted fastidia muchos años.

—Puedo hacer que le cierren el local cuando lo desee —protestó Moon, casi sin aliento—. El único motivo por el que sigue usted aquí es porque me resulta útil.

Sin duda, no debió decir eso. Yiangou dio una palmada.

—Aburrido ahora —dijo, y los matones se acercaron a él, sus ojos iluminados por la promesa de un asesinato. Moon se hizo a un lado cuando uno de ellos trató de herirle, pero la pared obstaculizó su huida. Estaba exhausto, y sabía que no duraría mucho más.

El Sonámbulo, sin embargo, se mantenía firme. El otro hombre corrió gruñendo hacia él y, como si fuera un lanzador de jabalina de increíble ferocidad incapaz de soltar su lanza, hundió la espada profundamente en el vientre del gigante.

El Sonámbulo miró la herida que le acababan de causar con un gesto de leve curiosidad. Alzó la vista de nuevo y sonrió. El que creía haberle asesinado le miró con incredulidad y después con verdadero terror cuando, sin el menor signo externo de dolor, el Sonámbulo avanzó hacia él, introduciendo la espada aún más profundamente en su cuerpo, para alcanzar a su atacante. Este, esperando que su presa cayera fulminada en cualquier momento, siguió blandiendo con fuerza la empuñadura, pero el Sonámbulo seguía avanzando inexorablemente mientras el filo se introducía cada vez más profundamente en su vientre y emergía, inmaculado, por el otro lado. El hombre sostuvo con firmeza la empuñadura hasta que el Sonámbulo estuvo prácticamente sobre él; entonces, entre chillidos y maldiciones, soltó el arma y huyó a toda prisa de la escena.

Algunos de los clientes del fumadero, alarmados por el jaleo, comenzaron a

agitarse en su opiáceo sueño. Algunos se pusieron en pie tambaleantes, murmurando y aullando confusamente. Yiangou chilló de frustrada rabia y gritó una orden al sirviente que no había huido. El hombre, con una lealtad admirable, aunque necia, cargó contra el Sonámbulo y clavó la espada en su espalda. El gigante le golpeó y le hizo a un lado sin esfuerzo aparente, y, impertérrito, extrajo ambas espadas de su cuerpo. Tal como había ocurrido en el Teatro de los Prodigios, las espadas no tenían rastro alguno de sangre. Moon se acercó a su lado.

—Gracias —jadeó. Se giraron para encararse con Yiangou—. Bien. ¿Quién diablos le dijo que hiciera eso?

El oriental negó con la cabeza, aturdido.

—Señor Yiangou —dijo, en tono razonable, Moon—, dijo que alguien le había dicho que yo vendría. Solo quiero un nombre.

Yiangou parecía aterrorizado.

—No puedo, señor Moon, no puedo.

—Bien. Tendré que pedirle al Sonámbulo que no sea demasiado duro con usted. Pero, como ya ha visto, es un hombre que no sabe controlar sus fuerzas.

Uno de los fumadores, un individuo de largas patillas que había permanecido en silencio hasta entonces, se incorporó de improviso y gritó algo ininteligible. Alarmados, Moon y el Sonámbulo se giraron hacia él, y en ese momento Yiangou vio su oportunidad, y la aprovechó. Echó a correr y desapareció casi de inmediato en las profundidades de su establecimiento. El Sonámbulo echó a correr tras él, pero Moon le detuvo.

—No merece la pena. Yiangou conoce este lugar mejor que nosotros. Me temo que le hemos perdido por ahora.

El Sonámbulo pareció decepcionado.

—¿Estás bien? Ha tenido que ser duro, incluso para ti.

El gigante frunció el ceño.

—No tienes buen aspecto. Creo que deberíamos volver.

Se dirigieron a casa, dejando a los adormecidos clientes del fumadero. Anticipaban ya el caldo que la señora Grossmith había prometido preparar a su vuelta, pero, mientras el carruaje llegaba a Albion Square, vieron al inspector Merryweather esperando en los peldaños que daban entrada a sus aposentos. Estaba junto a Speight, claramente incómodo en presencia del vagabundo, a pesar de que este parecía absorto en una animada conversación. Hablaba en voz alta y gesticulaba en dirección a su pancarta.

Ciertamente volveré pronto

Apocalipsis 22. 20

—¡Caballeros! —gritó Merryweather cuando la pareja descendió del carruaje.

—Inspector.

—¿Dónde se han metido todo este tiempo? —preguntó al ver el aspecto ensangrentado y harapiento de los hombres.

—Resolviendo su caso —replicó Moon un tanto ásperamente.

—Son malas noticias.

El prestidigitador suspiró.

—Hable.

Merryweather se incorporó e hizo una pausa dramática.

—¿Y bien? —Moon no estaba de humor para escenitas.

El inspector tragó saliva.

—Ha habido otro.

Capítulo 7

Merryweather dio las pertinentes explicaciones mientras el carruaje se adentraba de nuevo en la ciudad.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Moon. Parecía estar de nuevo alerta, haber recuperado la energía, mientras que el Sonámbulo, exhausto por la paliza recibida a lo largo de la noche, había comenzado a cabecear.

—El nombre de la víctima es Philip Dunbar. Era acaudalado. Al igual que Honeyman, era hijo único, un holgazán y un despilfarrador. Y como él, cayó de la torre.

—¿En el mismo lugar? —Furioso, Moon cerró ambos puños.

—Dunbar tuvo suerte.

—¿Suerte? ¿Por qué?

—Sobrevivió, señor Moon. Sobrevivió.

Philip Dunbar agonizaba. Quizá hubo un tiempo en el que era un hombre apuesto, pero ahora era imposible asegurarlo. Tenía la dentadura aplastada y el rostro destrozado. Se convulsionaba indefenso en una cama de sábanas ya rígidas por el sudor, la sangre y la orina. Parecía una especie de monstruo aplastado más que un joven muchacho cuya vida se extendía a sus pies sin complicaciones apenas unas horas antes.

—¿Cuánto tiempo le queda? —preguntó Moon.

—El médico dice que puede morir en cualquier momento. Francamente, es un milagro que aún siga con nosotros.

Dunbar se agitaba y murmuraba sinsentidos.

—Está delirando, pobre diablo. Por lo que podemos entender, dice que le atacó algún tipo de criatura. Una especie de simio, dice, con el rostro cubierto de escamas.

—¿Escamas?

Los médicos le han dado una considerable dosis de morfina. No es de extrañar que deje volar la imaginación.

—¿Hay algo más?

—No deja de hablar de su madre. Dice que la vio.

—¿Su madre? —Moon miró al inspector con gesto de curiosidad.

—Supongo que es la primera persona en la que se piensa al encontrarse uno en una situación así.

Dunbar chilló de nuevo. Esta vez, las palabras fueron más discernibles:

—Que Dios esté contigo.

—¿Qué? —Moon parecía casi alarmado—. ¿Qué ha dicho?

Entre estremecimientos, el hombre trató de incorporarse.

—Que Dios esté contigo —murmuró. Dejó escapar un débil quejido y cayó de

nuevo, en silencio. Aún respiraba, pero el hilo que le mantenía con vida estaba consumido y debilitado.

Merryweather suspiró.

—No está en sus cabales. Cuanto antes termine, mejor para él.

Moon dio media vuelta y se alejó.

—Quiero que se me informe cuando muera.

—No debe tomarse esto como algo personal —protestó Merryweather.

—Aquí hay una pauta. ¿Por qué no puedo verla?

Fuera, el Sonámbulo seguía dormido en el carruaje. Por encima de él, en su puesto, el conductor tiritaba de frío.

—Llévanos a casa.

El hombre asintió.

—¿Inspector?

—Señor Moon.

—Quiero ver el cadáver de Honeyman.

—Me temo que la familia lo incineró la semana pasada.

—¿Incinerado?

—Lo lamento.

Moon frunció el ceño.

—Me pondré en contacto con usted pronto.

—Se da usted cuenta de que debemos detener esto —insistió Merryweather—.

Debe terminar.

Moon ordenó al conductor que se pusiera en marcha.

—Deme tiempo —gritó mientras se alejaban—. ¡Deme tiempo!

Philip Dunbar falleció alrededor de una hora después de que Merryweather le deseara una muerte rápida, agonizando hasta el último instante. Por desgracia, la reacción de Moon fue echarse en brazos de la degeneración. Dos días después, regresó a casa de la señora Puggsley.

Yacía, deliciosamente exhausto, en un sillón del vestíbulo. Únicamente un vaporoso camisón de mujer cubría su modestia. Mina, la chica barbuda con el miembro rudimentario, colocó un cigarrillo encendido entre los labios de Moon y salió de la sala tímidamente. La alcahueta, llena de orgullo, se frotó las manos con satisfacción.

—Espero que Mina no le haya decepcionado.

—Admirable. Sin duda, se ha convertido en mi favorita.

En la sala había otras tres chicas, todas ellas antiguas favoritas. Fingieron aflicción ante las palabras de Moon, con exagerados gestos de disgusto. Una de ellas, una retrasada llamada Clara, se acercó a él y comenzó a acariciarle el cuello. Moon le lanzó unas monedas, y la muchacha correteó tras ellas con una sonrisa.

—Debe de ser una noche poco ajetreada, para que tantas de vosotras estéis sin

trabajar.

—Lo es, señor, lo es. Es usted nuestro primer cliente en toda la noche. De hecho, toda la semana ha sido muy tranquila.

—¿De veras? —Moon trató sin éxito de hacer anillos de humo, lo que divirtió mucho a una de las chicas, una criatura de rostro gris con un problema cutáneo en apariencia bastante doloroso y aletas en lugar de manos. La señora Puggsley la reprendió amablemente. El «señor Gray» era un cliente habitual, y no debía ser ridiculizado abiertamente.

—Las cosas mejorarán, sin duda.

Puggsley agitó su colosal cuerpo en lo que probablemente pretendía ser un encogimiento de hombros.

—No hasta que los viajeros se marchen —murmuró, y las demás murmuraron a su vez su asentimiento.

Moon se enderezó en el sillón, se rodeó con el salto de cama y apagó el cigarrillo.

—¿Viajeros?

En una ocasión, le dije a Moon que su costumbre de visitar el lupanar de la señora Puggsley era un reprobable lapsus en una personalidad, por otro lado, de moralidad aceptable, que su perversa atracción por estos accidentes de la naturaleza, esas pobres chicas generalmente dadas de lado, no era digna de él en absoluto. En respuesta, dijo que esas relaciones eran señal de una mente inquisitiva y de un espíritu experimentador. Además, dijo, en tono bastante más persuasivo, que el burdel de Puggsley no era malvado en sí mismo, sino tan solo un síntoma de una sociedad injusta. La señora Puggsley, según él, proporcionaba un santuario para esas muchachas en un mundo que de otro modo las temería y odiaría.

Tenía razón acerca de la sociedad, al menos. Fue nuestra sociedad, claro está, y no la señora Puggsley, la responsable de que esas mujeres vulnerables se vieran en sus desafortunadas posiciones. Creo que ya he dicho antes que daría mi vida por cambiar esa sociedad, para mejorarla y rediseñarla. Pero, fueran las que fueran las cualidades filantrópicas que poseyera Puggsley, una cosa era evidente: esa noche, proporcionó la clave de los asesinatos de Honeyman y Dunbar.

—Hábleme de los viajeros.

Una de las chicas rió nerviosamente.

—Son feriantes —explicó Puggsley—. Un carnaval. Atracciones y casetas, ya sabe. Pero algunos de sus fenómenos realizan trucos. Debo decir que no son muy beneficiosos para mi negocio.

—¿Cómo son?

La señora Puggsley refunfuñó.

—Los hay de todo tipo. Sirenas, enanos, y una chica que puede inflar globos con los ojos. ¿Cómo podemos competir con eso?

Mina regresó a la sala.

—No deberíamos tener que hacerlo —dijo, mientras peinaba su barba distraídamente con un cepillo—. Es una verdadera desgracia, el modo en que se han abierto paso en nuestro negocio. —Se sentó junto a Moon y le besó mecánica y desapasionadamente en la mejilla. Después, se ocupó de nuevo en desenmarañar su vello facial.

Moon apenas la prestó atención.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—Llegaron hace un mes más o menos.

—¿Hay acróbatas? ¿Gimnastas? ¿Malabaristas? ¿Alguien capaz de trepar edificios?

—Me trae sin cuidado —dijo altivamente la señora Puggsley—. No tengo interés en visitar ese lugar.

—Yo he estado allí —dijo Clara, la retrasada—. Vi a un hombre que subía al campanario de una iglesia y bailaba en la cima. Dicen que puede trepar por cualquier cosa. Le llaman «La Mosca Humana» por eso. Y también porque tiene un aspecto muy raro.

—Descríbele.

—Es muy desagradable a la vista, señor. Tiene escamas por toda la cara...

—¿Escamas? ¿Estás segura?

Clara asintió vigorosamente.

Moon se puso en pie. Sin mostrar signo alguno de vergüenza, tiró la bata al suelo y se vistió apresuradamente ante la congregación de mujeres.

—¿Dónde está esa feria?

—¿Es importante? —preguntó Clara.

—Más de lo que puedes imaginar —replicó Moon mientras se colocaba los gemelos.

—Al sur del río. A algo menos de un kilómetro de Waterloo.

Moon le dio las gracias y corrió hacia la salida. La señora Puggsley se puso en pie trabajosamente.

—Un placer como siempre, señor Gray. ¿Volverá pronto?

—Cuenta con ello —respondió Moon. Salió del edificio, corrió la calle Goodge abajo, paró el primer taxi que vio y se dirigió hacia Albion Square.

—Bueno —dijo la señora Puggsley mientras se acomodaba de nuevo con titánica torpeza en su butaca—, al menos tenemos un cliente satisfecho.

Moon corrió hacia la puerta del Teatro de los Prodigios. Un golfillo de la calle merodeaba convenientemente por allí.

—¡Chico! —gritó Moon.

El muchacho, desnutrido y de ropas harapientas, alzó la vista.

—¿Señor?

—Tengo un soberano para ti si entregas este mensaje a Scotland Yard. — Garabateó una nota y se la entregó—. Dásela a un hombre llamado Merryweather. ¿Lo has entendido?

—¿Un soberano? —preguntó, con los ojos como platos, el chico.

—Dos si te das prisa. Corre.

El chico no necesitaba más explicaciones, y echó a correr, perdiéndose en la oscuridad.

Moon bajó a toda prisa los peldaños que llevaban a su apartamento. Speight gruñó somnoliento cuando pasó junto a él.

La señora Grossmith se estaba preparando un trago antes de acostarse cuando Moon apareció de repente en la cocina.

—¿Ha dado otro paseo? —preguntó en tono reprobatorio.

Moon no le prestó atención.

—¿Dónde está el Sonámbulo?

—Duerme, señor. Lleva tres horas dormido.

—Entonces, habrá que despertarle —gritó Moon, mientras corría hacia el dormitorio.

—¿Ha ocurrido algo? —Al ama de llaves no le sorprendió no recibir respuesta alguna.

Moon despertó a su amigo agitándole violentamente.

—¡Le tenemos! —gritó—. ¡Tenemos a nuestro hombre!

Media hora más tarde, bajo una adusta y persistente lluvia, Moon, la señora Grossmith y el Sonámbulo permanecían congregados en los peldaños que daban entrada al teatro. Speight deambulaba por allí, tratando de averiguar a qué venía tanto alboroto.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó. Nadie le prestó atención.

—No es noche para estar a la intemperie —se quejó la señora Grossmith.

—No tenemos elección —replicó Moon.

—¿Adonde van a estas horas?

Antes de que pudiera responder, un carruaje hizo una traqueteante entrada en Albion Square y se detuvo junto al teatro. Merryweather descendió del vehículo con aspecto atribulado junto con dos fornidos policías de incógnito.

—Será mejor que esté en lo cierto —dijo—. Me ha sacado de la cama por este asunto.

El Sonámbulo asintió con aspecto cansado en un gesto de simpatía.

—Será mejor que nos pongamos en marcha antes de que empeore el tiempo. Si lo que dice es cierto, será el arresto más importante de mi carrera.

—¿Le he fallado alguna vez, inspector?

La respuesta de Merryweather se perdió en la lluvia y el viento, lo cual quizá fue

lo mejor para iodos.

Mientras el carruaje se alejaba de la plaza, Grossmith y Speight regresaban al teatro agitando sus cabezas con preocupación en un inesperado momento de camaradería. El vagabundo se acomodó estoicamente en los peldaños, y la señora Grossmith sintió un repentino sentimiento de culpa.

—¿Señor Speight? Es una noche fría. ¿Quiere un poco de caldo?

El vagabundo asintió con gesto agradecido y se incorporó. Los dos se refugiaron en los cálidos y piadosos placeres de la cocina de la señora Grossmith.

Cuando llegaron a la feria, la lluvia era ya torrencial y, lo que era aún peor, una espesa niebla había comenzado a descender, creando una atmósfera que hubiera dado un cariz tenebroso a la escena más inocente del mundo.

Los viajeros se habían asentado a aproximadamente un kilómetro al oeste de Waterloo, tras ocupar una pequeña colina junto a una fila de casas residenciales. A lo lejos se elevaba el campanario de una iglesia.

La feria en sí comprendía apenas una docena de caravanas agrupadas en una especie de círculo en el centro de la colina. Algunas de ellas lucían carteles y placas que prometían competiciones, juegos, espectáculos y cosas así, pero todo estaba cubierto y apartado para pasar la noche. La mayoría de sus propietarios se habían retirado, a excepción de un par de hombres zafios y sin afeitar que estaban sentados con desgana junto a una pálida y parva hoguera. El lastimero quejido de lo que parecía ser una flauta se oía en el campamento.

Mientras los investigadores caminaban hacia ellos, uno de los hombres alzó la vista con un gesto de evidente beligerancia en el rostro.

—¿Qué queréis? —preguntó. En la oreja izquierda llevaba colgado un gran aro de metal de los que uno suele encontrar colgando de las narices de las reses.

Merryweather, que estaba acostumbrado a tratar con gente de esa calaña, prefirió no revelar su profesión; en lugar de ello, proclamó que quería ver al propietario con objeto de intercambiar una gran cantidad de dinero por información. El hombre del aro metálico miró con gesto receloso al inspector, pero así y todo se puso en pie y se alejó adentrándose en la niebla. El más atrevido de los policías de incógnito (de nombre Moreland) trató torpemente de entablar conversación con el otro gitano, oferta que este rechazó con escasa elegancia mediante un brusco gesto de la mano.

Por fin apareció el propietario. Cuando lo hizo, la niebla debió de haber descendido aún más pesadamente, puesto que no fueron conscientes de que se estuviera acercando a ellos. Pareció materializarse por completo a apenas unos centímetros del codo derecho del Sonámbulo. Miró al gigante de arriba abajo como un granjero que contemplara reses en una feria de ganado.

—¿No deberías estar con nosotros? —preguntó.

Era un hombrecillo de rostro lúbrico semejante al de una comadreja que se presentó a sí mismo como señor King.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros? Debe de tratarse de algo condenadamente importante para que se presenten aquí a estas horas de la noche y con este tiempo, además.

—Buscamos a un hombre —explicó Merryweather.

—Hay muchos hombres aquí —replicó King, poco servicial, y soltó una risilla.

—Se le conoce —interpuso Moon— como la Mosca Humana.

Un gesto malicioso cruzó el desagradable rostro del propietario.

—Así que buscan ustedes a la Mosca. ¿Qué ha hecho esta vez?

—¿Qué le hace pensar que ha hecho algo? —dijo Moon cautelosamente.

—Ya se ha metido en líos antes. Es muy especial, ese muchacho. —King se humedeció el labio inferior con la lengua—. Muy especial.

—¿Podemos verle?

El propietario se encogió de hombros.

—No me gustaría despertarle. Mañana le espera un día muy ajetreado. Es una de nuestras mayores atracciones, saben.

Merryweather sacó su billetera y de ella un billete de cinco libras.

—Le daré el doble cuando nos lleve hasta él.

King hizo una reverencia.

—Sígueme, caballeros. No se separen de mí. Esta niebla puede ser traicionera.

Tenían buenos motivos para tomar esta advertencia en serio, ya que la niebla había adquirido esa espesura característica de Londres que hacía que fuera imposible ver más allá de medio metro. La niebla se aferraba a sus cuerpos, les cubría con una húmeda capa y traspasaba sus ropas. Era una niebla pegajosa y fría que calaba hasta el tuétano. El Sonámbulo se estremeció y Moon tocó su brazo.

—Lo sé, viejo amigo —dijo—. Lo siento.

King les guió hacia una caravana de pintura amarilla desconchada algo apartada de sus compañeras, la cría de la manada. Mientras se acercaban, Moon vio que a ambos lados de la caravana estaba escrito: «La Mosca Humana». Junto a la leyenda, un extraño símbolo pintarrajeado: una flor negra de cinco pétalos.

King golpeó la puerta.

—¡Visita! —gritó—. ¡Tienes visita!

Un gruñido amortiguado se oyó en algún punto del interior.

—Tienen dinero —le persuadió King.

Otro gruñido, fiero y primario.

—Solo queremos hacerle algunas preguntas —dijo Moon en tono razonable—. Podemos ofrecerle una sustanciosa recompensa.

La puerta se abrió a regañadientes, y una extraña figura sacó su cabeza a la luz. En un primer momento fue apenas aparente que se trataba de un ser humano. Parecía un segundo Calibán, un ser bestial, feroz, con el rostro cubierto de escamas y manchas del color del vómito. Miró a los visitantes y gruñó.

Merryweather tosió nerviosamente.

—¿Siempre tiene ese aspecto?

King sonrió.

—Ya les dije que era muy especial.

Moon no les prestó atención.

—No queremos hacerle daño.

La Mosca miró a Moon con cierta incertidumbre.

—Mi nombre es Edward Moon, y este es mi socio, el Sonámbulo. Estamos investigando las muertes de Cyril Honeyman y...

Antes de que pudiera proseguir, la Mosca aulló, conmocionado.

—Moon —le señaló y gritó en voz gutural y sobrenatural—. ¡Moon!

Moon sonrió.

—¡Muy bien!

—¡Moon!

—Así es. ¿Ha oído mi nombre antes?

La Mosca Humana no prestó atención a sus preguntas. Se abrió paso entre ellos y se perdió entre los bancos de niebla. Se movió tan rápidamente que todos, incluso el Sonámbulo, quedaron demasiado conmocionados para detenerle.

—Parece que no le cae usted bien. —King sonrió maliciosamente y extendió La mano—. En cuanto a mis honorarios...

Moon apartó al hombre a un lado.

—Al diablo sus honorarios —gritó, y corrió hacia la niebla. Desapareció casi de inmediato.

Merryweather se dirigió a sus hombres.

—Seguidme.

Acompañados por el Sonámbulo, echaron a correr tras el mago. King se quedó solo, se encogió de hombros y regresó al campamento.

Moon podía discernir una silueta justo por delante de él, una forma horrible e indistinta que aparecía y desaparecía ante sus ojos. Maldijo la niebla. Detrás de él, podía oír los gritos de sus amigos, que trataban de seguirle.

La Mosca huyó y se perdió entre las callejuelas cercanas. Moon apenas pudo creer la evidencia de sus sentidos cuando vio al hombre saltar al muro de la primera casa y trepar al tejado con la elegancia y agilidad de un felino salvaje perdido en la ciudad.

—¡Por favor! —gritó desesperadamente Moon—. Solo quiero hablar contigo.

La Mosca bufó una réplica. Quizá fuera su imaginación, pero Moon hubiera jurado que la criatura estaba gritando su nombre.

—¡Detente! —gritó Moon—. ¡Baja!

La criatura no le prestó atención y echó a correr a lo largo del tejado del edificio. Cuando llegó al final, saltó al edificio contiguo y siguió adelante, dirigiéndose hacia la iglesia de la siguiente calle, retorciéndose, contorsionándose y saltando como una rana calle abajo, como una sombra vil que atravesara grotescamente el horizonte.

Merryweather y los otros aparecieron, jadeantes, demasiado tarde, junto a Moon.

—¿Dónde está?

En silencio, Moon señaló arriba. La criatura se elevaba sobre un tejado a varias casas de distancia. Por un instante se balanceó peligrosamente, después se enderezó y echó a correr de nuevo.

—Dios santo. —Merryweather se santiguó—. ¿Es real?

—Eso me temo.

—Parece que hemos dado con nuestro hombre.

—Me conocía, inspector —gritó Moon—. Alguien le dijo que le buscaríamos. Este hombre no actuaba solo.

—Cuando esté bajo nuestra custodia —dijo Merryweather en el tono más pedante del que fue capaz—, recuérdeme que se lo pregunte a él.

Por encima de sus cabezas, su presa saltaba de tejado en tejado. Lo perdieron de vista en la niebla mientras se acercaban a la iglesia, pero un instante después la niebla desapareció y pudieron verlo, sobre el campanario, aferrado a la veleta y aullando a la luna.

—¡Baja! —gritó Moon—. ¡Por favor!

La criatura chilló obscenidades a la noche.

Moon se giró hacia el Sonámbulo.

—¿Podrías...? —comenzó, pero el Sonámbulo le interrumpió con un gesto. Garabateó algo en su pizarra.

Miedo de alturas

—Maravilloso —murmuró Merryweather, y el prestidigitador miró con gesto decepcionado a su amigo. El inspector se giró con optimismo hacia sus hombres, pero antes incluso de que pudiera preguntar, los hombres agitaron la cabeza como uno solo.

—¿Cómo diablos vamos a bajarle de ahí? —preguntó el inspector.

Moon gritó de nuevo a la Mosca Humana.

—¡Por favor! —dijo—. No te haremos daño. Tienes mi palabra.

La Mosca aulló de nuevo.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Merryweather.

—Creo que puedo entenderlo —dijo Moreland, que era famoso en el cuerpo por su prodigioso oído—. Suena como... Que Dios esté contigo.

—¿Qué? —dijo Moon.

La Mosca chilló.

Moon gritó hacia el campanario.

—Por favor, sea lo que sea lo que estás a punto de hacer, detente. Podemos ayudarte.

Pero era demasiado tarde. La Mosca aulló nuevamente y esta vez todos pudieron

oír con diáfana claridad una frase prosaica y razonablemente habitual común en la vida diaria, pero que en este contexto resultaba ciertamente turbadora y alarmante por su incongruencia.

—Que Dios esté contigo.

Con este último aullido, la Mosca se lanzó desde el campanario. Por fortuna, la niebla ocultó su caída, pero todos oyeron con escalofriante claridad el terrible crujido de huesos rompiéndose cuando el cuerpo golpeó el suelo.

Merryweather corrió hacia el cuerpo y le tomó el pulso. Muerto del todo, confirmó.

Moon contempló el cadáver de la desafortunada criatura. En la muerte, parecía un ser de extraña fragilidad. Casi parecía vulnerable.

—La muerte de una mosca humana —murmuró.

—Muy cierto —rió el inspector—. Parece que la aplastamos.

Moon miró al policía con gesto reprobatorio.

—Esto no es el final —dijo en voz baja, y desapareció en la niebla.

Capítulo 8

Una semana después, en el puente de la Torre de Londres, el prestidigitador coincidió de nuevo con el extraño invitado al que conoció en la fiesta.

—¡Señor Moon!

Una curiosa figura, encorvada en mitad del puente, gritaba su nombre y agitaba su sombrero a modo de saludo. Recordaba a una gárgola que hubiera descendido de los tejados de la ciudad y vagabundeara libre por las calles con impunidad.

—Llega algo más tarde de lo que le esperaba.

Moon contempló a la figura achaparrada con recelo.

—¿Nos conocemos?

El hombrecillo parecía palpablemente decepcionado.

—¿Tan pronto me ha olvidado?

—¿Señor Cribb?

Una repentina sonrisa.

—El mismo.

Esas palabras fueron más una proclamación que una confirmación, como si pensara que su nombre era inmediatamente reconocible. Extendió su mano izquierda, de solo cuatro dedos.

Moon hizo caso omiso del gesto.

—Prometió usted que no nos volveríamos a encontrar, si no recuerdo mal.

Cribb pareció encontrar las palabras de Moon terriblemente divertidas.

—¿Eso dije? Bueno, sin duda era cierto desde mi punto de vista. Desde el suyo... digamos simplemente que el tiempo transcurre de manera distinta para usted y para mí.

El detective resopló, irritado, y reanudó su camino.

—Puedo contarle la verdad acerca de la Mosca —gritó Cribb mientras Moon se alejaba.

Moon se detuvo de inmediato, pero no dio media vuelta. Su rostro era hierático e impenetrable.

—¿Qué sabe usted?

Una sonrisa se insinuó en el desagradable rostro de Cribb.

—Camine conmigo.

—¿Por qué?

—Porque eso es lo que hacemos. Lo que debemos hacer, lo que haremos, lo que ya hemos hecho. En cierto modo, claro está, lo hicimos hace meses.

—Estoy demasiado ocupado —protestó Moon, pero comenzaba a sentir la curiosidad, su antigua y persistente amiga tirándole de la manga.

—Simplemente camine conmigo.

Un momento de recelo y vacilación. Un pesado suspiro. Una explícita mirada al

reloj, como si quisiera hacer ver que su agenda estaba demasiado apretada. Y después, un asentimiento, media sonrisa y un consentimiento reactivo. Mientras recorrían el puente de regreso, Cribb comenzó a hablar.

—Los vikingos estuvieron aquí —dijo, sin motivo aparente—. Hace novecientos años arrasaron este puente. —Comenzó a gesticular efusivamente como si fuera un entusiasta profesor deseoso de impresionar en su primera clase, y su entonación cambió de coloquial a retórica—. Ataron sus barcos a la estructura del puente, los encadenaron a las vigas y refuerzos, y después remarón. Remarón río abajo y desmembraron la estructura, destrozaron el condenado puente y lo sumergieron en el Támesis. El puente se cae, ¿entiende? Pero ha sido construido, y reconstruido, muchas veces. La ciudad resiste.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —preguntó Moon, perplejo ante la lección de historia improvisada.

Cribb no respondió, como si pensara que no era digno de él hacerlo. En lugar de eso, se giró hacia Moon y dijo:

—No es usted un hombre acostumbrado al fracaso.

—Es cierto.

—Está acostumbrado a resolver crímenes después de una o dos horas en el archivo, a desenmarañar acertijos desde su sillón, a tener intuiciones definitivas entre los brazos de alguna muchacha deforme en el burdel de Puggsley.

La voz de Moon sonó casi asustada.

—¿Cómo sabe todo eso?

Cribb se encogió de hombros.

—Usted me lo dijo. O lo hará, mejor dicho. Le queda tanto por aprender, señor Moon. Nunca ha llegado a comprender el caso Honeyman. No sabe por qué la Mosca conocía su nombre. Tiene muchas preguntas y pocas, muy pocas respuestas.

—Si sabe algo, le sugiero que lo diga cuanto antes. Si es necesario, puedo hacer caer sobre usted todo el peso de la ley.

—Por favor. —Cribb habló en tono de director de escuela decepcionado pero indulgente—. No es necesario recurrir a amenazas. Mis manos están atadas. Hay reglas.

—¿Qué quiere usted?

—Todos los crímenes tienen un contexto, señor Moon. Todos los asesinatos se producen como resultado de una intrincada secuencia de eventos. En ocasiones, esa secuencia puede ser cosa de horas, días o semanas. Lo más habitual, sin embargo, es que se trate de meses o años. Pero en algunos casos, pocos y excepcionales, una sola muerte puede representar un trabajo de siglos. Le falta perspectiva, señor Moon. Tengo en mente hacerle una pequeña visita guiada. Me gustaría enseñarle la ciudad.

—Ya la he visto.

—Londres se extiende ante nosotros como un gran libro. Sígame y le enseñaré a leerlo.

Dejaron el puente a sus espaldas y caminaron con rapidez por la calle Upper Thames. Llegaron a la calle Queen y de ahí a Cannon, donde se detuvieron frente a una iglesia de aspecto triste y desolado.

—Saint Swithin's —explicó Cribb en el tono categórico de los guías turísticos. Entró en la iglesia. Moon le siguió.

Entre servicios, la iglesia estaba prácticamente desierta. El ambiente estaba cargado de aromas a incienso y mohó, y un puñado de fieles estaban sentados en los bancos. Algunos rezaban o meditaban, pero la mayoría dormían o, como les ocurría a varias alcohólicas de nariz bulbosa que se sentaban en una misma fila, estaban aturridos por la bebida. No había ningún sacerdote o párroco a la vista. Era un rebaño que zozobraba, abandonado por su pastor.

Moon observó a su compañero arrodillarse junto al altar y contemplar algo que él no podía ver.

—¡Edward! —susurró ásperamente—. ¡Por aquí!

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó Moon, molesto ante la familiaridad.

Cribb señaló.

—Allí. ¿Lo ve?

Por encima del altar, y detrás de dos querubines enmohecidos, había lo que parecía ser un gran pedazo de mampostería empotrado en el oscuro muro, moteado de manchas de humedad y decolorado por el tiempo y la penumbra. Contrastaba fuertemente con el resto del edificio. Cal, supuso Moon, o quizás arenisca.

—¿Qué se supone que estoy mirando?

—La piedra de Londres —suspiró Cribb en tono profundamente reverente.

El detective lo miró exasperado.

—Hay muchas historias sobre el origen de la ciudad —comenzó Cribb, sin prestar atención a las miradas irritadas de los fieles que aún estaban conscientes—. Según la leyenda, sus fundadores fueron los descendientes de los griegos. Se dice que Bruto navegó hasta aquí guiado por un sueño en el que la diosa Diana le presagiaba la historia de Londres en su totalidad. «Más allá de la puesta de sol», le dijo. —En este punto de la narración, la voz de Cribb tomó un cariz femenino francamente embarazoso—. «Más allá de la Galia, hay una isla que una vez habitaron gigantes y ahora está desierta y vacía. La he preparado como santuario para los tuyos. En los próximos años, demostrará ser una segunda Troya. Allí nacerá una estirpe de reyes de tu sangre, y el planeta entero estará bajo su mando».

Moon bostezó.

Cribb prosiguió; el relato fluía de sus labios con facilidad.

—La diosa le dio a Bruto esta piedra. Le prometió que, mientras la piedra perdurara, la ciudad florecería. Pero también le advirtió: si la piedra se pierde, la ciudad perecerá. —Miró en torno a sí, al desolado aspecto de la iglesia—. La verdad, creo que deberíamos tratarla con más cuidado.

—Es un bonito cuento de hadas —dijo Moon, y miró de nuevo la piedra.

—Este siempre ha sido un lugar sagrado. Boadicea arrasó el lugar que estamos pisando ahora mismo. En unos años, los arqueólogos encontrarán su venganza marcada en la tierra bajo nuestros pies, un surco de barro rojo, una herida escarlata que atraviesa la historia de la ciudad de Londres. Incluso ahora sigue habiendo una cierta... tenuidad. ¿No lo siente?

Moon hizo una mueca.

—Escuche —dijo, en un tono tan razonable como fue capaz—, ¿porqué no nos olvidamos de todo esto y tomamos una copa?

—Tiene usted que comprender la naturaleza de la ciudad —dijo Cribb, poniéndose en pie—. Venga conmigo. Hay más cosas que debe ver.

Moon estaba irritado, pero también intrigado, muy a su pesar. Siguió a Cribb mientras se dirigían hacia la calle Cannon y al centro del distrito financiero. Era una parte de la ciudad que Moon no solía frecuentar. A pesar de su aparente prosperidad, había algo deprimente en ella, algo indefinido, gris y opresivo. Manadas de hombres de negocios caminaban sus calles enfundados en trajes oscuros, engraidos y ajenos al prestidigitador y al hombrecillo. Un aroma conocido que no le resultaba familiar a Moon era omnipresente: el perfume acre del comercio, el olor a dinero, seco y de segunda mano lo impregnaba todo.

Giraron hacia la calle King William y acortaron por Change Alley en dirección a la calle Threadneedle.

—La mayoría de este distrito será bombardeado —dijo Cribb con cierta indiferencia.

—¿Bombardeado?

—Destruído, arrasado por explosivos aéreos.

—Imposible.

—Saint Swithin's, por ejemplo, quedará reducida a añicos en cuarenta años. Construirán un banco sobre ella. No queda nada allí que indique que la iglesia existió una vez.

—¿Cómo puede saber eso?

El pequeño y repulsivo rostro de Cribb se oscureció por unos instantes.

—Lo he visto. Más de una vez. Las primeras bombas caerán dentro de una o dos décadas, no más.

Moon rió.

—Está bromeando.

Cribb esbozó una exasperante sonrisa en respuesta y se alejó, obligando a Moon a correr indignamente para alcanzarle. Salieron a la calle Threadneedle, donde se elevaban los dos pilares centrales de la ciudad: el Guildhall y el Banco de Inglaterra.

—Siempre he sentido curiosidad sobre ellas —dijo ociosamente Moon, y señaló dos estatuas que hacían guardia frente a las puertas del Guildhall, dos monolitos gastados por la lluvia, dos gigantes pétreos que sostenían varas de madera y vestían con pieles de animales.

—Así que quiere usted aprender.

—Siento curiosidad.

Cribb soltó la información con el tono autoritario y confiado de una enciclopedia andante.

—Son Gog y Magog. Los últimos gigantes de Inglaterra, que Bruto trajo aquí para que guardaran las puertas de la ciudad. Según la leyenda el rey Lud les exilió de Londres tras una sangrienta reyerta.

—¿Por qué sabe usted tanto de la ciudad?

—No puedo dejarla. Sus fronteras son las mías. Pero no le he traído aquí para ver esto. —Cribb asintió en dirección al Banco de Inglaterra—. Mire.

—Hace unos años evité un robo allí —dijo Moon en tono conversacional—. El Sonámbulo y yo aún lo recordamos de cuando en cuando. Un tipo trató de cavar hasta la cámara de seguridad. Esperaba llegar a las reservas de oro, pero terminó hundido hasta la cintura en las aguas fecales. Fue enormemente divertido.

Cribb pareció molesto por la digresión.

—Quiero que lo mire. Que lo mire de verdad. Que intente ver su verdadera esencia, que vea el cráneo bajo la piel. Que entienda lo que representa.

Un momento de silencio.

—¡El corazón envenenado de Londres! —resopló Cribb con repentina rabia—. ¡Una úlcera monstruosa en el centro de la ciudad! Estamos oprimidos, señor Moon, y nos rodean por doquier las señales de esa opresión.

—Si lo asegura usted...

—No se equivoque: la ciudad está en el centro de todo este asunto, es el principal actor de este teatro. Tengo una cosa más que enseñarle.

Se alejó, y Moon le siguió. Regresaron por calle la King William y se dirigieron hacia el monumento (una gran columna dórica erigida en el siglo XVII en recuerdo del gran incendio).

Discúlpeme si esta aclaración les ha parecido condescendiente; he añadido este último detalle para los ignorantes y los turistas. Espero que mis lectores hayan recibido la educación suficiente para reconocer la importancia de los logros de Wren sin que se lo tengan que explicar, pero, desgraciadamente, uno siempre tiene que hacer ciertas concesiones en beneficio de los necios. No puedo restringir la lectura de este manuscrito a nadie, me temo, y es un hecho bien cierto, aunque trágico, que hasta el momento nunca he conseguido subestimar la inteligencia del gran público.

Cerca del monumento, en calle King William, había una construcción en curso.

—Trenes —dijo Cribb mientras caminaban—. Están renovando los túneles subterráneos.

Los dos pagaron sus entradas en la pequeña cabina exterior, entraron al monumento y subieron la escalera de caracol hacia la cima. Cuando salieron al frío

aire del exterior, estaban sudorosos y jadeantes. Una endeble baranda metálica parecía ser la única barrera entre ellos y una vertiginosa caída.

Los últimos visitantes se estaban marchando ya (en las escaleras se habían producido algunos momentos embarazosos, cuando distintos grupos habían tratado de seguir su camino en direcciones opuestas) y por unos minutos Cribb y Moon pudieron disfrutar de la vista en soledad.

Contemplaron Londres. Había comenzado a llover. Era una llovizna fina y sin color, casi como un velo sucio y sombrío que hubiera caído sobre la ciudad.

—Fea, ¿verdad? —dijo Cribb—. Ahora la ve como es en realidad, sin maquillaje y sin colorete. Tras el incendio, Wren quería construir una nueva ciudad, el Londres de sus sueños, un nuevo Jerusalén, una reluciente metrópoli levantada sobre líneas matemáticas puras.

—¿Qué ocurrió?

—La ciudad le derrotó. Rehusó doblegarse a la forma que le quiso imponer, y prefirió seguir siendo tercamente un lugar pecaminoso. Incluso se lo dijo a él. Cuando Wren caminaba por los restos de la vieja iglesia de Saint Paul, tropezó y cayó sobre unos escombros que ocultaban una tumba. Cuando se puso en pie y se apartó el polvo de las ropas, la vio y leyó en ella, en latín: «Resurgam», es decir, «Resurgiré de nuevo».

—¿Está tratando de decirme algo?

—Hago lo que puedo. Pero hay un límite en cuanto a lo que puedo revelar.

—¿Es siempre tan críptico?

Cribb sonrió.

—El monumento tiene sesenta y un metros y medio de alto. Curiosamente, la altura exacta de la estatua de Nelson en Trafalgar Square.

—¿Tiene importancia eso?

—Geometría secreta, señor Moon. Está por todas partes en esta ciudad.

Un guía apareció y les informó en tono pedante de que iban a cerrar y tenían que marcharse de inmediato.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Moon cuando estuvieron fuera.

—Té y pastas, imagino.

A pesar de sus muchas reprobables e insalubres cualidades, había algo llamativo, incluso atractivo, en Thomas Cribb. Al menos eso fue lo que me aseguró Moon, ya que nunca lo comprobé con mis propios ojos. Aun así, mientras disfrutaban de té y pastas en una cafetería de Cheapside, Moon se sorprendió a sí mismo disfrutando de su compañía, preguntándole constantemente acerca de la historia londinense y tratando de arrancarle la información acerca de la Mosca Humana y los asesinatos de Honeyman y Dunbar que Cribb seguía guardando para sí. Ya con su segunda taza de Earl Grey humeante, Moon hizo una pregunta que no sabía bien cómo verbalizar sin parecer estúpido. Dadas las circunstancias, optó por la franqueza.

—¿Por qué le cuenta a la gente que viaja por el tiempo?

Cribb jugueteó con su cucharilla.

—No digo nada parecido. Simplemente admito que he vivido en el futuro.

—No le creo.

—Lo que crea usted es asunto suyo. Pero puedo decirle algo: en nueve años, el rey habrá muerto. En trece años entraremos en guerra, y otra vez dos décadas más tarde. En 1952, una niebla venenosa matará a cientos de londinenses. Diez años después, la ciudad cambiará por completo: nuevos edificios se elevarán hacia el cielo, orgullosos. Y dentro de un siglo, se construirán enormes y terribles templos allí donde se levantan y prosperan ahora nuestros muelles y almacenes.

Moon sintió genuina admiración por su descaro.

—¿Cómo puede asegurar saber todo esto?

—Lo he vivido —dijo simplemente Cribb.

Moon rió con una cierta inseguridad.

—Tiene usted labia, se lo concedo.

Antes de que Cribb pudiera responder, una figura no bienvenida apareció junto a la mesa y tosió educadamente.

El albino, el señor Skimpole, estaba frente a ellos. Asintió a modo de saludo.

—Caballeros.

Moon no le prestó atención.

—Skimpole —dijo en voz baja Cribb.

—¿Nos conocemos? —preguntó el albino con inquietud.

Cribb ahuyentó la pregunta con un ademán.

—No me recordará.

—No —Skimpole le miró fijamente—. No, no le recuerdo. Tenga. Mi tarjeta. — Le entregó un pedazo de cartulina blanca que Cribb inspeccionó con evidente disgusto.

Skimpole le miró por encima de sus lentes. Sonreía en un gesto de evidente insinceridad.

—Lamento interrumpir, pero debo solicitar una breve audiencia.

Moon le miró.

—¿Ha estado siguiéndome?

—Gracias por la visita. Ha sido de lo más instructiva.

Cribb le miró con una curiosidad que no se molestó en ocultar.

—Un placer.

—¿Qué quiere? —preguntó Moon.

—Lo que llevo semanas pidiéndole: su ayuda. Ni más ni menos. Le doy mi palabra de que será justamente recompensado.

—Ya tiene mi respuesta —replicó el detective, apenas capaz de reprimir su furia.

—Por favor —rogó Skimpole—. La ciudad está en peligro.

—Eso dice usted.

—Pensé que después de Clapham estaría usted impaciente por una oportunidad así. No me obligue a tomar medidas drásticas.

—Nunca —escupió Moon, ya decididamente enojado tras la amenaza del albino. Skimpole suspiró melodramáticamente.

—En ese caso, no me deja usted elección. —Hizo una reverencia y salió de la habitación—. Nos volveremos a encontrar.

—Un tipo desagradable —dijo Cribb cuando el albino hubo desaparecido, mientras mordisqueaba pensativo una madalena—. ¿Debo entender que no son ustedes amigos?

Moon negó con la cabeza.

—Skimpole explota la fragilidad humana —explicó—. Se alimenta de debilidades y envidias. Lo crea o no, le respalda toda la fuerza del rey y la nación. Trabaja para un departamento del Gobierno, que se hace llamar por el absurdo nombre de Directorado.

—¿Había tratado con él antes?

—Antes de conocer al Sonámbulo —dijo sombríamente Moon.

—¿Antes? —Cribb parecía un tanto sorprendido—. Da la impresión de que ustedes dos llevan toda la vida juntos.

—Antes... Hace años, tenía un socio. —Moon hizo una pausa—. Un muchacho joven. Poseía un intelecto crítico superior incluso al mío. Podría haberme superado fácilmente. En un mundo mejor y más decente, lo hubiera hecho. Era un auténtico gozo verle en acción.

Cribb dio un educado sorbo a su café, abrumado ante la repentina explosión de emotividad.

—No entraré en detalles, pero Skimpole encontró su talón de Aquiles. Un incidente desafortunado, una indiscreción menor, un momento de debilidad, nada más. Pero el Directorado le persiguió por ello y le chantajeó para que trabajara con ellos. El muchacho siguió las órdenes del albino solo para evitar un escándalo, tanto por mí como por él mismo. —Moon cerró los ojos, apenado—. En último extremo, el sacrificio le costó todo lo que tenía. Mientras trabajó para el Directorado, yo... —Hizo una nueva pausa, y tosió abochornado—. Yo le perdí. Por eso nunca podré trabajar para Skimpole, entienda. Por eso apenas soy capaz de reprimir el impulso de dispararle en cuanto le veo.

—Me preocupa a qué se refería... Cuando habló de medidas drásticas.

Moon se encogió de hombros.

—Puedo cuidar de mí mismo, no se preocupe.

—¿Le ha hablado el Sonámbulo de mí?

—No. ¿Por qué? ¿Debería haberlo hecho?

—Quizá me equivoque, pero me pareció que me reconoció.

—¿Que le reconoció?

—Es imposible, por supuesto. Estoy seguro de que me acordaría. Pero siento

curiosidad... ¿cómo se conocieron ustedes dos?

—Pensaba que habría averiguado usted todo lo referente a mí en el futuro —dijo con sarcasmo Moon—. ¿Acaso no soy objeto de estudio en las universidades del futuro? ¿No hay estatuas mías?

—Me temo que se le ha olvidado. Es usted una nota a pie de página, Edward. Otro de los que pasaron de largo en la historia. —Cribb no pareció darse cuenta de lo mucho que esas palabras hirieron a Moon—. Pero estamos divagando. Estaba a punto de hablarme del Sonámbulo.

—No iba a hacerlo —replicó Moon—. Usted me estaba preguntando.

—Por favor.

—Él vino a mí. Le encontré una noche hace varias Navidades.

—¿Un paisaje nevado? —preguntó Cribb—. ¿Villancicos en Albion Square? ¿Unos críos haciendo muñecos de nieve en la calle?

—Así es —dijo Moon, sorprendido. ¿Por qué?

—Solo describía el paisaje. Continúe.

—No hay mucho qué contar. Llamaron a mi puerta y le encontré fuera, tiritando de frío.

—Como un gato abandonado.

—Prefiero pensar en él como un huérfano. Aunque no sé bien por qué se lo he contado. Espero poder confiar en su discreción.

Cribb asintió. Moon se puso en pie.

—Deberíamos terminar. Tengo una actuación.

En la calle, Moon paró un carruaje.

—Gracias por la charla —dijo cuando el carruaje se detuvo junto a él—. No estoy muy seguro de cuánto he entendido, pero sin duda ha sido entretenido.

—Un placer.

Moon subió al carruaje y le dijo al conductor que se apresurara hacia Albion Square.

—¿Podemos vernos de nuevo? —preguntó Cribb mientras Moon se acomodaba para el viaje.

Moon pensó durante unos instantes.

—Me gustaría —dijo.

Mientras el carruaje se alejaba, Cribb pareció recordar algo repentinamente.

—¡Señor Moon! ¡Lo olvidé! ¡Debo advertirle! No vea...

Fuera lo que fuera lo que iba a decir, se perdió bajo el traqueteo del carruaje, que dejaba el distrito financiero a sus espaldas y galopaba alegremente de vuelta a casa.

El inspector Merryweather estaba entre la audiencia esa noche, aplaudiendo y vitoreando como uno más a pesar de que debía de haber visto el espectáculo una docena de veces antes. Después, en el Strangled Boy, felicitó a Moon y al Sonámbulo. Reía a carcajadas, cogía sus manos y les daba las gracias efusivamente

por haber resuelto los asesinatos de Honeyman y Dunbar.

—Entonces, ¿el caso está cerrado? —preguntó esperanzado.

Moon había estado ausente y distraído durante toda la tarde.

—No lo creo.

—Pero hemos encontrado a nuestro hombre —protestó el policía—. Está pudriéndose en la morgue. —Se giró hacia el Sonámbulo—. Échame una mano, muchacho. Apóyame.

El Sonámbulo estaba sentado junto a la barra en un banco que parecía diminuto bajo él. Tenía una pinta de leche medio vacía en la mano. Agitó la cabeza, taciturno, y se concentró de nuevo en su bebida.

—No hay móvil —dijo de repente Moon—. Era una atracción en una feria ambulante. ¿Por qué? No mataba por dinero.

Merryweather no prestó atención a estas objeciones.

—Se escapó de alguna institución. Eso no sería de extrañar. La gente como él no necesita motivos. Usted y yo sabemos que no sería el primero.

—Aquí hay una conexión. La Mosca conocía mi nombre. Me reconoció.

Merryweather no parecía convencido.

—Estaba usted cansado. Todos estábamos confundidos. Quizás haya malinterpretado las cosas... Quizá oyera y viera cosas que no ocurrieron. —El inspector, satisfecho de su explicación, dio el último sorbo a su cerveza—. Discúlpenme —dijo, y se alejó en la penumbra del bar.

El Sonámbulo tiró de la manga de Moon, pero el prestidigitador pareció molesto por la interrupción.

—¿Qué pasa?

¿Dónde estabas?

Por un momento no respondió.

—Con un amigo —dijo por fin.

Cribb

—¿Me has seguido?

El Sonámbulo agitó la cabeza vigorosamente.

—Cree que le reconociste, sabes.

Malo

—En realidad, es un tipo bastante interesante cuando llegas a conocerle. Deberías intentar no ser tan crítico.

El Sonámbulo comenzó a escribir una réplica, pero, en una repentina muestra de irritación, Moon golpeó la tiza de su mano y la hizo caer al suelo.

—Más tarde —murmuró.

El inspector regresó con un vaso repleto de un líquido de aspecto peligroso y aceitoso.

—He tomado una decisión —dijo Moon—. Nuestra investigación no ha terminado.

—Por favor —repuso Merryweather—. Entiendo que esté usted aburrido, pero esto es ridículo. Pronto habrá más casos.

El detective no le prestó atención.

—Necesitamos la opinión de un experto.

Merryweather entrecerró los ojos.

—¿Qué quiere decir?

—Solo hay un hombre en Londres que posea mis facultades en mayor grado que yo mismo.

Merryweather alzó una ceja con recelo.

—¿Quién?

Moon gesticuló como si hubiera tragado por accidente algo amargo.

—Barrabás.

El Sonámbulo miró a Moon confundido, pero el nombre tuvo un efecto muy distinto sobre el inspector. Horrorizado, dejó su vaso en la barra sin haberlo probado.

—No puede hablar en serio.

Moon ya se dirigía hacia la puerta.

—Quiero verle esta noche.

Merryweather y el Sonámbulo intercambiaron miradas consternadas.

—No es posible —protestó el inspector.

—Hágalo posible —gruñó Moon—. Pida favores. Pague lo que sea necesario. Les veré a los dos en una hora. —Con un ademán imperioso, se marchó.

El Sonámbulo garabateó un mensaje para el inspector.

¿Donde bamos?

Merryweather gruñó. De repente, parecía demacrado, como si hubiera perdido de golpe todo el buen humor.

—Newgate —dijo.

Capítulo 9

Newgate se ocultaba en el corazón de la ciudad vieja, y era la principal avanzada del infierno en la Tierra.

En ese momento en su historia, cuando le quedaban apenas unos años antes de ser arrasada y sustituida por algo no tan obviamente inspirado en el Hades, en la prisión solo retenían a criminales condenados a muerte y que esperaban su ejecución, pecadores que habían perdido toda posibilidad de apelación, para quienes no quedaba ya esperanza, y cuya única oportunidad de indulto estaba en manos de un tribunal menos terrenal. Era un lugar sin caridad ni amor, un cáncer urbano que respiraba y latía con el pulso de la muerte.

Llegaron poco después de medianoche. El cielo, oscuro, estaba cubierto de nubes de tormenta, y había comenzado a caer de nuevo una llovizna lúgubre y gris.

—¿Por qué está siempre lloviendo? —protestó el inspector mientras bajaban del carruaje.

—No me había dado cuenta —dijo Moon secamente. Caminó hacia las puertas de ébano de la penitenciaría. Merryweather y el Sonámbulo le siguieron recelosamente. El gigante alzó la vista hacia la gigantesca estructura y se estremeció. Dos guardias les miraron malhumorados mientras se acercaban. Merryweather tomó la iniciativa.

—Soy el inspector Merryweather. Estos son el señor Moon y el Sonámbulo. Nos están esperando.

Uno de los hombres asintió sombríamente. Su rostro era del mismo color que su mugriento uniforme. Tras unos instantes rebuscando llaves y abriendo cerrojos, los guardas les permitieron por fin entrar por una pequeña puerta interior que se alojaba como la gatera de un convicto en un rincón de la puerta principal. Dentro había un patio vacío iluminado tan solo por la luna y rodeado de sombras en cada esquina. Un hombre les esperaba en el otro extremo. Su apariencia era incongruente. Vestía elegantemente y era de aspecto pulcro, aunque sufría de una severa alopecia. El poco pelo que tenía lo llevaba atado en una trenza grasienta y desagradable, tan larga que le caía por la espalda, y que casi parecía un pellejo raído por las polillas que hubiera sido grapado de manera inexplicable a su cuero cabelludo. Les saludó con la mano.

—Señor Moon. —Agitó la mano del prestidigitador con una calidez y un húmedo vigor que hizo que el mago se estremeciese—. Es un placer verlo de nuevo. —Se giró hacia los otros—. Mi nombre es Meyrick Owsley. Encantado de conocerles. Barrabás les está esperando. —Se alejó a paso ligero, y los otros le siguieron, Moon a su lado, conversando en voz baja y tono urgente, y Merryweather y el Sonámbulo más atrás, en educado silencio.

Owsley les llevó desde el patio hasta las profundidades de Newgate. Cada puerta y barrera que encontraban tenía que ser abierta con llave, y todas las guardaba un carcelero fuertemente armado y de mirada dura y áspera, como corresponde a alguien

acostumbrado a tratar a diario con los peores especímenes de su especie. Owsley les llevó a través de pasillos y pasajes cuyos sucios muros estaban cubiertos de hongos, húmedos y mugrientos. Pasaron junto a celdas ocupadas por los solitarios condenados, y sus gritos y lamentos, asfixiantes y mefíticos como el humo, eran omnipresentes en los pasillos. Algunos miraban a los intrusos entre las barras de sus jaulas, unos pocos gimoteaban o escupían obscenidades, pero la mayoría permanecían sentados y encogidos en su propia suciedad, demasiado hastiados para prestar atención a los visitantes, resignados ante su inminente cita con el nudo de la horca. La atmósfera era húmeda y opresiva, y mientras los cuatro hombres se abrían paso por los intestinos del lugar, cosas pequeñas peludas y de grandes dientes correteaban y se deslizaban entre sus pies.

Sin duda considerarán que estoy exagerando, que estoy dando un color extra a la verdad para conseguir un efecto dramático, que incluso entonces nuestras prisiones no podían tener un aspecto tan medieval. Lamento, no obstante, tener que admitir que lo que acaban de leer es una descripción exacta y precisa del estado de Newgate durante sus últimos años de existencia. Si acaso, he suavizado el retrato para no turbar la delicada sensibilidad de las damas que puedan estar leyendo este relato (siguiendo un mal consejo, imagino) y para no inquietar a aquellos cuya disposición tienda al nerviosismo o el histerismo.

El Sonámbulo dio un leve pero muy significativo codazo a Merryweather en las costillas y asintió en dirección a Owsley, que seguía caminando por delante de ellos. Su largo mechón de pelo ondeaba cómicamente de arriba abajo.

—Meyrick Owsley —dijo Merryweather—. Antiguo abogado, y muy bueno. El mejor de Chancery Lane, antes de encontrarse con Barrabás. Ahora, por lo que parece, se ha convertido en su sirviente.

Owsley debió de oír su nombre, dado que se giró y miró maliciosamente al policía.

—Más que eso, inspector —dijo, con la mirada llena de fervor y de fe—. Soy su discípulo.

Merryweather se aclaró la garganta con cierto embarazo.

—Rectifico entonces.

Al final del pasillo se detuvieron frente a la última celda, diminuta, desnuda e iluminada con la tenue luz de una vela ya gastada. Podían discernir una figura en su interior: una silueta negra y amorfa encogida en una esquina de la celda. Entonces oyeron la voz, a medio camino entre un graznido y un susurro:

—¿Meyrick?

Owsley esbozó una corta reverencia.

—Señor, le he traído un cigarrillo. —Le entregó algo a través de los barrotes. Dedos sucios aceptaron el ofrecimiento en la penumbra antes de que la celda quedara

iluminada en primer lugar por el parpadeo de una cerilla y después por el tenue fulgor del cigarrillo.

Hora de visitas en el zoo, pensó Merryweather, que precisamente la semana pasada había contemplado en compañía de su mujer y sus cinco hijos el angustiado deambular de un tigre de Bengala de un lado a otro de su jaula.

La voz sonó de nuevo, áspera y ronca, pero esta vez se percibieron en ella los signos de que una vez perteneció a un hombre sano y civilizado.

—¿Está él contigo?

—Sí, señor —susurró Owsley.

Al inspector le pareció que Owsley hablaba con una cierta ternura al preso, como hablaría una madre a su hijo, o una mujer a su amante.

El prisionero habló de nuevo, pero con voz tan débil que nadie entendió lo que dijo. Owsley pareció comprender.

—Barrabás le verá a usted solo, señor Moon. Los demás caballeros deberán esperar en las puertas.

—Muy bien —dijo Moon de inmediato.

Merryweather consideró que debía protestar, aunque fuera solo simbólicamente.

—Como oficial de policía, debería estar presente.

—Por favor, inspector. Es importante —insistió Moon.

—Es muy poco ortodoxo, eso es lo que es.

—Es el único modo en que hablará conmigo.

Merryweather pareció aliviado de admitir su derrota.

—Entiendo —dijo.

El Sonámbulo tocó el brazo de Moon. Su rostro mostraba una enorme preocupación.

—Estaré bien. Espérame fuera.

Owsley sacó un manajo de llaves del bolsillo y abrió la celda.

—Tiene quince minutos. No más.

Moon entró en la celda, y la puerta se cerró sonoramente tras él. Owsley se giró hacia los otros.

—Caballeros. Vengan conmigo.

Merryweather le siguió con alivio. Deshicieron el camino andado por el pasillo y llegaron al santuario del patio. El Sonámbulo les seguía a unos metros, en silencio y con gesto triste.

Barrabás estaba en el extremo más alejado de la celda. Era corpulento y estaba desnudo de cintura para arriba. Exuberantes rizos enmarcaban su abundante rostro, y un elaborado tatuaje cubría su ombligo con un intrincado diseño que los michelines de pálida piel blanca distorsionaban y ocultaban. Lucía una barba desarreglada que se había dejado crecer cuando fue encarcelado. Al verla, Moon pensó con cierto embarazo en Mina.

—Edward —dijo Barrabás, sin retirar el cigarrillo de sus labios—. Perdona si no

me levanto. Te diría que te sentaras, pero como puedes ver... —Gesticuló vagamente en torno a sí—. Estoy un poco avergonzado. —Sostuvo un pedazo de grasa de su barriga entre los dedos y lo dejó caer de nuevo, observando con vidriosa fascinación cómo retomaba su puesto entre los pliegues de carne.

—Veo que te han permitido mantener tu melena —dijo Moon educadamente.

—Fue cosa de Owsley. Una pequeña indulgencia, una de muchas. Me trae estos pequeños resquicios de belleza y los coloca frente a mí como tributos. Como sacrificios ante una especie de dios salvaje.

—Parece que es el amo y señor de este lugar.

—Es un hombre persuasivo. También es asquerosamente rico. En un lugar como este, ese tipo de cosas importan. Barrabás tosió angustiosamente. —Por cierto, me enteré de lo de Clapham.

Moon se estremeció.

—¿Por qué has venido? —preguntó Barrabás, que parecía divertido ante la reacción de Moon.

—Necesito tu consejo.

—¿Un caso?

—Por supuesto.

—Nunca me habías visitado antes.

Moon apartó la mirada.

—Este caso... me preocupa.

Barrabás apagó lo que quedaba de su cigarrillo y tiró la colilla al suelo despreocupadamente.

—Dame otro —dijo—. Luego podrás hablarme de ello.

Moon sacó su pitillera del bolsillo de la chaqueta y se la entregó al condenado.

—Ten —dijo—. Quédatela.

Barrabás la cogió ávidamente.

—Otro pedazo de belleza —dijo—. Una chuchería para mi colección. —La contempló y suspiró—. La recuperarás, claro, cuando yo haya muerto, ¿verdad?

—Desde luego.

Barrabás sacó un cigarrillo de la pitillera.

—Fuego —susurró.

Moon encendió una cerilla. El fulgor iluminó brevemente la celda, e hizo visible por un instante la monstruosa figura de Barrabás. El prisionero soltó una risotada y dio una larga calada al cigarrillo.

—Ahora, querido amigo —dijo—, continúa.

—Comenzamos con Cyril Honeyman —dijo Moon—. Era un hombre pequeño, corpulento, un tanto repugnante, perpetuamente sudado. Sus mejillas se agitaban cuando caminaba...

El mago le contó todo sobre los asesinatos y su investigación. Comenzó con el

llamamiento de Merryweather y concluyó describiendo el cuerpo roto de la Mosca Humana. Cuando terminó, Barrabás suspiró. Una sonrisa se dibujó a medias en su rostro, pero desapareció rápidamente, con la misma presteza con la que había aparecido.

—¿Y bien?

—¿Dices que te conocía?

—Conocía mi nombre —dijo Moon.

Barrabás reprimió un eructo solo a medias. Sonrió malévolamente al prestidigitador mostrando dientes amarillos enmarcados por su bigote y enmarañada barba.

—Corres el riesgo de que esto se convierta en una obsesión. Nunca te había visto tan agitado. Deberías calmarte. Haz algo para relajarte. —Una tos mucosa. Una sonrisa—. ¿Cómo está la señora Puggsley, por cierto?

—Eres el menos indicado para darme lecciones de moralidad.

—Recuerda lo que te dije —le confió Barrabás con voz melosa que subía y bajaba siguiendo las entonaciones del buen mentiroso—. Ahora estoy por encima de la moral, por encima del bien y del mal.

—El caso —insistió Moon.

—Sabes, no creo que esos sórdidos homicidios sean el verdadero misterio.

—¿Ah, no?

—Creo que son un síntoma. Hay una influencia corrosiva en este asunto, Edward. Hay una trama contra la ciudad, y estos asesinatos son solo la punta del iceberg.

—¿Qué sabes?

En respuesta, Barrabás se inclinó en silencio hacia delante, y deslizó su grotesco cuerpo por el suelo como si fuera un gusano gigante de la tierra de Brobdingnag.

—Déjame salir de aquí, Edward. Ayúdame a escapar y juntos descubriremos la verdad.

Moon retrocedió apresuradamente, y golpeó su espalda contra las barras de hierro de la celda. Detrás de él, Owsley surgió de entre las sombras.

—Se acabó el tiempo —dijo, y blandió con un rígido ademán el manojito de llaves. Barrabás gimoteó y extendió las manos en gesto suplicante.

—¡Edward! ¡Edward!

Cuando la puerta se abrió, Moon se apresuró a salir al pasillo.

—Sus amigos le están esperando —dijo Owsley.

Barrabás acercó el rostro a los barrotes y miró hacia fuera.

—¿Edward?

Moon se giró.

—¿Volverás?

—Quizá.

—Espero haber sido de alguna ayuda.

Moon habló con cautela.

—Quizá lo hayas sido.

—Todos los colores han desaparecido de mi vida. La próxima vez, tráeme escarlata. Tráeme violeta, bermellón y oro.

—Volveré —dijo Moon.

Barrabás sonrió triunfante.

—Entonces, aún me necesitas —susurró—. Incluso ahora. —Sobreexcitado, comenzó a toser violentamente—. Edward —dijo en tono amable, cuando pasó la tos—. Edward, si yo fuera tú me iría a casa.

—¿Ah, sí?

—Me daría prisa, Edward.

Algo le inquietaba.

—¿Qué quieres decir?

—Está ocurriendo algo terrible —dijo simplemente Barrabás—. Ahora vete.

El rostro del prisionero desapareció de los barrotes de la celda, y se ocultó de nuevo en la penumbra.

Moon sintió un repentino pánico. Se giró hacia Owsley.

—Vamos —dijo, y recorrió el pasillo casi corriendo.

Estaban a un par de calles de distancia de Albion Square cuando comprobaron que Barrabás tenía razón.

Relámpagos carmesíes iluminaban el cielo. Un humo oscuro y espeso se elevaba, como si una nube de tormenta hubiera caído a la tierra. El conductor, al comprender que había ocurrido una desgracia, se negó a acercarse más, de modo que Moon saltó del carruaje y corrió en solitario hacia la plaza. A pesar de la avanzada hora, parecía que la totalidad del East End estaba en la calle, y Moon tuvo que abrirse paso entre hordas de curiosos para alcanzar su destino. Cuando por fin apartó de su camino al último de los viandantes, vio que el Teatro de los Prodigios estaba siendo consumido por las llamas.

Resultaba terriblemente evidente que no podía salvarse nada. El fuego debía de haber comenzado poco después de que se marcharan hacia la prisión, y ahora el edificio había quedado reducido a su esqueleto; sus músculos y rasgos habían sido consumidos hace tiempo ya. Las ventanas eran cuencas vacías y negras, y la puerta un montón de escoria derretida. Del cartel en el que se podía leer:

El Teatro de los Prodigios
Con Edward Moon y el Sonámbulo
¡Sorpréndase! ¡Emocíonese! ¡Diviértase!

solo había sobrevivido un pequeño fragmento, en el que apenas podía leerse media palabra: «Diviért».

Un grupo de personas había formado una fila para transportar cubos de agua hacia

el lugar del desastre, pero sus valientes esfuerzos eran en vano. El teatro estaba perdido, y, cuando las llamas comenzaron a extenderse hacia los edificios adyacentes, tuvieron que trasladar su atención a otros lugares.

Un hombre estaba junto a Moon entre la multitud.

—Una pena, ¿verdad? —Sonrió, mostrando más huecos oscuros que dientes—. Vi una vez el espectáculo. Me aburrí como una ostra.

—¿Cómo ha ocurrido esto?

—¿Por qué lo pregunta? ¿Es usted del barrio?

Moon le hizo a un lado y corrió hacia el teatro. Tuvo que retroceder, golpeado por olas de calor, asfixiado por el humo y con los ojos llorosos.

—¡Grossmith! —gritó—. ¡Speight!

Incluso entre los rugidos y el crepitar de las llamas, reconoció un sonido terriblemente familiar, uno que le resultaba tan odioso que hubiera dado cualquier cosa por no oírlo en ese momento: una tos discreta y seca.

—¿Señor Moon?

Moon se dio media vuelta.

—Buenas noches —dijo Skimpole.

—¿Qué ha hecho usted? —Gruñó el prestidigitador.

—Medidas drásticas. Se lo advertí. —Las llamas se reflejaban en sus lentes, lo que confería a sus ojos un aspecto infernal. Moon saltó hacia él, pero el albino se hizo a un lado ágilmente—. Su temperamento no le hace ningún bien —le reprendió el albino—. Sus amigos están a salvo. Se les hizo salir antes de que comenzara el fuego. El mono se negó a marcharse, me temo. Sin duda a estas alturas estará bien estofado.

—¿Lo admite? —preguntó Moon, furioso—. ¿Esto es cosa suya?

—Le dije que estábamos desesperados. En realidad, debería sentirse usted halagado.

La rabia había dejado a Moon sin palabras.

—Ha ido demasiado lejos —dijo por fin.

Skimpole esbozó una fugaz sonrisa.

—Sospechaba que podría usted reaccionar así. Por eso he traído esto. —El albino sacó un grueso fichero de color manila de su maletín—. Mire esto.

Moon le arrancó de las manos el fichero y lo hojeó. Cuando comprendió lo que significaba, se quedó sin palabras por unos instantes.

—¿Desde cuándo tiene esto en su poder?

—Tenemos un dossier acerca de usted desde hace años —dijo fríamente Skimpole—. Por supuesto, esperaba no tener que usarlo. Pero no podrá usted decir que no lo pedimos amablemente.

—No usará esto.

—Quizá lo haga. Ahí está el asunto de Puggsley, claro... Pero, el resto... Hacer públicos los registros sobre nuestro mutuo amigo en Newgate podría arruinar su imagen pública, señor Moon.

Moon se explayó en maldiciones e insultos. Este no es el lugar apropiado para reproducir tan colorida verborrea.

—Se lo preguntaré por última vez —dijo Skimpole—. ¿Me ayudará?

El fuego estaba alcanzado su cénit, escupiendo lenguas que consumían los últimos materiales inflamables. Moon parecía aturdido por el golpe, mareado y débil, y trataba de recuperar el equilibrio.

—¿Señor Moon? —El albino era insistente—. ¿Nos ayudará?

El prestidigitador asintió débilmente.

Skimpole sonrió.

—Muy bien —dijo—. Estaremos en contacto.

Se alejó entre la multitud. Moon, tratando de recuperar el aliento mientras el Teatro de los Prodigios moría frente a él, trató de correr tras Skimpole, pero trastabilló y cayó. Unos fuertes brazos le ayudaron a ponerse en pie. Moon, vacilante, miró a los ojos al Sonámbulo.

—Hemos perdido —murmuró.

El gigante miró con gesto serio los restos de su hogar. Una lágrima preciosa por rara cayó por su mejilla. Detrás de él, Merryweather apareció entre la multitud junto a la señora Grossmith y Speight.

Moon se aferró al brazo del Sonámbulo.

—Barrabás tenía razón —murmuró—. Se acabó. Hemos perdido, jaque mate.

Entonces, por primera y última vez en su vida, Edward Moon se desmayó en brazos del Sonámbulo.

Grossmith, Speight y el inspector corrieron hacia ellos.

—¡Señor Moon!

Speight aún llevaba su perpetuo cartel. El críptico mensaje era ya el único superviviente del incendio:

Ciertamente volveré pronto
Apocalipsis 22. 20

Los sucesos de la noche parecían haber inspirado en Speight una semblanza de sobriedad.

—Cielos —dijo, contemplando el lugar del desastre—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Capítulo 10

Bajo la ciudad, lejos de las calles y el mundano asfalto, el anciano sueña.

En su refugio subterráneo el tiempo no tiene sentido, y no tiene noción alguna de la duración de sus cabezadas: quizás hayan pasado años en el mundo exterior, o quizá tan solo unas horas.

Los sueños de este Rip van Winkle subterráneo son ajenos a la lógica y no siguen pauta alguna. Unas veces se le ocurre que sueña con el pasado, otras que se le aparecen sombras del futuro. Y en ocasiones se le muestran cosas que no parecen guardar relación alguna con él: fragmentos de las vidas de otros.

Se le escapa un ronquido agudo y débil. Suspira, gira sobre sí mismo y vuelve al pasado.

Regresa a sus últimos días en Newgate. La visión es tan diáfana y real que puede percibir el aroma de su antigua habitación, el olor enfermizo a sudor, tabaco, sábanas sucias y ventosidades rancias. Gillman está allí, como de costumbre, con un frasco de medicina en una mano y un orinal en la otra. Hay otra figura, de pequeña altura, silueteada contra la ventana y con su rostro sumido en las sombras. El anciano intenta recordar, pero antes de que pueda identificar al extraño, la escena cambia y revela otra de un pasado menos reciente. Es joven de nuevo, en Siracusa. Su mujer, embarazada, quedó en manos de la vacilante piedad de familia y amigos, lejos de allí. Encuentra una excavación, se acerca y observa durante largas y tediosas horas, fascinado, mientras unos hombres rescatan de la tierra la estatua sin cabeza de la Venus de Landolina: un pedazo de belleza recuperado del polvo para el mundo de los vivos. Ve cómo apartan la arena y el barro de los delicados rasgos del busto de porcelana de la Madonna, ve el muñón abigarrado en el que una vez, estuvo su cabeza, cuyo rostro, según se dice, era de una exquisita y dolorosa belleza. En silencio, contempla a ese ser perfecto, esa diosa de piedra resurgida de las profundidades del mundo.

Con una irritante despreocupación por la cronología, el sueño cambia y es viejo de nuevo, y otra vez está en esa habitación maloliente. Gillman revolotea con su medicina y su orinal, y el enano de la esquina sigue sumido en la oscuridad. A pesar de lo prosaico de la escena, el soñador está seguro de que este es un punto álgido en su vida, un momento crucial cuya verdadera importancia aún se le oculta.

El extraño se gira, sale a la luz y comienza a hablar.

El anciano gruñe suavemente y se agita en su sueño. La ciudad, por encima de él, ruge vertiginosamente y sigue su camino sin prestar atención a la amenaza que duerme bajo ella.

A quince kilómetros de distancia, el prisionero W578 tenía visita.

—¿Maestro?

Barrabás se arrastró hacia los barrotes de su celda.

—¿Lo has traído?

—Aquí está, señor. —Los regordetes dedos de Meyrick Owsley se internaron entre los barrotes de la celda y depositaron una pequeña caja púrpura en manos del prisionero. Barrabás asió el objeto con el ansia de un niño glotón, y desapareció en las profundidades de su calabozo. Owsley percibió un brillo momentáneo, un atisbo de algo reluciente, metálico y caro. Barrabás cerró bruscamente la caja y la añadió a su precario botín de regalos, que guardaba amontonados en un paño aceitoso escondido tras un azulejo suelto.

—Otro pedazo —susurró, temblando de emoción—, otro destello de belleza. —Envolvió el objeto, lo ocultó en el muro, y se echó en el suelo, exhausto tras el breve esfuerzo. Largos y sudorosos estremecimientos convulsionaban su cuerpo.

—Pensé que debía saberlo, señor... Moon y el Sonámbulo...

—¿Sí? —Barrabás parecía presa de una repentina curiosidad, alerta, como si hubiera olvidado temporalmente su colección de bellezas.

—Están trabajando para Skimpole, señor. Chantaje, si los rumores son ciertos. El Directorado tiene una reputación. Me preocupa que se esté acercando.

El prisionero soltó una espinosa y trabajosa carcajada.

—¿Señor? ¿Puedo aconsejarle cautela?

Barrabás respondió en tono extrañamente jocoso.

—No, no puedes. Creo que puedo esperar otra visita de Edward. ¿Tú no?

Owsley no respondió, pero su disgusto era evidente. Barrabás sonrió, mostrando su ulcerosa dentadura.

—Voy a disfrutar esto.

El hotel que Skimpole reservó para Moon y el Sonámbulo era para muchos el más exclusivo, y estaba, sin duda alguna, entre los más caros de la ciudad. Comprendía una pequeña red de habitaciones de exquisito gusto tanto en diseño como en mobiliario, que incluían dormitorio, vestíbulo, sala de estar y estudio. Era una ostentación y un lujo que superaba en mucho cualquier cosa que hubieran conocido antes. Un olor inconfundible recorría todo el edificio, un cóctel balsámico de cera, barniz y el regusto afrutado de una buena botella de vino; los olores, en resumen, del lujo y la riqueza. Al llegar, a los huéspedes se les asignaba un mozo personal, un sirviente dedicado a cumplir todas sus necesidades, alerta ante cualquier oportunidad de agradar a los huéspedes hasta en sus menores caprichos.

Era, en suma, una jaula de oro.

En las tres semanas y media que habían transcurrido desde la destrucción del Teatro de los Prodigios, a Moon le habían permitido salir del hotel en tan solo cuatro ocasiones, y siempre acompañado por su sirviente, que, como pronto resultaría evidente, debía lealtad al señor Skimpole. Derrotado y humillado, Moon se encontró tan atrapado en esta prisión de millonarios que el Sonámbulo había comenzado a

temer por la cordura de su amigo. Sintió un confuso alivio, por tanto, cuando, en el vigésimo tercer día de arresto, su carcelero les hizo una visita.

El albino se sentó lentamente en el diván, rebuscó en su bolsillo y sacó una elegante pitillera plateada.

—¿Un cigarro?

Ambos rechazaron la oferta en obstinado silencio.

—Como quieran —Skimpole cogió un cigarrillo con ademán reverencial y lo encendió. Algo parecido a la satisfacción cruzó fugazmente su rostro—. Espero que estén cómodos. Debo decir que siempre me ha gustado este lugar.

Moon hizo una mueca.

—No olvidaré esto.

—Por favor. —Skimpole exhaló volutas de humo por la nariz—. He venido a pedirle ayuda. Lamento no haber podido visitarles antes, pero he estado terriblemente ocupado. Lo entenderá, sin duda.

Moon y el Sonámbulo miraron al albino con gesto serio.

—Hablemos de negocios. Les pido mis más sinceras disculpas por su encierro forzado. Sé que no ha sido usted capaz de proseguir sus actividades extracurriculares, Edward, pero teníamos que asegurarnos de que no incumpliría nuestro acuerdo.

—¿Qué quiere? —La voz de Moon era estudiadamente neutral, y apenas un ínfimo rastro de amenaza era discernible en ella.

Skimpole dio una larga calada.

—Mis colegas y yo poseemos cierta información que sugiere que hay una confabulación contra la ciudad. —Habló con entonación un tanto despreocupada, como si estuviera participando en una conversación perfectamente normal, como si cada día ocurrieran tragedias frente a sus ojos—. Creemos que durante su investigación de los asesinatos de Honeyman y Dunbar quizá se topara usted con un elemento tangencial de esa conspiración, un cabo suelto en la madeja de este asunto. Un cabo que quizás aún estemos a tiempo de arrancar de cuajo.

Como si se le hubiera ocurrido de repente, el Sonámbulo escribió algo.

Mosca

Skimpole agradeció el gesto con una sonrisa apenas perfilada.

—No creo que ninguno de nosotros piense que la Mosca actuaba sola, amigo mío. Tal como yo lo veo, ese hombre era un subnormal intelectual.

Skimpole hizo una pausa y miró al Sonámbulo de arriba abajo como si le preocupara haberle ofendido sin pretenderlo.

—No —continuó, con mayor firmeza—, creemos que, como mucho, era un peón. Un jugador menor. Sin embargo, les felicito por su captura. Es una lástima que muriera tan bruscamente. Pero su final es algo que no nos sorprende, estando ustedes

dos envueltos. Como si fuera algo sacado de las páginas de un folletín sensacionalista. No es necesario decir que nunca hubiera ocurrido si hubieran estado trabajando para nosotros. Nos enorgullecemos de ser prácticos y de usar el sentido común. En el Directorado, señores, no cabe el melodrama.

Moon y el Sonámbulo se miraron.

—Lo que voy a decirles lo saben apenas media docena de personas en el país, y todas ellas ocupan puestos en la cúspide de nuestra organización. Es un secreto de estado, así que les sugiero que lo guarden en secreto. Es un cliché vergonzante, lo sé, y preferiría no tener que decirlo, pero hay hombres que han muerto por menos que eso. Durante los últimos cinco meses, mi organización ha estado recibiendo información vital de... ¿cómo decirlo? De una fuente un tanto heterodoxa. Una mujer. Desde que uno de mis compañeros la descubriera el pasado año, mis colegas de Whitehall han comenzado a servirse de ella con frecuencia. De hecho, han recurrido a ella más de lo que sería aconsejable. Su consejo se considera ya absolutamente crucial en ciertos asuntos policiales, tanto que no exagero si digo que sin ella, la última guerra en la que tomó parte este país hubiera terminado de una manera mucho menos satisfactoria. —Skimpole se miró los pies, avergonzado, como un colegial pillado robando manzanas—. Me temo que hemos permitido que este asunto se nos escape de las manos.

—¿Cómo se llama? —preguntó Moon.

Skimpole respiró profundamente.

—Madame Innocenti.

Moon trató lo mejor que pudo de ocultar una sonrisa.

—Es una médium —concluyó Skimpole, con sus mejillas blancas como la tiza coloreadas ilógicamente de rojo—. Una vidente. Vive en Tooting Bec. Asegura recibir mensajes del mundo de los espíritus.

Moon entrelazó los dedos, saboreando el momento.

—Lo que nos quiere decir, señor Skimpole, es, básicamente, que durante los últimos cinco meses, el servicio de inteligencia británico se ha dejado guiar por los consejos de una lectora de manos callejera.

El albino se estremeció ante la franqueza de Moon.

—¿Está escandalizado?

—En absoluto. Hay algo extrañamente reconfortante en descubrir que tus peores sospechas son ciertas.

El gigante sonrió, y Moon aprovechó el momento de debilidad de Skimpole.

—¿Hasta dónde llega la influencia de esta mujer?

Skimpole suspiró.

—Hasta la cima, señor Moon.

—Dígame... —Moon estaba disfrutando la incomodidad de Skimpole—. ¿Qué tiene que ver eso con nosotros?

—Madame Innocenti ha estado advirtiéndonos acerca de una conspiración

dirigida contra el Estado.

—¿Los detalles?

—Nada específico. Solo lo que sería de esperar; advertencias nebulosas y oraculares expresadas en los términos más floridos y prolijos. Nos gustaría que hablara con ella y descubriera la verdad.

—Me temo que no veo en qué modo esto podría interesarnos.

Apesadumbrado, Skimpole apagó el cigarro.

—Madame Innocenti ha mencionado tres nombres en sus augurios... Cyril Honeyman. Philip Dunbar.

Moon asintió tranquilamente, como si supiera lo que iba a decir. Skimpole tragó saliva.

—Y Edward Moon —murmuró.

Para ser el hogar de una Casandra moderna, la casa de madame Innocenti era muy poco atractiva, lo cual suponía una cierta decepción. Sin duda era un hogar respetable, a su manera, pero resultaba casi sospechoso como residencia de una persona de la supuesta influencia y poder de madame Innocenti. Era un edificio de dos pisos que hubiera resultado aceptable como hogar de un profesor de escuela, y parecía algo descuidado. Reinaba en la finca una atmósfera de abandono y deterioro.

Moon se acercó a la puerta principal, de aspecto ruinoso, y, con tanta amabilidad como pudo, golpeó la puerta con una aldaba de latón que parecía antiquísima y a punto de desmoronarse en polvo de óxido en cualquier momento.

El Sonámbulo miró en torno a sí. La lóbrega y gris monotonía de Tooting Bec le hizo arrugar la nariz de disgusto. Albion Square, el Teatro de los Prodigios, el fumadero de opio de Yiangou... todos esos lugares, por muy desagradables que fueran al considerarse en solitario, eran coloridos y vivos, relucían con un aura morbosa que olía como huelen los escupitajos y el serrín del escenario. No había nada de eso en Tooting, la supuesta Delfos de Londres; era un lugar demasiado ordinario, demasiado monocromático.

La puerta se abrió, y un hombre nervioso y larguirucho les miró, con gesto alarmado y receloso. Aún era joven, pero su cabello había comenzado a retroceder, y lucía un par de lentes gruesas que le hacían parecer un búho.

—Soy Edward Moon, y este es mi socio, el Sonámbulo. Creo que nos esperan.

—Por supuesto. —El hombre asintió repetidamente y con un vigor tan desgarrado que Moon se preguntó si no estaría sufriendo los primeros síntomas de alguna terrible enfermedad degenerativa—. Pasen. Mi esposa se unirá a nosotros enseguida.

Les guió a través de un mugriento pasillo y hacia un oscuro vestíbulo, apenas iluminado por una docena de velas de espasmódica llama. Había una larga y estrecha mesa en el centro de la sala, con nueve sillas vacías alrededor.

—Aquí es donde lo hacemos —dijo el hombre portentosamente—. ¿Té?

Moon respondió por ambos; su anfitrión inclinó la cabeza y desapareció.

—¿Harto? —preguntó Moon, pero antes de que el Sonámbulo pudiera garabatear una respuesta, su anfitrión regresó.

—Enseguida tendrán té y leche. Entretanto, permítanme que les presente a mi esposa.

Retrocedió un paso, y una mujer apareció, casi deslizándose, en la habitación. Era de mediana edad, pero era más atractiva y elegante, e infinitamente más interesante, que cualquier debutante con la mitad de sus años. Tenía un aspecto felino y distinguido, una cabellera de rizos castaños, y lucía un ceñido vestido caoba que acentuaba deliciosamente la suave ondulación que formaban sus pechos. Moon no sabía bien qué esperaba encontrar (quizá una rumana desdentada, o una impostora de tres al cuarto con pendientes de aro y joyería barata), pero sin duda no esperaba encontrar algo tan exquisito como esto.

La mujer sonrió, mostrando su perfecta dentadura.

—Señor Moon. Sonámbulo. Es un honor. Tendrán que perdonarme si parezco azorada. Debo confesar que estoy algo abrumada.

—¿Por mí? —comenzó Moon, halagado, pero enseguida lo hizo callar un codazo en las costillas discreto pero brutal de su compañero. Se corrigió a sí mismo—: ¿Por nosotros?

—Debo de haber visto su espectáculo al menos cinco veces. Mi marido y yo somos admiradores suyos. —Se giró hacia su alopecico consorte—. ¿No es así, ratoncito?

El esposo murmuró una respuesta afirmativa.

—Es una lástima lo que ha ocurrido. —Madame Innocenti pareció ensimismarse—. Es una verdadera tragedia. Mis condolencias.

—Gracias, señora. —Moon hizo una reverencia y, sorprendentemente, un matiz colorado se sugirió en sus mejillas.

—El señor Corcoran me ha hablado de usted. Está usted aquí en nombre del señor Skimpole, si no me equivoco.

—Así es.

La mujer resopló despreciativamente.

—¿Son ustedes amigos?

—No, señora —respondió Moon cautelosamente—. Asociados, quizá. Colegas reacios. Pero no amigos.

—Me alegra saberlo. Mi esposo y yo no le soportamos. Es un hombrecillo aterrador. Deben perdonarme, tengo que prepararme. Han llegado ustedes temprano, pero los demás no tardarán en llegar. ¿No les importa esperar?

—En absoluto.

—Esta noche serán siete. Ustedes y cinco más. ¿Han asistido a una sesión de espiritismo antes?

—Nunca, señora.

—Bien, siempre hay una primera vez para todos —dijo Innocenti, dando media vuelta para marcharse—. Incluso para usted, señor Moon.

Salió de la habitación, y de nuevo quedaron solos con su esposo, tan decepcionados como si una emperatriz hubiera abandonado la sala del trono y les hubiera dejado en compañía de un simple lacayo.

—Esperen aquí —murmuró el hombre en tono huraño—. Les traeré su té.

El té fue servido junto con un plato de galletas secas muy poco atrayentes. Mientras Moon y el Sonámbulo comían educadamente, pero sin ningún entusiasmo, llegaron los invitados restantes. Formaban un grupo curioso; todos parecían presos de un cierto desespero, y todos estaban dispuestos a pagar lo que fuera necesario para recibir los sabios consejos de madame Innocenti.

En primer lugar hizo su entrada una pareja, el señor y la señora Salisbury, ambos rechonchos y de mediana edad ya bien avanzada. Les siguió una joven extraordinariamente fea que se presentó a sí misma como Dolly Creed. Cuatro verrugas marrones de igual tamaño que rodeaban la aleta izquierda de su nariz afeaban aún más su rostro, ya de por sí poco atractivo y algo hinchado. Tras ella, apareció la señora Erskine, una anciana encorvada que caminaba con ayuda de un bastón y que, sin embargo, se movía con ligereza y una cierta elegancia. Cuando el último invitado hizo acto de presencia, las galletas habían desaparecido y la tetera estaba vacía. Se trataba de un joven asustadizo y tímido que repartió tarjetas de visita entre los presentes con la leyenda: Sr. Ellis Lister, licenciado en Letras por Oxford. Respondió con evasivas a las preguntas acerca de su profesión, y se limitó a afirmar que era funcionario. Moon y el Sonámbulo, sin embargo, le reconocieron de inmediato: era un hombre del Directorado.

Poco después, el marido de madame Innocenti regresó a la habitación.

—Siéntense. Mi esposa está aquí.

Ocuparon obedientemente sus asientos. Moon y el Sonámbulo tuvieron especial cuidado de sentarse en el cabecero de la mesa, a ambos lados del asiento reservado para madame Innocenti.

La médium recorrió la habitación acompañada por la danza satinada de su vestido. Parecía más hermosa que nunca, rodeada por sus amantes adoradores. Su esposo se retiró a un extremo de la sala y cerró discretamente la puerta. La estancia quedó bañada de nuevo en una penumbra iluminada por las velas.

—Bienvenidos —dijo madame Innocenti.

Siguieron unos tímidos aplausos cuando, tras una elegante reverencia y algunos besos y apretones de manos, la médium tomó asiento frente a ellos.

—La muerte no es el final —dijo sobriamente—. La vida no se extingue con nuestros endebles caparazones físicos. Hay mundos más allá del nuestro, reinos habitados por los muertos, planos de existencia gobernados por fuerzas más allá de nuestra comprensión. Créanme, lo sé. Sé que el alma permanece. Lo sé porque he visto más allá del velo. He hablado con los difuntos y ellos me han elegido como

vehículo espiritual para ser su voz en el mundo de los vivos. —Innocenti rió—. Pero ya basta. No deseo aburrirles. Estoy segura de que ya han oído este tipo de cosas antes.

—Unan sus manos —ordenó su marido, y todos obedecieron. Cada uno de ellos tomó las manos de sus vecinos, formando alrededor de la mesa una cadena de manos sudorosas y dedos nerviosos. Moon y el Sonámbulo intercambiaron miradas para comprobar que ninguno perdía de vista a la médium.

—Hacen bien en ser precavidos —dijo la mujer—. Comprendemos que se resistan a creer. Los espíritus les perdonarán.

—Me alegra saberlo —dijo Moon.

Madame Innocenti habló ampulosamente.

—Ahora debo dejarles. Abandonaré el plano mortal y ascenderé al reino luminoso de los muertos, cuando les hable de nuevo, no estaré sola. Mi cuerpo se convertirá en el vehículo de otro, el espíritu que me guiará. Un español de los tiempos isabelinos. Todos nosotros le conocemos como señor Corcoran.

Los asistentes asintieron entre murmullos.

—No tengan miedo. —Con estas palabras, Innocenti suspiró profundamente y se hundió en su silla.

La anciana, la señora Erskine, gritó alarmada.

—No rompan el círculo —susurró el marido de la médium.

Hubo un momento de silencio, y después madame Innocenti se incorporó en su asiento. Sus ojos permanecían cerrados, y, aunque a todos los efectos parecía la misma mujer que había sido hasta entonces, algo en ella había cambiado, algo casi imperceptible; algún rasgo de su rostro, una alteración sutil en su gesto. Cuando habló de nuevo, su voz era profunda y llena de matices, coloreada con un acento europeo de todo punto inclasificable.

—Siento que tienen muchas preguntas. ¿Quién, de entre todos, hablará en primer lugar a los difuntos?

El señor Salisbury habló enseguida.

—Mi hijo. ¿Está con usted?

Una trabajosa sonrisa se dibujó en los labios de Innocenti.

—Necesito un nombre —dijo, aún hablando en el acento supuestamente español de Corcoran.

—Albert —murmuró el anciano—. Albert Salisbury.

—¿Albert? —Hubo una larga pausa. Madame Innocenti frunció el ceño como si estuviera tratando de resolver un complejo problema matemático—. ¿Albert? —exclamó—. Sí, aquí hay alguien llamado Albert. —Durante un terrible instante, el cuerpo de la médium se agitó y convulsionó en su asiento como si la electricidad lo estuviera atravesando. Durante estas contorsiones, Moon y el Sonámbulo tuvieron cuidado de no soltar las manos. Cuando la mujer habló de nuevo, lo hizo con los tonos cantarines de un niño—: ¿Papá? —exclamó—. Papá, ¿eres tú?

El señor y la señora Salisbury sollozaron como uno solo. La señora Salisbury se contentó con derramar discretas lágrimas, pero su marido gritó, a medio camino entre la risa y el llanto:

—¡Sí, hijo mío! ¡Soy yo!

La escena tenía un cierto patetismo. Un hombre de afilada calva con aspecto de director de escuela retirado, el tipo de hombre que habría ridiculizado a una clase entera de muchachos antes de desayunar, llorando y gimoteando como una mujer histérica.

Madame Innocenti rió infantilmente.

—Papá —gimió—. Soy feliz aquí. Los espíritus han sido muy amables. Es un sitio agradable, papá, cálido y lleno de animalitos peludos y pequeñas cosas de lana.

Los ojos de los Salisbury brillaban por las lágrimas derramadas. Moon reprimió un bostezo.

—La abuela está conmigo —continuó Innocenti—. El abuelo también. Todos los días son Navidad, y todo es maravilloso. Estoy flotando, papá, flotando en ámbar y miel. Te quiero. Te quiero. Pero ahora debo irme. Por favor, reuníos pronto conmigo.

La voz se detuvo. Innocenti se inclinó hacia delante y, cuando habló de nuevo, oyeron de nuevo a Corcoran.

—Perdónenme —dijo—. Perdimos el contacto. ¿Quién es el siguiente?

Moon miró al Sonámbulo. Ambos sonrieron, escépticos.

Sin duda ya estoy muerto, y la identidad de ustedes, mis lectores, no me importa en lo más mínimo. Pero, sean quien sean, imagino que serán, en el mejor de los casos, cínicos, o, poniéndonos en lo peor, auténticos misántropos. Solo un cínico incurable, después de todo, podría haber mantenido su interés a lo largo de la feria de ladrones, granujas, lunáticos y mentirosos que pueblan las páginas de este libro. En consecuencia, dudo que alguien con lo que asumo es verdadero pesimismo existencial, como ustedes, mis lectores, tenga tiempo que perder con los sinsentidos ectoplásmicos y el absurdo metafísico de médiums y espiritistas. ¿Estoy en lo cierto? Eso pensaba.

Moon, claro está, cuyo talante fuertemente misantrópico quedaba compensado solo en ocasiones por actos de caridad, hubiera estado de acuerdo con ustedes. Antes de que Skimpole destruyera su hogar y modo de vida, se había ganado el sueldo engañando a los crédulos. Al parecer, madame Innocenti hacía exactamente lo mismo, aunque de una manera mucho más lucrativa y (si era cierto, como aseguraba el albino, que el Directorado visitaba con frecuencia el barrio de Tooting) con una influencia infinitamente mayor.

Como poco, era una actriz de primera clase. Su catálogo de voces, desde Corcoran, el rancio español, hasta los tonos infantiloides del pequeño hijo de los Salisbury, así como su cautivadora presencia en escena y su transición a los distintos

personajes, daban fe de su habilidad. Además, sabía exactamente qué debía decir a cada uno de sus oyentes, y cómo confirmar con unas pocas palabras, ambiguas y reconfortantes, lo que siempre habían soñado que fuera cierto; habilidad sin duda perfeccionada tras años de misticismos y ceremoniosos teatros.

Después de que los Salisbury hablaran con su hijo, Corcoran le mostró a la señora Erskine la sombra de su esposo, perdido en alta mar desde hace veinte años. La señorita Dolly, por su parte, pudo conversar con la voz endeble y pedante de su difunto prometido. Moon se preguntó qué clase de hombre aceptaría casarse con semejante troglodita, y concluyó que el hombre debía de haber preparado su propia muerte tan solo para escapar del altar. Ya era bastante duro, supuso, tener que soportar de por vida a una criatura tan desagradable como ella; sería infinitamente peor que siguiera molestándole mientras campaba a sus anchas por los campos del Elíseo.

Cuando le llegó el turno a Ellis Lister, sin embargo, no pidió hablar, como habían hecho todos antes que él, con un familiar muerto, una antigua amante o una mascota perdida, sino con Corcoran.

—¿Señor Lister? —Innocenti habló con la voz áspera del español—. Creo que ya nos conocemos.

—Así, es, señor. Me halaga que me recuerde.

—¿Del funcionariado, verdad?

Lister sonrió tímidamente.

—No es algo que me guste proclamar.

—Claro que no. Yo mismo me vi envuelto en las intrigas del mundo oculto. Recuerdo demasiado bien sus protocolos.

Moon se dio cuenta de que había comenzado a olvidar la destreza como mimo de madame Innocenti y empezaba a aceptar su voz de Corcoran como una persona autónoma y distinta de ella misma. Se reprendió a sí mismo por lo ridículo de la idea.

—¿Cómo puedo ayudarle?

—Necesito un nombre. Sospechamos que un joven que trabaja con nosotros ha sido tentado por fuerzas extrañas a nuestra organización.

Madame Innocenti asintió sabiamente.

—¿Okhrana?

Lister se apresuró en hacerla callar.

—No estamos solos.

—Desde luego que no.

—¿Puede decirme quién es?

—Deme sus nombres.

Lister, ostensiblemente avergonzado, le dio a la médium los nombres de pila de los cinco principales sospechosos. Innocenti escuchó y guardó silencio.

—Su hombre —dijo por fin— es... —Y, con el ademán algo despreciativo de un dignatario local que sacara el boleto premiado en una tómbola eclesiástica, repitió el

tercer nombre—. Hace meses que cambió de bando.

—Estoy en deuda con usted, señor Corcoran.

—Trátenle con clemencia. Es joven e inmaduro, y la culpa no es solo suya. — Suspiró—. Estoy cansado. Pero aún hay alguien aquí que debe hablar. ¿Señor Moon? ¿Hay alguien con quien desearía usted conversar? ¿Un ser querido, quizá? ¿Un padre o un antiguo amor que pasó al otro lado del velo?

El Sonámbulo quedó visiblemente conmocionado cuando Moon respondió:

—Sí.

—¿El nombre? —preguntó madame Innocenti.

—No conozco su verdadero nombre, pero cuando estaba vivo se hacía llamar la Mosca Humana.

Hubo una tensa pausa, y después:

—Hay uno aquí que dice ser la persona que usted busca. Debo advertirle, señor, que la Mosca no ha encontrado reposo. Es un espíritu agitado y enojado.

—Aun así, deseo hablar con él.

Una sombra cruzó el rostro de Innocenti.

—Como desee.

La mujer chilló, estiró la cabeza y se retorció en su asiento como si fuera presa de una fuerza invisible. De repente su rostro se contorsionó mientras se transformaba frente a los ojos de los presentes en un monstruo babeante, la bestia de Tooting Bec. Para la sorpresa de los fieles congregados, todo rastro de su pasada elocuencia desapareció, y madame Innocenti llegó a aullar.

—Hola —dijo Moon con una indiferencia que no sentía por completo—. ¿Me recuerdas?

—Moon —murmuró la médium con voz quebrada y gutural—. Moon.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Es parte de la pauta.

—¿Pauta? ¿Qué pauta?

—Fue fácil. Lo disfruté. Fue como aplastar un guisante. Un empujón, y cayeron al suelo. Muy fácil.

Había pocas cosas capaces de sorprender a Edward Moon, pero la actuación de Innocenti pareció dejarle perplejo. Pálido y con la boca entreabierta, preguntó:

—¿Quién eres?

—Profeta —gorgoteó madame Innocenti—. Baptista. El que guía por el recto camino.

Moon recuperó la compostura.

—Dime más.

Innocenti sonrió. En la penumbra, parecía como si su boca ocultara demasiados dientes.

—Tengo una advertencia.

—¿Una advertencia? ¿Para mí?

—Faltan diez días para que salte la trampa. Para que Londres sea pasto de las llamas.

Moon se inclinó hacia delante.

—Explícate.

Una larga pausa. Después:

—Mierda. —Madame Innocenti pareció saborear la palabra, dejando que llenara su boca como si estuviera bebiendo una copa de carísimo vino.

—¿Perdón?

—Mierda. —Innocenti hablaba pausadamente—. Joder. Hijo de una puta. —Escupió las últimas palabras con especial deleite.

Los Salisbury estaban conmocionados, Dolly Creed tan solo levemente perpleja. El señor Lister, por su parte, trató lo mejor que pudo de reprimir una risilla nerviosa.

—¡Señor Moon! —exclamó el esposo de Innocenti—. Esto ha ido demasiado lejos.

—Joder —dijo su esposa con cierta indiferencia—. Mierda, mierda, mierda.

—Rompan el círculo. Suéltense.

Los asistentes soltaron rápidamente las manos, y madame Innocenti se incorporó en su asiento repentinamente. De su boca, aún entreabierta, caía un hilillo de saliva.

Los Salisbury se pusieron en pie y la señora Erskine señaló con el dedo con gesto enojado a Moon.

—Es usted un peligro —dijo—. Alguien debería encerrarle.

Innocenti abrió los ojos.

—He vuelto —dijo con su voz normal, limpiándose la saliva que seguía cayendo por la comisura de sus labios. Todos la contemplaron asombrados.

—Espero no haber hecho nada extraño —dijo con voz amable.

El albino les hizo una visita a la mañana siguiente, cuando acababan de despertar.

—¿Y bien?

Moon lo miró con gesto serio.

—No soy su lacayo.

—Tan solo dígame qué ocurrió.

Algo escarmentado, Moon relató lo ocurrido mientras Skimpole tamborileaba sus delgados dedos con impaciencia en la mesa, claramente perturbado por las noticias.

—Diez días —dijo con gesto pensativo cuando Moon terminó—. ¿Cree que madame Innocenti es de fiar?

El prestidigitador habló cautelosamente.

—Si me lo hubiera preguntado ayer por la tarde, habría dicho sin duda que no. Mi instinto me decía que era una farsante como todos los demás.

—¿Y ahora?

El Sonámbulo garabateó algo.

Mosca

La interrupción irritó a Skimpole.

—¿Qué quiere decir?

Moon confesó.

—Le pedí hablar con el espíritu de la Mosca Humana.

—¿Y lo hizo?

Moon palideció.

—Sí —admitió—. Creo que lo hice.

Skimpole les pidió que regresaran a Tooting Bec en cuanto pudieran, murmuró un tenue agradecimiento por los servicios prestados a la Corona y se dirigió a la puerta. Cuando estaba a punto de salir, dio media vuelta.

—Por cierto, le espera una sorpresa en recepción.

Moon y el Sonámbulo bajaron a la planta baja, donde les esperaba una vieja amiga que chilló encantada cuando les vio llegar.

—¡Señor Moon!

Incluso el prestidigitador se permitió una leve sonrisa al verla de nuevo.

—Hola, señora Grossmith.

El Sonámbulo, sin embargo, no reprimió sus sentimientos, y abrazó fuertemente al ama de llaves.

—Skimpole me encontró —explicó Grossmith una vez rompieron el abrazo—. Ahora debo trabajar para ustedes.

—Ya veo.

—¿No está contento?

—Tengo demasiadas preocupaciones en este momento.

Alguien tosió. Detrás de la señora Grossmith, a media docena de pasos, había un hombre desaseado y desgarbado algo mayor que ella. Parecía una de esas figuras decorativas que son también tazas, con su nariz bulbosa y sus orejas desproporcionadamente grandes. Dio un paso adelante, tropezó con uno de sus cordones y cayó al suelo. Se puso en pie, se sacudió el polvo y preguntó en voz baja y nerviosa:

—Bien, señora Grossmith, ¿no va a presentarnos?

La señora Grossmith enrojeció.

—Lo siento —dijo, en tono de colegiala—. Este es Arthur Barge. Mi casero. Y ahora... —Soltó una risilla nerviosa, y habló en tono más agudo del que acaso pretendía—. Mi amigo especial.

Un largo y embarazoso silencio. Moon contempló al hombre con desdén y estrechó su mano sin demasiado entusiasmo.

Arthur Barge arrastró los pies, avergonzado. Afortunadamente, les interrumpió la llegada del conserje del hotel.

—¿Señor Moon? —preguntó con su habitual tono servil—. Tiene usted otra

visita. Me temo que es muy insistente.

—¿Quién?

Antes de que pudiera responder, una curiosa figura hizo su aparición. Comenzó a hablar casi de inmediato, amontonando las palabras, impaciente por ser escuchado.

—Espero no llegar en mal momento. Lamentaría mucho interrumpir una reunión. Aun así, teniendo en cuenta lo que ha ocurrido, todos tienen muy buen aspecto. — Extendió la mano—. Edward. Me alegro de verle de nuevo. ¿Le apetece dar un paseo?

Era Thomas Cribb.

Capítulo 11

Bajo la ciudad, el anciano sueña.

Una frase surge del éter y toma forma en su mente. «Todos los poetas van al infierno».

Era una frase extraña, pero que está seguro de haber oído antes. O quizá leído. Acaso él mismo la había escrito.

Sueña que regresa a su dormitorio en Highgate. El doctor Gillman está allí, y alguien más, una pequeña figura que se oculta entre las sombras que residen malévolas en las esquinas de la habitación. Entonces, el extraño sale a la luz, la oscura silueta se revela, y el soñador ríe aliviado: es un niño de no más de diez años. Ahora lo reconoce. El niño tiene un nombre, y en el sueño el nombre nada con determinación hacia él. Ned. Pero el apellido del niño se le escapa, y el sueño cambia de nuevo.

Está en una playa, descalzo, hundiendo sus dedos en la arena, sintiendo cómo rodea sus pies y se abre paso a través de los recovecos de su piel. El viento le acaricia jugueteando, hace ondear su abrigo como si fuera una capa, y casi consigue hacer volar su sombrero lejos de su cabeza. Observa a una mujer de avanzada edad al borde de una plataforma de madera que gobierna la marea. Se tambalea artríticamente hacia el mar, y aúlla de dignificado deleite cuando el agua la toca por primera vez. El anciano ríe y de repente Ned está con él, y su pequeña y cálida mano aferra la suya, y él también ríe, aunque ninguno de los dos sabe bien por qué. Ned aprieta con fuerza la mano del niño y siguen caminando.

Los años retroceden, pero la escena sigue siendo la misma. El soñador está en la playa de nuevo, pero ya no es viejo. El chico ha desaparecido (sin duda, aún no ha nacido), y, en su lugar, otro hombre está a su lado, alguien que el soñador está seguro de que es importante para muchas vidas además de la suya. Pasean juntos con las perneras subidas por encima de las rodillas, los zapatos abandonados en la orilla, y les rodea un ansioso séquito. El agua golpea con persistencia sus pantorrillas, y el soñador sonrío a su acompañante. De repente, comprende. El primer ministro. ¿Cómo es posible? Decide que es demasiado extraño, y se mueve agitado en su sueño. ¿Es posible que una vez paseara junto al mar con el primer ministro en Ramsgate?

¿Ramsgate? ¿Cuándo ha recordado eso?

Probablemente no. Los sueños mienten.

La habitación en Highgate de nuevo. Gillman y el chico. Como de costumbre, el anciano está hablando, divagando sin cesar sobre alguna anécdota interminable.

—Todos los poetas van al infierno—dice, y el niño le escucha atentamente, pero Gillman parece aburrido. Ya lo ha oído antes, y más de una vez. Incluso en sus propios sueños, el anciano es consciente de su reputada charlatanería.

Entonces recuerda. «Todos los poetas van al infierno». Algo le dijo eso una vez.

Algo menos que humano, no del todo vivo, de voz apergaminada e insidiosa como el aullar del viento a través de hojas secas.

Y entonces es joven de nuevo, aún un estudiante, y está solo en sus aposentos con esta cosa que ha prometido (por un precio) contarle algunos secretos.

—Todos los poetas van al infierno —dice, con ojos como carbones al rojo, y, sorprendentemente, el anciano sabe que eso es todo lo que dirá siempre, que repetirá hasta la náusea, *ad infinitum*, la misma frase desconcertante.

Cuarenta años después cuenta la historia y Gillman ríe como si fuera tan solo otro cuento, otra mentira de complejo bordado, pero el chico, este niño extraño, solemne y especial, no se ríe, y el anciano piensa (no, el anciano sabe) que es él.

Encima de él, mientras duerme, la ciudad ruge y sigue su turbulento camino.

Había en el señor Cribb un tenue aroma que Moon no había notado antes, un aroma que no era del todo desagradable, que no era sudor ni el olor rancio de un cuerpo sucio, sino algo mucho más extraño, reconfortante, algo antiguo y húmedo. Olía como las hojas de los árboles en octubre, comprendió Moon. Olía a otoño.

Se habían alejado unos metros del hotel. Hasta entonces no se habían dado cuenta de que les estaban siguiendo.

—¿Un amigo suyo? —preguntó Cribb, asintiendo discretamente en dirección al caballero de aspecto impasible y traje gris que caminaba a media calle de distancia de ellos.

—Mi mozo —explicó Moon—. Mi guardián. Skimpole no me deja salir sin él.

Cribb saludó con su mano izquierda de cuatro dedos. El hombre tocó tímidamente el ala de su sombrero en respuesta.

—¿Qué tal con el señor Skimpole?

Moon hizo una mueca.

—Se lo prometo. Cuando todo esto acabe, llegará a respetarle.

Moon se sorprendió a sí mismo riendo.

—Supongo que ya lo ha visto antes. En el futuro.

—Nunca lo olvide —insistió Cribb con cómica seriedad—. Conozco la trama.

El detective puso los ojos en blanco.

—Por supuesto, hay reglas sobre este tipo de cosas, pero puedo decirle una cosa: Skimpole no muere feliz.

—Es una pena —dijo Moon, en absoluto afectado. Cribb, inesperadamente, salió en defensa del albino.

—No es mal tipo. Actúa siguiendo lo que él cree que son motivos honorables.

Las comisuras de la boca de Moon se elevaron en una malévolamente sonrisa.

—Como todos los monstruos.

—No es un monstruo.

Moon miró en torno a sí y vio que no sabía dónde estaba. Las calles familiares habían quedado atrás, y en su lugar solo veía rincones extraños y misteriosos.

—¿Adonde vamos?

—A los muelles —dijo Cribb, mientras caminaba—. No me pregunte por qué. Se lo diré cuando lleguemos.

—¿Hay un buen motivo por el que no podamos coger un taxi?

—Para entender la ciudad debe sentirla bajo sus pies, respirar su aire, descubrir su infinita variedad.

—Sabe, es usted un hombre terriblemente irritante.

—Me lo habían dicho antes, sí.

Siguieron caminando, cada uno extrañamente relajado en compañía del otro, aunque seguidos en todo momento de cerca por el familiar del señor Skimpole.

—¿Cuál es su recuerdo más antiguo? —preguntó al cabo de un rato Cribb.

Moon miró repentinamente a la figura encorvada junto a él, a este desgarrado Virgilio de un receloso Dante que era él mismo.

—¿Por qué?

—Puede que sea importante.

—Mi padre —dijo Moon— despertándome en medio de la noche para decirme que mi madre se había ido.

Cribb se frotó las manos, rebotante de regocijo.

—¡Espléndido! —exclamó.

—¿Y el suyo? —preguntó Moon, algo irritado por la reacción de su acompañante—. ¿Su recuerdo más antiguo?

Cribb frunció el ceño.

—Francamente, dudo que me crea.

—Por favor.

—Recuerdo las calles en llamas. La ciudad sumida en el fuego y la pestilencia. La gran piedra quebrada. Soy viejo y estoy muriendo.

—¿Es viejo?

—Es... complicado.

—Acabo de comprender —dijo Moon de repente.

—¿Ah, sí?

—Realmente cree en todo esto, ¿no es así?

Cribb solo sonrió en respuesta, y siguieron caminando.

—Supongo que ya ha conocido a madame Innocenti —dijo, pasados unos momentos.

—¿Quién se lo ha dicho?

Cribb ahuyentó la pregunta con un lánguido ademán.

—No estoy confabulado con el Directorado, si es lo que está pensando.

—Se me había ocurrido.

—Bien, olvídense de eso. ¿Qué opina de ella?

Moon sentía un picor en la garganta. Tragó saliva, sin decidirse a responder.

—Habló con la Mosca, ¿no es cierto?

—¿La verdad? No sé con quién hablé. Fue muy extraño.

—Volverá a verla —dijo con firmeza Cribb—. Y la próxima vez descubrirá la verdad.

—¿Cuánto queda? —Moon miró a su espalda—. Creo que nuestro amigo empieza a cansarse.

—Casi hemos llegado.

Mientras caminaban, las familiares torres del Puente de Londres se mostraron ante sus ojos, y más allá los embarcaderos, almacenes y bodegas de los muelles. A Moon le recordaron a una especie de Bagdad industrial, con sus oscuros capiteles, sus mugrientos templos y sus minaretes nebulosos. El Támesis se abría paso entre ellos, como una cinta abandonada, de un color gris sucio, extendida por el paisaje.

—Acérquese.

Sin prestar atención a una horda de carteles de prohibición y advertencia, y abriéndose paso a través de innumerables puertas y verjas, descendieron a la ribera del río. Moon arrugó la nariz ante el omnipresente olor a putrefacción, y caminó cautelosamente junto al río mientras sus zapatos se hundían en la suciedad y la mugre del Támesis.

—Barro —dijo Cribb, en el mismo tono con el que habló en el Puente de Londres, como si estuviera dando un sermón—. Glorioso barro...

—¿Tiene fuego? —preguntó Moon, buscando sin éxito en sus bolsillos un cigarrillo.

Cribb no le prestó atención.

—Hemos atravesado las entrañas de la ciudad. Ahora recorreremos su intestino.

—Una metáfora encantadora.

—Dentro de un siglo, todo esto habrá sido arrasado, este testamento a la industria, al trabajo y al sudor. En su lugar se construyen grandes templos, monumentos a la riqueza, la avaricia y el poder.

Moon miró hacia delante, sin prestar demasiada atención. Una gaviota canturreó por encima de sus cabezas.

Cribb siguió hablando.

—Londres es un inhibidor. ¿Entiende? La ciudad limita y frena a sus habitantes. La ciudad es una trampa.

—¿Qué está ocurriendo allí? —preguntó Moon, señalando lo que parecía ser una gran carpa situada de manera incongruente a unos metros de la orilla.

—Francamente, Edward, puede usted llegar a ser exasperante. Estoy intentando contarle algo importante.

Cribb chasqueó la lengua, irritado, pero Moon ya se había alejado, y no tuvo más remedio que correr para alcanzarlo. Le divirtió ver al hombre de Skimpole esforzándose por no perderles de vista, con sus zapatos y pantalones ya calados por la basura arrastrada por el río.

Moon llegó a la carpa. El toldo ondeaba ruidosamente al viento como si bajo la

lona estuviera atrapada una gran ave que batía sus ciclópeas alas frenéticamente tratando de escapar. Miró dentro y vio que el suelo del interior había sido minuciosamente excavado. Había agujeros y cráteres por todas partes, así como pequeños banderines. El suelo en su totalidad había sido catalogado y estudiado. Lo que atrajo su atención, sin embargo, fue un grupo de hombres reunidos alrededor de un gran objeto esférico colocado en una mesa en el centro de la tienda. Vestían elegantemente, aunque sus ropas estaban manchadas y llenas de barro. Moon se acercó y se tomó un momento para contemplar la escena, francamente peculiar, y confirmar que lo que estaba viendo era real.

Tenía ante sí lo que parecía ser una enorme cabeza de piedra, demasiado grande y aparatosa para que un solo hombre pudiera alzarla sin ayuda, medio enterrada en la suciedad y el barro del río, pero por lo demás intacta. Los hombres reían y charlaban como colegiales abandonados por sus profesores, y estaban demasiado emocionados para notar la intrusión.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Del museo Británico —susurró uno de ellos—. ¿Es usted periodista?

—Sí —mintió Moon hábilmente, y el hombre asintió distraídamente a modo de saludo.

Cribb por fin les alcanzó, casi sin aliento, con las mejillas coloradas, del mismo color que su rojizo cabello.

Moon no le prestó atención y habló a otro de los hombres.

—¿Qué es? —preguntó.

—Es francamente impresionante —replicó, casi aturdido, el hombre—. Debe de ser...

Se giró hacia uno de sus colegas, que se inclinaba sobre la estatua. Moon comprobó que el material era algún tipo de metal primitivo.

—¿Qué opina usted? Prerrománica, al menos.

—Tiene que serlo, a esta profundidad —respondió el otro—. Es muy sofisticada.

—¿Quién es? —preguntó Moon mientras el hombre comenzaba a limpiar el barro de la cabeza con delicadeza.

—No me gusta teorizar sin conocer los hechos, pero me atrevo a suponer... ¿un líder local, quizá? ¿Un jefe de tribu?

—Es demasiado grandiosa —dijo otro, el de edad más avanzada del grupo—. Demasiado majestuosa.

Entonces habló un joven.

—¿Un dios, quizá? —Su voz temblaba por los nervios—. ¿Un rey?

—Esperen —dijo otro—. Hay un nombre.

Bajo el barro apareció, en la parte inferior de la cabeza, una palabra de tres letras.

El joven la leyó en voz alta.

—¡Lud! —exclamó—. El fundador de Londres. El rey de la ciudad.

—Imposible —dijo uno.

—No puedo creerlo —dijo otro.

—¿Lud? —Moon miró la cabeza más de cerca mientras limpiaban los restos de barro, y le invadió la aguda y vertiginosa sensación de haberse dejado arrastrar a una trampa. Los rasgos de la cabeza comenzaron a manifestarse frente a sus ojos, como si enfocara poco a poco algo turbador y familiar. El rostro se reveló por fin. Varios de los presentes contuvieron el aliento.

—Oiga —dijo el de mayor edad, con un tardío recelo—. ¿Para qué periódico dijo que trabajaba?

Moon no le prestó atención.

—No puede ser —murmuró.

La cabeza de bronce estaba ya limpia. La historia se había borrado de su rostro y se había revelado una efigie, calcificada y perfectamente preservada, del primer rey de Londres, Lud, ante la vista de todos.

Y Edward Moon solo podía contemplarla inútilmente, mordiendo con fuerza su labio inferior en un esfuerzo para no gritar, pues tenía ante sí los desagradables e inolvidables rasgos de Thomas Cribb, que le miraban a través de los siglos.

Cuando Moon regresó al hotel, encontró al señor Speight esperándole en la calle. Vestía su sucio traje habitual, y su rostro estaba cubierto de llagas recientes, solo parcialmente cubiertas por su caótica barba. Del bolsillo de su chaqueta asomaba una botella llena de un líquido amarillento, y sostenía frente a sí su característico cartel:

Ciertamente volveré pronto

Apocalipsis 22. 20

—Buenas tardes —dijo, pletórico, pero no del todo borracho. El portero lo miró frunciendo el ceño, y Speight asintió en respuesta—. Ha estado intentando ponerme de patitas en la calle durante horas.

—¿Qué está haciendo aquí? —Moon estaba tan desconcertado que casi parecía convencido de que Speight era un espejismo.

—Le he seguido —dijo orgullosamente Speight.

Moon parpadeó, aún resistiéndose a creer que la conversación estuviera realmente teniendo lugar.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Para ser sincero... necesito dinero. Desde que el teatro... No he tenido dónde caerme muerto. Las cosas se han puesto difíciles. Siempre ha sido tan amable conmigo...

Moon le interrumpió, hurgó en su bolsillo y le dio un billete de una libra.

—Tenga. Gástelo con prudencia.

—De hecho —admitió Speight—, me lo gastaré todo en bebida.

Moon le hizo a un lado y subió las escaleras del hotel.

—Francamente, señor Speight, en este preciso instante, me uniría a usted con gusto.

—¿Algún problema? —Speight parecía genuinamente preocupado.

—¿Alguna vez le ha ocurrido que algo en lo que creía se derrumbaba en unas pocas horas?

—La verdad es que no, señor.

—¿Alguna vez ha visto cómo toda lógica y razón se desmoronan frente a sus ojos?

—De nuevo, debo decir que no.

—¿Alguna vez la absoluta imposibilidad de la verdad le ha conducido a una aguda crisis existencial?

El vagabundo miró con cierto embarazo a Moon.

—Quizá debería acostarse un rato, señor. Gracias otra vez por el dinero.

El prestidigitador entró dando un profundo suspiro.

Seis horas después, Moon, desplomado sobre una mesa en la esquina más alejada del bar del hotel, miró con ojos aletargados a Arthur Barge, que pasó junto a él con gesto afable. El detective torció el dedo meñique y le indicó que se acercara.

—¿Señor Barge?

—Buenas noches —dijo el hombre, bienhumorado. Caminó hacia Moon, tropezando con una banqueta en el camino.

—Llevo tiempo queriendo hablar con usted —dijo Moon con la ampulosa solemnidad exclusiva de los borrachos.

—Imagino que querrá hablarme acerca de mi relación con la señora Grossmith. Es una mujer maravillosa, señor. Una verdadera dama, aunque es fogosa cuando desea serlo.

Moon entrecruzó los dedos.

—Señor Barge, la señora Grossmith me ha servido lealmente durante años. Siento por ella un franco afecto, y no me gustaría, si me permite expresarlo en términos vulgares, que usted le rompiera el corazón.

Barge rió.

—¿Está preguntándome si mis intenciones son honorables?

—Sí —dijo Moon, sin sonreír—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Pierda cuidado —dijo Barge, bravucón—. La trataré bien.

Moon bebió lo que quedaba de su copa.

—Así lo espero. Si me entero de que la ha tratado mal en modo alguno... —Hizo una pausa, incapaz de pensar en una amenaza lo suficientemente desafiante—. Créame —concluyó débilmente—, iré a por usted.

Barge miró a Moon, sorprendido ante su repentina agresividad, tan torpemente expresada.

—Lo lamento si le he ofendido. Le juro que no sé lo que he hecho para

molestarle.

Moon lo miró con un gesto de impaciencia.

—Estaré observándole.

—La amo —dijo Barge en tono dócil, y se dirigió a la salida, derramando por poco varias bebidas en el camino. Se peleó con la puerta, propinándole inútiles golpes, cuando hubiera cedido al más suave de los empujones. Únicamente la entrada del Sonámbulo le permitió escapar. Se detuvo para susurrarle su agradecimiento, pero el gigante pasó de largo sin prestarle atención.

Cuando Moon vio a su amigo, gruñó y empujó un par de la legión de vasos vacíos que se disponían frente a él en un vano intento de ocultar lo mucho que había bebido. El Sonámbulo, sin embargo, no estaba de humor para mentiras. Acercó una banqueta a la mesa, inclinó sobre ella su enorme cuerpo y escribió furiosamente en su pizarra. Los insistentes golpes de la tiza le parecieron a Moon casi cañonazos en la lejanía.

¿Donde estabas?

Moon se encogió sobre sí mismo. El Sonámbulo gesticuló enojado en dirección al mensaje.

—Fuera —dijo Moon, y se puso en pie, tambaleante. Titubeó, tropezó y perdió el equilibrio. Cayó de nuevo en su asiento. El Sonámbulo no prestó atención a sus malabarismos.

Cribb

—Sí —admitió Moon con un matiz de emoción en su voz.

No confíes

Moon alzó la vista.

—Le reconoces, ¿verdad?

Aléjate

—No entiendo. ¿Por qué no me dices lo que sabes? ¿Por qué nadie me dice lo que sabe?

Confía en mí

Moon suspiró.

Por favor

El Sonámbulo subrayó frenéticamente la palabra.

Moon alzó la cabeza.

—Bien. Si te hace feliz. No volveré a verle.

El Sonámbulo asintió con gesto serio.

—Pero prométeme que un día me dirás el porqué.

El gigante se encogió de hombros.

—De acuerdo —escupió Moon—. Si es lo mejor que puedes hacer. —Se incorporó y salió tambaleante de la habitación.

Cuando llegó a su *suite*, bebió tres vasos de agua en un inútil intento de compensar los efectos del alcohol antes de caer rendido en la cama. En los segundos antes de perder el sentido vio, ya demasiado débil para moverse, cómo un hombre de Skimpole echaba un vistazo al interior de la habitación, comprobaba el estado en que se encontraba y cerraba la puerta discretamente. Su último pensamiento fue el ebrio convencimiento de que los extraños sucesos que venían ocurriendo desde que Cyril Honeyman cayera de lo alto de una torre debían de seguir una pauta, que compartían una conexión aún por descubrir, que los unía una trama invisible. Solo podía ver una diminuta parte de esa pauta, como si mirara un único filamento de la tela de una araña a través de un microscopio, pero estaba seguro de que todo lo que necesitaba era retroceder un paso, ganar perspectiva y contemplar cómo el sentido de todo se hacía visible. Trató de aferrarse a esa idea, pero la bebida le aturdía, y la idea saltaba caprichosa lejos de su alcance, agitándose frenéticamente como una caballa en el anzuelo, hasta que, por fin, cedió al cansancio, y la oscuridad lo reclamó.

En Newgate no era tan sencillo conciliar el sueño.

Barrabásapestaba, y lo sabía. Es terrible llegar al punto en que la peste tóxica que exuda el propio cuerpo es suficiente para provocar náuseas. Owsley le había conseguido muchos favores, pero parecía que ni él podía proporcionarle un buen baño.

Barrabás bostezó, se rascó la enmarañada barba y desplazó su enorme cuerpo la corta distancia que cubría el suelo de su celda. Reinaba el silencio, ahora que la aguja del reloj se desplazaba a las horas más lentas de la noche; era el único momento en que los aullidos y lamentos de sus compañeros de encierro se atenuaban. La siguiente celda la ocupaba un miembro de una secta metodista fundamentalista que empleaba su tiempo recitando sin cesar el padrenuestro, que intercalaba en ocasiones, para no caer en la monotonía, con una pequeña selección de los salmos más conocidos. El hombre debía de haberse dormido poco después de la medianoche, exhausto y ronco tras todo un día de rezos, puesto que Barrabás no le había oído en casi una hora.

—¿Meyrick? —susurró—. ¿Estás ahí?

El rostro de Owsley apareció entre los barrotes.

—Siempre —murmuró, en el tono que emplearía una paciente madre para reconfortar a un niño especialmente alborotador.

Barrabás suspiró, un lamento vibrante y esquelético.

—Me aburro. ¿Puedes imaginar lo que supone para mí estar aquí? ¿El tedio, el desesperante entumecimiento?

La voz de Owsley sonó tan obsequiosa como siempre.

—Sí, señor. Le comprendo.

—Un hombre de mi capacidad encarcelado en un lugar indigno de animales. Un intelecto brillante rodeado de criminales sin nada que hacer salvo esperar. Es una de las grandes tragedias de nuestra época.

—Sin duda, señor. —¿Había un matiz de resignación en la voz de Owsley? ¿Un atisbo de lo que ocultaba la máscara del discípulo, una momentánea revelación de un hombre explotado, que sufría, incluso resentido? Quizás.

—¿Cuándo volverá Edward?

—No tengo ni idea.

—Cuando vuelva, yo...

—¿Sí, señor? ¿Qué hará? —Únicamente un diminuto trasfondo de sarcasmo, difícilmente perceptible.

—Le contaré todo.

Esas palabras tuvieron un efecto inesperado en su oyente. Una pensativa pausa, y después una réplica cuidadosamente expresada:

—No creo que eso sea recomendable.

Barrabás resopló.

—No te he pedido consejo. No te corresponde a ti cuestionarme.

Owsley replicó, ecuánime pero insistente:

—Lo lamentaría.

—Eres mi criatura. Nunca lo olvides.

Pero su discípulo no respondió, y el prisionero no oyó nada más que leves pisadas cuando Owsley se alejó pasillo abajo, abandonando discretamente su puesto.

—¡Meyrick! —gritó Barrabás, pero las pisadas seguían alejándose—. ¡Meyrick! —chilló, desesperado y confundido ante este repentino e inexplicable comportamiento—. ¡Vuelve!

Demasiado tarde. Oyó el tenue tintineo de las llaves, y después el descuidado chirrido de la puerta metálica cuando Owsley abandonó las entrañas de la prisión y salió al mundo exterior.

—¡Meyrick! —Barrabás golpeó los barrotes de su celda, desesperado, y después se dejó caer en el suelo de piedra, a punto de llorar. Oyó una ruidosa agitación en la celda adyacente: un gemido, pisadas tambaleantes, seguidas de inmediato por las primeras y familiares palabras del salmo 130: «Desde lo más profundo clamo a ti...».

El establecimiento de la señora Puggsley echaba el cierre por fin tras doce

agotadoras horas de trabajo. El carnaval y sus monstruos habían proseguido su camino (lo último que se supo es que andaban cerca de Darlington, donde les habían recibido con no poco recelo), lo que provocó que, para deleite de la madame, su local se abarrotara de nuevo. Mina (sin duda el mayor atractivo del salón) había estado muy solicitada, y tras tratar con su último cliente de la noche le alivió poder bajar con las demás al vestíbulo, charlar, cuchichear y beber una o dos copas de vino. Le sorprendió, por tanto, encontrar allí tan solo a la señora Puggsley, sentada en su silla habitual con sus enormes nalgas derramándose gelatinosamente por los bordes del asiento. Un hombre de aspecto aseado, casi remilgado, de piel pálida, estaba de pie junto a ella.

Puggsley esbozó una leve sonrisa.

—Mina, querida. —Tosió y, mientras su enorme cuerpo se agitaba solidariamente, resolló como una locomotora cansada de camino al desguace—. Les he dicho a las otras chicas que se marchen.

—¿Que se marchen?

La señora Puggsley se revolvió, incómoda.

—Por su seguridad.

—¿Adonde?

No hubo respuesta. Mina centró su atención en el hombre.

—Le conozco —dijo osadamente—. Es usted amigo del señor Gray, ¿verdad?

—Somos viejos amigos —respondió, y sonrió como habría sonreído el mismo Bruto el día que blandió el cuchillo.

Mina comenzó a jugar distraídamente con su barba, un tic nervioso de su infancia que no había conseguido erradicar por completo.

—¿Qué está ocurriendo?

La señora Puggsley se giró hacia ella.

—Por favor —dijo en tono amable—, vete.

—Dígame qué ha ocurrido —protestó Mina, odiándose a sí misma por el quejumbroso tono de su voz.

—Me temo que son malas noticias —dijo en tono tranquilizador el hombre de piel pálida—. Han dejado de ser necesarias.

Puggsley resopló de manera extraña y poco característica en ella.

—He decidido cerrar el local. Es una verdadera lástima. Pero es necesario...

Mina miró a su jefa, esperando que lo negara, que le diera un atisbo de esperanza, pero la mujer ni siquiera fue capaz de mirarla a los ojos.

—Has sido de gran ayuda. La señora Puggsley dice que eras su favorita. Los detalles que nos facilitaste son muy valiosos. —Hizo una pausa para reajustar las lentes que colgaban ridículamente de la punta de su nariz—. No sería exagerado decir que hay personas situadas en los más altos escalafones del Gobierno que te están muy agradecidos por tu ayuda. —Esbozó una zalamera sonrisa—. Sé fuerte. Incluso una desgraciada como tú puede servir al rey y al país a su modo.

—Vete —le dijo la señora Puggsley a Mina, ahora en tono áspero, casi susurrante, sin molestarse en disfrazar la desesperación de su voz ni contener la creciente histeria.

—Te sugiero que aceptes el consejo. En unos minutos este lugar será pasto de las llamas. El Directorado ha programado su demolición.

La señora Puggsley no se movió.

—Mis credenciales en el campo de los incendios provocados son impecables. Podría decirse que yo y el desastre nos entendemos. —Sonrió de nuevo, pero, aún en silencio, Puggsley no se movió. Mina contemplaba la escena horrorizada.

—Sabe —dijo el hombre con ánimo conversador—, creo que ya empiezo a oler el humo.

Mina se dio media vuelta y echó a correr, salió a la calle, desencajada por los sollozos y las lágrimas que escocían sus ojos y humedecían su barba.

Dejó atrás la calle Goodge, y se dirigía hacia Tottenham Court Road cuando vio el humo, se detuvo y pensó en regresar. Su lealtad estaba a punto de resultar vencedora sobre su instinto de supervivencia cuando un grupo de hombres ruidosos que salían en estampida de una taberna cercana comenzaron a señalarla y reírse. Ellos tomaron la decisión por ella, y se apresuró a huir, tratando de no prestar atención a las burlas y en la esperanza de encontrar algún refugio en la ciudad. Mientras caminaba tuvo una fría e implacable certeza: la señora Puggsley no había abandonado su silla, y seguía allí sentada mientras las llamas lamían sus pies y jugueteaban con ella antes de devorarla, y su enorme cuerpo temblaba convulso anticipando el inevitable fin.

Moon despertó tres horas después de perder la consciencia, se puso en pie trabajosamente y vomitó copiosamente en la taza del aseo. Limpió el resultado tan bien como pudo, y, mientras el agua amarillenta describía espirales hacia el desagüe, le pareció que se burlaba de él, en una silenciosa carcajada. Se echó de nuevo en la cama y se dejó vencer por el dolor. Parecía como si arietes golpearan el interior de su cráneo. Sus miembros eran endebles como merengues y su boca estaba tan seca como el Sahara.

Cuando abrió los ojos de nuevo, el dolor físico se había atenuado, pero la tormenta en su cabeza era peor que nunca. Los sucesos de los últimos meses se amontonaban en su cabeza al mismo tiempo, burlones y crueles, empañando sus pensamientos. Contempló el lujo sin mácula y sin alma de su dormitorio y, bajo la influencia de un impulso inevitable comenzó, deliberadamente y con cínica precisión, a arrasarlo todo.

El señor Skimpole llegó una hora después, sudoroso, de mal humor y acompañado de un tenue olor a tabaco. En recepción se detuvo para conversar con el gerente del hotel y el hombre encargado de seguir a Moon. Lo que le contaron no sirvió para mejorar su humor.

Golpeó la puerta de Moon, pero, como esperaba, no obtuvo respuesta alguna. Lo intentó de nuevo (y de nuevo nadie respondió) y a continuación le hizo un gesto a su acompañante para que echara la puerta abajo. Así lo hizo, y de un solo golpe, sin prestar atención a las insistentes protestas del gerente.

—¿Señor Moon? —gritó Skimpole en tono irritado—. Por favor, salga. En estos momentos no me caracterizo por mi paciencia.

Moon salió, con cierto gesto de culpa, del lavabo.

La *suite* estaba prácticamente irreconocible. Había pedazos de cristal desperdigados por el suelo, lámparas rotas, cortinas rasgadas y arrancadas, cuadros manchados y destrozados. La alfombra había sido arrancada de cuajo y lanzada contra el muro como una gran ola que hubiera golpeado las esquinas de la habitación.

Skimpole habló con tono cauto, pero que no podía enmascarar por completo una furia controlada.

—¿Qué ha hecho?

—Está reteniéndome contra mi voluntad.

Skimpole suspiró.

—Estamos en el mismo equipo. Actué como lo hice porque usted no me dejó elección. La mayoría de nosotros mataría por vivir rodeado de este tipo de lujos. Debería usted ver mi casa. En comparación, esto es un palacio.

—Es una prisión.

El albino parecía exasperado.

—Sé que ayer tuvo un día complicado. Sin duda ha tenido usted algún tipo de problema con su nuevo amigo. El señor... ¿Cribb? —Skimpole se giró hacia su esbirro para confirmar el nombre—. Bien, haré que limpien este destrozo y no volveremos a hablar de ello. Sin duda, tiene usted tanto interés como nosotros en resolver este caso, ¿me equivoco?

—Con una condición: deshágase de él. —Moon señaló al hombre de Skimpole—. No pienso tolerar que me sigan a todas partes. Además, no se le da demasiado bien.

—Muy bien. Pero esa es la única concesión que haré. Debe dejar de actuar así, Edward. Todo lo que le pido es que resuelva este caso, y después podrá volver a su vida normal. Si madame Innocenti está en lo cierto, solo nos quedan ocho días.

Moon se derrumbó en la única silla intacta en la habitación.

—Si está en lo cierto —murmuró—. Si —gruñó, enfatizando el condicional—. En los últimos días he visto cosas que sé que no deberían ser ciertas, cosas que atentan contra el mismo orden del mundo. Cosas que no tienen lugar en un universo racional.

—¿Puedo darle un consejo? —dijo en tono amable Skimpole—. Debería hacer lo que hago yo cuando me enfrento a lo extraño, lo imposible o lo inexplicable.

—¿Qué?

—Mi trabajo.

Skimpole se dio media vuelta para marcharse y, mientras lo hacía, el Sonámbulo

apareció tras él en el umbral. Al ver a Moon y el caos que le rodeaba, el gigante agitó la cabeza tristemente, hizo a un lado al albino y se alejó lentamente por el pasillo. Moon ni siquiera trató de detenerlo.

Cuando por fin salió del dormitorio, los sucesos de las últimas horas, por fortuna, estaban empezando a convertirse en historia. Su encuentro con Cribb había adquirido un cariz un tanto ficticio, como si le hubiera ocurrido a otra persona. Se lavó, se afeitó y se peinó, y se dirigió de mejor humor hacia el archivo.

La archivista, al menos, parecía contenta de verle.

—Me enteré de que le reclutaron —dijo, cuando otro bibliotecario anónimo llevó a Moon al sótano—. Trabajo gubernamental, ¿verdad? ¿Los muchachos del señor Skimpole?

Hacía años que Moon había aprendido a no sorprenderse por la aparente omnisciencia de la archivista, pero ni siquiera él pudo evitar quedar perplejo por la casi indiferente autoridad con que dio los detalles de su situación.

—Sí, señora. ¿Conoce...? —vaciló.

—¿Sí? —Los ojos ciegos de la mujer parecieron recrearse con curiosidad en Moon.

—¿Conoce al señor Skimpole, señora? Él... ¿viene por aquí?

La archivista dio media vuelta y comenzó a rebuscar en un estante repleto de copias mohosas de *Punch*, carteles de «Se busca» amarillentos y tomos de enciclopedia forrados en cuero.

—Vamos, señor Moon —le reprendió—. Sabe que tengo que ser discreta.

—¿Con eso quiere decir que la respuesta es «sí»?

—No puedo evitar que saque usted sus propias conclusiones.

—No —dijo Moon, pensativo—. No puede.

—¿Qué está buscando hoy?

—Cualquier cosa que tenga sobre madame Innocenti. Una vidente de Tooting Bec.

La archivista no dijo nada, desapareció y regresó poco después con dos delgados volúmenes.

—Es todo lo que tengo. Parece que ya había colaborado con la ley una o dos veces antes.

Moon le dio las gracias y cogió los tomos.

—¿Archivista?

—¿Sí?

Moon hizo una pausa, vacilante.

—¿Ha oído hablar de un hombre llamado Thomas Cribb?

No hubo respuesta. Moon estaba seguro de que no le había oído, y estaba a punto de repetir la pregunta cuando la archivista habló de nuevo, con un cierto temblor en su voz.

—Un momento. Quizá tenga algo para usted.

Cuando regresó, empujaba un carro lleno de registros, informes, volúmenes y dosieres, además de lo que parecían ser montañas de periódicos del siglo XIX. Se acercó a Moon y se aferró a su hombro con sorprendente fuerza para recuperar el equilibrio. Media docena de panfletos y un enorme tomo de tamaño diccionario cayeron del carro.

—¿Qué es esto?

—¿Esto? —La archivista trató de recobrar el aliento—. Esto es solo el comienzo. Tengo cinco veces más esperándole.

—¿Todo esto es sobre el señor Cribb?

—Eso me temo.

Moon cogió algunos de los registros y contuvo un estornudo provocado por las capas de polvo que cubrían los documentos.

—¿Son muy antiguos?

La archivista tragó saliva.

—Los más viejos tienen más de un siglo. Parece que su amigo lleva más tiempo con nosotros del que usted piensa.

El silencio que siguió, tenso y opresivo, fue roto únicamente cuando Moon encendió un cigarrillo, tras rebuscar pitillera y cerillas en sus bolsillos desesperadamente, como si llevara días sin fumar. Después me contó que esa fue la única vez que la archivista le había pedido un cigarrillo, y que sus manos envejecidas y nudosas temblaban con una muda desesperación.

Cuando Moon volvió a casa, el Sonámbulo estaba esperándole sentado. En su mesa serpenteaban filas de vasos vacíos con residuos lácteos; los restos de una larga y solitaria noche.

La destrucción del teatro había afectado al gigante incluso más que al propio Moon. El antiguo régimen había caído, pero la nueva república de Skimpole había otorgado a Moon al menos misterios que desentrañar, misiones que cumplir y el rompecabezas Honeyman para mantenerle entretenido, mientras que el Sonámbulo se había dejado atrapar por lo que en otro hombre hubiera parecido una profunda melancolía. La comunicación entre ambos había sido siempre, en el mejor de los casos, fragmentaria, realizada mediante signos y la correspondencia entrecortada de la pizarra, pero Moon había empezado a sospechar que el gigante echaba de menos los espectáculos, esas dosis nocturnas de aprobación bajo los focos, mucho más de lo que nunca llegaría a admitir.

Moon esbozó una pálida sonrisa; el Sonámbulo asintió sombríamente en respuesta.

—Ayer vi a Speight. Tenía buen aspecto. Bien, no exactamente buen aspecto, pero tanto como es posible.

El gigante se encogió de hombros teatralmente.

—He pasado el día en el archivo. He descubierto más cosas sobre madame Innocenti.

El gigante miró a Moon con un cierto reproche en sus ojos, malhumorado, como si fuera un niño que se negara a comer verduras. Moon siguió hablando sin prestar atención al gesto.

—Parece que no ha sido del todo sincera con nosotros. Su verdadero nombre es Ann Bagshaw. Antes de convertirse en profeta era costurera. Tenía un pequeño local cerca de la estación de Oval.

El Sonámbulo escribió algo en su pizarra y Moon, aliviado por recibir al fin respuesta, se inclinó para leerlo:

Berla otra vez

—Ah, sí. El señor Skimpole lo ha preparado todo para que asistamos a otra de sus veladas mañana. Quizá las cosas se aclaren un poco.

El Sonámbulo engulló su último vaso de leche, recogió la tiza y la pizarra y, con elaborada dignidad, se puso en pie.

—¿Te veo mañana? —exclamó Moon esperanzado—. ¿Para la sesión de espiritismo?

El Sonámbulo se alejó con gesto huraño hacia su dormitorio. No habían compartido habitación desde el incendio del teatro; un hotel tan exclusivo como este se negaba sin duda a utilizar literas.

Por la mañana tuvo lugar un acercamiento un tanto brusco. El Sonámbulo garabateó palabras que podrían ser interpretadas como una disculpa, Moon mantuvo una actitud conciliadora, y fue en este ambiente de incómoda tregua que ambos se pusieron en camino de Tooting Bec.

Madame Innocenti les estaba esperando en los peldaños de su casa.

—Caballeros —dijo, sonriente—. Me alegro de que hayan decidido volver.

Moon inclinó la cabeza y dijo educadamente:

—Señora Bagshaw.

La mujer quedó boquiabierta. Moon percibió un gesto de temor que se asomaba a su rostro, pero recuperó la compostura casi de inmediato y entraron en la casa como si nada hubiera ocurrido. Mientras caminaban por el pasillo hacia la sala donde se celebraban las sesiones, el marido de Innocenti emergió de las sombras. Evidentemente, había estado escuchándoles, y miró a los intrusos con verdadero rencor en sus ojos.

La sesión transcurrió exactamente igual que la primera, y Moon incluso vio algunos de los mismos rostros, como Ellis Lister y la viuda señora Erskine. Les acompañaba una pareja de ancianos y un hombre lúgubre y de rostro adusto que lloraba a su difunta esposa. En otras palabras, el habitual destile de inadaptados e ilusos que buscaban desesperadamente bálsamo para sus heridas, el bálsamo ambiguo

y facilón que proporcionaba su anfitriona.

Tras una media hora de inútiles protocolos sociales, apretones de manos, presentaciones, té y pastas, la sesión comenzó exactamente del mismo modo que la primera. Madame Innocenti se sentó como entonces en el cabecero de la mesa, asumió rápidamente la voz de Corcoran y verbalizó las mismas misivas elaboradas y nebulosas provenientes del mundo de los espíritus. Se dirigió en primer lugar a la señora Erskine.

—¿Con quién desea hablar? —preguntó en el acento ceremonioso habitual del español.

—Con mi hijo —dijo la señora Erskine con voz preocupada y débil—. Mi pequeño. Billy. Tenía dieciséis años cuando murió.

—¿Billy? —susurró Corcoran—. ¿Billy? ¿Hay un Billy Erskine entre los espíritus?

Una pausa. Y después, como era de esperar:

—¿Madre? —Innocenti logró una imitación pasable de la voz de un joven, vacilante y de registro inseguro.

—¿Billy? —preguntó la señora Erskine. En su voz había dolor y esperanza a un tiempo—. Billy, ¿eres tú?

—¡Madre! ¿Por qué me llamas ahora? Llevo tanto tiempo aquí, esperando...

La señora Erskine sollozó.

—Lo siento, Bill. ¿Podrás perdonarme?

—¿Vendrás pronto conmigo? Aquí se está caliente y cómodo. Te gustará, madre, sé que te gustará. —Su voz había adquirido un tono quejumbroso y persuasivo—. ¿Qué te ha ocurrido, madre? Pareces tan vieja.

Erskine sollozó de nuevo, y madame Innocenti murmuró:

—Madre, te quiero.

Este intercambio continuó durante lo que parecieron horas, y Moon estaba a punto de caer en una ligera siesta cuando oyó mencionar su nombre.

—¿Señor Moon? —Era Innocenti, en su personaje de Corcoran.

—Señor —replicó Moon—. Es un placer hablar con usted de nuevo.

—Ojalá pudiera decir lo mismo. Quedan siete días, y no ha hecho usted absolutamente nada.

—He estado ocupado.

—En poco más de una semana esta ciudad será pasto de las llamas, y usted no ha hecho nada para evitarlo. Los espíritus tienen miedo, señor Moon. Londres sufre un gran peligro.

—Eso es lo que me dice todo el mundo.

—Honeyman era un cebo. Usted lo mordió, y ni siquiera se dio cuenta. Le están utilizando.

—Continúe.

—Bajo tierra. —El tono de Corcoran era ahora más insistente—. Peligro bajo

tierra.

—¿Peligro?

Madame Innocenti arqueó la espalda. Moon y el Sonámbulo sintieron como las manos de la vidente temblaban violentamente, como si las controlara una fuerza invisible.

—Se aproxima la muerte de la ciudad —dijo—. La conspiración se acerca. La piedra se quiebra. El durmiente despierta.

A pesar de su escepticismo, Moon estaba fascinado.

—¿Qué quiere decir?

—Skimpole es un peón. Usted es su objetivo. Y la culpa es solo suya.

Moon y yo hablamos largo y tendido acerca de las advertencias de madame Innocenti. Claro está, eran tan crípticas y oraculares como cabía esperar, pero también eran sorprendentemente precisas en varios puntos clave. Moon sostuvo durante un tiempo, sospecho que para convencerse a sí mismo más que a mí, que quizá Innocenti había obtenido la mayoría de los detalles de Skimpole, Lister, o alguien parecido, pero en último término nos vimos obligados a aceptar que madame Innocenti quizá no fuera un fraude.

Innocenti abrió los ojos, y lo que ocurrió a continuación sorprendió incluso a Moon. Más tarde, ninguno de los presentes habría asegurado con certeza que vio lo que creyó ver, y los testigos no se pusieron de acuerdo más que en los hechos más básicos. Moon creía que los ojos de Innocenti adquirieron de repente una profunda sombra escarlata, otros que se volvieron verdes de repente, o de un color amarillo iridiscente, y la señora Erskine insistía (aunque su testimonio, como pronto será evidente, no es del todo fiable) en que se pusieron completamente negros. El color, evidentemente, no es lo importante aquí. Lo que importa es que algo ocurrió, algo sorprendente, algo sobrenatural y que no admitía explicación racional.

La médium gritó y cayó al suelo, donde yació en un mortal silencio. Algunos de los presentes aseguraron haber visto humo saliendo de su boca y nariz, como si un terrible motor de combustión estuviera funcionando en su interior.

El conjuro fue roto de inmediato. La señora Erskine, que como poco era septuagenaria, se puso en pie de un salto (un verdadero salto) y rodeó la mesa, corriendo hacia la médium. La puso en pie y abofeteó con fuerza su cara.

—¿Ann Bagshaw? —dijo la viuda, hablando en el tono de un policía en el momento de capturar a un sospechoso.

Madame Innocenti se relajó, y sus ojos recuperaron su color habitual.

—Ya no.

La señora Erskine se giró hacia el resto de invitados.

—Damas y caballeros, disculpen mi intrusión. Represento al Comité de Vigilancia.

Se alzaron rumores de protesta entre los fieles, pero la señora Erskine siguió hablando.

—El nombre de esta mujer no es, y nunca ha sido, *madame* Innocenti. Se llama Ann Bagshaw.

El marido de la mujer hizo un ademán de protesta, pero la señora Erskine le hizo callar con un gesto.

—Hoy, en apariencia, hablé con mi difunto hijo —dijo Erskine—. Pero no tengo ningún hijo, ni vivo ni muerto. Si debemos creer a la señora Bagshaw, hoy he hablado con alguien que nunca ha existido.

Innocenti se recuperó y pareció dirigirse, no a la señora Erskine, sino a Moon.

—Lo que ha ocurrido es real —insistió—. Las advertencias son reales.

Se produjo tal consternación general y escándalo con estas palabras que Moon tuvo que gritar para hacerse oír.

—Por favor. No le han contado toda la verdad. —En ese momento se hizo el silencio en la sala, y todos, ya fueran fieles o vidente, escucharon con atención—. Nuestros anfitriones quizá no sean quienes afirman ser, pero creo que tampoco lo es la señora Erskine.

La anciana murmuró algo por lo bajo.

—Miren sus manos, damas y caballeros. Son demasiado suaves y tersas. Demasiado jóvenes, creo, para ser reales.

Erskine miró a Moon con los ojos muy abiertos. Acto seguido, hizo a un lado a Ann Bagshaw y salió a toda prisa de la habitación, a una velocidad imposible para una mujer de sus años. Oyeron sus rápidas pisadas llegar a la calle, como si fuera una rata que abandona a la fuerza un viejo barco que se hunde.

Moon se dirigió a su amigo.

—Retén a todos hasta que regrese. Acabo de comprender con quién nos enfrentamos.

Fuera había comenzado a llover con fuerza, y antes de que Moon hubiera corrido más que un par de metros, estaba ya calado hasta los huesos. Podía ver a la señora Erskine correr desesperadamente por delante de él, buscando refugio entre las turbias calles y cocheras de Tooting Bec.

La persecución en sí no duró más que cinco o seis minutos, pero a ambos les pareció que había durado horas. Mientras la lluvia caía en pesadas láminas, Moon apenas podía ver a unos metros de distancia, pero siguió corriendo a pesar de todo, abriéndose paso entre peatones armados de paraguas y siguiendo su instinto para no perder a la fugitiva, como si fuera un perro de presa siguiendo un aroma.

Por fin, la arrinconó en un callejón. Como si fueran boxeadores agotados tras la última campanada, permanecieron, jadeantes y avergonzados ante esta anticlimática conclusión de su carrera. La lluvia había borrado el maquillaje de la señora Erskine; el tinte, los polvos y el colorete caían por su rostro, y las espesas manchas le hacían parecer un payaso sorprendido por una tormenta. Una mujer mucho más joven

asomaba por debajo de los restos de la señora Erskine, una mujer de treinta y pocos, no demasiado hermosa (su nariz era demasiado grande), pero bajo las húmedas y pegajosas ropas de la anciana se adivinaba una figura bien conformada.

Moon la contempló; sus sospechas habían sido confirmadas, y sintió un profundo desagrado, a mitad de camino entre la perplejidad y la euforia.

—¡Tú! —gritó—. Has vuelto a mí, mi vida. —Cayó de rodillas—. Mi ángel. Mi tesoro.

Ella le miró con ojos fríos y desprovistos de piedad.

—Te estás poniendo en ridículo —dijo—. Levántate, Edward.

Capítulo 12

Skimpole había pasado gran parte de su vida tratando de ser virtuoso. Claro que había tenido lapsus y tentaciones, especialmente en su juventud, pero en la actualidad su objetivo era llevar una existencia pura y justa, una vida atemperada, decente y moderada, libre de lujos y excesos. Sin embargo, se permitía un único capricho: una vez al día, cada día, se fumaba un puro. Por supuesto, su vicio no tenía nada de ordinario. Los puros que fumaba pertenecían a una marca exclusiva que los expertos tenían en altísima estima, y que eran exportados con grandes gastos desde una oscura región de Turquía y vendidos a un grupo selecto de consumidores en una tienda en el centro de la ciudad a precios exorbitantemente altos.

Skimpole cogió su puro diario y lo frotó bajo su nariz, oliéndolo ampulosamente. Nunca había comprendido del todo la necesidad de ese ritual olfatorio, pero lo llevaba a cabo igualmente en cada ocasión, y realizaba los pasos uno a uno por si hubiera algún experto en puros observándole. Colocó el cigarro marrón oscuro en su boca, lo deslizó lentamente entre los dientes y suspiró larga y placenteramente.

Moon y el Sonámbulo estaban sentados frente a él en un extremo de la barra, y contemplaban el ritual. En sus rostros se dibujaban gestos a medio camino entre la afabilidad y el disgusto.

—Perdónenme —murmuró el albino—. Una pequeña debilidad. —Saboreó el humo mientras caracoleaba por su garganta, el aroma seco e intenso que invadía su cuerpo, y la sensación lo hizo estremecerse de placer. Cuando se centró en el asunto en cuestión, el puro estaba medio consumido—. El asunto Innocenti. Mis fuentes sugieren que ella y su marido abandonaron el país hace dos días, justo después de que usted provocara ese fiasco en su sala de estar. Creemos que se dirigían a Nueva York, pero me temo que hemos perdido su rastro.

—No fue cosa mía —dijo con voz tensa Moon—. Se descubrió el engaño antes de que pudiera hacer algo al respecto.

Skimpole se frotó las esquinas de los ojos.

—Tengo entendido que el Comité de Vigilancia tuvo algo que ver.

—Correcto.

—¿Cuál es su opinión? ¿Cree que sus advertencias eran reales?

—No debería ser así. Debería ser capaz de desecharla como un fraude y una embustera. Pero hay interrogantes. Las cosas que vi... La Mosca.

—Me considero un hombre dispuesto a aceptar lo improbable —prosiguió Skimpole—. No veo de qué modo podría Bagshaw haber obtenido la información de que disponía sin algún tipo de... ventaja sobrenatural, si me permite expresarlo así. Algún tipo de ayuda esotérica.

—Estoy de acuerdo.

Skimpole resopló.

—Debo decir que el Comité de Vigilancia tiene una reputación. En alguna ocasión he oído decir que si no pueden obtener pruebas con métodos convencionales, no tienen ningún problema en crearlas de la nada. El año pasado, por ejemplo, colocaron hojas de muselina a un vidente que creemos que era capaz de producir verdadero ectoplasma.

—No pongo en duda el desenmascaramiento de la mujer —dijo Moon—. Pero sus advertencias... me turban.

Skimpole se removió nerviosamente en su asiento. Se llevó lo que quedaba del puro a la boca y arrancó unas últimas y preciosas caladas.

—Me dijo que me estaban utilizando —continuó Moon—. Dijo algo de un durmiente. Peligro bajo tierra. De hecho, señor Skimpole, me dijo que usted era solo un peón.

El albino dio la última calada al puro y dejó que la colilla se consumiera en el cenicero.

—Sé lo que soy.

—Hay algo que me preocupa.

—¿Madame Innocenti?

—Hay una conexión que no somos capaces de ver.

—¿Qué pretende hacer? Debería saber que, decida lo que decida, tendrá todo el apoyo del Directorado. —Sonrió malévolamente—. Tenemos algo de influencia, sabe.

—Tengo que ver a Barrabás de nuevo. Sabe algo, estoy seguro de ello.

—Eso puede arreglarse. —Skimpole se puso en pie—. Pero actúe con rapidez. Se nos acaba el tiempo. Si madame Innocenti estaba en lo cierto, solo nos quedan cuatro días antes de que ocurra lo que va a ocurrir. Por cierto, quizá le interese saber que he dado la autorización para que se realice el primer pago en su cuenta. —En este punto, nombró una cifra francamente generosa. Incluso hoy en día, ni el mejor pagado de los funcionarios públicos despreciaría una cantidad tan sustancial—. Por supuesto, mi departamento corre con los gastos de su estancia aquí. Puede dividir el dinero con su socio del modo que prefiera.

—¿Dinero? —dijo Moon en tono despreciativo—. ¿Cree que hago esto por dinero?

Skimpole miró a Moon con expresión vacía.

—No es necesario ser maleducado —dijo, ligeramente ofendido—. Si lo prefiere, piense en el dinero como un extra. Un regalo de un gobierno agradecido.

Moon no respondió.

—Trabaje rápido. Y manténgame informado. Estaré observando. —Skimpole hizo una reverencia y se marchó. El Sonámbulo hizo una infantil mueca a su espalda.

Moon cruzó la habitación hacia una joven mujer que se sentaba sola con una copa de vino tinto medio llena frente a ella. El Sonámbulo le observó, incapaz de ocultar su sorpresa cuando Moon se detuvo frente a la dama, intercambió unas pocas

palabras educadas con ella, sonrió, la indicó que se pusiera en pie y la trajo consigo de vuelta. Cuando la extraña se acercó, el gigante la reconoció: era la señora Erskine, agente del Comité de Vigilancia, pero rejuvenecida, desprovista de su disfraz y vestida con las ropas que uno esperaría encontrar en una dama joven y elegante.

—Te presento a mi amigo el Sonámbulo —dijo Moon, y su atractiva acompañante hizo una corta reverencia a modo de saludo. Moon sonrió—. Creo —dijo, cogiendo la mano de la dama— que no conoces a mi hermana.

Skimpole abandonó el hotel con andares rápidos y ampulosos. Llegaba tarde a una reunión importante, y prefirió no llamar a un taxi, sino apresurarse por las calles de la ciudad, casi corriendo por las aceras abarrotadas, adentrándose y saliendo de bandadas de peatones, abriéndose paso entre oleadas de urbanitas indígenas. Sería muy lógico suponer que, siendo funcionario, se dirigiera a Whitehall o Westminster, pero Skimpole se encaminó hacia el Westland, en todo momento alerta ante cualquier posible perseguidor. Se dirigió hacia Limehouse y el Directorado.

¿Ermana?

garabateó apresuradamente el Sonámbulo en la pizarra. Después, borró la palabra y escribió de nuevo en letras mayores y más gruesas:

¿Ermana?

Moon se explicó.

—Esta es Charlotte.

La señorita Moon lució su sonrisa más encantadora.

—Encantada de conocerle.

El Sonámbulo frunció el ceño. Le parecía estar siendo objeto de algún tipo de extraña broma, y comenzó a esperar que Moon y la extraña rompieran a reír en cualquier momento, le dieran una palmadita en la espalda y las gracias por haber seguido el juego. Se sentó, pacientemente, y esperó a que terminara la broma.

—¿Es mudo de verdad? —preguntó Charlotte, de forma un tanto maleducada.

—Nunca ha hablado conmigo. Sin embargo, sigo esperando que un día lo haga. Y no me queda duda de que, cuando lo haga, nos sorprenderá a todos.

Charlotte miró al gigante por encima; no parecía muy impresionada.

—No es tan apuesto como su predecesor.

—Créeme —dijo Moon, con dolor en la voz—, no dirías eso si le vieras ahora.

—Supongo que no.

—El Sonámbulo es un excelente ilusionista —dijo Moon, tratando de no parecer condescendiente en exceso—. ¿Viste alguna vez el espectáculo?

—Tres veces —dijo Charlotte con cierta indiferencia—. Una vez como anciana, otra como una polaca borracha y otra como enana. Debo admitir que la última fue todo un desafío. No es nada sencillo deshacerse de noventa centímetros de altura durante varias horas. —Hizo una pausa y se mordisqueó el labio inferior con cierto embarazo—. Lamento lo que le ocurrió al teatro.

—Skimpole —dijo Moon, como si eso lo explicara todo.

—¿No le gustas mucho, verdad?

Moon apartó la mirada.

—Nunca me dijiste que estabas afiliada al Comité.

—Y tú nunca me dijiste lo que ocurrió en Clapham. Tuve que leerlo en los periódicos.

—Se me pasó.

El familiar sonido de la tiza contra la pizarra rompió el silencio. El Sonámbulo comenzaba a sentirse desplazado.

Beber

—Una sugerencia espléndida —exclamó Moon, en una abrupta e inesperada explosión de afabilidad—. ¿Charlotte?

—Solo un poco —dijo, vacilante—. Nada demasiado fuerte.

Pero Moon ya no podía oírla, pues se dirigía a toda prisa a la barra. Mientras solicitaba numerosas y caras bebidas, dedicó su mejor sonrisa al camarero.

—Asegúrese —sonrió— de cargar todo esto a la cuenta del señor Skimpole.

Limehouse es un distrito único; no pertenece a Inglaterra. Los curiosos olores que llenan sus calles son decididamente foráneos por naturaleza. Sus placas, signos y carteles están repletos de jeroglíficos que resultan intimidantes para los novatos, y sus habitantes, sin dejar de ser razonablemente hospitalarios y educados, resultan sin embargo extraños y distantes para el hombre que se interna en sus calles. Si alguno de mis lectores ha caminado en alguna ocasión por sus frenéticas y escabrosas calles, tendrá sin duda la misma opinión que yo de ellas: que son pedazos de una exótica metrópoli arrancados de cuajo del Extremo Oriente, vendidos por toneladas y colocados entre los barrios londinenses, una visión de una Inglaterra imposible en la que el Imperio ha caído y el Oriente reina.

Por tanto, resultaba extraño ver al señor Skimpole caminar confiada y sosegadamente por esas mismas calles. Su apariencia era tan extravagante como de costumbre, con sus lentes sobre la nariz, y sus cabellos y piel teñidos de un blanco sepulcral. No sería desacertado suponer que no podía estar más fuera de lugar entre las multitudes de rostros amarillos, pero estos parecían aceptarle de buena gana como uno de los suyos, y no aparecía atraer demasiada atención. No había miradas inquisidoras ni risas contenidas.

Menos de media hora después de dejar el hotel, el albino llegó a su destino, y se detuvo frente a una carnicería abandonada. Era la clase de lugar que parecía haber existido durante años sin clientes; sus ventanas estaban cubiertas de telas de araña y de mugre, mezclada con lo que parecía ser sangre seca y restos grasientos de aceite. Un pájaro estaba siendo asado en una varilla colocada en la ventana. El cadáver sin plumas giraba lentamente, chamuscado y crujiente a la vista de los transeúntes. Skimpole no podía asegurar qué tipo de ave había sido en vida (quizá un pato, o una gallina, o un pájaro de nombre desconocido que solo se estilaba en el este), pero, mientras contemplaba la pequeña figura girando lentamente tras el cristal, pensó sin quererlo en la señora Puggsley y sintió una momentánea punzada de culpa. Luchó con su conciencia, ahuyentó la neblina del pasado con un ademán y entró. Cuando empujó la puerta, sonó una campana. Un joven chino apareció, y le saludó con una reverencia.

—Es un placer verle de nuevo —dijo.

—Buenos días —dijo Skimpole imperiosamente. Nunca se había molestado en aprenderse el nombre de su anfitrión o el del padre del joven, que fue el propietario del local antes que su hijo. El albino no veía ningún motivo para contravenir la tradición a estas alturas. Los pecados del padre y todo eso.

Atravesó el local. Pedazos de carne, salada y de origen indeterminado, colgaban de ganchos detrás del mostrador. Algo viejo y amargo burbujeaba en una cazuela, y el olor a sangre era omnipresente. Skimpole trató de no prestarle atención, pues conocía demasiado bien el lugar como para dejarse inquietar por el ambiente de amenazadoras linternas rojas o su humo y espejos de cuento de terror.

—¿Está aquí? —preguntó.

—Está esperando —respondió el chino, plácida y respetuosamente. Skimpole vio una mancha oscura en el labio superior del hombre.

—¿Intentando dejarte bigote? —preguntó sarcásticamente.

El chino enrojeció.

—Buena suerte. —Skimpole sonrió—. Por cierto, ¿es un pollo eso de la ventana?

El propietario pareció confundido.

—Pollo —repitió Skimpole, algo irritado ante la aparente falta de Comprensión de su interlocutor. Pollo—. El albino, que creía, como habían creído muchos y durante mucho tiempo antes que él, que el inglés de su anfitrión era francamente primitivo, trató de imitar una gallina, aleteando los brazos como un pájaro y graznando.

El hombre no pareció reaccionar, de modo que Skimpole se despidió de él y atravesó una puerta situada en la parte trasera del local. Detrás de ella había un montacargas, sorprendentemente. Un oriental vestido con un ceñido uniforme rojo esperaba en su interior. Apartó la rejilla metálica cuando vio a Skimpole.

—Buenos días, señor.

—Buenos días.

—¿Piso cero?

—Sí, gracias.

El hombre toqueteó los controles y el ascensor comenzó el descenso con un tirón que casi le provocó náuseas. Cuando llegó a su destino, se detuvo con un crujido y un pesado golpe.

—Piso cero —dijo el hombre con voz mecánica e uniforme.

—Gracias —replicó Skimpole—. Ya lo veo. —Salió a una habitación bien amueblada, de estilo elegante y moderno, dominada por una enorme y ostentosa mesa circular. Había llegado al Directorado.

Un hombre corpulento y de anchas espaldas se acercó a él para saludarle. Detrás de él permanecían en actitud deferente cuatro o cinco orientales.

—¡Skimpole! —La calidez de la voz parecía sugerir que estaba contento de verle, pero el albino sabía que era una emoción fingida, que la había inspirado tan solo la buena educación, y sospechaba además que tras ella se ocultaba toda una vida de desdén e incluso desprecio.

Sin pensar, esbozó una sonrisa profesional.

—Dedlock.

Se dieron un apretón de manos. La palma de Skimpole estaba húmeda y pegajosa a causa del reciente esfuerzo, y Dedlock no consiguió del todo enmascarar la incomodidad que sintió.

—Perdóname —dijo Skimpole, al tiempo que se quitaba el abrigo y se lo entregaba a un lacayo sin mirarle—. Estuve ocupado en el hotel.

—Ya veo. —Los ojos de Dedlock brillaron inquisitivos, y esta vez no trató de ocultar su interés—. ¿El señor Moon?

—Así es —replicó secamente Skimpole.

—Siéntate, viejo amigo, y cuéntame todo. —Su curiosidad se había disipado, y Dedlock parecía engañosamente afable de nuevo, como un coronel retirado proponiendo un trago de ginebra tras una copiosa comida.

Se sentaron el uno frente al otro en la mesa redonda. Dedlock comenzó a hojear documentos que parecían oficiales, mientras que Skimpole sacó un puro y cerillas tan solo para guardarlos de nuevo fastidiosamente en su bolsillo cuando recordó que ya había disfrutado de su pequeño lujo diario.

Dedlock tenía aspecto de jugador de rugby entrado en años. Era el tipo de hombre (bien lo sabía el albino) que había sido un excelente atleta en su juventud, uno de esos héroes del deporte que poseía en abundancia esa mezcla tan británica de brutalidad e impecables modales. Una desagradable cicatriz cruzaba el espacio que quedaba entre su nariz y su oreja izquierda, una reliquia de un antiguo conflicto. Era de un color tan intenso, y Dedlock obtenía tal placer en mostrarla perversamente, que Skimpole sospechaba desde hace tiempo que exageraba su ferocidad con maquillaje, un toque vanidoso que no le sorprendería en absoluto viniendo de él.

—¿Un trago? —preguntó Dedlock. Skimpole sacó su reloj de bolsillo.

—Es algo temprano —dijo, en un tono que indicaba a las claras que deseaba ser persuadido para aceptar.

—Esto quizá nos lleve un tiempo. ¿Por qué no darse una pequeña alegría?

El albino cedió.

—Muy bien.

Dedlock chasqueó los dedos y uno de los orientales dio un paso adelante. Vestía como un carnicero, su rostro era de un intenso color amarillo y llevaba el pelo recogido en relucientes trenzas negras. Llevaba atado a la cintura un sucio delantal manchado de sangre y cartílago. Se inclinó cerca de Dedlock y susurró servilmente:

—¿Sí, señor? ¿Qué desea? —Al contrario que el propietario, tenía un fuerte acento prácticamente ininteligible, y su inglés era vacilante, como si estuviera pronunciando cada palabra por primera vez.

—Un güisqui para mí —dijo Dedlock—. Ya sabes cómo me gusta.

—¿Güisqui? —repitió el oriental sin convicción.

Dedlock se inclinó hacia Skimpole.

—¿Qué quieres?

El albino pensó que no sería práctico pedir algo más complicado, y pidió lo mismo.

El oriental torció el gesto, perplejo.

—¿Mismo?

—Eso es.

—Bien, señor. —El oriental se alejó, pero Dedlock lo detuvo antes de que llegara a la puerta—. A ver, ¿qué tenemos que preguntar? —le reprendió, como si se estuviera dirigiendo a un niño aún inexperto en los protocolos del mundo de los adultos.

El hombre pareció completamente confundido antes de que su rostro se llenara de comprensión. Sonrió.

—Sí, sí. ¿Señor Skimpole quiere hielo? ¿Hielo?

La escena pareció divertir al albino.

—Sin hielo, gracias.

—Por cierto —dijo Dedlock, antes de que el sirviente desapareciera—, podemos deshacernos del acento, ¿no crees? No creo que impresione al señor Skimpole.

Avergonzado, el oriental se irguió, se aclaró la garganta y habló con un acento tan británico y fluido que solo podría haberlo adquirido en uno de nuestros más prestigiosos centros educativos.

—Lo lamento, señor —dijo—. No tenía ni idea. Lo cierto es que pensaba que lo estaba haciendo bastante bien.

Skimpole resopló despectivamente.

—Creo que podría intentar ser menos teatral, señor... —dijo.

—Benjamin Mackenzie-Cooper, señor.

—Bien, señor Mackenzie-Cooper, su representación actual es puro *music hall*. Es

exagerada y no tiene gracia. Y lleva demasiado maquillaje. —El hombre pareció decepcionado, y Skimpole añadió—: Aun así, es un comienzo prometedor.

Mackenzie-Cooper le dio las gracias y se marchó.

—¿Es nuevo? —preguntó Skimpole.

Dedlock asintió.

—Eton y Oxford. Acaba de llegar de Oriel. Prometedor, ¿no cree?

—Oh, sin duda —dijo Skimpole (aunque resultaba obvio que no lo creía en absoluto).

Dedlock adoptó un tono profesional y seco.

—¿Qué hay de Moon?

—Está resultando francamente recalcitrante. Ya sabes que él y yo... tuvimos nuestros más y nuestros menos.

—Tú has tenido tus más y tus menos con todos nosotros.

Skimpole se encrespó ante este comentario.

—Supongo que la señora Bagshaw ha salido del país. El pobre Lister estará muy decepcionado.

—Sabía algo —protestó Skimpole—. Era nuestra mejor pista, y la hemos perdido.

—Así que es otro desastre. Ya te advertí sobre tu obsesión con Moon.

—No fue Edward Moon el que la descubrió. Creemos que fue un miembro del Comité de Vigilancia. Ya sabes que no les supone ningún problema tender trampas a videntes. Lo han hecho antes.

—Este miembro del Comité... ¿sabemos su nombre?

—Tengo entendido que era una mujer disfrazada. No tengo pruebas directas, pero creo que tiene alguna relación con Moon, quizá más íntima de lo que pensamos.

—¿Una amiga?

—Quizá.

Mackenzie-Cooper regresó con las bebidas, las dejó discretamente en la mesa y desapareció. Skimpole dio un recatado sorbo a su güisqui. Dedlock engulló la mitad de su vaso de un solo trago. El albino fue el primero en hablar.

—Parece que Moon ha entablado amistad con un hombre llamado Thomas Cribb.

—No me suena. ¿Está afiliado?

—Parece ser independiente. Sospecho que su unión ha turbado profundamente al Sonámbulo.

Dedlock sonrió.

—¿Ah, sí? ¿Ha hablado ya?

El albino negó con la cabeza, y Dedlock rió sonora y cruelmente, una carcajada desprovista de cualquier rastro de alegría.

—¿Y tú? —Skimpole abordó el asunto con cautela—. ¿Algún movimiento?

—Los Okhrana han estado ocupados —dijo secamente Dedlock, como si estuviera hablando de algo tan poco emocionante como la táctica de su equipo favorito de rugby—. Últimamente están un tanto inquietos. Algo tiene a sus agentes

preocupados. Sospechamos que se han enterado de la conspiración. Quizá tienen acceso a su propia Innocenti.

Skimpole tamborileó los dedos en la mesa con gesto pensativo.

—¿Agentes? —dijo—. Supongo que quieres decir anarquistas.

—Oh, espero que no. He tenido suficientes molestias en forma de conspiradores a las orillas del río para el resto de mi vida. Al último tuve que arrancarlo del asfalto yo mismo. Pequeños pedazos de él quedaron atrapados entre los adoquines. Además, no tenemos que preocuparnos por quién envíen.

—¿Ah, no?

—Sabemos quiénes son. Podemos rastrear sus movimientos en cuanto entren en la ciudad. Nuestro mayor problema son los durmientes.

—¿Durmientes?

—Los rusos han sembrado de agentes este país, y llevan años hibernando. Ojalá leyeras los registros.

Skimpole no prestó atención a la reprimenda.

—¿Sabes los Okhrana que estamos implicados?

Dedlock apartó la mirada.

—Es probable.

—¿Cómo ha ocurrido?

Dedlock murmuró algo relativo a un error.

—Entonces, quizá tengamos un problema.

—Lo sé —replicó, y siguió un breve y tenso silencio. Un instante después, Dedlock siguió hablando afablemente, como si no hubieran dicho nada en absoluto—. Por cierto, esa mujer, Ann Bagshaw... ¿consiguió sacar algo en claro Moon de ella antes de que todo terminara?

—Tan solo unas palabras, aunque estoy convencido de que no llegó a comprender su verdadero significado. Habló sobre la conspiración, le dijo a Moon que le estaban utilizando. Como si no lo supiera ya.

Dedlock comenzó a retirar los documentos que tenía ante sí.

—¿Algo más?

Skimpole dio otro sorbo a su güisqui, esta vez uno más largo, y sintió al saborearlo un dulce y mareante gozo.

—Dijo que nos quedaban diez días. Ahora nos quedan cuatro.

Dedlock hizo una mueca.

—Algo más...

—¿Qué?

—Peligro —dijo—. Peligro bajo tierra.

Meyrick Owsley trató de no prestar atención a los frenéticos rezos que resonaban por el pasillo y llamó a la puerta de la celda de un asesino tan educada y discretamente como un mensajero que llevara un telegrama, un regalo de boda o un

caro ramo de flores a una elegante casa de campo. La voz de Barrabás sonó quebrada y enfermiza desde el interior, cargada de inmoralidad:

—¿Meyrick?

El rostro de Owsley no demostraba emoción alguna; era casi una máscara sacada de una tragedia griega.

—Aquí estoy, señor.

—¿Estoy perdonado?

—Por supuesto, señor.

Una pausa, y un resoplido. Después:

—Gracias a Dios. —Owsley oyó lo que quizá fuera un sollozo—. Solo ha sido una riña, ¿verdad? ¿Una riña absurda?

—Así es, señor. Una riña. No significó nada, señor.

Un suspiro aliviado.

—Bien.

—¿Señor?

No hubo respuesta (aunque su vecino había comenzado de nuevo su salmo favorito).

—Tiene visita.

Una repentina agitación, un sonido de pasos arrastrados, y después Barrabás apareció en la diminuta abertura de su celda con su rostro hinchado, semejante al de un sapo, seccionado por los barrotes.

—¿Edward? —Su aliento era fétido y rancio.

—Está aquí, conmigo —dijo con calma Owsley—. Quiere hablar con usted. Retroceda, señor. Voy a dejarle entrar.

Al oír el tintineo de las llaves y el crujido de la puerta, Barrabás se dejó caer al suelo y se encogió en una esquina de su pequeño mundo.

Alguien entró, la puerta se cerró con un golpe seco y, cuando el prisionero alzó la vista, vio no una sino dos figuras frente a él en la penumbra.

—¿Edward? —murmuró de nuevo.

—Estoy aquí. —La voz era potente y compasiva, pero había en ella un cierto placer indigno al ver al prisionero en esa situación.

—¿Edward? ¿Quién es?

Moon dio un paso adelante.

—¿Recuerdas a mi hermana?

—¿Charlotte? —preguntó—. Has cambiado mucho. Cuando nos vimos por última vez aún eras una niña. Apenas habías salido del colegio. Pero ahora eres una mujer.

Charlotte le miró, tan fascinada como asqueada.

—Por favor, perdona el desorden —dijo el prisionero, arrinconándose junto al muro—. Intenta no prestar atención al olor. No tenía ni idea de que vendrías.

—¿Qué te has hecho a ti mismo? —preguntó Charlotte, que sentía ahora más

curiosidad que asco.

—Sí que has crecido —dijo Barrabás, sin responder a la pregunta—. Has crecido en todos los lugares adecuados. Has florecido. —Su lengua salía y entraba lascivamente de su boca. Parpadeó—. Te sientes a salvo conmigo, ¿verdad?

Con un admirable dominio de sí misma, Charlotte replicó:

—Siento lástima por ti.

—Barrabás —comenzó Moon, y a continuación se detuvo, exasperado—. ¿Tengo que llamarte así? Charlotte... ella... te conocía por otro nombre.

—Mi nombre se ha perdido, como Edgar.

Moon suspiró y sacó de su bolsillo una pequeña caja acolchada.

—Te he traído algo.

—Un soborno —murmuró sombríamente Barrabás.

—Un regalo —dijo firmemente Moon—. Ten. —Le ofreció la caja—. Cógela.

El asesino desplazó su titánico cuerpo por el suelo, cogió la caja y la abrió bruscamente.

—¿Un alfiler de corbata? —dijo, una vez inspeccionado su contenido—. ¿Para mí?

—Tiene un gran valor. Bañado en oro. Pensé que te gustaría.

—Tenías razón. —Barrabás contempló el objeto con ojos avariciosos—. Sí, tenías mucha razón. Tendrás que perdonarme mientras lo pongo en mi colección. —Atravesó la estancia y colocó el regalo entre su colección de objetos preciados—. Gracias —dijo, y añadió—: Lo llevaré el día que muera.

—Quizá no te dejen. Aquí tienen reglas muy estrictas en cuanto a ese tipo de cosas.

—Estoy seguro de que Meyrick lo arreglará todo. Es muy eficaz organizando cosas así.

—Llevo tiempo queriendo preguntarte... ¿cómo os conocisteis tú y Meyrick?

—Él vino a mí, me buscó para ofrecerme sus servicios. Dijo que lo que hice le había transformado por completo. Es, me atrevo a decir, un admirador. —Barrabás observó recelosamente a sus visitantes—. Espero que no estés celoso.

—No me fiaría de un hombre como él.

—Te fiaste de mí —replicó Barrabás—. Bien, ¿qué quieres?

—Tenemos que hablar.

Una torva sonrisa se dibujó en su seboso rostro.

—Sabía que volverías.

—Hablaste de una conspiración contra la ciudad, de una mano oculta tras los asesinatos. Sabías lo del incendio en el teatro.

—¿Quieres preguntarme cómo llegué a saber todas esas cosas?

—Si no te importa —dijo con cierta indiferencia Moon.

—Magia —replicó Barrabás, y se echó a reír.

Moon trató de no seguirle el juego.

—¿Cuándo fue la última vez que viste al albino?

El rostro del prisionero se llenó de desprecio.

—Hace mucho tiempo. ¿Aún le culpas?

—Le culpo de tu corrupción, sí.

Barrabás habló con aire pensativo, como si fuera el editor de un diccionario buscando la definición perfecta, platónicamente perfecta, de una palabra:

—No creo que corrupción sea la palabra adecuada. Al final, llegó a aburrirme. Pero había conocido un mundo nuevo, un mundo por encima de la moral, donde todas las experiencias y sensaciones estaban a mi disposición. Me emborraché de esas experiencias, exploré los límites de la transgresión. El único acto verdaderamente pecaminoso que me quedaba era el asesinato. Lo que hice en esa habitación de la calle Cleveland, Edward, fue el punto culminante de mi existencia. Nada, ni antes ni después, ha podido igualarlo. Significó la muerte del que fui una vez, y el nacimiento de Barrabás.

—Eso pertenece al pasado —insistió Moon—. He venido para hablar del futuro.

—Quizá tú tengas un futuro. Yo no. Sin embargo, tengo pequeñas compensaciones.

—¿Qué?

—Me alegró que fueras tú quien me capturara —susurró Barrabás.

Moon suspiró.

—Fuiste un digno oponente. El último digno oponente. Desde entonces solo me he enfrentado a granujas de medio pelo, hombres de confianza poco convincentes, asesinos incapaces de disparar en línea recta, ladrones de banco que acaban en las cloacas...

Barrabás sonrió.

—Oí hablar de él.

—Ojalá recordara su nombre —dijo Moon, un tanto distraídamente—. Imagino que tú no...

Barrabás inclinó la cabeza con desgana.

—¿Viste a la señora Bagshaw?

—¿Lo supiste?

—Por supuesto.

—Es un fraude —dijo Charlotte severamente.

—Es lógico que digas eso. No esperaba menos de ti, como leal servidora del Comité de Vigilancia. Deberías tener en cuenta las advertencias de Innocenti, Edward. Sería lo más prudente.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

—Queda poco —dijo en voz baja el asesino—. Cuatro días. Pronto comenzarán las desapariciones.

—Lo sabes, ¿verdad? —La voz de Moon sonaba como si no lo hubiera creído hasta ahora—. ¿Sabes lo que está ocurriendo realmente?

Barrabás rió.

—Acércate —dijo, y Moon se acercó al lugar en el que yacía Barrabás, que habló rápidamente—. Por supuesto, se pusieron en contacto conmigo. Necesitaban a alguien como yo. Quizá debería sentirme halagado. Tienen grandes planes para todos nosotros, Edward. Son ingenieros. Quieren cambiar el mundo.

Le interrumpió el escandaloso repiqueteo de una llave en el cerrojo. La puerta se abrió, y Owsley apareció en el umbral.

—Se acabó el tiempo. Ha terminado el horario de visita.

—¿Horario de visita? —protestó Barrabás.

Owsley no le prestó atención, y miró con ojos gélidos a Moon.

—Debe irse.

—No he terminado.

—Márchese o tendré que avisar a las autoridades penitenciarias.

Rápidamente, Barrabás rebuscó entre su montón de tesoros y cogió un delgado libro.

—Me has traído un regalo —dijo, y en ese momento Owsley miró a Moon con furia apenas controlada—. Me gustaría que aceptaras esto en agradecimiento.

Moon parecía sorprendido.

—¿Qué es?

—Las *Baladas líricas* de Samuel Taylor Coleridge y William Wordsworth. —Habló como un maestro de escuela de provincias hablando de la poesía del siglo pasado a una clase harta de versos—. Ha sido mi compañía más leal aquí, un oasis en medio del desierto. Me abrió los ojos, Edward. Y espero que haga lo mismo por ti.

—Gracias.

—¿Edward? —Barrabás golpeó suavemente la cubierta del libro—. Pregúntale a él. —Tras estas palabras, se acercó a Charlotte y le dio un húmedo beso en la mejilla. Charlotte se apartó disgustada, y el prisionero trasladó sus atenciones al mago, que no se apartó y permitió que el prisionero le besara en ese lugar secreto e íntimo que queda detrás de la oreja, entre la piel y el cabello. El asesino susurró algo, y, por un instante, los dos hombres parecieron inexplicablemente consternados, unidos por una pena aguda y lacerante, un sentimiento más allá de las palabras. A Charlotte llegó a ocurrírsele que estaban a punto de dejarse caer el uno junto al otro sobre el catre.

Fue Owsley, por supuesto, quien rompió el conjuro.

—Tiene que irse —insistió. Más tarde, Edward llegaría a decir que la voz del hombre sonó casi asustada.

Barrabás sollozó lastimeramente por la despedida, pero los dos hermanos se marcharon en sobrio silencio.

Cuando la puerta estuvo firmemente cerrada y el monstruo regresó a la penumbra de su celda, Owsley, con cierta petulancia y rigidez, dijo:

—Gracias por su cooperación. Espero que no vuelva a molestarnos.

Edward Moon comenzó a protestar, pero Owsley se alejó, y mientras caminaba el

mechón de pelo que colgaba flácido de su desnudo cuero cabelludo ondeaba de un lado a otro.

Charlotte y su hermano sintieron alivio cuando abandonaron Newgate y se dirigieron de vuelta al hotel. Caminaron durante unos instantes antes de que uno de los dos hablara.

—¿No ha sido lo que esperabas? —preguntó el hermano.

—Sabía que había cambiado. Sé que lo hizo. Pensaba que vería algo malvado. Pero sentí lástima por él. ¿Y tú? ¿Le has perdonado?

—No hay nada que perdonar —replicó fríamente Moon.

—Erais amigos.

—No es a él a quien culpo.

—Tiene que cargar con alguna responsabilidad.

No hubo respuesta.

—Perdona —dijo Charlotte—. No quería decir...

Silencio.

—¿Has... has tratado de apelar a sus buenos sentimientos? ¿Le has llamado por su antiguo nombre?

—Ya oíste lo que dijo.

—Parece que Skimpole se ha lavado las manos con respecto a él.

—Por supuesto. No puede permitir que le responsabilicen de una aberración como él.

—¿Crees que sabe algo?

—Estoy seguro de ello.

—¿Qué significado tenía el libro? Parece un regalo algo extraño.

—Creo que nos ha dado una pista. Pero no sé adonde nos llevará.

—¿Puedo verlo?

Moon le entregó el libro y Charlotte lo abrió.

—Hay una dedicatoria —dijo—. «Para mi querido Gillman, con gratitud y cariño». Y está firmado: «STC».

—Coleridge —murmuró Moon—. Santo cielo. Debe ser su propia copia. Debe de costar una fortuna.

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué te lo ha dado?

—Si Owsley no nos hubiera interrumpido... Estoy seguro de que estaba a punto de decirme algo importante. Dijo que se pusieron en contacto con él. Mencionó desapariciones. «Pregúntale», dijo... ¿Por qué nada de esto tiene sentido?

—Edgard —dijo Charlotte con pesar—, si tú no le encuentras sentido, dudo que alguien más pueda hacerlo.

—Me alegra que hayas vuelto —dijo Moon, y añadió, vacilante—. ¿Te quedarás?

—Sabes que no puedo.

Antes de que Moon pudiera responder, llegaron al hotel, donde les esperaba un

viejo amigo.

—¡Señor Moon!

El prestidigitador sonrió educadamente. Gesticuló en dirección del inesperado huésped.

—Charlotte. Este es Speight. Un amigo del teatro. Un antiguo inquilino, podría decirse.

—Encantado de conocerle.

El vagabundo parpadeó y trató de hacer una cansada reverencia.

—El placer es todo mío. —Tomó la mano de Charlotte y la besó. La dama, al contrario que en su encuentro con el preso de Newgate, tuvo el detalle de no estremecerse.

Se fijó en un pesado cartel de madera que sostenía el vagabundo.

Ciertamente volveré pronto
Apocalipsis 22. 20

—¿Qué le trae por aquí? —preguntó Moon, tan educadamente como pudo, mientras buscaba discretamente su cartera en el bolsillo.

—He venido a darle las gracias —le interrumpió Speight—. Muchos hombres no me hubieran tolerado como lo hizo usted.

Moon pareció sorprendido.

—Fue un placer.

—Ahora voy a marcharme.

—No entiendo.

—Me necesitan. Los de los trajes han venido a buscarme.

—¿Quiere decir que ha encontrado un hogar? ¿Alguien que se ocupará de usted? Speight reflexionó durante un instante.

—Sí —dijo, en apariencia sorprendido de su propia respuesta—. Supongo que así es.

—Bien, me ha alegrado verle de nuevo —comenzó Moon, y se dirigió hacia la entrada del hotel.

—He venido a darle esto. —Speight cogió el cartel y se lo ofreció—. Tenga. Es suyo.

—¿Qué? —preguntó Moon, pero era demasiado tarde. Speight había colocado el cartel en sus manos y se había alejado.

—¡Gracias! —gritó de nuevo—. ¡Gracias!

Moon agitó la cabeza, divertido.

—¿Qué diablos voy a hacer con esto?

—Me gustan tus amigos —dijo con buen humor Charlotte mientras entraban en el hotel—. Son... poco comunes.

Se dirigieron directamente a la *suite* de Moon, donde les esperaba la señora

Grossmith junto a su desgarbado pretendiente.

—Hay alguien que quiere verle —dijo la mujer—. Lleva una hora esperándole.

—Acabo de verle —dijo Moon de inmediato—. El señor Speight, ¿verdad?

La señora Grossmith resopló.

—A él nunca le hubiera dejado entrar. No, es un tipo de caballero muy distinto. El inspector.

Moon se dirigió a su hermana.

—¿Qué decías antes sobre mis amigos? —preguntó, y, como si fuese su pie para salir a escena, Merryweather hizo su entrada en la habitación entre carcajadas, del tipo que uno escucha únicamente cuando echa monedas en los maniquíes que suelen encontrarse en los paseos marítimos de los pueblos costeros. El Sonámbulo entró tras él; ambos sostenían vasos medio vacíos de leche.

—Vaya, vaya —dijo el inspector cuando terminó la ronda de saludos y presentaciones—, sin duda esto es una notable mejora respecto a su antigua residencia.

—Lo odio —dijo con voz imperturbable Moon.

—¿Qué es ese cartel que lleva? Parece familiar.

—Dudo que sea importante. —Moon dejó reposar el cartel junto a la puerta—. ¿Es una visita social?

—Eso sería agradable —dijo con pesar el inspector—. ¿Recuerda el caso Honeyman?

—Por supuesto.

—Parece que le debo una disculpa. Tenía usted razón, señor Moon, y yo estaba equivocado. Parece que no habíamos llegado al final del asunto.

Moon se puso repentinamente en alerta.

—¿Qué ha ocurrido?

—La madre del chico...

—Dígame.

Merryweather se aclaró la garganta.

—Es la señora Honeyman —dijo—. Ha desaparecido.

Capítulo 13

La señora Grossmith, inclinada sobre la pila, fregaba los últimos platos del día; manchas grasientas de jabón mezclado con agua marrón cubrían sus manos. Arthur Barge se acercó a ella por la espalda con inusitado sigilo y se acurrucó cómodamente en sus amplias espaldas. En silencio acarició sus blandas mejillas, apartó un pelo gris como el metal y entrelazó sus arrugadas manos con las suyas. Ella no dijo nada, pero él sentía su cuerpo bajo el suyo, temblando y vibrando con un secreto placer. Torpemente, puesto que había perdido la práctica tras años de soltería, trató de que su boca encontrara la de ella. La señora Grossmith trató de ahuyentarlo sin desearlo de veras, y murmuró algo sobre la vajilla, pero enseguida permitió que los ardorosos labios y la insistente lengua de su amante la hicieran callar. Se abrazaron con recelo al principio, pero pronto se encontraron más cómodos y su unión fue vigorosa. Se besaron apasionadamente durante largos instantes, y casi parecían dos lagartos antediluvianos que copularan por primera vez en las asoladas llanuras del África primigenia.

Esa, al menos, fue la detallada escena que surgió sin aviso en la mente de Charlotte Moon mientras les observaba en silencio desde el umbral. Se aclaró la garganta tan ruidosamente como pudo, y, como si fueran personajes de una farsa, los amantes rompieron su abrazo. Las mejillas de la señora Grossmith, avergonzada y azorada, se colorearon de un intenso escarlata, pero Barge simplemente se quedó parado como un botarate, con una breve sonrisa asomándose a su rostro, como un colegial cuyo embarazo es en su mayor parte fingido, un crío que disfruta perversamente de haber sido cazado con las manos en la masa.

—Señora Grossmith —dijo fríamente Charlotte—. Lamento interrumpir.

—Discúlpeme, señorita. —El ama de llaves se alisó la falda y esbozó una torpe reverencia—. Pensaba que había salido con su hermano y el policía.

Charlotte prefirió no responder a la pregunta.

—¿Por qué está fregando platos? ¿No debería encargarse el personal del hotel?

—El señor Moon es mi responsabilidad. Me gusta cuidar de él lo mejor que puedo.

Charlotte le entregó un papel doblado.

—¿Le importaría entregarle esto a mi hermano?

—¿Va a dejarnos? —El ama de llaves no sonó particularmente decepcionada ante esa perspectiva—. ¿No puede quedarse una o dos horas? El señor Moon regresará pronto, y estoy segura de que le gustaría despedirse en persona.

—Es mejor que me marche ahora.

—Si está segura.

—Del todo.

—¿Puedo preguntarle algo? —La señora Grossmith vaciló—. En todos los años

que llevo a su servicio, nunca la había mencionado. No quiero parecer entrometida, pero...

—¿Quiere saber por qué?

—Supongo que sí.

—Tengo una relación un tanto especial con mi hermano. Cuando pasamos demasiado tiempo juntos, tienden a ocurrir cosas a nuestro alrededor. El tipo de cosas que uno preferiría que no ocurrieran, ¿entiende?

—Me temo que no, querida.

—Créame, es mejor que nos separemos. —Charlotte se giró hacia la puerta—. Adiós, señora Grossmith. Señor Barge.

Arthur saludó con la mano un tanto torpemente, y Charlotte salió de la habitación.

—Es una muchacha extraña, ¿verdad?

—No sabría decirlo, la verdad —dijo Barge—. Estaba mirando a la otra dama presente en la sala. La que tiene mi corazón. —Extendió el brazo para tocarla, pero la señora Grossmith lo apartó con firmeza.

—Más tarde —dijo mientras guardaba el mensaje de Charlotte discretamente en la manga de su delantal—. Hay mucha vajilla por fregar antes de que sea hora de acostarse.

El señor Honeyman tenía prácticamente el mismo aspecto que Moon recordaba: era un hombre gris y testarudo, de aspecto permanentemente abrumado. En esta ocasión parecía algo más envalentonado, quizá a causa de la ausencia del ogro que tenía por esposa. Moon y Merryweather acababan de llegar cuando el hombre comenzó a quejarse:

—Creo recordar haber insistido en ver a un investigador oficial —gruñó, mirando a Moon.

Merryweather trató de apaciguarlo.

—Respondo por él, señor mío. Es de toda confianza, y me ha ayudado en más ocasiones de las que puedo recordar. No me importa admitir que hay un buen número de villanos tras los barrotes que seguirían libres hoy día de no ser por su ayuda.

—¿Ah, sí? —replicó sarcásticamente Honeyman—. No le he permitido entrar en mi casa para que se quede ahí y elogie a este aficionado. Además, tengo entendido que desde el deplorable incidente de Clapham, el señor Moon ya no es considerado tan infalible como lo fue una vez.

—Le pido disculpas —dijo amablemente el inspector, y cambió de tema—. No deseo apurarlo, pero ¿podría contarnos algo más de las circunstancias que rodearon la desaparición de su esposa? Intente recordar tanto como pueda. Todo puede ser importante. Lo que a usted acaso le parezca un detalle insignificante podría ser una pista vital a los ojos entrenados de un agente de la ley.

—Me levanté temprano —dijo rígidamente el hombre—, sobre las seis, como acostumbro a hacer. Para dar un paseo, sabe. Contemplar a mis peces. Ella no estaba.

Así de sencillo. Cogió una maleta y se marchó. Ninguno de los sirvientes la vio irse.

—¿Cree que eligió marcharse?

—No tengo ni idea.

—La maleta parece eliminar la posibilidad de un secuestro. ¿No cree, señor Moon?

El prestidigitador bostezó, aburrido por el predecible progreso de las pesquisas policiales.

—Señor Honeyman —insistió Merryweather—, ¿tiene idea de adonde puede haber ido su esposa?

—Ninguna. Toda su vida estaba aquí. Me preocupa que haya hecho algo... innecesario.

—Discúlpeme —dijo Moon con mordacidad—, pero la última vez que vi a su esposa, no me pareció el tipo de mujer que tiende a la autodestrucción. Tampoco me pareció afligida en modo alguno. Se comportaba, de hecho, como si acabara de quitarse un irritante peso de encima.

Honeyman se dirigió al inspector.

—Esto es intolerable. ¿Acaso debo permitir que este aficionado de tres al cuarto me insulte en mi propia casa?

—Créame —prosiguió Moon—, su esposa no estaba guardando luto.

—¿Puede decirnos, señor —dijo Merryweather con tanta deferencia que su voz sonaba casi cómica—, si su esposa había estado comportándose de un modo extraño antes de desaparecer? ¿Había hecho algo desacostumbrado o no habitual en ella?

—Últimamente pasaba mucho tiempo trabajando en la iglesia. Es una gran filántropa, sabe. Muy devota.

—¿Iglesia? —dijo Merryweather—. ¿Puede decirnos el nombre de esa iglesia?

—Es más bien una organización benéfica, la verdad. Está en la ciudad, no sé dónde. Yo, claro está, estoy perfectamente satisfecho con nuestra pequeña parroquia local, pero ella siempre se tomó todo eso mucho más en serio que yo. Pasaba mucho tiempo allí últimamente. Dios sabe por qué.

—¿Cuál es el nombre de la iglesia?

Honeyman carraspeó.

—Me temo que no sabría decírselo sin buscarlo.

Merryweather lució la más profesional de sus sonrisas.

—No nos importa esperar, señor Honeyman.

Murmurando para sí, Honeyman salió de la habitación.

—¿Inspector? —dijo Moon con recelo—. ¿Sabe algo que yo no sé?

Merryweather fue incapaz de ocultar su excitación.

—Es francamente extraordinario que yo le lleve ventaja a usted, señor Moon, pero creo que esta vez lo he conseguido.

—Hable —dijo Moon escuetamente—. Ahora.

—Paciencia.

Antes de que Moon pudiese replicar sardónicamente, Honeyman regresó con varios documentos.

—Como le dije, es una organización filantrópica. Misioneros, creo. Algo parecido.

—¿Su nombre? —preguntó de nuevo Merryweather, mientras sacaba su bloc de notas.

—Aquí lo tengo. —Honeyman rebuscó entre los papeles hasta que dio con la información—. La Iglesia del Reino Estival. —Arrugó la nariz—. Un nombre ridículo. ¿Cree que puede ser importante?

Merryweather escribió frenéticamente.

—Sí, señor. Creo que podría serlo.

Se marcharon con la promesa de mantenerle debidamente informado de los pormenores de la investigación y salieron. Fuera les esperaba el Sonámbulo, que hacía tiempo ociosamente junto al estanque y escuchaba la interminable disertación de un jardinero sobre arboricultura. Los miró con gesto confundido.

—El inspector me oculta algo —explicó malhumorado Moon.

—Espere a que subamos al carruaje. Entonces le explicaré todo.

Estaban a mitad de camino del centro cuando Merryweather por fin les contó la verdad.

—¿Recuerda a Dunbar? —comenzó mientras el carruaje se abría paso a vertiginosa velocidad entre el tráfico—. ¿La otra víctima de la Mosca?

—Por supuesto.

—Parece que su madre desapareció aproximadamente al mismo tiempo que la señora Honeyman.

Moon pareció casi decepcionado.

—Ya veo.

—Espere, señor Moon. Espere. Ahora viene lo realmente interesante.

—Déjeme adivinar —le interrumpió rápidamente el detective—. También formaba parte de esa banda de filántropos, la Iglesia del Reino Estival. ¿Me equivoco?

Merryweather aplaudió, encantado.

—Precisamente.

—Bien, en ese caso parece que por fin tenemos una nueva pista para resolver el asesinato de Cyril Honeyman.

El Directorado.

A Skimpole nunca le había gustado el nombre. Pensaba que era ostentoso, pomposo e innecesariamente melodramático. El nombre provenía de los tiempos, más teatrales, de la fundación de la agencia, días de sangre y truenos. Desde la muerte de la reina, Skimpole había albergado la esperanza de que los excesos del pasado no continuaran en el nuevo siglo. Le parecía que una organización secreta (si es que

debía tener un nombre en absoluto) debería esforzarse por sonar tan banal y poco digna de atención como fuera posible, y desde luego no le parecía que debiera deleitarse en un nombre como «Directorado», que parecía haber sido sacado de las páginas de la ficción popular y apataba, en su opinión, a ansias de protagonismo y deseos de epatar. A Dedlock, sin embargo, siempre le había encantado el nombre, y, de hecho, se consideraba a sí mismo un hombre deseoso de epatar y con ansias de protagonismo.

Se acercaba ya el final de la jornada laboral, y estaban sentados en sus puestos habituales junto a la mesa redonda. Dedlock se enfrentaba obstinadamente a una botella de vino, mientras que Skimpole se las veía con un denso montón de agotadores informes de vigilancia.

—Es casi como en los viejos tiempos —dijo Dedlock, con repentina sociabilidad.

—¿Por qué lo dices?

—Tú inmerso en tus estudios y yo escurriendo el bulto para echar un trago.

—No quiero hablar de ello.

—Es como volver a la escuela, ¿no crees?

—He dicho que no quiero hablar de ello.

—Perdóname por abrir la boca.

El albino se concentró de nuevo en su trabajo, pero fue interrumpido de nuevo.

—No te enfurruñes, Skimpole, por el amor de Dios. Nunca hablas de los viejos tiempos. —Tras haber consumido más de tres cuartos de botella, parecía estar de un humor dado a la reflexión.

Skimpole dejó reposar los informes sobre la mesa.

—¿Qué noticias hay de madame Innocenti? —preguntó, despreciando deliberadamente los arranques nostálgicos de Dedlock.

—Se la vio por última vez en Nueva York. Después de eso... ¡desapareció!

—Maldita sea.

—¿Estás convencido de que era genuina?

—Lo que yo piense no importa. Pero si hay una pequeña posibilidad de que fuera genuina, y francamente, no puedo creer que la información que nos dio fuera producto de una serie de afortunadas suposiciones, entonces el último lugar en que la queremos es Nueva York. Un poder como ese en manos de los estadounidenses... es impensable.

Mackenzie-Cooper salió de entre las sombras, oculto tras su habitual y poco convincente disfraz de carnicero chino.

—¿Bebida, señor? —preguntó, en ese ridículo acento. Irritado, el albino le hizo marchar con un ademán.

—Deberías imitarme —dijo Dedlock—. Es sorprendentemente bueno.

—Muy temprano para mí. —Skimpole se dirigió a Mackenzie-Cooper—. Tomaré una taza de té.

El hombre hizo una reverencia y desapareció en el fondo de la estancia. Aunque

ninguno de sus superiores lo notó en ese momento, parecía extrañamente nervioso. Dedlock aseguraría más adelante que vio temblar las manos del hombre, como si sufriera una parálisis, pero este detalle en concreto fue el único que pudo recordar varios meses después del incidente, y, sospechosamente, durante una cena.

—¿Qué hay del señor Moon? —preguntó Dedlock.

—Sigue una pista del caso Honeyman. Está convencido de que hay una conexión.

—¿Tú estás de acuerdo?

—Hace tiempo que aprendí a fiarme de sus instintos.

Dedlock se rascó la cicatriz.

—Es tu agente —dijo—. Nunca se me ocurriría interferir. Pero si madame Innocenti estaba en lo cierto, entonces solo nos quedan cuatro días.

—Lo sé muy bien.

—Estoy pensando en mudarme con mi familia a las afueras. Ya sabes, antes de que suceda. ¿Has hecho algún preparativo?

Antes de que pudiera responder, Mackenzie-Cooper regresó con una enorme tetera. Llenó la taza de Skimpole y le ofreció una a Dedlock, hablando con palabras demasiado insistentes para tratarse de un sirviente de la eficacia de la bebida para combatir los efectos del alcohol. Dedlock aceptó a regañadientes, y junto a su vino fue colocada una taza del reparador brebaje.

Mientras Mackenzie-Cooper servía, Skimpole dio un trago a su taza y frunció el ceño. Demasiado azúcar. Aun así, bebió de nuevo, esta vez un trago mayor, y saboreó con deleite el torrente azucarado.

Dedlock se inclinó en dirección del falso oriental.

—¿Estás bien, muchacho? Te noto raro.

Alarmado, Mackenzie-Cooper recogió apresuradamente la tetera y derramó buena parte de su contenido en el proceso.

—Lo lamento, señor —murmuró, rebuscando frenéticamente en sus bolsillos algo con lo que limpiar el estropicio—. Lo lamento mucho.

—No es necesario hacer un drama. Ha sido un accidente.

Por fin, Mackenzie-Cooper sacó un pañuelo, pero, cuando se inclinó para limpiar el té, consiguió derramar la copa de vino de su superior. Dedlock blasfemó mientras riachuelos de té y vino se derramaban por la mesa y caían en pequeñas cataratas al suelo.

—Lo siento, señor. Lo siento, señor. —Por debajo del maquillaje y el disfraz, Mackenzie-Cooper había empezado a sudar.

Dedlock se puso a limpiar, pero apenas había comenzado cuando observó algo francamente curioso. Cuando el vino y el té se mezclaron en la mesa frente a él, los líquidos parecieron burbujear, primero, y después humear a causa de una reacción antinatural.

Mackenzie-Cooper también lo vio. Por un instante, se miraron con la boca abierta el uno al otro, uno perplejo al haber sido descubierto de una manera tan tonta, el otro

tratando desesperadamente de comprender la naturaleza precisa de lo que había ocurrido.

Con un estrépito propio de una boda griega, Mackenzie-Cooper lanzó la tetera al suelo. La cerámica se rompió en caros pedazos, y el falso oriental corrió hacia la salida. Dedlock se puso en pie de un salto (con sorprendente agilidad para un hombre de su edad) y corrió tras él en un inesperado amago de movimiento. Mackenzie-Cooper aulló de terror. Justo antes de llegar a la puerta, el otro le hizo un placaje propio de un jugador de rugby, lanzando a su presa al suelo y saltando sobre él para inmovilizarlo.

—¿Por qué? —Gruñó. Mackenzie-Cooper no dijo nada; sus ojos se movían de un lado a otro nerviosamente. Dedlock abofeteó su rostro con fuerza—. ¿Por qué? —preguntó de nuevo, y el hombre pareció a punto de echarse a llorar. Otro bofetón—. ¿Por qué?

Entonces Mackenzie-Cooper comenzó a torcer el gesto, gorjeó, borboteó y lloriqueó como un niño de teta. Dedlock no dejó de mirarlo.

—¿Y ahora qué?

Cuando comprendió lo que estaba ocurriendo, era demasiado tarde. Mackenzie-Cooper torció el gesto de nuevo, tragó algo, y después se contorsionó entre convulsiones. Su rostro se llenó de manchas púrpuras, y su boca se llenó de espuma. Segundos después, su cuerpo pareció encogerse sobre sí mismo y se convulsionó un par de veces más antes de quedar inmóvil. Dedlock gritó de frustración. Echó el cadáver a un lado y se puso en pie.

—Una cápsula de cianuro —explicó (innecesariamente, en opinión de Skimpole). Extendió la mano hacia el té derramado, humedeció un dedo en el charco y lo olisqueó cautelosamente—. Había suficiente veneno en esa tetera para matarnos a ambos. ¿Cuánto has bebido?

Skimpole mintió:

—Nada.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto —dijo el albino, demasiado rápidamente—. No bebí nada.

Dedlock asintió vagamente.

Skimpole miró el cuerpo contorsionado en el suelo.

—Me dijiste que había ido a Oxford.

Dedlock se inclinó sobre el cadáver y arrancó el disfraz; ante ellos apareció, no el inexperto alumno de Oriel que esperaban ver, sino un extraño de mediana edad y calvo, de aspecto lúgubre, enfermizo y cansado.

—Dudo que sea un hombre de Eton, la verdad —dijo.

Quizá les interese saber que el verdadero Mackenzie-Cooper, un verdadero hombre de Eton, afable y de naturaleza demasiado noble para haber llegado a disfrutar de verdadero éxito como agente del Directorado, fue encontrado tres días

después encerrado en un lavabo en una de las pensiones más siniestras de la ciudad, con la mitad de la cabeza destrozada y una mirada de verdadero terror en su rostro. Para él, por lo tanto, no hubo final feliz.

—¿Quién es?

—¿No le reconoces? —preguntó Skimpole, sorprendido.

—Ilumíname.

—Declan Slattery. Solía ser un feniano, hasta que se independizó hace unos años. Es una especie de leyenda en el mundillo. Por supuesto, hace tiempo que sus días de grandeza llegaron a su fin. Debe de ser la primera vez que alguien le contrata en mucho tiempo.

—¿Pero quién? —preguntó Dedlock—. ¿Quién podría querernos muertos?

Skimpole se encogió de hombros.

—Sería una lista muy larga.

La Iglesia del Reino Estival tenía su sede en una pequeña oficina en un tercer piso de Covent Garden que olía fuertemente a polvo y halitosis. Al llegar, Merryweather, Moon y el Sonámbulo fueron recibidos por un hombre de aspecto rudo y rostro rubicundo que hubiera parecido más a sus anchas en una taberna que ante el púlpito.

—Donald McDonald —dijo, extendiendo una regordeta mano, y añadió con una sonrisa—: Mi madre tenía un gran sentido del humor.

Moon lo miró con cierto desdén, y el hombre retiró su mano sin haberla estrechado con otra.

—¿Qué ocurre, caballeros?

—Queremos hablarle de un miembro de su rebaño —dijo Merryweather—. La señora Honeyman.

—Me alegra que por fin alguien esté haciendo algo. Aquí estamos terriblemente preocupados. Estoy absolutamente frenético.

El inspector sacó un bloc del bolsillo.

—¿Con cuánta frecuencia la veía?

—Era una de nuestras fieles más devotas. Una de las piedras angulares, podría decirse, uno de los pilares de nuestra pequeña iglesia.

—Si me permite una pregunta —dijo Merryweather mientras escribía furiosamente—, ¿cuál es la naturaleza exacta de su puesto en la organización?

—Oh, no soy nada en especial —dijo McDonald con una modestia poco convincente—. Predico un poco, ayudo cuando puedo... echo una mano a nuestro pastor en sus buenas acciones.

—¿Y quién es su pastor?

—La verdad es que es él con quien deberían hablar. Es nuestro líder, caballero. El reverendo doctor Tan.

Merryweather anotó el nombre diligentemente.

—¿Podemos hablar con él?

—En este momento se encuentra fuera de la ciudad. Soy un pobre sustituto, lo sé, pero tendrán que conformarse conmigo. Por cierto, debo disculparme por el estado de la oficina. Solemos ser mucho más ordenados.

Merryweather vio la espesa capa de polvo que cubría el lugar y decidió no hacer comentario alguno al respecto.

—¿Dónde está su iglesia? Supongo que no pueden celebrar los servicios aquí.

—Oh —McDonald pareció ligeramente irritado por la pregunta—. Los realizamos... cerca de aquí.

Cansado del tira y afloja de la charla, Moon había comenzado a inspeccionar la sala, curioseando entre los armarios, los estantes y los libros, abiertamente intrigado por todo lo que le rodeaba e inmerso en sus pesquisas. Sobre la puerta colgaba un crucifijo, y debajo había una discreta placa que mostraba una flor negra de cinco pétalos. Junto a ella aparecían impresas las palabras: «Si un hombre pudiera caminar por el paraíso en un sueño y se le ofreciera una flor como promesa de que su alma ya había estado allí y encontrara esa flor cuando despertara... ¿qué ocurriría?».

Donald McDonald se acercó a Moon.

—Veo que ha encontrado nuestro lema.

—¿Lema? Me temo que no veo su relevancia.

—El paraíso, señor Moon. Elíseo. La condición a la que todos aspiramos.

—Esto no pertenece a las Escrituras.

—S. T. Coleridge. El reverendo es un gran admirador. Nuestra Iglesia le reverencia, a él y a su obra.

—¿Coleridge? —Moon parecía incrédulo—. ¿Puedo preguntar qué clase de iglesia venera a un poeta laico?

McDonald sonrió bobaliconamente.

—No es de extrañar que lo encuentre raro. Le ocurre a mucha gente. Sin embargo, puedo asegurarle que todos los que pasan algún tiempo con nosotros terminan por apreciar nuestro punto de vista.

—La flor debajo del crucifijo —preguntó Merryweather, tratando de entrar de nuevo en la conversación—. ¿Qué representa?

—Es un motivo de la mitología griega. —Donald McDonald miró al infinito con gesto ausente—. La flor inmortal que florece en el paraíso para los poetas: amaranth.

—¿Qué es todo esto? —exclamó Moon—. ¿A qué se dedican aquí?

—Somos misioneros.

—¿Misioneros? ¿En Covent Garden?

—El reverendo no encuentra motivo para salir de Inglaterra cuando hay tanta pobreza espiritual, tanto dolor y privación delante de nuestras narices. Londres tiene mayor necesidad de la luz purificadora de la revelación que los rincones más oscuros del Congo. Nuestro trabajo aquí se realiza entre los olvidados, aquellos a los que la ciudad ha abandonado, esos a los que la ciudad echó a un lado para que se pudrieran

en los barrios bajos.

—Ya hemos oído bastante. —Moon giró sobre sí mismo y se dirigió a la puerta—. Vamos, inspector.

—¿Nos avisará si hay novedades? —preguntó McDonald, con su rostro llena de una espuria preocupación y un sucedáneo de simpatía—. La señora Honeyman estará presente en mis oraciones.

El inspector siguió a Moon, y ambos salieron.

—No me he creído ni una palabra —dijo Merryweather, cuando estuvieron ya en la calle—. Ese tipo sabe más de lo que cuenta. ¿Qué opina?

—No estoy seguro —admitió Moon—. Confieso que la nueva dirección que ha tomado este caso me desconcierta.

—¿Qué era todo eso de la placa?

—Coleridge —dijo Moon misteriosamente.

—¿Significa algo?

—¿Le gusta la poesía, inspector?

—No he leído una palabra desde el colegio.

—En ese caso, hoy ha asistido a una valiosa lección.

—¿Cuál es?

—Siga leyendo.

Esa misma noche, justo antes de acostarse, arrullado por los rítmicos ronquidos de su esposa, al inspector Merryweather se le ocurrirían un par de ingeniosas réplicas. Pero sin duda sería consciente de que el momento había pasado, y preferiría al fin y al cabo recostarse y esperar soñar con los angelitos.

Moon parecía entusiasmado.

—¿Reconoció la flor debajo del crucifijo?

—No me llamó demasiado la atención.

—Encontramos la misma firma pintada en la caravana de la Mosca Humana.

Merryweather se encogió de hombros.

—¿Coincidencia? —Miró en torno a sí—. Además, ¿no se está olvidando de alguien?

—¿De quién?

El inspector sonrió.

—Del Sonámbulo.

El señor Skimpole dejó a un lado con pesar su cuarta taza de té desde que había abandonado el Directorado, y se le ocurrió mientras lo hacía que el sonido de una taza de té tintineando en su lugar predestinado en el platillo era uno de los pequeños pero perfectos placeres de la vida. Había algo extrañamente reconfortante en ese sonido, algo cálido y tranquilizador, algo británico.

—¿Está segura de que no sabe cuándo regresará?

Al oír la pregunta, la señora Grossmith sintió el poco característico impulso de chillar de rabia y frustración, en parte por la terca insistencia del albino, pero también por lo que ella consideraba toda una vida de encierro y mudo servilismo a los caprichos de hombres exasperantes. Consiguió reprimir el impulso.

—No —dijo, tratando de no demostrar la irritación que sentía—. No tengo ni idea de dónde está o de cuándo volverá. El señor Moon es perfectamente capaz de desaparecer durante días o semanas sin previo aviso. En una ocasión, cuando estaba investigando el caso Crookback, desapareció durante casi un año.

Tras el desagradable incidente matinal, Skimpole había esperado poder hablar con Moon, pero este había desaparecido. Era en momentos como ese cuando lamentaba cumplir su promesa de no hacer sombra al prestidigitador.

—¿Más té? —preguntó la señora Grossmith, esperando secretamente que su invitado respondiera negativamente.

Skimpole rechazó la oferta con un ademán, y de inmediato el rostro de la señora Grossmith se mostró aliviado.

—Creo que he abusado de su confianza, ¿no es así?

—En absoluto. —La sonrisa del ama de llaves fue forzada, pero firme. Resultaba extraño pensar que hubo un tiempo en que había considerado a este hombre un personaje amenazante.

El albino suspiró sonoramente y se recostó aún más profundamente en su asiento.

—He cambiado de opinión —dijo—. Pensándolo bien, me encantaría otra taza. ¿Sería posible...?

—Por supuesto —dijo la señora Grossmith con cierto fastidio.

Mientras el ama de llaves llenaba la taza, Skimpole murmuró:

—Hoy he estado a punto de morir.

—¿Perdón? —preguntó la mujer, con evidente desinterés—. ¿Qué ha dicho?

Antes de que su interlocutor pudiera responder, Arthur Barge entró en la habitación.

—¿Aún aquí?

—Resulta obvio.

—Es solo que planeaba llevar a la señora Grossmith al centro. Invitarle a algo. Creo que se lo ha merecido. Los dos somos hombres de mundo, señor Skimpole, estoy seguro de que entiende lo que quiero decir.

—No del todo, no.

—Solo Dios sabe si el señor Moon regresará esta noche. Si yo fuera usted, me iría a casa.

Skimpole se puso en pie a regañadientes.

—En ese caso me marchó.

—Me aseguraré de decirle que estuvo usted aquí —dijo la señora Grossmith.

—Volveré mañana a primera hora. Es muy importante que hable con él.

Barge acompañó a Skimpole a la puerta.

—Hasta mañana entonces. Estaremos esperándole.

Apenas hubo salido el albino, y la puerta se hubo cerrado detrás de él, en el interior estallaron chillidos de deleite y gemidos de lascivo placer, los sonidos terrenales, que tanto turbaban a Skimpole, de un amor en el otoño de la vida. Skimpole puso los ojos en blanco y se marchó a casa.

Su casa estaba en Wimbledon, a una hora de distancia y a un mundo de la comodidad de vajilla de plata del hotel en que se alojaba Moon.

Al contrario que el señor Dedlock, Skimpole nunca se había considerado a sí mismo un hombre glamuroso o poderoso. Dedlock gustaba de darse aires, de pintar su trabajo como algo exótico y emocionante, pero Skimpole era feliz, e incluso se sentía orgulloso, de llamarse sencillamente funcionario, lo que era en realidad, y uno muy bueno. Su colega se paseaba como si fuera el centro del universo, pero Skimpole siempre había estado satisfecho de su vida de cómoda rutina. No parecía ocurrírsele que su cómoda rutina incluía a menudo incendios provocados, chantajes, espionaje y asesinatos ordenados por el Gobierno.

Recibía un respetable, aunque poco generoso salario, y había podido permitirse una modesta casa con terraza situada a una o dos calles del consistorio municipal. Una hora después de dejar a la señora Grossmith en los flácidos brazos de su pretendiente, Skimpole cruzó la puerta de su hogar e hizo una mueca al oír el escandaloso jolgorio procedente de la puerta adyacente. Los muros eran delgados, y los vecinos de Skimpole demasiado aficionados a las compañías ruidosas y la música popular.

Por encima de ese sonido se escuchaban otros sonidos más agradables: un persistente repiqueteo y un tintineo metálico acompañado de tartamudeos intermitentes, jadeos y silbidos. Skimpole colgó su sombrero y, por primera vez en el día, sonrió. Un niño de unos ocho o nueve años de edad, de pelo rubio rojizo, se acercó a él cojeando. Era de complexión pálida y aspecto débil, y avanzaba trabajosamente a causa de los compases metálicos que rodeaban como si fueran armaduras sus piernas, una especie de exoesqueleto casero, y de dos pesadas muletas de madera en las que se apoyaba.

—¡Papá! —exclamó lastimeramente con voz vacilante y ronca por el esfuerzo realizado. Se detuvo en seco, tosió débil y penosamente, perdió el equilibrio y osciló sobre sus pies peligrosamente. El albino se inclinó para sostener al chico y le besó con ternura en la frente.

—Hola —dijo cariñosamente—. Perdona por llegar tarde. —Se quitó las lentes y las guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—Te he echado de menos —murmuró el niño.

—Ya estoy aquí —dijo su padre, y se puso alegremente en pie—. ¿Tienes hambre?

El niño rió.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Skimpole acarició afectuosamente el pelo del chico. Estaba a punto de dirigirse a la cocina cuando, sin previo aviso, sintió una terrible punzada de dolor en los intestinos, una lacerante agonía que nacía en las profundidades de su vientre; el veneno comenzaba a hacer efecto. Se mordió fuertemente la lengua para no gritar, perdido durante un instante en el martirio más agudo que había sentido nunca. Por fortuna, la sensación desapareció tan rápido como había llegado.

No tenía la menor duda, claro está, sobre su significado.

El señor Skimpole, asolado por la tristeza y el miedo, se encontró a sí mismo gimoteando. Ruidosos sollozos convulsionaban su cuerpo, y permaneció de pie en el pasillo de su modesto hogar mientras lágrimas ardientes y vergonzosas caían por su rostro y su hijo le contemplaba en silencio, desconcertado.

Meyrick Owsley estaba satisfecho consigo mismo. Llevaba mucho tiempo esperando esto, contando los días y las horas, esperando y rezando para que llegara el momento. Había esperado durante meses, y ahora, por fin, el Demonio estaba condenado. Esta noche sería la última en que vería a Barrabás con vida.

—¡Señor!

El asesino se desplomó en una esquina de su celda, con su enorme cuerpo prácticamente desnudo, deleitándose en la perversión y el pecado. Había sacado su colección de tesoros de su escondite en el muro y desperdigado aproximadamente una docena de los objetos frente a sí, entre ellos anillos, monedas y el alfiler de corbata que le había regalado Moon.

—Adelante, entra —dijo, sin molestarse en alzar la vista—. Solo estaba admirando mi colección. Destellos, pequeños fragmentos de belleza en un mundo de miserias y preocupaciones.

Owsley miró desdeñosamente la escasa muestra.

—Me aseguraré de que sean entregados a organizaciones benéficas cuando mueras.

—Cuando muera. ¿Ha llegado el momento?

Owsley sonrió. Parecía repentinamente hambriento, cruel; su máscara de servilismo había caído.

—Si quiere expresarlo así.

Me temo que no he sido completamente honesto respecto al señor Owsley.

Barrabás pareció no notar el cambio sufrido por su discípulo.

—¿Cuándo? —preguntó.

Owsley se humedeció los labios.

—Ahora.

El prisionero no hizo intento alguno de apartarse, sino que más bien pareció encogerse aún más en el suelo de la celda. Escarbó frente a sí para amontonar los objetos de su colección y los acercó a su pecho, que subía y bajaba frenéticamente.

—Entonces, ¿eres tú? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Soy yo —replicó Owsley—. Siempre he sido yo. —Se inclinó hacia el convicto; parecía exudar ondas de malevolencia—. Deberías haber aceptado nuestra oferta. Podrías haber elegido el Elíseo, pero elegiste esto.

—Sé a qué puedo aspirar —murmuró Barrabás, y añadió, casi como si quisiera conversar—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Supongo que sí.

—¿Por qué ahora? Esperaba saber cómo termina todo esto.

—Nunca debiste darle ese libro.

—Edward lo sabrá. Sus facultades están casi al nivel de las mías.

Owsley rió. Sacó un cuchillo delgado, quirúrgico, que parecía haber sido diseñado expresamente para dar muerte rápida y eficazmente.

—Tu castigo ya ha sido decidido —gruñó, saboreando el dramatismo del momento—. Y la pena es la muerte.

Barrabás bostezó y gesticuló lánguidamente con una flácida mano.

—Entonces, hazlo de una vez —comenzó, pero, antes de que pudiera terminar, Owsley le apuñaló con un gesto de convulso placer en su rostro. Barrabás jadeó entrecortadamente. Owsley retorció el filo, lo retiró y lo hundió de nuevo. Su obesa víctima gimió, y un río de sangre cayó por su boca como si fuera lava, manchando sus labios y dientes de un velo escarlata que borboteó también por su barbilla.

Aún vivo, susurró algo a su discípulo que Owsley no había llegado a prever siquiera, a pesar de las innumerables veces que había representado y escenificado la escena en su mente:

—Bésame.

Meyrick nunca había matado antes. Se sintió abrumado por la poderosa sensación, la emoción vertiginosa de su transformación, ahora poseído por la sublime transgresión del acto de matar. Sin duda fue eso lo que le hizo pensar que estaría a salvo y le convenció de su invulnerabilidad, y por lo que se inclinó para besar a Barrabás en los labios. Triunfante, ebrio de asesinato, estaba a punto de apartarse cuando vio al moribundo moverse. Con una enorme mano, Barrabás aferró la cabeza de su antiguo discípulo; la otra se dirigió hacia su colección de objetos preciosos y sacó el alfiler de corbata de Moon, que relució afilado, como si estuviera anticipando este momento inevitable. Owsley luchó y se sacudió violentamente. Barrabás, con un último esfuerzo, acercó el alfiler a la garganta de Owsley y la atravesó sin piedad, sintiendo cómo se rompían las arterias a su paso con satisfactorios crujidos. Cerró los ojos mientras un torrente de sangre fluía a espesos borbotones sobre su rostro. Meyrick Owsley trató de aullar de rabia, agonía y frustración, pero solo pudo gorgotear. Impotente, cayó sobre su antiguo maestro y juntos yacieron unos momentos en un macabro abrazo, dos cuerpos rotos y mutilados abrazados por siempre en su viaje al averno.

Justo antes de morir, Barrabás trató de susurrar el nombre del hombre que amaba,

un acto que siempre le había parecido apropiado antes del final. Cuando imaginaba su muerte, siempre visualizaba una escena trágica y extraña con un cierto grado de patetismo que serviría acaso como inspiración para algún artista que cubriera un lienzo de escarlata, o para un poeta que compusiera una o dos estrofas de réquiem. Para su decepción, se encontró ahogándose en su propia sangre mientras la vida se le escapaba a una vertiginosa velocidad, y demasiado debilitado para hablar.

Por lo tanto, el Demonio murió en silencio.

Merryweather y Moon encontraron al Sonámbulo en el primer lugar en que buscaron: en la barra del Strangled Boy. El pub había resistido a los peores momentos del incendio, pero al otro lado de la calle el teatro seguía siendo un cascarón ennegrecido, un amargo testamento del fracaso de Moon.

El prestidigitador pidió una pinta de leche para su amigo y le preguntó, con la mayor delicadeza, por qué había desaparecido. El Sonámbulo esgrimió su pizarra.

Vi a Speight

—¿Speight? —Merryweather asomaba la nariz con curiosidad por encima del hombro de Moon—. ¿El vagabundo?

El gigante asintió.

—¿Cómo estaba? —preguntó Moon, algo confundido.

Traje

—¿Llevaba un traje? —preguntó cautelosamente Moon.

Elegante

—¿Estás seguro?

El Sonámbulo asintió con una evidente frustración.

Banco

—¿Estaba en un banco? —sugirió el inspector.

El Sonámbulo negó con la cabeza vigorosamente.

—¿Trabaja en un banco? —preguntó Moon, incrédulo.

El Sonámbulo asintió, agradecido.

Merryweather resopló.

—Ridículo.

Camuflaje

—¿Camuflaje? —Moon estaba a punto de preguntar qué significaba eso cuando oyeron el tenue grito de un repartidor de periódicos procedente del exterior.

Cuando oyó el titular, Moon corrió a toda prisa hacia la calle.

—¡Terrible asesinato en Newgate! —gritó de nuevo el muchacho—. ¡El Demonio ha muerto!

Moon cogió un periódico y lo hojeó furiosamente. Cuando sus amigos se unieron a él en el exterior, lo encontraron leyendo el diario con gesto vacío y lágrimas acumulándose en sus ojos. Mantuvieron una discreta distancia. Moon dejó caer el periódico al suelo, donde fue pisoteado, empapado y destrozado, un desecho más de una ciudad llena de suciedad. De repente, como si fuera repentinamente consciente de las fuerzas de la casualidad que se conjuraban contra él, Moon permaneció de pie, en silencio y solo. Entonces se sorprendió a sí mismo riendo. Era un sonido que no tenía nada de agradable, ni un ápice de alegría, pero que en vista de todo lo que había ocurrido se le antojó sin duda alguna la reacción más lógica. Para un observador imparcial, por supuesto, hubiera parecido el acto de un hombre cuya estabilidad mental ha comenzado por fin a agrietarse y quebrarse como el suelo áspero y seco de un desierto.

Y mientras tanto, el anciano duerme bajo la ciudad.

Parte de su consciencia quizá esté enterada de que, arriba, las cosas están cambiando, de que los sucesos avanzan inexorablemente hacia la inevitable crisis. Quizá sabe que pronto tendrá que despertar de su sueño y enfrentarse al mundo de los despiertos. Pero, por ahora, permanece atrapado en sus sueños.

Primero, es joven de nuevo, está en compañía de amigos, antes de que las realidades de la vida tocan a ninguno de ellos. Southey está con él, su querido Southey, antes de su traición y las disputas que les enfrentaron. Hablan animadamente, quizá con excesiva solemnidad, pero así es como eran entonces.

El anciano suspira y se mueve incómodo en su sueño, mientras recuerda tiempos más felices.

Los jóvenes hablan de sus esperanzas y ambiciones, del gran experimento. Southey habla elogiosamente de una hermandad, de sus planes para escapar y ser mejores.

El soñador se ve a sí mismo hablando fervorosamente, con llamas en sus ojos, de poesía, de metafísica y de la necesidad de un mundo mejor.

Susquehanna. La palabra surge sin avisar. Para él no significa nada, pero le gusta cómo suena, le agrada su musicalidad. La repite para sí mismo. *Susquehanna*.

Entonces Edith aparece junto a Southey, les interrumpe trayendo pastel y vino, y el anciano comprende que el cisma entre ellos está empezando a manifestarse. Sara choca con él y se distrae. El sueño cambia de nuevo.

Ahora es mayor, y sus amistades se han marchitado como el fruto de un viñedo podrido, y la visión diáfana de su juventud se ha oscurecido y emborronado con los compromisos de la edad. Es un hombre distinto, atrapado por penurias y afligido por un perverso anhelo. Desnudo de cintura para abajo, con los calzones por debajo de las rodillas, se sienta trabajosamente en una letrina, gruñendo y con los puños apretados, y le enferma saber que él mismo se ha administrado ese veneno que le retuerce las entrañas, que solo él es culpable del estado en que se encuentra.

«Mi cuerpo está trastornado», escribe. Su locura es producto de su afición por la medicina, una insensatez, una amante traicionera que le ha tenido esclavizado durante demasiado tiempo. Murmura algo para sí y, humillado, se sienta, convulso, y lucha.

Por fin, regresa a la buhardilla de Highgate, a Gillman y al chico. Ned está allí, ya no es tan joven. Extiende su mano. Moribundo y febril, el anciano la toma. Le dice a Gillman que les deje, y el doctor obedece, respetando los caprichos de su paciente.

Ned parece no temerle, ahora que la muerte le contempla desde los ojos del anciano. Quiere decirle al chico lo que significa para él, cómo le ha traído de vuelta a la vida y ha reavivado sus sueños. Sorprendentemente para alguien tan voluble en la vida, no encuentra palabras. Tartamudea durante unos instantes y parece contentarse con sostener la mano que se le ofrece, pero está seguro de que el chico, este muchacho especial, elegido, lo sabe. Le ha entregado un legado. Ned será su sucesor, su campeón. Aprieta su mano, parpadea y evita que caigan un par de lágrimas finales.

El soñador jadea en su sueño y se agita nerviosamente en su catre de hierro. Sabe que el final se acerca.

Quizá, si fuera consciente del paso del tiempo, de la cronología exacta de su encarcelación, podría averiguar cuánto tiempo le queda antes de despertar.

Pero yo tengo fe en ustedes. A estas alturas, estoy seguro de que lo habrán deducido por sí mismos.

Cuatro días. Cuatro días antes de que termine el sueño, el anciano despierte y la ciudad caiga.

Capítulo 14

Los pintores callejeros profesionales son un fenómeno moderno. En Londres, surgieron únicamente cuando los guardianes de las calles de la ciudad comenzaron a preferir el barato asfalto a los poco prácticos, aunque pintorescos, adoquines. En el momento en que Moon se enfrentaba a su último caso, la agrietada irregularidad de la accidentada ciudad vieja había dejado paso al immaculado asfalto del nuevo siglo. Una de las consecuencias había sido que la ciudad sufriera un molesto incremento de vagabundos e indigentes que trataban de ganarse la vida de rodillas sobre las calles como artistas callejeros. Una variedad especialmente perniciosa empezaba a ser conocida como «caricaturistas», título otorgado a aquellos que eran poco más que mendigos y que, de no haber poseído una habilidad artística reducida a su mínima expresión, sin duda se habrían dedicado a vender cerillas o a asaltar a los transeúntes con una gorra extendida y una mirada de desamparo.

El día después de la muerte de Barrabás, Dedlock se abrió paso entre las multitudes que, sin motivo aparente, habían elegido esta mañana en concreto para abarrotar las calles de Limehouse y obstaculizar su camino; a empujones y empellones, todos ellos avanzaban como los miembros de un equipo de fútbol del Extremo Oriente tratando de pedir copas en el bar tras el partido. Debía de tratarse de una celebración religiosa, pensó, o algún tipo de festividad pagana lo que había provocado tantas molestias e incomodidades. Cuando estaba a la altura de la familiar fachada del comercio, tuvo que detenerse, sudoroso y jadeante, para recuperar el aliento. Sus triunfos en el campo de rugby quedaban ya muy atrás; ahora el mundo pertenecía a hombres más jóvenes y enérgicos.

Un caricaturista estaba sentado en la acera a unos metros de la puerta de la carnicería. Su aspecto era tan desaseado que era casi grotesco, y tenía ante sí su obra, dibujada en tiza. Dedlock pasó junto a él, decidido a no prestarle la menor atención, pero, mientras contemplaba el trabajo del artista, se fijó en algo: una palabra que le hizo detenerse de inmediato.

Dedlock

El caballero en cuestión arrugó la nariz por el olor y miró al artista callejero.

—¿Le conozco?

—Peligro —susurró el mendigo—. Peligro.

—¿Peligro? ¿Qué peligro?

—Peligro.

Dedlock lo miró altanero.

—Está borracho.

—¿No me reconoce, señor?

Dedlock bufó desdeñosamente. Estaba a punto de alejarse cuando algo en el aspecto del vagabundo atrajo su atención, algo extrañamente familiar. Miró con mayor atención.

—¿Grischenko? ¿Eres tú?

El caricaturista asintió algo tímidamente.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—Peligro —repitió con solemnidad—. Peligro.

—Eso has dicho.

—Peligro.

Dedlock puso los ojos en blanco.

—Quítate la mugre de la cara y ven conmigo. Sea lo que sea, puedes contármelo dentro.

El vagabundo se puso en pie trabajosamente y siguió a Dedlock al interior del edificio. Allí le esperaba Skimpole, ya sentado a la mesa redonda, inquieto y pensativo. Dada la complexión particularmente pastosa de la piel del albino, resultaba difícil asegurarlo, pero a Dedlock le pareció que tenía un aspecto más enfermizo de lo habitual.

Cuando su colega entró, Skimpole mandó salir a un grupo de funcionarios vestidos de chinos que habían estado rodeándolo y atosigándolo con informes que debían ser leídos, cartas que debían ser firmadas y planes que debían recibir el visto bueno.

—¿Quién es? —preguntó, mirando con recelo al artista callejero. Su voz parecía preocupada, como si su perro acabara de traer una criatura del bosque entre los dientes, muerta pero aún sangrando.

—Es el señor Grischenko —dijo Dedlock, y el hombre asintió distraídamente a modo de saludo. Parecía inquieto y nervioso, y no dejaba de mirar de un lado a otro, como si le aterrorizara alguna amenaza invisible que merodeaba más allá de su campo de visión.

—¿Es uno de los tuyos? —preguntó Skimpole con voz débil.

Su interlocutor habló sin atisbo de arrepentimiento en su voz:

—Uno de los míos.

—¿Quién?

Dedlock bajó la voz hasta hablar en un absurdo susurro de apuntador:

—Es nuestro hombre entre los rusos. Un doble.

—¿Qué está haciendo aquí, por todos los cielos? Tras el fiasco de Slattery esperaba que tendrías más cuidado con este tipo de cosas.

—Creo que tiene algo que contarnos. —Dedlock señaló una silla y gruñó—. Siéntate. —Grischenko, aún gimoteando, y con su disfraz de vagabundo revelado solo a medias, obedeció.

—¿Por qué estás aquí? —dijo Dedlock—. ¿Por qué ese ridículo disfraz?

Grischenko habló con cautela. Su inglés era lento y tenía un fuerte acento, y su vocabulario era anticuado y puntilloso.

—Tengo que advertirles —comenzó—. He venido aquí con este fabuloso disfraz porque los hombres que me siguen son peligrosos. Es probable que nos estén observando incluso ahora. No podía dejarme ver como Grischenko. ¿Entienden?

Dedlock cruzó los brazos.

—Estás totalmente a salvo aquí, te lo aseguro. Y sospecho que el señor Skimpole y yo estaremos a la altura de los ataques de tu gente, sean los que sean.

—No, no. —Grischenko pareció repentinamente animado—. Entiendo perfectamente que mis paisanos no asustarían a hombres tan valientes como ustedes. No son rusos. No, señor, a estos no los conocen, aunque quizá estén al tanto de sus actividades. Son poderosos, señores. Muy poderosos. Llevan mucho tiempo conspirando contra la ciudad. Imagino que ya saben a quién me refiero...

—Quizá —dijo Skimpole en tono neutro.

—Hemos oído rumores —admitió Dedlock, más tajante que su compañero—. Agradeceríamos cualquier información que puedas darnos. El Directorado es un poderoso aliado. Podemos garantizar tu seguridad. ¿Quién es esa gente de la que hablas? ¿Cómo se llaman a sí mismos?

—No tienen nombre, señor, pero por lo que sé no tienen muchos escrúpulos. Contrataron al irlandés, Slattery, para detenerles a ustedes. Fracásó, lo sé, pero no dudarán en intentarlo de nuevo. No se detendrán hasta que el Directorado sea derrotado y destruido.

—¿Cómo sabes eso?

—Señor Dedlock —susurró el ruso—, lo sé porque han intentado comprarme.

—¿A ti?

—A mí —repitió Grischenko con cierto orgullo en su voz—. Me resistí, por supuesto. Les tiré su sucia oferta a la cara. Soy un hombre de principios.

—Por supuesto.

—Hay más.

Dedlock le hizo una seña para que continuara.

—No lo consiguieron conmigo, pero sí con otro. Un viejo socio mío.

—¿Qué quieres decir?

—Tienen un durmiente.

—¿Un durmiente?

—El más letal. Y ahora este hombre, este asesino, un hombre que nosotros mismos enviamos a este país hace mucho tiempo, ha sido reclutado para su causa.

—¿Quién? —preguntó Dedlock—. Dame un nombre.

—Tiene muchos alias —dijo dubitativamente el ruso—. Su verdadero nombre ha desaparecido.

Dedlock frunció el ceño.

Grischenko pareció animarse:

—Pero tiene un nombre en clave.

—Dínoslo.

Grischenko murmuró algo que sonó parecido a: «mangosta».

—¿La mangosta? —repitió Skimpole, incrédulo.

Dedlock reprimió una carcajada:

—¿La mangosta?

El ruso se encogió de hombros.

—Nos estábamos quedando sin nombres.

—No me dice nada —dijo Dedlock.

—Ha matado a hombres por docenas, y hasta el momento nunca ha fracasado. Es el peor de los hombres, señor Dedlock. Por favor, señores, tienen que estar seguros de una cosa: vendrá a por ustedes.

—¿A por nosotros? —repitió Skimpole.

Grischenko asintió vigorosamente.

—Como un jinete pálido —murmuró—. Sobre un caballo pálido.

Skimpole se estremeció. Grischenko se puso en pie.

—Debo irme —dijo, y se escabulló hacia la puerta, recolocando su disfraz mientras lo hacía.

—Espera —protestó el albino, pero Grischenko no le prestó atención. Se detuvo.

—Estén atentos. Prométanmelo, señores. Estén atentos. —Con este último y enigmático consejo, desapareció y salió a la calle.

—Deberíamos detenerlo —dijo Skimpole—. Hacer que regrese e interrogarlo debidamente.

—Deja que se marche. Nos ha contado todo lo que sabe.

—¿Le crees?

—Parece haber arriesgado su vida para advertirnos. Para ser franco, creo que deberíamos esperararnos lo peor.

—¿Quién es esa gente de la que hablaba? —preguntó Skimpole, enojado—. ¿Qué quieren? Si tan solo no hubiéramos perdido a Bagshaw...

—No tienes buen aspecto. Vete a casa. Te mantendré debidamente informado de cualquier novedad.

—Prefiero quedarme.

—Vete —insistió Dedlock en tono amable—. Pero ten cuidado. Los dos deberíamos estar alerta. Parece que, a partir de ahora, el Directorado estará bajo asedio.

El Strangled Boy abría sus puertas temprano. A pesar de llegar poco después de las diez, Edward y Charlotte Moon no eran, ni mucho menos, los primeros clientes del día. Ese dudoso honor había recaído sobre varios clientes que ya iban por su segunda o tercera ronda de la mañana. El olor rancio a cerveza y masculinidad del lugar incomodó a Charlotte, pero Moon no pareció notarlo. Indicó a su hermana que

se sentara en una banqueta desvencijada y pidió bebidas.

—¿Te has fijado en que están reconstruyendo el viejo edificio? —preguntó cuando se sentó junto a ella.

Charlotte miró por la ventana. Al otro lado de la plaza, varios hombres trabajaban alrededor del andamiaje de lo que quedaba del edificio, como moscas carroñeras revoloteando alrededor de un cadáver.

—Esto no es muy conveniente, Edward. Pensaba que habíamos acordado no vernos por un tiempo.

—Es una emergencia.

—Estoy ocupada.

—¿Con qué? ¿Más desacreditaciones públicas?

—Hay una vidente en Bermondsey que asegura poder mover los objetos de su casa con el poder de la mente, y traer de vuelta a los muertos en su sala de estar.

—¿Crees que es una farsante?

—Los objetos se elevan con hilos, y los muertos son sus cómplices ocultos tras sábanas blancas y gasas.

—Charlotte, si he aprendido algo de mis recientes experiencias es que es tan peligroso no creer en nada como creerlo todo.

—Deja de pontificar y dime por qué estoy aquí.

Moon sacó de su maletín un grueso fichero repleto de documentos. Tragó saliva, incómodo.

—Tengo que pedirte un favor —dijo, sacando un montón de documentos y colocándolo ante sí en la mesa—. El Sonámbulo y yo no hemos estado de brazos cruzados. Mientras tú perseguías y placabas a falsos espiritistas, nosotros hemos estado investigando una antigua obsesión mía.

—¿Honeyman?

—¿Sabes lo de su madre? Ella, y también la de Philip Dunbar, la otra víctima de la Mosca. Las dos han desaparecido. Se han esfumado sin dejar rastro.

—La gente desaparece continuamente.

—He descubierto que las dos mujeres jugaban un importante papel en un pequeño pero extremadamente próspero grupo religioso llamado Iglesia del Reino Estival.

—He oído hablar de ellos.

Moon pareció sorprendido.

—¿Ah, sí?

—Es un nombre bastante tonto, pero por lo que tengo entendido son inofensivos. —Hizo una pausa—. Imagino que no estás de acuerdo.

—Sospecho que no son tan benévolos como aparentan.

—¿Qué te hace decir eso?

—Demasiadas coincidencias. Demasiadas conexiones. Están relacionados con la Mosca, estoy seguro de ello. Su sello, una flor negra de cinco pétalos, estaba pintado en su caravana. Por lo que parece, es prácticamente el símbolo de la Iglesia. Y

además está Coleridge.

—¿Coleridge?

—Barrabás me dio una copia de las *Baladas líricas*. La Iglesia, si es que lo es de veras, parece centrada en su ideología.

Charlotte suspiró.

—Edward —comenzó, en el tono que uno usaría para hablarle a un familiar de avanzada edad, que en otro tiempo había sido inteligente y atento, pero que ahora había caído presa de una confusa senilidad—. No puedes creer nada de lo que diga ese hombre. Por algo la prensa le llamaba «el Demonio».

Moon no replicó; había palidecido, y Charlotte agradeció la interrupción cuando una camarera les trajo sus bebidas, las dejó en la mesa con un sonoro golpe y se alejó malhumoradamente.

—Dijiste que querías pedirme un favor —dijo Charlotte después de que Moon diera un reparador sorbo a su vaso.

—He pasado la noche en el archivo.

—Pasas la mitad de tu vida allí.

—La Iglesia del Reino Estival es una de las organizaciones más ricas de Londres.

Charlotte tensó los labios.

—¿Estás seguro?

—Del todo. Han sabido ocultarlo. Tuve que inspeccionar océanos de documentos. Pero han dejado un rastro. Solo hacía falta que alguien con la persistencia necesaria lo siguiera hasta su origen.

—¿Y qué encontraste?

—Que la Iglesia la financia un único organismo. Una corporación que se hace llamar... Amor.

—¿Amor?

—Son banqueros y accionistas. Gente adinerada. Son inmensamente ricos, y tienen mucha influencia en los asuntos de la ciudad. Su nombre completo, lo creas o no, es Amor e hijos.

—Parece un chiste.

Moon no sonrió.

—El Sonámbulo y yo fuimos a sus oficinas. El reconoció el edificio. Dijo que había visto nada menos que a Speight en su interior, vestido con un traje y comportándose como si fuera el dueño del lugar.

Charlotte rió.

—Debe de haberse confundido. O quizá estaba borracho. Parece el tipo de persona que haría algo así.

—El Sonámbulo es la persona más sensata que conozco, te lo garantizo. Además, nunca le he visto beber algo que no sea leche.

—Otro misterio. Debes de estar encantado.

—¿Acaso no ves que está ocurriendo algo?

Charlotte vació su vaso y habló de nuevo, calmada y controlando la situación.

—Estoy de acuerdo, es sospechoso. ¿Cómo puedo ayudar?

—Te he conseguido un trabajo en Amor.

—Muy atrevido por tu parte.

—Perdóname. Se nos acaba el tiempo.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Skimpole. El Directorado puede ser útil a veces.

Charlotte suspiró.

—¿Qué quieres que haga?

—Infiltrarte en Amor. Descubrir su conexión con la Iglesia. Averiguar qué planean.

—Nada demasiado exigente.

—Infórmame de todo, sin importar lo extravagante o irrelevante que parezca. Por favor, sé meticulosa. Confío en ti.

—¿Y qué harás tú mientras yo me encargo de eso?

—El Sonámbulo y yo tenemos que seguir otra pista, pero no te preocupes, estaré observándote. —Moon sacó una tarjeta de visita del bolsillo—. Esta es la dirección. Ten cuidado. Espero no estar poniéndote en peligro.

—¿Peligro? ¿A qué te refieres?

—Si madame Innocenti estaba en lo cierto, solo nos quedan tres días.

—¿La crees?

—Espero equivocarme. Pero creo que la pauta está comenzando a hacerse visible. La voz de Charlotte se llenó de irritación.

—Estás siendo misterioso otra vez.

—Lo sé. —Se encogió de hombros—. No puedo evitarlo.

Dedlock tomó un taxi al centro y lo mandó detenerse en el bullicio de Piccadilly Circus, esa meca de los sibaritas, los hedonistas y las muchachas que gustan de la diversión. No se detuvo para disfrutar de los encantos del lugar, sino que se dirigió hacia la tranquilidad más distinguida de St James's Park, en cuyo linde estaba situado su club, un oasis francamente lujoso a escasos segundos de la multitudinaria conmoción de la ciudad.

El Directorado había estado sumido en una atmósfera de preocupación durante varios días, una especie de amenaza tangible que flotaba en el ambiente. El incidente de Slaterry les había inquietado a todos, y aún más lo que ocurrió con Grischenko. Dedlock había mandado retirarse a los falsos orientales, a los que ahora se sometía a una mayor vigilancia desde el desastre de Mackenzie-Cooper, y Skimpole se había ido a casa por fin, de un humor más apesadumbrado y lúgubre que nunca. Resultaba obvio que algo le preocupaba, pero durante todo el tiempo que se habían conocido Dedlock había encontrado difícil simpatizar con él, y nunca había tenido estómago para las palpitaciones de su permanentemente enfermo colega.

Recorrió una estrecha avenida cerca de Pall Mall y se detuvo a la entrada de una casa en mitad de la calle. En una placa de bronce situada encima del timbre se podía leer en letras negras, pulcras y sencillas:

Club de supervivientes
Solo miembros

Dedlock llamó al timbre, y un anciano cojeó hasta la puerta, encogido y marchito. Tenía unas enormes cejas de pelo blanco que parecían renacuajos puntiagudos que hubieran mutado hasta adquirir un tamaño una docena de veces mayor. Colgaban precariamente bajo su ceño, y proyectaban una extraña sombra en su rostro. Reconoció a Dedlock al instante.

—Es un placer verle de nuevo, señor. Pase, por favor.

Ya dentro, los familiares aromas del lugar asaltaron a Dedlock, ese cóctel indefinible y reconfortante que mezclaba güisqui, oporto, humo rancio de tabaco, alfombras añejas y sudor masculino.

—Hoy no está muy animado, señor —se disculpó el hombre de las grandes cejas mientras recogía el abrigo de Dedlock—. Ha llegado un poco temprano.

—No importa. Pasaré ahora.

—Muy bien, señor.

Dedlock recorrió un largo pasillo y entró en la última de cuatro salas abiertas.

—Buenas tardes —dijo, a modo de saludo general. Le respondió un coro de gruñidos y murmullos provenientes de la media docena de caballeros que, sentados, sostenían, todos y cada uno de ellos, puros, cigarros o pipas.

Dedlock ocupó su sillón habitual junto a la puerta. Sentado frente a él, absorto en la lectura del periódico, estaba un caballero alto y delgado, vestido con traje y poco impresionante a excepción del hecho de que le faltaban ambas piernas, y la parte inferior de su cuerpo había quedado reducida a un muñón fofo que colgaba impotente del frontal de su sillón.

A su derecha se sentaba un caballero tan grotescamente desfigurado que la mayoría de nosotros probablemente habríamos chillado o nos hubiéramos desmayado al verle. Dedlock, sin embargo, se limitó a asentir con la misma cortesía despreocupada que habría empleado con un conocido de apariencia más ostensiblemente humana, un amigo con el que se cruzara en la calle, quizá, o un compañero de trabajo con el que tropezara en un bar. Era evidente que había sido víctima de un terrible incendio, y la mitad de sus rasgos habían sido destrozados y deformados; la práctica totalidad de su cabello había sido abrasado, y su piel había quedado teñida de un lívido púrpura. Sin duda, pensó Dedlock, la mayoría del mundo le tenía lástima, sin duda los niños le señalaban con el dedo mientras él se ocupaba de sus propios asuntos, le miraban y se burlaban de él. No le hubiera sorprendido saber que las pescaderas hacían comentarios difamatorios al respecto de sus capacidades

sexuales cuando pasaba frente a ellas y las saludaba alzando el sombrero. Pero aquí, en este club, uno de los más exclusivos de la ciudad, este hombre podía relajarse sin vergüenza y alzar la cabeza muy alta rodeado de sus iguales. Hoy, de hecho, parecía de un humor especialmente bueno, y fumaba con agrado una pipa de madera de brezo de aspecto antiguo. Dedlock saludó con un ademán, y el hombre sonrió e inclinó levemente la cabeza.

A pocos metros se sentaba un caballero que lucía un parche y un desigual orificio rojo donde debería haber estado su nariz. Junto a él se sentaba un hombre con medio brazo y que parecía ser presa de repetidos y violentos espasmos. Cerca de ellos se sentaba un individuo escuálido cuyo rostro se asemejaba al de un perro o un tejón tras un combate especialmente sangriento.

Dedlock se agitó nerviosamente en su sillón, repentinamente incomodado y fuera de lugar. Cedió con gratitud a la tentación, se quitó la corbata, desabrochó su camisa y quedó desnudo de cintura para arriba. Descubrió un torso entrecruzado por dos grandes cicatrices blancas como la leche. Deslizó los dedos por las profundas hendiduras y acarició los familiares trazos. El hombre de la pipa miró en su dirección y asintió con un gesto de aprobación.

Dedlock sacó sus cigarrillos y se acomodó en el sillón con una sonrisa satisfecha en el rostro poco habitual en él. Se sentía, por fin, como en casa.

Cuando despertó, en la sala reinaba el silencio; estaba oscura y vacía. El primer pensamiento de Dedlock, mientras se estiraba y regresaba lentamente al mundo de los vivos, fue por qué el hombre de las cejas no le había despertado. Se sentía entumecido e incómodo, y le dolían las articulaciones tras estar tanto tiempo inmóvil. Se frotó los ojos, y empezaba a considerar seriamente la posibilidad de incorporarse cuando tuvo la desagradable sensación de estar siendo observado.

—¿Quién está ahí? —preguntó, mientras sus dedos buscaban el revólver que escondía en su chaleco, antes de recordar, demasiado tarde, que se había desnudado de cintura para arriba como muestra de solidaridad con sus compañeros supervivientes.

—Estás despierto —dijo una voz.

—¿Quién es? —preguntó de nuevo.

Una figura se acercó a él, y a Dedlock le pareció que tras él se escondían otras dos personas.

—¿Sabes quiénes somos? —dijo una segunda voz.

—¿Puedes adivinarlo? —dijo una tercera. Cada uno de los tres hombres hablaba con un acento diferente e inconfundible. Juntos, eran inmediatamente reconocibles.

—Sé quienes sois —dijo Dedlock, y sintió un profundo estremecimiento.

—Apuesto a que no pensabas que fuéramos reales —dijo el primer hombre.

—Lo sabía.

Uno de ellos rió, y los otros se unieron a él.

—¿Señor Dedlock?

Dedlock tragó saliva y trató de no demostrar el miedo que sentía.

—¿Sí?

—Hemos oído historias. Algo sobre una conspiración, una trama contra la ciudad.

Dedlock se aclaró la garganta y trató de obligarse a sí mismo a hablar en un tono tan uniforme y equilibrado como si estuviera leyendo un informe ante una de las numerosas juntas y comités a los que tenía que rendir cuentas.

—El Directorado ha sabido de una amenaza contra Londres. Tenemos a un hombre investigando: Edward Moon. Quizás hayan oído hablar de él.

En la penumbra, tres hombres negaron con la cabeza como uno solo.

—¿Dedlock? Necesitamos estar seguros. ¿Tiene algo que ver con el secreto? ¿Ha sido revelado?

Un rastro de sudor frío recorrió la espalda de Dedlock.

—El secreto está a salvo —dijo.

—¿Comprendes lo que sucedería si fuera revelado?

Otra voz:

—Este asunto parecería un juego de niños en comparación. Dedlock ya no era capaz de saber cuál de los hombres estaba hablando.

—Os lo aseguro, el secreto está a salvo. Ni siquiera el señor Skimpole lo conoce.

—Es fundamental que siga siendo así.

—Tenéis mi palabra.

A pesar de la profunda oscuridad, Dedlock estaba seguro de que los tres estaban sonriendo, y que no eran sonrisas benévolas.

—En ese caso, debemos tener fe en que así sea.

Entonces los tres desaparecieron con un chasquido. Curiosamente, Dedlock se dio cuenta de que ya no deseaba incorporarse, y cayó dormido de nuevo casi inmediatamente. El encuentro comenzaba a parecerle un sueño.

Cuando despertó de nuevo, los pájaros cantaban.

Apiádense del señor Skimpole.

Es una petición un tanto extraña, lo sé, dada su reprobable actuación en el reciente pasado. Pero solo alguien con un corazón de piedra no hubiera sentido lástima por él mientras regresaba apesadumbrado a su casa de Wimbledon, respirando ásperamente, jadeante, con paso vacilante, zigzagueando mientras caminaba como si fuera un borracho que trata de convencerse a sí mismo de que está sobrio. Parecía terriblemente atormentado, como si fuera un Sísifo condenado.

Entró en su pequeña casa y casi gritó el nombre de su hijo. Se detuvo tan solo cuando recordó que hoy era día de colegio, que estaba en clase y que, si lo que le contaba el niño era cierto, era aún objeto de burlas y risas. Su propia infancia había estado repleta de insultos, notas pasadas de alumno en alumno, bromas y palizas improvisadas en el patio del colegio, las habituales humillaciones mezquinas y

crueidades propias de los niños.

Como si fuera una reacción a esta nostalgia inesperada, Skimpole sintió Otro desgarró en las profundidades de su estómago, un dolor agónico y punzante. Se tambaleó hasta una silla, respirando profunda y trabajosamente, tratando de mantener la calma y de no pensar en las implicaciones de su sufrimiento. Sin embargo, sabía bien qué significaba la viscosa lucha que libraba su intestino, lo había comprendido desde el momento en que Slattery falleció en el suelo del Directorado. Se le estaba acabando el tiempo, apenas le quedaban un par de días, y estaba decidido a aprovechar ese tiempo al máximo, para dejar un legado que le hiciera sentirse orgulloso.

Me *recordarán*, decidió, mientras se sentaba con gesto sombrío, demasiado débil para seguir de pie; sintió su cabeza cargada y el dolor apareció de nuevo. Me *recordarán*.

Esos fueron sus últimos pensamientos antes de caer en un incómodo sueño, una piadosa liberación del dolor. Despertó y encontró a su hijo de pie frente a él.

—¿Papá? ¿Qué pasa?

Con un enorme esfuerzo de voluntad, el albino se enderezó en la silla.

—Nada. No pasa nada. Me he dormido, eso es todo. ¿Cómo ha ido el colegio?

El niño apartó la mirada, avergonzado.

—Ven aquí. —Skimpole dio una palmada en su rodilla. Su hijo cojeó hacia él y se subió torpemente en su regazo. El niño era quizá ya demasiado mayor para ese tratamiento, pero era un ritual antiguo que ambos veneraban y que no estaban dispuestos a abandonar sin un motivo de peso. Skimpole acercó al niño hacia sí, y, tratando de no mostrar ni un ápice de su propia incomodidad, comenzó a cantar una nana bien conocida, su favorita desde que era niño. Su hijo rió. En las leves cadencias de la voz de su padre se olvidaron las terribles penurias sufridas en la escuela, y, por unos efímeros y dulces instantes, Skimpole también sonrió.

Recordarán que, al principio de esta narración, les prometí que habría varios momentos de la historia en los que les contaría una mentira. Seré honesto y confesaré que esta es una de esas ocasiones. Todo lo que acaban de leer respecto al señor Skimpole y su hijo lisiado es pura ficción.

Soy un bobo sentimental, ¿no creen?

Volvamos a la verdad.

Lo más habitual era que el Sonámbulo no pareciera necesitar de comida en absoluto; los placeres de la mesa eran ajenos a él, y podía pasar días e incluso semanas sin probar más que un pedazo de pan. Pero, en esas raras ocasiones en las que parecía requerir sustento, siempre lo hacía con estilo.

La mañana tras la muerte de Barrabás, el Sonámbulo estaba sentado en el comedor del hotel disfrutando de un relajado desayuno compuesto de tiras rosadas de beicon que engullía a cucharadas, huevos, tomates y salchichas, comida que

acompañaba de un vaso tras otro de leche. Moon aún no había aparecido, y el Sonámbulo no había tenido reparo en engullir también el desayuno del mago en su ausencia. Varios de los huéspedes, cuyo apetito había arruinado la ruidosa masticación del gigante, le habían cedido sus platos, aún repletos de grasientos desayunos británicos. El resultado fue que para cuando terminó, el Sonámbulo había acabado con cinco o seis desayunos individuales. Se preguntó qué habría para comer, e hizo un gesto a un camarero. El hombre se acercó a él con recelo y un gesto de evidente desdén en su rostro.

Más leche

Con esa combinación de resentimiento y arrogancia exclusiva de los camareros británicos, el hombre inclinó la cabeza y desapareció, aunque solo lo consiguió a regañadientes. Los últimos huéspedes que aún hacían compañía al Sonámbulo se marcharon poco después, y dejaron en su plato unas lonchas más de beicon. Por fin, apareció Moon; estaba tan fastidiosamente excitado que no pareció notar que su desayuno había desaparecido.

—Ven conmigo —dijo, sin molestarse en sentarse—. Tenemos una cita.

El Sonámbulo miró con tristeza la comida que aún permanecía en su plato. Fue capaz de reunir poco entusiasmo por la misteriosa cita, y, de hecho, llevaba una o dos semanas considerando la idea de hibernar.

Moon insistió.

—Nos esperan en Highgate.

El Sonámbulo se encogió de hombros.

—Es importante. Creo que estamos cerca.

El gigante empujó su plato y se puso en pie.

—Buen chico.

Entonces el camarero apareció con una gran jarra.

—Su leche, señor.

El Sonámbulo la miró con añoranza, pero Moon se mantuvo firme.

El gigante hizo una mueca. Moon cedió.

—Tráela contigo —dijo—. Puedes beber por el camino.

Llegaron a Highgate algo más de una hora después. Su destino era una pequeña y anodina casa rural algo alejada de la carretera, situada a mitad de una colina tan empinada que era prácticamente vertical, y a apenas unos pasos del lugar en que se decía que Whittington dio media vuelta y regresó a la ciudad, incapaz de resistirse a su atracción.

¿Por qué?

preguntó el Sonámbulo, tratando de limpiar los restos de leche que se habían acumulado en su camisa como si fueran las primeras gotas de lluvia en un asfalto seco.

—Coleridge vivió aquí.

La expresión del Sonámbulo mostró bien a las claras sus sentimientos sobre la importancia de esa observación. Gesticuló de nuevo hacia la pizarra.

¿Por qué?

—¿Recuerdas el libro que me dio Barrabás? Había un nombre en la dedicatoria. Alguien llamado Gillman. He estado investigando. Creo que quizá quería que viniéramos aquí.

El gigante borró su mensaje y escribió apresuradamente:

Señor Coleridge: muerto

—No me molestaré en corregir tu gramática —riñó Moon.

El Sonámbulo pareció estar a punto de darle un puñetazo.

Moon se apresuró a explicarse.

—Creo que, en cierto modo, Coleridge está en el centro de este asunto. —Estaba a punto de decir algo más cuando la puerta se abrió y una mujer de cabellos plateados les habló.

—¿Señor Moon?

—¿Señora Gillman? Es un placer. Mi socio, el Sonámbulo.

El gigante hizo un torpe ademán y la mujer asintió en respuesta.

—Entren. Tengo té y pastas esperándoles.

—Espléndido. El Sonámbulo está absolutamente famélico.

Pero el gigante no replicó. Distraído un breve instante de la perspectiva de la comida, sintió una certeza extraña e inexplicable: sería aquí, en esta poco notable casa que olía ligeramente a lavanda y jabón, donde comenzaría el final de todo.

Querido Edward:

Espero que esta carta llegue sin problemas a tus manos. A causa de circunstancias que pronto relataré, me ha resultado totalmente imposible entregártela en persona, y me he visto obligada a dejar estas palabras en manos de un intermediario, una joven a la que he conocido aquí. Una amiga provisional, podríamos decir, y quizá una aliada, aunque desafortunadamente no puedo decirte su nombre. Eso, también, lo explicaré más adelante.

Estas, pues, son mis primeras impresiones de Amor, Amor, Amor y Amor (a quienes me referiré a partir de ahora, para ahorrar espacio, como Amor). Las últimas horas me han convencido de que se trata sin duda de la organización más excéntrica de toda Inglaterra. Ahora estoy seguro de que tus intuiciones eran correctas; hay algo muy extraño aquí, pero, hasta el momento, sea cual sea la verdad que se oculta tras esta organización, solo se me ha mostrado una diminuta parte de una imagen mucho mayor.

Creo que mencionaste que habías visto el edificio, una gran ciudadela negra cerca de Eastcheap, bajo la sombra del monumento. La iglesia de St Dunstan in the East está cerca de aquí, un pequeño templo, pero que sigue conservando toda su belleza y resplandor. La próxima vez que tú y el señor Cribb estéis disfrutando de uno de vuestros educativos paseos, deberíais pasaros por aquí y contemplarlo vosotros mismos. ¿Llegó a revelar el gigante el motivo del rencor que le provocaba Cribb? En mi opinión, es de lo más sospechoso.

Me he unido a la firma en calidad de secretaria con una serie de tareas administrativas menores. Debo decir que esta organización es sorprendentemente igualitaria en cuanto a su elección de empleados: solo en mi piso hay otras tres mujeres. El trabajo es tedioso pero sencillo. La rutina de nueve a cinco es muy diferente de las vertiginosas correrías de mi trabajo para el Comité de Vigilancia.

Edward, creo que podría llegar a asfixiarme aquí, que no pasará mucho tiempo antes de que desaparezca sepultada bajo toneladas de documentos, correspondencia, tinta y polvo.

Superficialmente, Amor funciona como cualquier otra gran firma de la ciudad, con métodos anticuados, moribundos y formales. Sin embargo, hay dos detalles que hacen de la organización algo único.

En primer lugar, se proporciona acomodación para todos los empleados en el mismo centro; con esto quiero decir que vivimos en el mismo edificio, en los pisos subterráneos. No es posible rechazar esta generosidad: es obligatorio para todos los empleados, e incluso no se ve con buenos ojos que los empleados salgan del edificio en ningún momento. Se espera que todos nosotros permanezcamos aquí, puesto que todas nuestras necesidades se satisfacen entre estas cuatro paredes. No pude elegir; tuve que aceptar estas condiciones, y en este momento te escribo desde la pequeña habitación que comparto con otra chica. Esta es la primera vez que he pasado la noche en una litera, aunque sin duda tú lo considerarías un hogar lejos del hogar. Confío en que, sea cual sea la misteriosa pista que tú y tu enorme amigo estéis siguiendo desde la comodidad de vuestra lujosa suite, sea lo suficientemente importante como para obligar a tu hermana a soportar condiciones tan primitivas.

Por extrañas que puedan parecer estas circunstancias, existe aquí un sentimiento de comunidad. El que todos comamos, durmamos y trabajemos juntos parece engendrar una atmósfera de fraternidad que no dista mucho de la que reinaba en la universidad, o de la que, imagino, reina entre los marineros en alta mar. Estoy

convencida de que estas personas están esperando algo. Se asemejan a un equipo de rugby antes del primer partido de la temporada o a un ejército que espera la orden de avanzar.

No es necesario decir que no son únicamente las idiosincrasias de SUS condiciones domésticas las que hacen única a esta firma.

Resulta mucho más extraña la práctica habitual de sustituir los verdaderos nombres de los empleados por números. Por extraño que parezca, todas y cada una de las personas de este edificio comparten el mismo nombre: Amor.

Para facilitar la identificación, a cada uno de nosotros se nos asigna un número. Por lo tanto, Charlotte Moon ya no existe; ahora soy Amor 999. Mi amiga provisional es Amor 893. Ahora entenderás por qué no podía decirte su nombre.

Todo esto se me antoja francamente extraño e incluso algo siniestro. No es necesario decir que me interesará enormemente saber tu opinión sobre este asunto.

Otro rompecabezas: el Sonámbulo tenía razón.

Hoy conocí al señor Speight. Estaba aseado, afeitado y vestido elegantemente con un traje alarmanamente caro. «Amor 903», como se hace llamar, no me reconoció, y no me miró dos veces cuando me crucé con él en el pasillo. Parece importante, un pez gordo, y trabaja en uno de los pisos superiores. Parece que ha dejado bien atrás ese cartel que solía llevar a todas partes.

No estoy segura del porqué, pero hoy nos pidieron que quemáramos un buen montón de documentos. Les eché un vistazo antes de que fueran pasto de las llamas, y eran documentos muy recientes, relativos, creo, a algún tipo de consolidación de los considerables activos de la empresa. No tengo la menor idea del motivo por el que Amor está destruyendo documentación o reuniendo sus fondos. Quizá simplemente tenga que preguntarlo, aunque me he esforzado, como me indicaste, por no despertar sospechas. No quiero parecer curiosa repentinamente y provocar de ese modo recelos.

Por el momento es todo lo que puedo decirte. Escribiré de nuevo en cuanto me sea posible.

Tu hermana que te quiere,

Charlotte.

Capítulo 15

Hace tiempo que considero que la ciudad, el país, y de hecho el mundo entero, están gobernados por el tipo de personas equivocado. Desde el Gobierno a las grandes instituciones financieras, la nobleza o las fuerzas de la ley. Nuestras vidas las controlan, sin excepción, estúpidos, avariciosos, corruptos, carroñeros y ricachones que no merecen ni uno solo de sus millones. Cuánto más cómodo sería todo si los que dirigieran el mundo no fueran los expertos en balances bancarios, urnas electorales o cuentas en países extranjeros, sino que fueran reclutados de las filas de las personas honestas, amables y nobles, de los trabajadores y la gente corriente.

Durante el transcurso de esta narración hemos encontrado muy pocos que cumplieran estos requisitos. La señora Grossmith, quizá. El Sonámbulo. Mina, la mujer barbuda. A esa lista podemos ahora añadir a la señorita Gillman, la apacible sabia de Highgate.

Cuando Moon y el Sonámbulo llegaron a su puerta, tanto ella como el gigante se gustaron de inmediato, como si sintieran que eran espíritus afines en cierto modo, que tenían el mismo punto de vista con respecto al mundo en general.

Pero el Sonámbulo estaba confundido. Tuvo que resistir el poderoso impulso de rascarse la cabeza, en parte por una genuina perplejidad, en parte porque la peluca le picaba terriblemente. Le reconfortó un tanto, sin embargo, encontrar a la señorita Gillman tan desconcertada como él mismo. Y, como solía ocurrir, la única persona que comprendía lo que estaba ocurriendo era Edward Moon.

—Señorita Gillman —preguntó, mientras su anfitriona daba un sorbo a su taza de té—, ¿reconoce esto? —Colocó en sus manos el delgado volumen negro que Barrabás le había entregado en Newgate, su copia de las *Baladas líricas*.

La anciana abrió el libro y leyó la dedicatoria.

—Es mío. —Parecía sorprendida—. Sabe, pensé que lo había perdido para siempre.

—La dedicatoria... ¿es para su padre?

—¿Cómo llegó esto a su poder?

—Fue un legado —mintió hábilmente Moon, sin sentir remordimiento—. Creo que su último propietario lo adquirió en una subasta.

—¿De veras? Debo confesar que no sabía que fuera usted un amante de la poesía. Su reputación le precede, por supuesto, pero esto... es francamente inesperado.

—Es un interés que he adquirido recientemente. Me lo recomendó un viejo amigo.

—Me temo que no veo cómo podría ayudarle. Es una verdadera lástima que mi padre ya no esté entre nosotros. Le hubiera sido de mucha más utilidad que yo.

—Díganos lo que pueda. Háblenos de Coleridge.

—Fue hace mucho tiempo —dijo la mujer en tono vacilante.

—De todos los que tuvieron el honor de conocer al poeta personalmente —dijo Moon, y golpeó la mano del Sonámbulo, que se extendía hacia su novena comida del día—, tengo entendido que es usted la única que queda con vida.

La señorita Gillman sonrió.

—Supongo que es un honor. Por supuesto, solo era una muchacha cuando murió. ¿Sabía usted que está enterrado cerca de aquí, en nuestra pequeña capilla? Era un buen hombre, a pesar de todo.

—¿Es cierto que vivió aquí con usted?

—Vivió en el piso de arriba durante años, sí. Si lo desea, le mostraré su habitación. Mi padre cuidó de él aquí hasta su muerte, y recibía por ello un estipendio, creo, aunque lo hacía más por cariño que por dinero. El señor Coleridge era uno más de la familia. Un segundo abuelo, si lo prefiere. Había dejado de escribir por aquel entonces, casi del todo. Había dejado muy atrás su mejor época. Y, como sabe, estaba esclavizado por ese asqueroso opiáceo. Fue una gran fuente de dolor para todos nosotros.

—Continúe.

La señorita Gillman habló durante casi una hora, feliz de recordar al extraordinario hombre con el que compartió su infancia. Les contó cómo, tras ser abandonado por su mujer y su hijo, tras huir de una fracasada aventura amorosa, y rechazado por amigos y admiradores, el poeta había llegado a Highgate para vivir como huésped y paciente con los Gillman, que tenían la esperanza de que se curara y superara su adicción. Acabó por quedarse el resto de su vida.

Moon la escuchó educadamente. El Sonámbulo acabó con las pastas que quedaban, y el tiempo transcurrió entre anécdotas y recuerdos. Estaban en una burbuja, pensó el gigante, apartados del mundo exterior, y, mientras oía a la anciana hablar, le pareció como si otra historia, la de algún otro, estuviera ocultando la historia de Moon y el Sonámbulo, de repente y sin previo aviso.

—Y además estaba el chico, claro —dijo la mujer—. Al final.

Moon la miró.

—Hábleme de él.

—Era un aprendiz, aún un niño, de no más de nueve o diez años. Solía traerle al anciano su medicina a casa. «Medicina» era la palabra que usaba Coleridge. Nunca le gustó pronunciar su verdadero nombre en voz alta.

Moon le pidió que continuara; parecía extrañamente convencido de la importancia de su relato.

—Era el chico de los recados. Así es como le conocimos al principio. Pero Coleridge le cogió cariño. Le llevaba a pasear, le leía poesía. Mi familia solía tener una casa en Ramsgate, donde pasábamos las vacaciones, y recuerdo que incluso nos visitó allí en una ocasión. Jugaban juntos en la playa. Las relaciones con su hijo siempre habían sido difíciles, así que Ned se convirtió en una especie de sustituto para él. «Ned es mi heredero,» solía decir, «mi sucesor».

—¿Ned?

—Así se llamaba.

—¿Cuál era su apellido?

La señorita Gillman terminó su té.

—Amor —dijo—. Ned Amor.

Moon y el Sonámbulo se miraron con la boca abierta.

—¿Les dice algo ese nombre? —preguntó la mujer.

Rehusaron educadamente más tazas de té, pastas y recuerdos, y se despidieron de la señorita Gillman poco después. Antes de marcharse, Moon le devolvió el libro.

—Creo que esto le pertenece.

—¿Está seguro? Debe de ser muy valioso.

—Ya no lo necesito. Por favor, acéptelo.

Gillman parecía dudar.

—Si no lo hace, me sentiré ofendido.

Lo aceptó, por supuesto, y les despidió con su bendición.

A pesar de sus muchas faltas, Moon era capaz en ocasiones de realizar buenos actos que se asomaban bajo su caparazón de misantropía como un destello de sol avistado entre las nubes.

Abandonaron la residencia de la señorita Gillman y caminaron poco menos de medio kilómetro hasta llegar al cementerio de Highgate. El Sonámbulo, que seguía bostezando, y se sentía algo hinchado tras sus numerosos desayunos, preguntó repetidamente por el propósito de ese viaje, pero Moon no quería revelar nada, y avanzaba a unos pasos por delante de él a un exigente ritmo, casi como un corredor de maratón que adivina la meta y corre a su encuentro.

Llegaron a la iglesia y atravesaron la hierba alta y descuidada del cementerio, entre sinuosas filas de cruces, lápidas y losas, muchas de ellas sesgadas e inclinadas en oblicuos ángulos, como si una violenta sacudida las hubiera desplazado. No había paz aquí, ni el descanso tan merecido; más bien, reinaba una atmósfera de cierto abandono y amenaza. Se detuvieron frente a una tumba de aspecto ordinario. La inscripción decía:

AQUÍ YACE SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

1772 –1834

Desde lo más profundo te clamo

El Sonámbulo inclinó la cabeza, en ademán curiosamente reverencial, como si haber oído hablar tanto del hombre que estaba enterrado a sus pies le hiciera sentir una cierta tristeza por su pérdida.

Moon no demostró ningún sentimiento equivalente.

—Mira esto —murmuró mientras se arrodillaba junto a la losa. Apartó con

delicadeza la hierba que la cubría. Apartó el suelo con facilidad, y desplegó en tiras precisas y uniformes la tierra, que había sido arrancada y recolocada anteriormente.

El Sonámbulo se sintió confuso por tercera o cuarta vez en pocas horas.

Bandalos

sugirió esperanzado.

—Demasiado preciso. Demasiado hábil.

Mientras el gigante contemplaba el suelo, comenzaron a sugerirse varias posibilidades francamente aterradoras. Moon se incorporó.

—Es peor de lo que pensaba. Deberíamos darnos prisa. Me da la impresión de que se nos acaba el tiempo.

Se alejaron del cementerio. Dejaron, por el momento, a los muertos a su espalda, y regresaron al mundo de los vivos.

Edward:

Otro parte desde la guarida del león.

Mi segundo día en Amor, Amor, Amor y Amor ha sido muy parecido al primero. Ocho horas de pesadas tareas administrativas, una escasa media hora para almorzar y el resto de la tarde bajo tierra, en nuestra fantasmagórica sala de recreo comunal, rezando, escuchando recitales de poesía de mis colegas y jugando partidas de cartas con desgana (por mi parte). Para escribir estas palabras me he visto obligada a escabullirme a mi dormitorio compartido. Mi amiga, Amor 893, ha consentido en inventar una historia sobre alguna enfermedad que me aflige si le preguntan por mi ausencia. Me temo que tengo un límite en cuanto a la piedad de esta gente que puedo tolerar.

Me sorprende que el señor Skimpole fuera capaz de conseguirme un empleo aquí. Todo el mundo parece haber estado aquí durante meses, y muchos llevan aquí años. Como la más reciente recluta, he notado una cierta frialdad hacia mí. Sin duda hay mucho que debo descubrir aún, y nadie parece especialmente deseoso de contármelo. Incluso 893, cuando la interrogo acerca de los detalles de las finanzas de Amor, muda el gesto y se niega a hablar. Debo aclarar que hasta el momento no he demostrado demasiada curiosidad. Como prometí, he hecho lo posible para no despertar sospechas, y no creo que nadie piense en mí como algo más que una poco notoria asistente administrativa. Quizá he sido menos inquisitiva de lo que debiera. Quizá mi aparente falta de curiosidad sea en sí misma sospechosa. Quizá debería husmear un poco más.

Hoy vi a Speight de nuevo. Me crucé con él en el pasillo; los faldones de su abrigo ondeaban de un lado a otro, y caminaba orgullosamente, con una bandada de lacayos tras él. La transformación es tan completa que creo que no le reconocerías.

Parece medio desnudo sin su cartel. Me pregunto cómo fue posible que estas personas consiguieran una metamorfosis tan profunda. Y lo que es más importante, me pregunto por qué lo hicieron.

Pero él no es el empleado más extraño de Amor. Esta mañana vi algo verdaderamente extraordinario: una mujer barbuda afanándose con libros y registros de contabilidad, un monstruo que no atraía ni miradas de curiosidad ni risas contenidas. Sin duda se encontraría más en su salsa en una carpa de circo, pero aquí la aceptan como una más. A pesar de su excentricidad, Amor es una Iglesia muy abierta. Aunque fue reclutada hace relativamente poco (Amor 986, creo), parece ser muy respetada, una persona a quien se considera muy prometedora y de quien se esperan grandes cosas.

Ahora, las noticias. Cerca ya del final de mi turno, se me acercó mi superior inmediato, un hombre rechoncho y calvo llamado Amor 487. Después de una charla intrascendente acerca de mi buena adaptación, me dijo que había sido seleccionada para conocer en persona al presidente del Consejo. Parece que eso se considera un gran honor, y esta noche, en la cena, muchos me han mirado con envidia.

Parece que el presidente (o Amor, como le conocen mis superiores) es una especie de ermitaño. Pocos de mis colegas han llegado a conocerle en persona (es un hombre, por supuesto, ni siquiera en Amor son tan liberales). Se ha programado este solemne encuentro para pasado mañana. Cuando suceda, te lo contaré todo.

De nuevo, te envió esta carta a través de 893. Me han prometido que podré salir del edificio a finales de semana, así que quizá sea capaz de echar mi próxima carta al buzón yo misma.

La atmósfera parece más tensa que nunca. Esta gente está esperando algo, y, sea lo que sea, empiezo a sospechar que los miembros de Amor serán los únicos en darle la bienvenida.

Te escribiré de nuevo en cuanto pueda. Saluda al Sonámbulo de mi parte,

Charlotte.

El señor Skimpole se adentró con gesto apesadumbrado en las oficinas del Directorado. Ya estaba de mal humor gracias a la obstinada negativa del ascensor a funcionar y la consiguiente obligación de subir a pie. A pesar de su esfuerzo por ocultarlos, sus síntomas eran agudos, inexorables e irreversibles. Tenía la voz ronca y le faltaba continuamente el aliento, y se veía obligado, como si fuera un anciano ebrio, a utilizar toda su concentración para conseguir caminar en línea recta, pues su equilibrio era precario. Algunos acaso encontrarían irónico que un hombre que había consagrado su vida a la moderación terminara pareciéndose tanto a un borracho crónico al aproximarse el final de esa misma vida. No es necesario decir que nunca se me ocurriría hacer una comparación tan cruel e insensible.

Mientras se vestía esa misma mañana, Skimpole había descubierto la presencia de

cinco o seis cicatrices recientes de un furioso color rojo que estaban desperdigadas por la mitad inferior de su cuerpo y que cubrían sus genitales de un molesto sarpullido que le provocaba un agudo escozor. Peor aún, los ataques eran cada vez más frecuentes, y a menudo se veía obligado a abandonar la habitación cuando sentía que comenzaban, antes de que las punzadas de dolor se extendieran sin piedad por sus intestinos.

Pero esa mañana no entró solo en el Directorado. Le acompañaba su hijo, cuyas muletas crujían como antiquísimas articulaciones mientras cojeaba escaleras abajo y cruzaba la sala hasta llegar a la mesa redonda. Juntos formaban una lastimera pareja, y parecían refugiados salidos de una residencia para lisiados o de un hospicio particularmente cruel.

Dedlock ya estaba allí, sentado en su puesto habitual, pero sentado junto a él había un extraño, un hombre alto y vestido elegantemente, de rasgos amables y que parecía la viva imagen de la discreción y el buen gusto. Al verlo, Skimpole se sintió más enjuto y enclenque que nunca. Sacó un pañuelo del bolsillo, se secó el sudor de la frente y respiró profundamente, decidido a no mostrar debilidad. Consiguió decir «Buenos días» antes de caer en un murmullo impotente.

Dedlock miraba con incredulidad al niño.

—¿Quién es?

Skimpole trató de sonreír, pero la sonrisa se desvaneció antes de tomar forma en sus labios cuando vio la hierática expresión en los rostros de los otros.

—¿Conoces a mi hijo? —preguntó con la mayor indiferencia que pudo.

El niño trató de decir algo a modo de saludo, pero únicamente fue capaz de producir un tosido lastimero y silbante.

—¿Su hijo? —preguntó el extraño, como si fuera la primera vez que oía la palabra en su vida—. ¿Su hijo? —repitió (probablemente tan solo para comprobar que había oído correctamente la primera vez)—. ¿Nos está diciendo que ha traído a un niño aquí? ¿Menos de tres docenas de personas conocen la existencia de este lugar y usted trae a su hijo? Santo cielo, ¿a qué cree estar jugando?

—Lo siento —tartamudeó Skimpole—. Solo quería tenerle a mi lado.

—Me temo que tendrás que enviarle a casa —dijo Dedlock, en un tono más amable y menos agresivo que el del extraño. Skimpole reprimió las lágrimas.

—No puedo. Necesito tenerle cerca de mí. No debe volver a casa solo. Estoy seguro de que nos han seguido mientras veníamos aquí. Los despistamos, claro, pero no es la primera vez, ni mucho menos. —Frenético, se dirigió a Dedlock—. ¿No estás de acuerdo? Sea quien sea, ha soltado a los perros tras nuestro rastro.

—Mande al chico a casa. O haré que le saquen de aquí. —El extraño chasqueó los dedos y cuatro falsos orientales se materializaron obedientes en la parte trasera de la sala.

Dedlock trató de suavizar la tensión. Gesticuló hacia el extraño.

—Este es el señor Trotman.

—Soy del ministerio —dijo misteriosamente, como si eso lo explicara todo.

Skimpole pareció extrañamente intimidado.

—Ya veo. ¿Cómo podemos ayudarle?

—El Directorado ha quedado recientemente bajo mi jurisdicción... —Suavizó un tanto el tono—. Habrá cambios.

—¿Cambios?

—Deshágase del niño —exigió Trotman—. Entonces hablaremos.

Skimpole se arrodilló y susurró en el oído de su hijo:

—Ve arriba. Espérame allí.

El chico asintió y se alejó vacilante, enfrentándose con valentía a los numerosos peldaños por sí solo y sin ningún tipo de ayuda. Durante la corta vida de su hijo, Skimpole nunca había dejado de maravillarse ante su coraje.

—Siéntese —dijo Trotman cuando se marchó el niño—. Esto no llevará mucho tiempo.

Dócilmente, Skimpole obedeció.

—No me andaré por las ramas —dijo Trotman—. Soy un hombre sencillo —(a juzgar por sus caras ropas y el aura de prosperidad que le rodeaba, esto era ostensiblemente incierto)—. Espero franqueza de mis subordinados, pues yo mismo estoy dispuesto a ser franco.

Dedlock y Skimpole asintieron, con una fingida aprobación.

—El Directorado se ha convertido en una inconveniencia. Sus métodos son heterodoxos, sus agentes no se responsabilizan de sus actos, su seguridad es ridículamente fácil de penetrar. Slattery nunca debería haberse acercado ni a un metro de esta habitación.

Dedlock comenzó a protestar, pero Trotman le indicó con un gesto que guardara silencio.

—Déjeme terminar. Podrá hablar cuando llegue el momento adecuado. —Se aclaró la garganta antes de continuar—. Yo cuestiono la necesidad de todas estas intrigas y misterios. Escondidos tras una carnicería de Limehouse, con todos estos agentes disfrazados revoloteando... —Chasqueó la lengua, horrorizado por la fastuosidad y extravagancia del lugar—. Estoy convencido de que si esta particular debilidad suya nunca hubiera llegado a convertirse en norma, Slattery no habría llegado tan lejos como lo hizo. Tengo que ser sincero, caballeros: la opinión mayoritaria entre mis colegas es que el Directorado está en manos de hombres que pierden tiempo, dinero y recursos gustosamente y que disfrutan demasiado de los bailes de disfraces.

—Puedo decir... —comenzó Dedlock.

—No, no puede —replicó ásperamente Trotman—. Ya conoce el procedimiento habitual para expresar su parecer, y creo que ha llegado el momento de que lo utilice. Han estado demasiado tiempo trabajando de espaldas a la ley. Por lo que sé, mi predecesor tenía algún tipo de vínculo emocional con ustedes. Pueden estar seguros

de que yo no comparto esa debilidad.

—¿Qué va a hacer? —preguntó en voz baja Skimpole.

—El Directorado será disuelto de inmediato. Si en algún momento resulta necesario que vuelva a estar operativo, les aseguro que será bajo otra dirección. —Trotman suavizó el tono—. Caballeros, no tienen de qué preocuparse. Se han tramitado sus pensiones. No les faltará de nada. Y si puedo ser completamente franco, señor Skimpole, no tiene usted buen aspecto. Un hombre en su estado nunca debería haber sido depositario de tanta responsabilidad. Creo que lo mejor para usted sería retirarse.

—¿No ha leído nuestros informes? —protestó Skimpole—. Nos quedan dos días antes de que la ciudad sea atacada. Trotman fulminó con la mirada al albino.

—Creo que esta crisis suya se ha exagerado en exceso. No veo pruebas incontestables de una conspiración. No he recibido ni un solo informe suyo mínimamente sustancial. Sus informes se me antojan imprudentemente alarmistas y pongo en duda sus métodos para recopilar información. Me horroriza que un departamento gubernamental se valga de las predicciones de un vidente. A ese respecto, me temo que tenemos una gran deuda de gratitud con el Comité de Vigilancia.

—Ocurrirá —insistió Skimpole—. Innocenti tenía razón.

Trotman esbozó una torva sonrisa.

—La verdad, no creo que tengamos que preocuparnos por una nebulosa amenaza conjurada por una espiritista que habla con fantasmas. En mi opinión, la señora Bagshaw está mucho mejor en América. A ese lado del Atlántico son bastante crédulos. Sin duda será todo un éxito. —Trotman se puso en pie—. Por muy agradable que sea charlar con ustedes, caballeros, debo irme. Tengo otras tres reuniones esta mañana.

Dedlock se incorporó bruscamente.

—Por favor...

Trotman hizo un ademán para hacerle callar.

—Si desea presentar una queja, puede hablar con mi secretaria. Gracias por su atención. Mi departamento se pondrá en contacto con ustedes en breve. Buenos días.

Trotman salió de la estancia, silbando para sí mismo (era el tipo de hombre que silbaba a menudo), sin parecer haber notado la devastación que dejaba tras de sí. Sorprendentemente, Dedlock se había quedado sin palabras.

—Es un escándalo —dijo por fin—. No pueden hacer esto.

Skimpole no pareció oírle.

—Estúpido —murmuró—. Ha dejado la ciudad indefensa ante el ataque.

—Protestaremos. Hablaremos con sus superiores. Llegaremos hasta donde sea necesario.

La voz de Skimpole sonó distante y apagada:

—No servirá de nada. Necesitamos ocuparnos de él inmediatamente. Solo

conozco una organización capaz de hacerlo. Es muy poco ortodoxo... y no carente de un cierto riesgo.

—¿Quién? —preguntó ansiosamente Dedlock.

—Ya sabes sus nombres. No los pronunciaré aquí.

Dedlock se dejó caer de nuevo sobre la silla. Había palidecido de repente, y el saludable color de su rostro había desaparecido.

—No hablas en serio.

—Me temo que sí.

—No tienes ni idea de lo que son capaces.

Skimpole se inclinó hacia delante.

—No puedo permitir que todo esto sea desmantelado. Es lo único que me queda para demostrar que viví.

—¿No estás siendo un poco macabro, viejo amigo?

El albino se incorporó trabajosamente.

—Debo irme. Mi hijo me está esperando. Déjame esto a mí.

Dedlock le dejó marchar, sin tratar de detenerle a pesar de que sospechaba lo que el albino planeaba. Chasqueó los dedos y uno de los falsos orientales apareció a su lado.

—¿Lo has oído todo?

El hombre hizo una reverencia.

—Sí, señor.

—Bien, entonces tráeme una botella de brandi. —Sonrió—. Y dos vasos.

Skimpole apenas había abandonado el edificio cuando llegó el ataque. Se aferró a la barandilla de la escalera y se encorvó agónicamente, llevándose las manos al estómago con impotencia y mordiéndose con fuerza la lengua para evitar gritar. Esperó que Dedlock no saliera y lo encontrara en ese estado. En cuanto le resultó posible, una vez pasado lo peor del ataque, comenzó a subir hacia el piso de arriba. Cuando llegó encontró a su hijo conversando amigablemente con el propietario; por fortuna, el pequeño no se había enterado de nada de lo que había ocurrido en el piso de abajo.

—Gracias —dijo, avanzando hasta donde se encontraba su hijo—. Gracias por cuidar de mi hijo.

—Un placer.

Skimpole comenzó a guiar al muchacho hacia la puerta, se detuvo y dio media vuelta.

—Sabe —dijo—, nunca le he preguntado su nombre.

El chino sonrió.

—No, señor. —Así que le dijo su nombre, una palabra monosilábica que empezaba con una «W». El albino lo olvidó, por supuesto, casi inmediatamente, pero al menos lo había preguntado, aunque fuera solo una vez.

Ya en la calle, llamaron un taxi. Varios carruajes vacíos pasaron de largo, negándose a aceptar a unos pasajeros tan grotescos, y pasó un tiempo hasta que por fin uno se detuvo.

—¿Adonde vamos? —preguntó el niño mientras subían.

—A un lugar especial, bajo tierra.

—¿Cómo se llama?

—Si te lo dijera estaría violando las reglas.

—¡Ah! —El niño pareció decepcionado, pero incluso a tan tierna edad había aprendido a apreciar la necesidad de la discreción.

Skimpole revolvió cariñosamente el pelo del niño y decidió ceder. Ya no habría más secretos.

—El archivo —susurró—. Se llama el archivo.

El señor Cribb miró a Edward Moon, que estaba sentado frente a él en la mesa del café.

—Me alegra verle —dijo—. La última vez no fue usted tan cordial, desde luego.

—Debemos darnos prisa. El Sonámbulo no sabe que estoy aquí.

—¿Le importaría?

—El... aunque suene ridículo... le tiene una cierta manía.

—¿De veras? ¿Tiene idea del motivo?

—Ninguna.

—En fin.

—Escuche, usted me arrastra por todo Londres, sugiere pistas y sospechas sin hablar claro. Parece disfrutar apareciendo en mi vida sin avisar y mostrándome tentadores atisbos de la verdad. ¿Por qué? ¿Con qué objeto? El asunto de los muelles... me llevó hasta Lud a propósito, estoy seguro de ello.

—¿Lo hice? —Cribb parecía genuinamente perplejo. Se rascó la mano izquierda, y Moon vio que estaba vendada, como si hubiera resultado herida recientemente—. Querrá decir que lo haré. Parece olvidar que mi pasado es su futuro. —Sonrió—. Y viceversa.

—¿A qué vino todo eso? ¿Era una broma? ¿Se está burlando de mí?

Cribb chasqueó la lengua.

—No tengo ni idea. Debí habérmelo preguntado entonces.

—Me siento como si me adentrara en la más profunda oscuridad, y fuera usted el que me guiara hasta allí.

—Vamos, vamos. No es necesario...

Moon resopló, y, por fin, Cribb trató de explicarse.

—Quizá tiene razón. Quizá le debo una explicación. —Suspiró—. He visto el futuro, Edward. No viajando, sino viviendo. Perdóneme, pero no sé bien cómo expresar estos conceptos de una manera que tengan sentido para usted... Fíjese en todo esto. La suya es una cronología única, predecible y optimista. El martes sigue al

lunes, el miércoles sigue al martes. Pero no para mí. Camino hacia atrás en mi vida. Me despierto un miércoles por la mañana y el día anterior fue un jueves. Mi vida se aleja continuamente y se pierde. Desde su punto de vista, nos encontraremos otras dos veces. La próxima vez no seré yo mismo, y la siguiente apenas le reconoceré. Le diré adiós el día que nos conocimos.

—Ridículo.

—Sabe que es cierto.

—¿Entonces usted sabe lo que nos ocurrirá? ¿Al Sonámbulo y a mí, a la ciudad?

—Lo sé, pero no puedo decirlo.

—¿Por qué?

—Hay ciertas reglas que no puedo romper. Mi posición es muy privilegiada, y aunque tengo el mayor de los respetos por usted y sus métodos, no la pondré en peligro.

—¿Alguna vez habla claramente?

—Aunque no lo crea, nunca soy deliberadamente críptico. Siempre le he ayudado tanto como he podido.

—¿Estaba Innocenti en lo cierto? Si así es, solo nos quedan dos días.

—Bien, en ese caso quizá deberíamos dejar las recriminaciones para otro día. ¿Por qué estoy aquí?

—Necesito su ayuda.

—Ya lo había imaginado.

—Hay un hombre al que tengo que localizar, el último eslabón de la cadena que he forjado.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Cribb, de un modo que hacía pensar que ya conocía la respuesta.

—Amor. —Moon miró fijamente a su interlocutor en busca de signos de reconocimiento—. Ned Amor.

—Ya veo. —Cribb pareció complacido.

—¿Ya veo? —repitió Moon, furioso—. ¿Qué quiere decir «Ya veo»? ¿Le conoce?

—Puedo decirle que está usted cerca. Muy cerca. Nada más.

—Pero ¿puede encontrarle? Ya debe de ser un anciano.

—Si está en algún lugar de la ciudad, entonces, sí, puede contar conmigo. En cuanto dé con él le avisaré.

—Excelente.

—Bien. —Cribb se puso en pie.

—¿Thomas?

Cribb dio media vuelta.

—Por favor. Dígame cómo termina.

—Lo siento. —Cribb sonrió—. No tiene ni idea de lo complicado que es ser yo. —Tocó el ala de su sombrero y salió del café.

Moon pagó la cuenta y se marchó a casa, con la mente convulsa y deseoso de

alcanzar una resolución. Este caso, a pesar de lo extraordinario que estaba siendo, le había tenido ocupado ya demasiado tiempo. Había llegado el momento de resolverlo de una vez por todas.

E.:

Me disculpo si esta carta es más corta de lo habitual. Amor 893 ha sido trasladada de mi habitación, y han colocado a otra mujer en su lugar. Es bastante más mayor, una antigua empleada. Amor 101, como se la conoce, es una bruja con cara de pocos amigos, y desde el principio yo no le gusté. Parece decidida a actuar más como mi carcelera que como mi compañera de habitación. No estoy del todo segura del motivo por el que 893 fue tan fulminantemente desalojada, aunque por supuesto tengo mis sospechas.

Me observan continuamente, y ya no se me permite ausentarme de los rezos comunales de la tarde. Cada vez me parece que soy más prisionera aquí, y que mis compañeros de cárcel no sienten ni apego ni respeto por mí. No es necesario que diga que no duermo bien, solo a ratos, y mis sueños son atormentados.

Mañana tendré que presentarme ante el presidente del Comité. Los fieles pronuncian su nombre entre absurdos y reverenciales susurros. Para esta gente es la realeza, el pequeño dios de su diminuto reino.

Es Amor 1, el alfa de la organización, el primer Amor. Parece como si mil fuera un límite predeterminado para la empresa, una cuota que debe cumplirse. Casi se ha logrado llegar a esa cifra, y en cuanto encontremos a Amor 1000 parece seguro que, sea lo que sea lo que han estado planeando aquí, se llevará a cabo.

Te aseguro que la intensidad de esta gente me sobrepasa. En ocasiones estoy segura de que son tan solo fanáticos inofensivos, a pesar de sus rezos y sus lecturas de poesía, que se divierten con tramas y conspiraciones que no pueden tener una realidad tangible más allá de sus imaginaciones. Pero cada vez con mayor frecuencia siento como si estuviera corriendo un gran peligro por estar aquí, que mis colegas trabajan en pos de un fin terrible y devastador, algún desastre que afectará a la ciudad. Fuera cual fuera la pista por la que decidiste enviarme aquí (y me niego a aceptar que la farsante Bagshaw tuviera algo que ver), hiciste bien en prestarle atención. Sea lo que sea lo que planean, quieren que ocurra pronto.

Mi trabajo hoy ha sido tan monótono como de costumbre, pero me ocurrió una cosa digna de relatar. Mientras trabajaba con un libro de contabilidad particularmente denso, encontré un registro de las transacciones de la empresa. Hasta hace bien poco, la empresa estaba comprando una gran cantidad de propiedades subterráneas. Sobre todo, partes no utilizadas del sistema de cloacas y tramos de túneles abandonados por la compañía ferroviaria. No dudo que encontrarás esto muy interesante, aunque su significado preciso se me escapa en este instante.

Me esforzaré por descubrir algo más en cuanto me sea posible, pero por ahora debo andarme con cuidado. Me observan de cerca, y no me veo capaz de garantizar

mi propia seguridad si descubren mi verdadero propósito. ¿Cuándo podré marcharme? Me siento como una desdibujada heroína de un folletín barato que se adentra despreocupadamente en la guarida del villano.

Pero debo dejarte. Mi tiempo de soledad se ha terminado.

Ya oigo a mi guardiana acercarse.

C.

Capítulo 16

No había un hombre con vida que conociera la ciudad mejor que Thomas Cribb. Conocía todas sus curvas y recovecos, como si fuera un antiguo y leal amante, cada abertura, cada acceso, cada uno de los lugares más íntimos de su cuerpo. El custodiaba el secreto de la ciudad, y sus tierras ocultas. En pocas horas era capaz de dar con cualquier persona en Londres, desde el barrendero más humilde al miembro más orgulloso de la nobleza, sin importar lo mucho o muy bien que creyera ocultarse. Se jactaba de que muchas veces había prestado asistencia a la policía precisamente de este modo, llevando ante la justicia a docenas de criminales en busca y captura que creían vanidosamente haber desaparecido de la faz de la tierra.

Pero el de Ned Amor era un caso muy distinto. Parecía casi como si la ciudad lo estuviese ocultando. Nadie antes había sido tan escurridizo, ni siquiera en el remoto futuro en el que (como me aseguró Cribb) la ciudad estaba incluso más densamente poblada de lo que lo está hoy día.

Por lo tanto, no fue hasta bien entrada la tarde del día siguiente cuando Moon y el Sonámbulo recibieron el mensaje de Cribb. Para cuando se encontraron en el umbral de la curiosa residencia de su presa, el día ya estaba declinando.

Ned Amor vivía en un barrio pobre y miserable. Su casa daba la impresión de haber sido completamente abandonada, pues las ventanas estaban tapiadas con maderos, al igual que las puertas. De hecho, el Sonámbulo garabateó enojado que Cribb quizá les había dado una pista falsa y les había enviado en una infructuosa expedición que servía a algún perverso propósito suyo. Moon no prestó atención a la sugerencia y llamó a la puerta con tanta fuerza como pudo.

—¡Señor Amor!

El gigante miró cautelosamente en torno a sí para comprobar que nadie les estaba observando. En una zona como esta, sin duda no sería conveniente atraer demasiada atención.

Moon estaba a punto de gritar de nuevo cuando el buzón de la puerta se abrió con un crujido.

Unos ojos recelosos les contemplaron.

—Márchense —gruñó una voz.

—¿Señor Amor?

—¿Quién lo pregunta?

—Me llamo Edward Moon. Este es mi socio, el Sonámbulo.

—No me gustan las visitas. No tengo tiempo para eso.

Moon miró la casa; parecía ruinoso y abandonado, como si aguardara la demolición. Incluso a él le sorprendió que alguien pudiera considerar seriamente vivir allí, y eso que él mismo había conocido residencias bien extrañas.

—Es muy importante que hablemos con usted —dijo Moon con urgencia—.

Muchas vidas pueden depender de ello.

—Váyase. No puede entrar. No le dejaré.

—Tengo... algunas preguntas. Relativas al poeta.

—¿Poeta? No conozco a ningún poeta.

—Lo conoció cuando era un niño —replicó Moon, que empezaba a perder la paciencia—. No tengo tiempo para juegos. Si mis fuentes están en lo cierto, nos quedan poco más de veinticuatro horas antes de que la ciudad sea atacada.

—Así que por fin ha ocurrido, ¿eh? —Murmuró algo, en voz demasiado baja para que alguien pudiera oírle, y después—: Temía que faltara poco.

Moon se arrodilló para hablar hacia el hueco del buzón.

—Señor Amor. No es la postura más cómoda para mantener una conversación. Por favor, déjenos pasar. Necesitamos su ayuda.

—Espere. —El rostro desapareció, el buzón se cerró sonoramente, y siguieron varios quejidos y tintineos mientras se abrían los incontables cerrojos. Todo esto duró más de lo que acaso debería haberlo hecho; ni siquiera Barrabás había estado tan protegido entre los muros de Newgate como lo estaba Ned Amor en su hogar. En caso de incendio, sin duda moriría antes de poder abrir la puerta para escapar. Moon hizo una nota mental para no informar al señor Skimpole de este detalle; dada la predilección del albino por los incendios provocados, quizá le daría alguna idea poco agradable.

Por fin, la puerta se abrió, y un hombre de edad muy avanzada salió a su encuentro. Su rostro estaba arrugado y ajado como un pedazo de fruta que hubiera estado demasiado tiempo al sol. Vestía un traje marrón de corte antiguo que mostraba signos inequívocos de ser usado habitualmente como pijama, y llevaba en la mano izquierda una botella medio llena de una marca especialmente barata y dañina de güisqui.

—Soy Amor —dijo ampulosamente—. Pero pueden llamarme Ned.

Le siguieron al interior del edificio y recorrieron un pasillo que olía a moho y pelo de animales, y terminaron por llegar a lo que debió de ser en otro tiempo una acogedora sala de estar. Si en algún momento había disfrutado del lujo de la luz de gas, había sido ya desmantelado, y la sala estaba iluminada por aproximadamente una docena de velas que parpadeaban desganadamente en la penumbra y derramaban rastros de cera en el suelo. Había varias mantas apoyadas contra el muro, y una pequeña estufa en el centro, en el suelo, rodeada de los restos de varias comidas. *Sin duda esta casa es un imán para las alimañas*, pensó el Sonámbulo (su instinto higiénico había sido cultivado a lo largo de los años por la meticulosidad y limpieza de la señora Grossmith).

—Siéntense, caballeros, se lo ruego. —El señor Amor les guió, rodeando ágilmente los residuos del suelo con una destreza que parecía impropia de sus años—. ¿Quieren algo de beber?

—Tomaré lo que está tomando usted.

El anciano cogió un vaso sucio y le sirvió al prestidigitador un dedo de güisqui.
—¿Y para su amigo?

Leche

—¿Leche? —Pareció sorprendido—. Vaya, qué petición tan extraña. Bien, que nunca se pueda decir que Ned Amor no complace a sus invitados. Aunque no hayan sido invitados. —Tras rebuscar entre los montones de mantas y almohadas, lo que hizo elevarse pesadas nubes de polvo y plumas, regresó con una polvorienta botella de leche, llena en una cuarta parte de un líquido entre grisáceo y verde. Se la entregó al Sonámbulo.

—Disfrútela —dijo dubitativamente—, aunque no respondo de su calidad.

El gigante tomó la botella, la olisqueó con desdén apenas disimulado y la colocó discretamente a un lado.

—Bien —comenzó el señor Amor cuando estuvieron todos sentados—. ¿Qué puedo hacer por ustedes? No debería haberles dejado entrar, pero parecían tener tantas ganas... ¿Debería sentirme honrado? El simple hecho de que me hayan encontrado, saben, dice mucho en favor de su tenacidad.

—¿Por qué vive de esta manera?

—Imagino que les parecerá extraño. A menudo yo pienso lo mismo, cuando me despierta por la mañana alguna pequeña criatura que me mordisquea los dedos de los pies para desayunar y rebusca entre mis cutículas sus huevos con beicon. Me digo a mí mismo, Ned, ¿por qué vives de este modo? Santo cielo, suelo pensar. Esto no es propio de ti. Tenías tantos planes...

Moon arqueó una ceja.

—Sin duda.

—Saben, después de que me echaran, planeaba recluirme, alejarme del mundo por completo. Esa siempre fue mi intención. Quería convertirme en un ermitaño, aquí, en el centro de la ciudad. Un anacoreta, guardián de las antiguas tradiciones. Decidí renunciar al mundo material en favor de una existencia meditativa. Había descubierto una verdad eterna: no es posible servir a Dios y a la codicia al mismo tiempo. Había esperado no volver a ver o hablar con ningún ser humano nunca más. Aunque quizá debí pensármelo un poco más detenidamente. Tengo que hacer frecuentes excursiones al exterior. Para aprovisionarme, entienden. Solo de los productos más esenciales, por supuesto. No soy el tipo de ermitaño que sale corriendo cada vez que le apetece una chuleta. En absoluto. Les aseguro que soy extremadamente estricto conmigo mismo. Intento limitar las incursiones a una a la semana, más o menos. Aun así, debo admitir que no soy el anacoreta perfecto. Y ese no es mi único pecado. Recibo visitas, además, hombres como ustedes. En realidad, ni siquiera debería hablar. Últimamente me pregunto a menudo si realmente doy la talla para ser un ermitaño. Pero a pesar de todo sigo intentándolo. San Simeón pasó

treinta y siete años en una columna, ¿lo sabían? Dijo que fueron los mejores años de su vida. Es excepcional, ¿no creen? Realmente excepcional.

—Señor Amor —dijo Moon en tono amable—, necesito hacerle algunas preguntas concretas. Acaba de decir que le «echaron». ¿Podemos suponer que fue de la corporación Amor, Amor, Amor y Amor de donde le echaron?

El hombre hizo una pausa y dio un ruidoso sorbo a su botella de licor.

—¿Así que han oído hablar de la empresa? Vaya, han hecho los deberes. ¿Qué más saben? O debería decir... —Se limpió la boca con la sucia manga de su chaqueta—. ¿Qué creen que saben?

—Sé que la ciudad corre un peligro inminente, que la amenaza una conspiración dirigida por Amor en confabulación con un grupo religioso conocido como la Iglesia del Reino Estival. Sé que la misma empresa es responsable de las muertes de Cyril Honeyman y Philip Dunbar, de las desapariciones de las madres de esos hombres, de la ejecución de Barrabás y del asesinato frustrado de los dirigentes del Directorado. Sé que no tienen escrúpulos y que no se detendrán ante nada para conseguir sus fines. Lo único que no sé es cuál es la naturaleza de su plan.

—O el porqué —susurró el anciano—. Eso no lo sabe.

—Entonces, ¿no lo niega?

—¿Negar qué?

—Que la empresa que lleva su nombre está detrás de este baño de sangre.

—Esperé y recé por que no se rebajaran a esto. Debe creerme cuando le digo que la empresa en su presente forma representa la perversión más monstruosa de su propósito original. —Hizo una pausa para recuperar el aliento—. Sin duda ya ha deducido que yo soy el fundador de Amor, Amor, Amor y Amor.

—Lo habíamos supuesto.

—Entonces sabrá que la empresa fue establecida según lo estipulado en el testamento de Samuel Coleridge. Para que pueda usted entender los motivos que le impulsaron a realizar esta curiosa petición, tendré que explicárselo desde el principio.

—Sea tan preciso como pueda.

El anciano dio otro largo sorbo a su botella.

—Por supuesto, tenía usted razón cuando dijo que conocí al poeta en mi infancia. Los últimos años de su vida residió en Highgate en compañía de un bondadoso médico, el doctor Gillman. De hecho, la joven hija del doctor sigue viviendo allí. Era toda una belleza. Quizá pueda contarles algo más acerca de esa época. Mi memoria empieza a ser un poco difusa.

—Fue ella quien nos habló de usted.

El anciano pareció no haberle oído.

—Tenía ocho o nueve años cuando le conocí. Mi familia era humilde, y yo era un muchacho revoltoso e irresponsable, no se me daban bien los estudios, pero tenía buen ojo para hacer dinero. Los Gillman me utilizaban de cuando en cuando como chico de los recados, para hacer trabajitos, pequeñas tareas, ese tipo de cosas. —Otro

trago de güisqui—. Llevaba un mes trabajando allí cuando conocí al poeta. Vivía en el piso de arriba, en la buhardilla, y la mayoría del tiempo lo pasaba en la cama. Deben darse cuenta de que en esa época estaba totalmente enganchado al opio. Gillman había hecho todo lo que estaba en su poder para refrenar su ansia, pero nunca pude observar ningún efecto sustancial. El opio le tenía completamente esclavizado, y fue su necesidad de ese veneno lo que hizo que nos conociéramos. Estaba haciendo un recado para la esposa del doctor cuando Coleridge me llamó y me pidió que subiera al piso de arriba. Tenía un encargo para mí, me dijo, y me recompensaría generosamente si lo aceptaba. Me ordenó correr a la tienda y comprar lo que él llamaba su «medicina». Nunca utilizaba su verdadero nombre, saben. Sentía una cierta superstición al respecto. En cualquier caso, hice lo que me pidió. Gillman miró para otro lado, el viejo consiguió lo que quería y todos contentos. Se convirtió en un recado habitual, y, con el tiempo, empezamos a hacernos amigos. Le encantaba hablar, saben, era un gran conversador, y yo era su público favorito. —Suspiró—. Las cosas que me decía... Cuando le conocí, estaba cerca de la muerte, pero seguía siendo un orador fascinante. No puedo imaginar cómo sería cuando se encontraba en plenas facultades. —Recurrió de nuevo a la botella.

—Hablabla de las aventuras de su juventud, de su desastroso paso por el Ejército, de sus tiempos en la Universidad, donde conjuró el espíritu de Thomas Gray. Sin duda se le daba bien contar historias. Por supuesto, yo sabía que las exageraba, que las maquillaba un poco, pero aun así las escuchaba ávidamente. ¿Qué niño no lo haría? Una vez incluso me llevó de vacaciones. Caminamos juntos por la playa de Ramsgate. Pero de lo que más hablaba era de un viejo sueño, algo que había imaginado siendo joven con sus mejores y más íntimos amigos. Pantisocracia. Así lo llamaban. Imagino que habrá oído el nombre antes, ¿no es así?

Moon ladeó la cabeza para indicar que no lo había hecho.

—Era un plan de una extraordinaria audacia, un experimento, decía, en la perfectibilidad humana. Eran doce, y acababan de salir de la universidad. Planeaban crear la sociedad perfecta, dejar Inglaterra y vivir en América, en las orillas del Susquehanna, en completa autosuficiencia. Debía ser una utopía basada a partes iguales en la agricultura y la poesía. Pensaban que discutirían cuestiones de metafísica mientras cortaban leña, que interpretarían versos mientras cazaban búfalos y escribirían sonetos mientras araban los campos. —El hombre rió, y casi aplaudió de regocijo—. ¡Fantástico! Prácticamente perfecto.

—Parece admirable —dijo Moon secamente—. Aunque un poco idealista.

—Bien, de eso se trata. Ese era el problema. Nunca hubiera funcionado. Discutieron por temas de dinero, no pudieron recaudar lo suficiente para hacer el viaje. El proyecto fue abandonado por completo.

—Me temo que sigo sin ver una conexión con la empresa.

—El estrepitoso fracaso de la pantisocracia se había convertido en el más hondo pesar del viejo, y, cerca del final, llegó a obsesionarle sobre todas las cosas. Sentía

que había desperdiciado su única oportunidad de cambiar el mundo para mejor. Y, cuando el final se acercaba, de algún modo se convenció de que yo era su sucesor, de que yo tendría éxito allí donde él había fracasado. Que yo reviviría la pantisocracia. Sabía que estaba muriéndose, claro, así que hice lo más piadoso y le dije lo que quería oír: que haría todo lo posible para llevar a cabo el plan, que iría a América y haría realidad su sueño. Solo eran sandeces por lo que a mí respectaba, pero si servían para hacer feliz a un moribundo, pensé que no haría daño a nadie. Lo que no llegué a comprender fue esto: Coleridge no era un hombre rico, pero la mayoría de sus posesiones cayeron en mis manos para que hiciera con ellas lo que creyera conveniente cuando fuera mayor de edad. Fue únicamente gracias a la generosidad del viejo que pude ir a la universidad. El resto, según indicó Coleridge, debía emplearse para fundar una empresa dedicada a la resurrección de su sueño pantisocrático. En su testamento insistió en que la llamara con mi propio nombre. Sé lo que se está preguntando, señor Moon. Hay cuatro «Amor» en el nombre. Con el tiempo, tuve mis propios hijos. —Con esta mención a su familia cogió de nuevo la botella.

—Me licencié con éxito y descubrí, para mi sorpresa, que se me daban bien los números. Hice lo que me dijeron, y establecí la empresa siguiendo las instrucciones del señor Coleridge. Pero no logré sentir un excesivo entusiasmo por la pantisocracia, y mientras que la compañía seguía siendo leal a los deseos de Coleridge, yo fui capaz de ganar mucho dinero tras años de inversiones inmobiliarias y operaciones bancarias. En nuestro momento de mayor éxito, la empresa contaba con casi cien empleados, y obtenía unos sustanciosos beneficios.

—Traicionó los ideales de su benefactor por dinero.

El anciano pareció molesto.

—Son palabras duras, señor Moon. Muy duras. Tiene que entender que el viejo estaba muy enfermo cuando murió. Podría decirse que no estaba en sus cabales. Hice lo que pude con mi herencia y la doblé, y volví a doblarla una docena de veces. No soy un hombre egoísta o avaricioso. Fui generoso con nuestros ingresos. Hubo un tiempo en el que yo era uno de los filántropos más notorios de Londres. Me sentía culpable. Pero unos cuantos miles de libras al año ayudan a un hombre a olvidar sus responsabilidades.

—¿Qué ocurrió?

—Hace cinco años, la edad dorada había pasado. Era demasiado viejo para dirigir la empresa, que, al igual que yo, había degenerado hasta casi la decrepitud. Ninguno de mis hijos mostró verdadero interés por sucederme, y yo no sabía qué debía hacer cuando un consorcio se puso en contacto conmigo. Eran hombres de Dios, dijeron, representantes de una organización llamada la Iglesia del Reino Estival. Veo que reconoce el nombre. De hecho, yo también lo reconocí, puesto que había donado dinero a su causa en más de una ocasión. Sus nombres eran francamente improbables: Donald McDonald y el reverendo doctor Tan. Dijeron ser devotos admiradores del

señor Coleridge, aseguraron que le veneraban y resultaron casi ridículos en la efusiva deferencia con que me trataron. Yo era, decían, uno de los pocos hombres con vida que había llegado a conocer al poeta personalmente. Dijeron que lo sabían todo sobre la herencia y los planes del viejo para la empresa, y me hicieron una oferta. Prometieron mantener la empresa en funcionamiento tal y como estaba, mantener a todos mis empleados y nombrarme presidente emérito con la condición de que recuperáramos las intenciones originales de Coleridge. Incluso planearon vivir como pantisocráticos en un futuro. Yo era un anciano y tuve un momento de debilidad, y sin duda pensará usted que fui un ingenuo, pero creí en su palabra. Ahora comprendo que solo eran granujas con mucha labia, pero el lugar empezaba a preocuparme y me sentía culpable, así que les permití adquirir un cierto poder. Parecía lo más correcto.

—Déjeme adivinar —dijo Moon—. La Iglesia tomó el control absoluto de la empresa y le derrocó.

—Me echaron a la calle. Pensé que lo único que me quedaba era la meditación y el arrepentimiento. Y así es como me ha encontrado usted ahora, como un anacoreta fracasado.

—¿No podía recurrir? La empresa aún le pertenecía, ¿no es así?

—Tenían abogados muy hábiles. En mi estupidez, firmé documentos que les daban un completo control. Lo admito; me engañaron completamente. Son unos expoliadores, señor Moon, eso es lo que son. Y mis hijos cayeron bajo su influjo. Se me aseguró que participaron en mi ruina, aunque me niego a creerlo. ¿Puede culparme por esconderme aquí? —Alcanzó de nuevo la botella de güisqui y la vació de un trago.

—Coraje, señor Amor. ¿Qué cambios promovieron en la empresa McDonald y el reverendo Tan?

—No son sus verdaderos nombres, ¿verdad? —preguntó Amor con cierta tristeza.

—Son alias, estoy seguro de ello. Pero dígame... ¿qué ocurrió con Amor, Amor, Amor y Amor?

—Desde el principio, no cumplieron su palabra. Despidieron a la mayoría de mis empleados y trajeron a su propia gente, hombres y mujeres, si puede creerlo. Algunos daban la impresión de haber sido sacados directamente de las alcantarillas. Conociendo a Tan, no lo descartaría. Entonces comenzaron a construir. Bajo tierra. Residencias, decían, para los empleados. Cuando me marché, la mayoría de ellos estaban viviendo allí. Y lo de los nombres. Comenzaron a ver con malos ojos los nombres, imagínese, y empezaron a insistir en que se asignara un número a todo el mundo. Era siniestro. Siniestro y muy poco cristiano. Tan solo desearía haber podido detenerlo.

—Tengo un asociado infiltrado en la empresa, y parece que desde que usted se marchó las cosas han empeorado notablemente.

—¿Empeorado?

—El lugar parece más una comuna que un negocio. Todos han recibido un

número. Les han marcado como si fueran ganado. Parecen estar esperando algo. Como un ejército antes de la batalla, me aseguran. Dígame, señor Amor, ¿qué están planeando?

El anciano parecía exhausto por el esfuerzo de hablar durante tanto tiempo, y el alcohol estaba empezando a hacerle efecto. Se recostó en el respaldo, confundido.

—No estoy del todo seguro. En una ocasión, estando borracho, Tan insinuó algo sobre sus verdaderos planes. El viejo nunca lo hubiera aprobado, puede estar seguro de eso. Quizá no he hecho lo que él deseaba, pero nunca llegaría tan lejos como la Iglesia. Algo terrible va a ocurrir. Pero, dígame, ¿quién es su infiltrado en la empresa?

—Mi hermana.

—¿Su hermana? —Horrorizado, el anciano trató de ponerse en pie, pero perdió el equilibrio y cayó al suelo—. No sabe lo que ha hecho.

—Explíquese.

El señor Amor negó con la cabeza.

—¿Cómo puede haber enviado a su hermana allí? Tiene que sacarla enseguida. Corre un gran peligro.

—¿Peligro?

—Tienen maneras de... convencerme. Son extremadamente persuasivos. No está a salvo. Debe sacarla de allí de inmediato.

—¿Está seguro?

—Márchense ahora, caballeros. Les esperaré aquí.

Moon se puso en pie e hizo una seña al Sonámbulo para que le imitara.

—Volveremos.

—Por favor, vayan. No podría soportar que ocurriese algo terrible. —El anciano había comenzado a arrastrar las palabras, y cuando terminó de hablar giró lentamente sobre sí mismo y quedó boca arriba, como si fuera una tortuga a punto de perder el sentido.

Moon y el Sonámbulo le dejaron y se dirigieron hacia la vieja ciudad y las negras puertas de Amor prácticamente corriendo.

La archivista estaba clasificando varios informes relativos al infame caníbal de Finchley de 1864, y empezaba a considerar irse a acostar, cuando la sorprendió un repentino ruido: el ajetreo y estrépito que indicaba que un visitante se abría paso a ciegas en la penumbra del archivo.

—¿Archivista? —La voz era familiar.

—¿Señor Skimpole? ¿Es usted?

Siguió un nuevo y furioso estrépito. Era extraño. Solía ser bastante silencioso, de un sigilo casi felino.

—Soy yo.

—¿Viene alguien con usted?

—Mi hijo —admitió la voz.

La archivista se enojó.

—Ya conoce las reglas. No se admiten visitas bajo ninguna circunstancia. Además, debería añadir que es muy tarde y que no ha pedido cita.

—Necesito su ayuda.

Algo en su voz sonaba diferente; había algo en ella que no había notado nunca antes. Parecía algo áspera, algo ronca, como si le costara esfuerzo hablar.

—Le pido disculpas. Quizá he puesto en peligro su vida solo por venir aquí.

—Está diciendo sinsentidos, señor Skimpole.

—El Directorado está en peligro. Dedlock y yo... Somos objetivos. Hay un asesino siguiendo nuestro rastro. Un asesino al que llaman la Mangosta.

La anciana trató de no sonreír.

—Y lo que es peor, yo... no me encuentro demasiado bien. Debería haber venido a verla ayer, pero estaba tan cansado...

—¿Cómo puedo ayudar? —preguntó por fin la archivista, cuando comprendió la gravedad de la situación.

—Medidas desesperadas, me temo. Tengo que ponerme en contacto con ellos.

—¿Con quién?

—Prefiero no pronunciar sus nombres aquí, pero ya sabe a quién me refiero.

—Supongo que sí.

—Necesito el Directorio.

—¿Tan mal están las cosas?

—Peor.

La archivista trató de advertirle.

—No será usted capaz de controlarlos.

—Se lo ruego.

—Son tremendamente peligrosos, señor Skimpole. Son agentes del caos y la destrucción. Ningún hombre se ha servido de ellos y ha salido indemne.

Alguien tosió. El niño.

—Por favor —rogó Skimpole—. Mi hijo no se encuentra bien.

La anciana suspiró.

—Venga conmigo. —Se adentró en la permanente penumbra del archivo—. Lo tengo cerrado bajo llave. Está en la lista prohibida del Ministerio del Interior, sabe. Es un libro maldito. En mi opinión, es peligroso incluso aquí. —Se dirigió a un gabinete de puertas de cristal, lo abrió con la llave que llevaba colgada alrededor del cuello y sacó un libro delgado de tapas de cuero—. Esperaba no tener que volver a tocarlo.

Skimpole se lo arrebató de las manos con avidez.

—Se lo agradezco.

—Todo lo que necesita está ahí. Pero sea prudente. Mentirán y harán todo lo que esté en su mano para engañarle. Sea lo que sea lo que les pida, ellos le darán la vuelta en su propio beneficio.

Pero su advertencia cayó en oídos sordos. El albino y su hijo se marcharon a toda prisa, ascendieron ruidosamente los peldaños y salieron del archivo. Mientras la archivista cerraba el gabinete sintió una terrible certeza: había hablado con el señor Skimpole por última vez.

El vestíbulo de Amor, Amor, Amor y Amor era amplio y grandioso. Su suelo era de mármol, y cubría el tamaño aproximado de un salón de baile. Era una estancia llena de ecos y espacios vacíos. En el centro del suelo había un elaborado diseño; Moon y el Sonámbulo carecían de la perspectiva necesaria para apreciarlo, pero, si lo hubieran contemplado desde un punto más ventajoso, desde esa hipotética y ubicua vista de pájaro, habrían reconocido la pauta de inmediato: una flor negra de cinco pétalos plasmada en mármol y piedra. En un extremo de la sala, por otro lado desierto y desprovisto de las multitudes para las que sin duda había sido pensado, un hombrecillo diminuto y siniestro estaba sentado rígidamente detrás de un escritorio.

El recepcionista alzó la vista mientras entraban y les miró apenas un efímero instante antes de desestimar su presencia con la mueca desdeñosa que caracteriza a los de su clase. Moon y el Sonámbulo se dirigieron hacia él, y el soniquete de sus pisadas resonó acusador casi como si fuera fuego de artillería. El recepcionista chasqueó la lengua sonoramente.

—Me llamo Edward Moon.

—¿De veras? —preguntó con escrupulosa educación el hombre, y logrando a pesar de todo transmitir un profundo desprecio por cualquiera que se situara al otro lado de su escritorio.

—Deseo ver a uno de sus empleados.

—¿Ah, sí? —La incredulidad en el tono del hombre sugirió que Moon había solicitado una audiencia en el Vaticano—. ¿Tiene el señor cita?

—No, no la tengo.

—En ese caso, me temo que no puedo ayudarle.

—Es mi hermana...

—Aquí en Amor, señor, es necesario tener cita incluso para visitar a la hermana de uno. —Estas palabras las pronunció en el mismo tono irritantemente frío de un autómatas, imposiblemente anodino, pero con un ligerísimo matiz de regocijo.

Moon insistió.

—¿Puedo pedir una cita?

—Por supuesto, señor. —Con una escueta floritura, el hombre sacó una hoja de aspecto oficial—. Si fuera usted tan amable de rellenar este formulario... Debería añadir que no podrá ver a nadie hasta el próximo miércoles en el mejor de los casos. —Se inclinó hacia delante como si estuviera a punto de confiarle un gran secreto—. En esta época del año estamos más ocupados que nunca.

Moon comenzaba a sonar agitado.

—Tengo que verla hoy. Su nombre es Charlotte Moon.

—Lo lamento muchísimo, señor. No hay nadie aquí que se llame así.

—Sé que trabaja aquí. No se interponga.

—Le aseguro, señor, que nunca he oído ese nombre antes, y conozco personalmente a todos y cada uno de mis novecientos noventa y ocho colegas. Además, como quizá ya sepa, en Amor, Amor, Amor y Amor hemos prescindido de la engorrosa necesidad de los apellidos. Aquí, todos compartimos el mismo glorioso apelativo. Yo soy Amor 245, aunque mis amigos más cercanos pueden llamarme 245.

—Mi hermana es Amor 999.

El recepcionista sonrió.

—Debe de estar en un error. Amor 999 es un escritor de obras de teatro sentimentales, al que antes se conocía como «Squib» Wilson.

—¿Era usted tan irritante cuando nació, o lo ha aprendido aquí?

—Me gusta pensar que un poco de todo.

—¿Dónde está mi hermana? Estoy dispuesto a arrancarle una respuesta a golpes. 245 pareció ofendido.

—No es necesario que se rebaje usted hasta el punto de proferir amenazas. Tan solo tengo que solicitar asistencia para que una docena de mis compañeros vengan en mi ayuda. Se le acusará de allanamiento de morada y amenazas a un empleado, y se le procesará por ello. Estaremos en nuestro derecho de tomar acciones legales contra usted. El último hombre que hizo las preguntas equivocadas ante mi escritorio pasó nueve meses en un hospital psiquiátrico. Incluso hoy día sigue convencido de que el Labrador de su madre planea asesinarlo.

—Deseo ver a mi hermana.

—Debe de estar en un error. Su hermana no está aquí.

—¿Está en el piso de abajo? ¿Se trata de eso? ¿En las catacumbas que ocultan aquí?

El recepcionista miró al Sonámbulo.

—¿Se encuentra bien su amigo?

El gigante fulminó con la mirada al recepcionista.

—No estoy seguro de que sea apropiado hacer esta pregunta, naturalmente, pero... ¿está usted borracho, señor?

Con un enorme esfuerzo de voluntad, Moon se tragó su rabia y se dirigió hacia la puerta.

—Volveré —exclamó mientras se alejaba—. Juro que destaparé lo que está ocurriendo aquí.

—Adiós, señor. Lamento no haber podido serle de más ayuda.

Cuando Moon y el Sonámbulo estaban a punto de salir a la calle, entró un hombre con tanta prisa por llegar a recepción que casi chocó con ellos. Vestía elegantemente, y llevaba un maletín en una mano. Parecía un escarabajo erguido y vestido con ropas de Savile Row. Era el empleado perfecto de Amor, pero no era un desconocido.

Moon gritó su nombre.

—¡Speight!

El hombre se giró y les miró con un rostro que ya no era desaseado, sino uno bien afeitado, casi apuesto por debajo de la mugre que solía cubrirlo. Miró al prestidigitador y al gigante como si fueran dos conocidos a los que hacía años que no veía, cuyos rostros le resultaban ligeramente familiares, pero cuyos nombres no podía recordar.

—¿Puedo ayudarles?

—Yo no me molestaría, señor —murmuró el recepcionista.

—No es molestia.

—¡Speight! —gritó Moon de nuevo—. Es usted.

El hombre retrocedió unos pasos en dirección a la pareja.

—El señor Moon, ¿verdad? Y el Sonámbulo.

—Así que nos recuerda.

—Preferiría que me llamaran 903 —dijo Speight rotundamente.

—Prefiero Speight.

—Entonces, estamos en un callejón sin salida.

El Sonámbulo escribió en su pizarra:

¿Por qué aquí tú?

—Estoy trabajando —dijo el hombre concisamente—. Es una época de gran ajetreo para la corporación.

—Eso he oído. Pero lo que no entiendo es por qué.

—Buenos días, caballeros. Por muy placentero que sea charlar con ustedes, me temo que el deber me llama.

—Dígame lo que están planeando.

—Tenga cuidado —susurró, y por un momento algo aproximado al antiguo Speight se asomó tras la hierática expresión de 903—. Una enorme marea está a punto de golpear la ciudad. Apártese, señor. O ahóguese. —Y, con estas palabras, el que fue en otro tiempo un vagabundo se alejó y se adentró en las profundidades del edificio.

Moon salió a la calle, completamente perplejo por lo que acababa de ocurrir.

¿Ahora qué?

—Veremos a Ned de nuevo. Hay preguntas que deben ser respondidas. Después... Supongo que no tienes objeción a romper la ley, ¿verdad?

El Sonámbulo negó con la cabeza.

—Bien. Esta noche asaltaremos Amor.

Algo había cambiado cuando regresaron al escondrijo de Ned Amor. Todo parecía exactamente igual; las ventanas seguían tapiadas con maderos, el lugar seguía estando herméticamente precintado y cerrado..., pero con una notable excepción: la puerta principal estaba abierta de par en par.

—Supongo que habrá salido —dijo dubitativamente Moon.

El Sonámbulo lo miró cínicamente y entró en la casa. Si había peligro, el gigante siempre insistía en ser el primero en enfrentarse a él.

Al principio, no apreciaron cambio alguno en el lugar, pero, mientras recorrían el pasillo, Moon tuvo la creciente convicción de que algo había ocurrido.

Por tanto, a ninguno de los dos les sorprendió encontrar el cadáver. El pobre Ned Amor estaba desplomado junto a la pared, encogido, con una botella de güisqui vacía en la mano. En la muerte, parecía desagradable y antinatural. A Moon le pareció haber oído algún movimiento cuando entró en la habitación. Solo más tarde comprendió que ese sonido indicaba con casi total certeza la huida de las ratas y demás alimañas que habían llegado para alimentarse del cuerpo.

—¿Señor Amor? —Moon se arrodilló junto al cadáver—. ¿Ned? —Comprobó el pulso del difunto, para respetar la tradición.

Muerto

—Eso me temo.

Estrangulado

Moon se esforzó por no parecer impresionado.

—¿Cómo lo sabes?

El Sonámbulo señaló las marcas rosadas en el cuello del hombre, que comenzaban a apagarse, pero eran aún visibles.

—No habría sido muy difícil, teniendo en cuenta cuánto había bebido. Es obvio que habló demasiado.

Amor

—Apostaría a que así es.

Dejaron al pobre Ned y salieron de nuevo a la calle.

—Se acabó —dijo Moon cuando estuvieron fuera, en un tono perversamente afable—. Es hora de poner fin a la partida.

Capítulo 17

Algo más de una hora después de la muerte de Ned Amor, aparecieron dos anuncios en la sección personal del *Echo*, la *Gazette*, *The Times* y el *London Chronicle* (solo en las ediciones vespertinas). El primero decía:

Se busca información

Cualquiera que trabaje o haya trabajado en los túneles subterráneos en las zonas de Eastcheap y Monument. Recompensa sustanciosa. Dirigirse en persona al señor M.

A continuación se especificaba la dirección de un célebre hotel de la ciudad que he preferido censurar por razones obvias.

El segundo, mucho más breve y enigmático, decía tan solo:

Lud

Venga enseguida. Hay mucho en juego.

E.

Desafortunadamente, el hombre a quien iba dirigido este último y críptico mensaje no tuvo oportunidad de leerlo. En el momento de la publicación del anuncio, estaba siendo detenido contra su voluntad de un modo que había sido completamente incapaz de prever.

Cribb paseaba en soledad, con su cabeza repleta de pensamientos siniestros y filosofías a medio digerir, cuando le sorprendió ver un carruaje que se acercaba a él por la espalda y su conductor le hizo una seña para que se acercara. Cribb obedeció, se dirigió hacia el vehículo y escuchó atentamente a su ocupante, que le preguntó cómo llegar a Tottenham Court Road. Por supuesto, Cribb fue totalmente incapaz de resistir esa invitación, o la tentación de añadir varias interesantes trivialidades acerca de la historia de la ciudad. Aún estaba hablando cuando, a mitad de una curiosa anécdota relativa a la bruja medieval de Kentish Town, el extraño le invitó a subir al carruaje para consultar más cómodamente (eso dijo) un mapa que tenía en su posesión. Cribb hizo lo que le decían, pero, dado su talento para los vaticinios, quizá debería haber reconocido la insignia plasmada en la puerta del carruaje: una flor negra de cinco pétalos.

En su interior había dos hombres sentados, dos fornidos gorilas de la clase que se gana la vida rompiendo brazos, incapacitadores profesionales. Cuando Cribb entró en el carruaje, uno de ellos golpeó con un puño cerrado su palma abierta en un gesto de lo más significativo y sonrió malévolamente.

—Les estaba esperando, por supuesto —afirmó Cribb—. He visto el futuro, saben. Conozco la trama.

A continuación, uno de los hombres le empujó contra el respaldo del asiento y comenzó a hacer algo que muchos de nosotros hemos deseado hacer durante bastante tiempo. Golpeó a Cribb repetidamente en la cabeza hasta que por fin (y mientras seguía tartamudeando algo acerca del tiempo que fluía en una dirección distinta para él) cayó inconsciente.

Entretanto, la señora Grossmith se sentía feliz. Maravillosa, absurda y deliciosamente feliz.

Entró prácticamente saltando en el dormitorio de su jefe, sin molestarse en llamar antes de entrar.

—¡Señor Moon! —exclamó en un juvenil falsete—. ¡Señor Moon!

Sin embargo, cuando entró en la habitación se sintió avergonzada y escarmentada, como un invitado a una boda que se cuele en un funeral por error. Tres hombres la contemplaron con evidente irritación por la interrupción: el señor Moon, el Sonámbulo y un extraño de aspecto tosco.

—¿Qué quiere?

Durante los aproximadamente diez años que había pasado a sus órdenes, la señora Grossmith se había acostumbrado a la irritabilidad y los mordaces comentarios de Moon, y por tanto se tomó esta agria observación, expresada como lo haría un abogado fiscal que acosara a preguntas a un testigo de la defensa, del mismo modo que se había tomado todos los desaires que había recibido a lo largo de los años: luciendo su mejor sonrisa y sin importunarse en absoluto.

—Lamento molestarles. Me preguntaba si podría hablar con usted.

—No es un buen momento.

La señora Grossmith insistió.

—Tengo noticias. No puedo esperar.

—¿Señor? —interrumpió el extraño. Asintió en dirección a la señora Grossmith—. Disculpe, pero esto es importante.

Era un hombre mugriento, delgado y de piel curtida, y estaba desplegando varios mapas en una mesa situada en el centro de la sala. El Sonámbulo parecía fascinado por tanta parafernalia cartográfica, y miraba con sumo interés por encima del hombro del extraño.

Moon gesticuló vagamente en su dirección.

—Este es el señor Clemence. Respondió a mi anuncio.

—Llámeme Roger —dijo el extraño, y guiñó un ojo lascivamente a la mujer.

—Señor Clemence —dijo Moon—, ¿qué estaba a punto de decirme?

Clemence gesticuló indicando uno de los mapas.

—Aquí, ¿lo ve? Aquí es donde ocurrió.

La señora Grossmith comenzó a protestar, pero el prestidigitador la interrumpió.

—Por favor. Esto es de la mayor importancia. —Mientras Moon se acercaba de nuevo al mapa, la señora Grossmith tan solo pudo resoplar apesadumbrada; su reciente entusiasmo ya se había extinguido.

Moon cedió un tanto.

—Este caballero solía trabajar para el ferrocarril. Amor tiene su sede bajo tierra. Estamos tratando de encontrar una manera de llegar hasta allí.

El ama de llaves suspiró.

—Es muy interesante, sin duda.

Clemence señaló una parte del mapa.

—Mire esto. Bajo el monumento. Todo eso son vías abandonadas. Habían planeado una ampliación hasta la estación de la calle King William. Habría transcurrido justo por debajo de las oficinas de Amor. Por supuesto, nunca llegó a construirse.

El Sonámbulo, deseoso de tomar parte en la conversación, asintió gravemente para mostrar que estaba de acuerdo.

Clemence se inclinó sobre la mesa e hizo crujir los mapas.

—Si dice en serio lo de ir allí, tiene derecho a saber la verdad —dijo.

La señora Grossmith carraspeó.

—Es muy importante que hable con usted.

—Ahora no —gruñó Moon—. Espere.

Clemence bajó la voz hasta convertirla en un susurro conspirador.

—Sé de hombres que trabajaron en la ampliación de la calle King William. Todos eran de fiar, créame. Bueno, quizás a uno o dos de ellos les gustara echar un trago de vez en cuando, pero no podían estar todos equivocados. Vieron algo ahí abajo. Sin duda.

—Siga. Dígame qué vieron.

—Túneles. Túneles que nunca constaron en ningún plano, túneles que no fueron contruidos para el ferrocarril. Había gigantescos laberintos, como grandes guaridas de ratas que se adentraban en la oscuridad. Una especie de puerta de jade incrustada en el mismo suelo. Y algo vivía allí abajo, eso es lo que dijeron. Dos de los hombres desaparecieron. Se esfumaron, y nadie volvió a verlos nunca. Después de eso, los demás se pusieron nerviosos. Decían que no querían seguir trabajando allí, que era un lugar maldito.

—¿Qué ocurrió?

—El trabajo se abandonó en la red principal. Algunos querían quedarse, claro. Los valientes, o los estúpidos. Aunque quizá no fueran tan estúpidos. La mayoría de ellos son ricos ahora, mucho más ricos de lo que debería serlo cualquier ferroviario. Los que no acabaron en el manicomio, claro.

—¿Manicomio?

—Algo ocurrió. Uno de los hombres tuvo que ser encerrado. El pobre diablo empezó a ver cosas y a balbucear como un idiota. Claro que quizá solo fuera ese

lugar. Allí, bajo tierra, en esos túneles húmedos y oscuros... la mente te juega malas pasadas.

—Algunos desaparecieron, otros se hicieron ricos. Y algunos se volvieron locos. —Moon parecía estar pensando en voz alta—. Gracias, señor Clemence. Ha sido de gran ayuda.

—Ha sido un placer.

El prestidigitador ofreció al hombre un puñado de monedas, pero cuando Clemence se inclinó para cogerlas, Moon cerró fuertemente el puño.

—¿Puede llevarme allí?

El ferroviario pareció dudar. Moon lanzó una significativa mirada a su puño cerrado.

—Le llevaré a la entrada del túnel —dijo el hombre sin convicción—. Nada más. Por lo que he oído... no iría allí por nada del mundo.

—No tendrá que hacerlo. El Sonámbulo me acompañará. ¿Podemos hacerlo esta noche?

Clemence reflexionó unos instantes.

—¿Qué tal a medianoche, junto al monumento?

—Espléndido —dijo Moon, mientras le guiaba hasta la puerta—. Le veré entonces.

Clemence asintió amablemente de nuevo y se marchó. Su silueta contrastaba fuertemente con las impecables paredes de color beis, y, de camino, se cruzó con un radiante Arthur Barge, que se dirigía hacia los aposentos de Moon.

Barge tocó a la puerta suavemente, entró y fue derecho a la señora Grossmith. Tomó su mano con naturalidad, como suelen hacer los amantes de la mitad de su edad que se ven tras una larga separación. De hecho, se habían visto durante la cena, apenas una hora antes.

—¿Se lo has dicho?

La señora Grossmith suspiró.

—No he tenido oportunidad.

—¿Decirme qué? —preguntó Moon malhumoradamente.

—He tratado de decírselo desde que llegué, señor. No quería escucharme.

Moon suavizó el tono.

—Entonces, dígamelo ahora. Tiene toda mi atención.

—Son buenas noticias.

—Me alegra saberlo.

Cuando habló, la señora Grossmith aferró con más fuerza la mano de Arthur, y las palabras se amontonaron las unas sobre las otras debido al excesivo énfasis de la mujer, que parecía querer pronunciarlas todas a la vez.

—Esta mañana, Arthur me hizo el honor de pedirme que me casara con él... y he aceptado, señor Moon, he aceptado. ¡Voy a ser su esposa!

Hubo un momento de silencio. El detective logró esbozar una delgada sonrisa.

—Bien hecho —dijo por fin, hablando como le hablaría uno a un viejo perro al que acaba de enseñarle un nuevo truco.

El Sonámbulo se esforzó por escribir «Felicidades», pero juzgó mal la longitud de la palabra y se hizo un considerable lío con la ortografía. El resultado fue que lo que se pudo leer en su pizarra fue:

Felicidd

seguido de un garabateo indescifrable.

La señora Grossmith entendió lo suficiente, sin embargo, para agradecer el gesto.

—Gracias.

Barge soltó la mano de su prometida y se dirigió a Moon.

—Debe de parecerle terriblemente apresurado —comenzó—. Solo nos conocemos desde hace aproximadamente un mes, pero desde el principio nos pareció que las cosas iban bien entre nosotros. Nos entendíamos el uno al otro. Y a nuestra edad no puede uno permitirse el lujo de esperar, si entiende lo que quiero decir. Todos nos merecemos ser felices. Y creo que Emmy y yo vamos a ser felices.

Obviamente, era un discurso bien aprendido. Moon escuchó con tanta elegancia como pudo y, cuando terminó, añadió un tanto pomposamente:

—Tienen mi bendición.

—Muchas gracias, señor —dijo Barge—. Eso significa mucho para mí. De verdad que sí.

Moon se dirigió hacia su ama de llaves.

—¿Debo entender que esta feliz noticia implica que el señor Barge gana una esposa, pero yo pierdo un ama de llaves?

La señora Grossmith pareció avergonzada.

—Yo no... es decir, no lo hemos decidido.

—Puedo mantener a ambos —dijo orgullosamente Barge—. Sus días de criada han terminado.

—Bien, en ese caso les deseo lo mejor. —Moon se giró y se afanó en apartar los mapas y planos del Londres subterráneo—. Huevos y beicon, si no es molestia, señora Grossmith. Nos espera una larga noche. Y espero sinceramente que cuando llegue a su fin, por fin tendremos algunas respuestas.

—Emmy —murmuró cuando la pareja hubo desaparecido, sin duda para besuquearse en la cocina junto a una sartén al fuego—. Abreviatura, imagino, de Emmeline... Debo confesar que, hasta hoy, nunca supe cuál era su nombre.

Los patios de escuela son melancólicos y opresivos a partes iguales. Melancólicos porque uno ve únicamente silencio y espacios vacíos donde, de acuerdo al orden natural de las cosas, debería haber risas, movimiento y aprendizaje; opresivos porque,

a pesar de su desolación, nunca les abandona una presencia poderosa y persistente. En ellos siempre hay extraños presentes, aunque no se les pueda ver. Si uno visita un patio de colegio desierto a medianoche, en soledad, mucho después de que los que lo habitan a la luz del día se hayan acostado ya, resulta sencillo imaginarse rodeado de mil colegiales fantasmagóricos, y resulta igualmente sencillo percibir el ajeteo de sus juegos, oír sus gritos, los sordos quejidos de la pelota al ser golpeada por un bate y los lamentos de decepción cuando la campana los llama de nuevo a sus clases. El señor Skimpole nunca había sido un hombre especialmente imaginativo, y de hecho se había enorgullecido de su reglamentado sentido común y su riguroso pragmatismo, pero incluso él podía sentir una fracción de esa espeluznante sensación mientras esperaba solo en el patio del Colegio Masculino Gammage.

Nunca le habían gustado los colegios, claro está, ya estuvieran llenos de gente o todo lo contrario. Tras la pizarra se ocultaban recuerdos penosos; se pavoneaban por el campo de críquet y se paseaban con engañosa indiferencia por el patio, donde aún podían verse los rastros de una partida de rayuela abandonada hace mucho tiempo.

Se estremeció y comprobó la hora de nuevo. Ya deberían haber llegado.

Una repentina ráfaga de viento. Una nube tapó la luna, y de repente las sombras le rodearon. Skimpole sintió un cierto vértigo y comenzó a respirar profunda y trabajosamente, pero aun así siguió sintiéndose mareado e incómodo. No deseaba comprobarlo, pero estaba seguro de que algunas de sus heridas habían comenzado a sangrar. Las manchas, pensó, serían imposibles de lavar.

Durante el día, las heridas habían empeorado notablemente. Se había cambiado después de la cena, y las había encontrado escamosas y de un desagradable color entre rojo y púrpura. Cubrían la mayor parte de su vientre y comenzaban a extenderse por su torso, hacia su cuello. Ya había aparecido una en su rostro, en la sien izquierda, aunque Skimpole confiaba haberla ocultado tras un hábilmente colocado mechón de pelo. Esperaba que su hijo no la hubiera notado.

¿Dónde estaban? Si no llegaban pronto, temió que lo encontrarán en el suelo, inconsciente o algo peor, sobre el asfalto.

—¿Hola? —exclamó el albino hacia la oscuridad. Tosió. Una flema ascendió por su garganta, pero se obligó a sí mismo a tragársela con gran malestar, pues le habían inculcado desde su infancia que escupir en público era de mala educación.

—¿Hola? —dijo de nuevo, esta vez más cautelosamente—. Estoy aquí. Estoy esperando.

Nada. Se cubrió con las solapas de su abrigo, trató de mantener la calma y se preguntó, por enésima vez, si estaba haciendo lo correcto.

Por fin, le sorprendió el sonido de una voz que no le resultaba familiar llamándolo por su nombre. Dos extraños estaban frente a él, y comprendió con cierta sorpresa que debían de haberse acercado hasta él sigilosamente sin que llegara a oírles, hazaña que creía imposible.

—Que me aspen —dijo uno mirando con curiosidad a Skimpole—. Qué

individuo tan estrafalario. Esperaba alguien más alto, acaso menos pálido, de mejillas sonrosadas... ¿Tú no?

—Ya lo creo, compadre —dijo el otro—. Es más raro que un perro verde.

A pesar de que Skimpole había tratado con personajes de lo más extraño, y hasta grotescos, los dos caballeros que tenía ante sí eran los más excepcionales que había visto en su vida. El primero era corpulento y fornido, el otro pequeño y pulcro, y hablaban con acento de clase alta y buena cuna; resultaba obvio que eran de buena familia, y que no les había faltado de nada. Sin embargo, lo que más llamaba la atención era que, aunque era evidente que habían alcanzado hace tiempo la mediana edad, vestían con absurdos uniformes escolares perfectamente conjuntados. Los dos lucían idénticas americanas de color azul claro, corbatas de colegial y pantalones cortos de franela gris que terminaban justo por encima de sus rodillas nudosas y peludas.

El más pequeño llevaba una pequeña gorra a rayas.

Skimpole tartamudeó, incrédulo:

—¿De verdad sois...? —consiguió decir por fin.

El más grande sonrió.

—Soy Hawker, señor. Él es Boon. Puede llamarnos los Monitores.

Su compañero frunció el ceño.

—Alto ahí. Acabas de adueñarte de mi discurso. Yo siempre digo eso. Es prácticamente una tradición.

—Precisamente —protestó Hawker—. Yo también quiero divertirme alguna vez.

—Pero acordamos que lo diría yo siempre. Eres un granuja por faltar a tu palabra. Si no fuera porque está aquí el viejo Skimpy, te daría una lección.

—Eso me gustaría verlo, zoquete. El pequeño Boggie Thorn y Baby Wentworth podrían darte una paliza, y lo sabes muy bien. Y están un curso por debajo.

—A veces te comportas como un verdadero imbécil, Hawker.

—Mejor eso que ser un llorón sin remedio, Boon.

—Mocoso.

—Bruto.

—Puerco.

Skimpole se limitó a contemplar incrédulo la extraña conversación. Por un instante se le ocurrió que quizá las apariciones fueran un efecto secundario de su enfermedad, fantasmas conjurados por su mente febril mientras su cuerpo se echaba a perder sin remedio.

Boon interrumpió la discusión y se giró hacia el albino.

—Lo lamento muchísimo, señor —dijo—. Pensaré que somos unos auténticos asnos por pelearnos como si estuviéramos en primer curso.

—Ha sido muy amable de su parte llamarnos, sin duda —dijo Hawker. Parecían haber olvidado su pequeña riña tan rápidamente como la habían iniciado—. Boon y yo empezábamos a aburrirnos de no dar palo al agua, y nos moríamos por un poco de

diversión.

—¿Por qué aquí? —preguntó Skimpole.

—Nos pareció pertinente, señor —replicó Boon.

—Pertinente —caviló Hawker—. Gran palabra. Debería apuntarla. Boon es una auténtica enciclopedia, señor Skimpole, cuando está de humor para ello. Todo un cerebro, ya lo creo. En cuanto a mí, nunca he sido un gran aficionado a los libros. De los dos, él es el listo. Y no deja pasar una oportunidad para echármelo en cara.

Skimpole trató de llevar la conversación más extraña en la que había participado en su vida a algo que se asemejara remotamente a la normalidad.

—Quería preguntarles acerca del libro... —comenzó.

—Le confundió, ¿verdad?

—¿Se sintió engatusado? ¿Embaucado?

Skimpole se esforzaba por comprender.

—Está en blanco, salvo la página en la que estaba escrita esta dirección dijo.

—Ese libro es un asunto bastante peliagudo, ya lo creo —dijo Hawker con seriedad impostada.

Boon asintió.

—No se puede perder de vista, señor. Solo Dios sabe los líos que provoca cuando nadie lo vigila.

—No entiendo —dijo débilmente Skimpole.

—Lo único que usted necesitaba era una dirección —dijo Boon—. Recibimos su telegrama, y aquí estamos. Hoy en día no hace falta nada más complicado que eso.

Hawker sacó una manzana de un reluciente color verde, la frotó en la solapa de su chaqueta y le dio un gran mordisco.

—Por supuesto, en otro tiempo y en otro lugar quizás habría tenido un aspecto distinto —dijo—. Quizá hubiera estado repleto de símbolos raros, emblemas, garabatos y cosas así.

—O columnas y columnas de números —añadió Boon amablemente.

—Siempre... —susurró Skimpole—. ¿Siempre tienen este aspecto?

—Siempre he tenido este aspecto, ¿verdad, Boon?

—Por desgracia. Eres feo hasta decir basta.

—Muérete, perdedor. —Hawker golpeó el hombro de Boon jugueteando, y este hizo lo propio con su compañero.

—Por favor —dijo Skimpole—, no tenemos mucho tiempo. —Tosió de nuevo.

—Es una tos muy fea, señor.

—Muy áspera, señor. Incluso truculenta, me atrevería a decir.

—Debería hacérsela mirar, señor. Vaya a ver a la Matrona y deje que le eche un vistazo. Quizás hasta le dé un recibo.

—Por favor —murmuró Skimpole.

—Tiene razón, señor —dijo Boon.

—Lo lamento. Solo estábamos bromeando —añadió Hawker.

—Imagino que debemos de parecerle un par de gamberros —insistió Boon—, pero créame, si nos encarga un trabajo, lo haremos mejor que cualquier muchacho de la escuela. No nos nombraron Monitores por nada. Dispare, señor Skimpole. ¿Qué podemos hacer por usted? Estamos ansiosos por saberlo.

Antes de que Skimpole respondiera, hubo una pausa durante la cual consideró por última vez la posibilidad de seguir otro camino, de elegir una muerte más apacible y tranquila. Pero hizo caso omiso de las protestas de su conciencia y siguió adelante:

—Hay ciertas personas a las que quiero... eliminar —dijo—. Necesito que las asesinen.

Thomas Cribb abrió los ojos.

Debido a su curiosa existencia, la memoria debía de funcionar de una manera distinta para él que para el resto de nosotros. Es de suponer que estuviera a punto de recordar lo que estaba a punto de ocurrirle, en lugar de lo que acababa de ocurrirle. Suponiendo, claro está, que decidiéramos creerle.

Fuera cual fuera la verdad, cuando abrió los ojos y vio dónde estaba, no tenía ni idea de cómo había llegado allí. «Allí» resultó ser un lugar que le era completamente desconocido. Una habitación sumida en penumbra, húmeda y sofocante, de paredes desconchadas y combadas.

—¿Hola? —dijo, sin esperar realmente una respuesta—. ¿Hay alguien?

Nada ocurrió. Se sintió estúpido, y guardó silencio.

Entumecido por el dolor, el frío y el viaje, solo entonces se dio cuenta de que estaba sentado con la espalda rígida, casi pegado a una silla. Trató de mover una pierna.

No sirvió de nada, claro. Estaba bien atado, y también sus manos estaban atadas a los brazos de la silla. La cuerda cortaba sus muñecas, y empezaba a perder la sensibilidad en sus extremidades. Evidentemente, estaba siendo retenido y, curiosamente, eso no le sorprendió en exceso. A lo largo de su extensísima vida había hecho innumerables enemigos. Se sentía ligero, casi sin masa, como si hubiera salido de su vida y la contemplara flotando desde una gran distancia.

Oyó un escandaloso estrépito que provenía de algún lugar cercano. ¿Un tren? No podía estar seguro.

De repente fue consciente de otra presencia. Una cerilla se iluminó frente a él en la penumbra, se encendió una lámpara y vio por fin la reducida celda en la que le retenían. No pudo decidir si prefería que permaneciera sumida en la oscuridad.

Un rostro de mujer, que le resultaba familiar, pero cuyo nombre le eludía casi caprichosamente, surgió frente a él.

—Señor Cribb —dijo, con voz musical—. Queremos mostrarle Amor.

Cribb recordó.

—Eres Charlotte Moon.

El rostro sonrió dulce y angelicalmente.

—Debe de estar en un error —dijo, con el mismo tono hipnótico—. Mi nombre es Amor.

Fue entonces cuando Cribb se oyó a sí mismo gritar. Durante esa absurdamente larga noche, sería la primera vez de muchas.

Hawker y Boon, conocidos colectivamente como los Monitores, eran desde hace tiempo una fuente de terror para la ciudad: cualquiera lo suficientemente estúpido como para cruzarse en su camino recibía a cambio muerte y destrucción. Eran implacables y despiadados, y nadie sobrevivía tras sufrir su cólera. Incluso los criminales, hasta los peores, los más brutales y sanguinarios reincidentes que la ciudad podía ofrecer, les tenían un terror mortal. El más débil rumor de avistamiento hacía que el mundo criminal se estremeciera como un solo organismo.

Debería añadir que su notoriedad no estaba, ni mucho lejos, limitada a Londres. Baba Abu, el infame asesino de Bombay del siglo pasado, vomitó en una ocasión mientras cenaba al escuchar sus nombres, o eso se asegura.

El señor Skimpole, por tanto, se encontró frente a frente con dos leyendas en el patio del Colegio Masculino Gammage. Para ser justos, la apariencia de los dos hombres debería haber resultado cómica, y el albino debería haber hecho un esfuerzo para no torcer el gesto en una sonrisa, y, sin embargo, la emoción que provocaba el encuentro con estos curiosos hombres niños no era la risa, sino la emoción diametralmente opuesta. Había algo que parecía terriblemente equivocado en la pareja, algo indefinido; parecían existir fuera de la realidad, como si flotaran un par de centímetros por encima del mundo real.

Boon sonrió a Skimpole del modo en que un ganadero sonreiría a un pavo una semana antes de Navidad.

—¿Un asesinato, señor? Fantástico.

Hawker rió y asintió:

—Espléndido.

Durante su larga y exitosa carrera, los Monitores se habían topado con hombres y mujeres que optaron por burlarse de sus maneras, sus ropas y su modo de hablar, de ridiculizar sus ademanes de patio de colegio, la marca de la casa. No hace falta decir que muy pocos de estos cómicos aficionados fueron capaces de volver a reírse. Babearon, acaso, quizás hasta emitieran débiles gemidos. Puede que fueran capaces de parpadear una vez para decir que sí y dos para decir que no, sin duda. Pero nunca volvieron a reírse.

El señor Skimpole no estaba de humor ni siquiera para sonreír. Sus ropas estaban empapadas de sudor y las partes de su cuerpo llenas de llagas le escocían horriblemente.

—Por favor —dijo—. Tengo mucha prisa. Necesito que maten a dos hombres.

—Son villanos, ¿verdad, señor?

—¿Malvados?

—¿Granujas?

—¿Canallas?

—Díganos sus nombres, señor, díganoslos.

—Deben entender que no hago esto por venganza —dijo Skimpole cautelosamente—, sino solo para proteger mi trabajo.

—Por supuesto, señor.

—Está clarísimo.

—Bien. —Skimpole tosió angustiosamente, y Hawker y Boon chasquearon la lengua ruidosamente para mostrar su simpatía—. El Directorado está siendo atacado. Un hombre sigue nuestro rastro. Un ex Okhrana. El mejor asesino que han tenido nunca. Y el único dato que conocemos es su nombre en clave.

—Díganoslo, señor.

—Desembuche.

—Dispare.

Skimpole tragó saliva.

—La Mangosta.

Hawker dejó escapar un agudo silbido.

—¡Vaya!

—Quiere que nos ocupemos de él, ¿no es así? —preguntó Boon.

—¿Que le demos una buena lección?

Skimpole asintió débilmente.

—Debería irse a casa, señor.

—Métase en la cama con una bolsa de agua caliente y un *toddy* de ron bien humeante.

—Esperen —dijo Skimpole—. Hay alguien más.

—Vaya por Dios. Está usted sediento de sangre.

—El Directorado tiene un enemigo en Whitehall.

—Esos políticos son unos granujas muy astutos.

—Muy listos, sí. Y malvados. Se ve en sus ojos, señor.

—No se debe confiar en ellos. Nunca.

—Su nombre es Maurice Trotman. Es un hombre del ministerio. Quiere... — Skimpole resolló—. Quiere cerrar el Directorado.

—Vaya. —Hawker pareció compartir el pesar del albino—. No se lleva bien con él, ¿verdad, señor?

—Discutieron, ¿no es así? —preguntó Boon.

—¿Llegaron a las manos?

—¿Pueden hacerlo? —jadeó Skimpole—. ¿Pueden matarlos?

—No veo por qué no —dijo Boon—. ¿Qué opinas, Hawker?

—Ningún problema, compadre. De hecho, empiezo a estar impaciente.

—Ha acudido a las personas adecuadas, señor. No hay nadie mejor que nosotros en toda la escuela.

—Boon es duro de pelar. Créame, cuando le sacan de sus casillas, no hay quien pueda con él en una pelea.

—¿Cuáles son sus honorarios? —preguntó Skimpole.

—¿Honorarios? —Hawker fingió no comprender—. ¿Honorarios? ¿Qué quiere decir, señor?

—Lo sabrá cuando hayamos terminado el trabajo, señor —dijo Boon.

—Ahora debería volver a casa. Asegúrese de que su hijo está bien. Si sigue mucho tiempo a la intemperie, se pondrá enfermo.

—¿No pueden adelantarme nada? —rogó Skimpole—. ¿Del coste?

Boon sonrió.

—Oh, creo que nuestro precio le parecerá razonable, señor. Muy razonable.

—Estaremos en contacto.

—Entonces adiós —consiguió decir Skimpole.

Boon tocó el borde de su gorra.

—Hasta más ver.

Con esta curiosa despedida, los dos anacronismos dieron media vuelta y se desvanecieron en la oscuridad. Skimpole se estremeció con una mezcla de dolor, confusión y frío, y trató de no pensar en lo que acababa de poner en marcha. Se ciñó las solapas de la chaqueta y se marchó a casa.

Sin duda, el señor Clemence no pretendía parecer tan sospechoso como lo hacía mientras esperaba bajo la sombra del monumento. Pero, mientras se paseaba de arriba abajo, con dos linternas de tenue luz junto a sus pies, y miraba su reloj de bolsillo con mayor frecuencia de la necesaria, era obvio que no hubiera atraído más atención sobre sí mismo si hubiera llevado una placa alrededor del cuello en la que declarara su firme intención de romper la ley.

Sin previo aviso, Edward Moon y el Sonámbulo emergieron de las sombras.

—Lamento haberle hecho esperar —dijo el mago.

—No se preocupe. Aunque les agradecería que nos apresuráramos, caballeros. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor, si a ustedes no les supone un problema.

—Estamos listos.

Clemence les guió hacia los peldaños sumidos en penumbra que se alejaban del monumento y llevaban a la estación subterránea de la calle King William. Una rejilla metálica cerrada con candado cubría la entrada. Clemence sacó una llave del bolsillo, abrió el cerrojo y retiró la rejilla, que crujió lastimeramente en respuesta. Todos permanecieron inmóviles y en silencio para descubrir si el sonido había atraído alguna atención. Nada.

Era el distrito financiero de la ciudad, y por la noche siempre estaba desierto, pues los banqueros y los corredores de bolsa corrían a casa al atardecer para cenar y relajarse junto a la chimenea. Además, todo esto sucedió un domingo, cuando incluso los más devotos de las finanzas se quedaban en casa con sus mujeres e hijos o (en al

menos dos docenas de casos que conozco personalmente) con sus amantes.

La última vez que Moon estuvo aquí le acompañaba Cribb, que no dejó de parlotear sobre fantasías relativas a la historia de Londres, relatando anécdotas de la gran Piedra y proponiendo curiosas teorías al respecto de las alturas relativas del monumento y la columna de Nelson. Pero ahora, a medianoche, el lugar era una ciudad fantasma, apenas reconocible salvo por la gran aguja que era el monumento, que mantenía una silenciosa vigilia, como si fuera un faro que vigila la costa.

Clemence le entregó una de las linternas al Sonámbulo.

—Sígueme.

Por última vez miraron a su espalda para comprobar que nadie les estaba observando. Los tres hombres atravesaron el umbral y se adentraron en la penumbra. Descendieron las escaleras, dejando atrás la oficina de billetes, y llegaron al desierto andén. Por un instante, el Sonámbulo creyó poder oír el familiar traqueteo silbante que indicaba que se acercaba un tren, pero cuando quiso escucharlo de nuevo, el sonido se había desvanecido.

Clemence les indicó que le siguieran.

—No está lejos. —Bajó del andén con un salto a las vías.

—¿Está seguro de que no pasan trenes por aquí?

—¿A esta hora de la noche?

Moon suspiró.

—Estamos en sus manos, señor Clemence.

El ferroviario echó a andar, y los dos hombres le siguieron. Dejaron atrás la relativa seguridad del andén y se adentraron en los túneles, esas misteriosas madrigueras que serpenteaban por debajo de la ciudad y que los habitantes de Londres solo percibían como un monocromático borrón que atravesaban en su viaje de vuelta a la luz.

Moon sintió la repentina necesidad de llenar el silencio.

—¿Señor Clemence? ¿Es usted un hombre supersticioso?

—En absoluto. Me considero un hombre práctico y equilibrado.

—¿Así que no cree en los videntes? ¿En los espiritistas?

—No he pensado mucho en ello. ¿Por qué lo pregunta?

—Conocí a una.

—¿Ah, sí?

—Y, si estaba en lo cierto, hoy es el día en que caerá la ciudad.

—Bueno, seguramente se lo inventó. La mayoría son solo bromistas, sin duda.

—Quizá.

Siguieron caminando por la vía durante lo que a Moon le pareció algo más de medio kilómetro, abriéndose paso entre la mugre y la suciedad incrustada en los muros como se incrusta el sarro entre los dientes. El Sonámbulo tuvo la inconfundible sensación de estar siendo observado: podía oír a los pequeños animales que correteaban por el suelo, los verdaderos residentes de este lugar.

Clemence se detuvo cuando la vía se bifurcó.

—Debemos de estar a mitad de camino de dos estaciones. Aquí es donde estaban trabajando los muchachos cuando comenzaron los problemas. —Señaló hacia delante—. Esa vía lleva a la siguiente estación. Pero esta —gesticuló hacia la vía que se curvaba a la izquierda, hacia un estrecho túnel—, esta fue abandonada. —Siguió caminando. La luz de la linterna parecía ahora más tenue, pues la oscuridad de este túnel era más espesa que nunca.

La vía terminaba a pocos metros del túnel principal. Clemence se disculpó:

—Interrumpieron el trabajo de repente —dijo, saltando por encima de los restos de la vía a medio construir, que dejaba paso a un sucio suelo de pizarra—. Aquí está el motivo.

Enmarcado en el suelo había un portón de madera pintado de un apagado color verde. Si uno se lo hubiera encontrado en la superficie, sin duda habría supuesto que se trataba de la entrada a un sótano o bodega, y que no contenía nada más peligroso que madera, carbón o una colección de cacharros olvidados por su dueño. Pero aquí, en el extremo de un túnel situado bajo tierra, resultaba peculiar e inquietante, y lo rodeaba un aura de incongruente amenaza.

Clemence pareció enormemente satisfecho de sí mismo.

—Aquí está.

Moon no dijo nada. Vaciló un instante y consiguió abrir el portón. Ante ellos quedó al descubierto un profundo túnel vertical sumido en la oscuridad, a excepción de un destello de luz que parpadeaba a lo lejos. El Sonámbulo acercó el faro y pudieron ver una escala metálica que sobresalía del borde interior del túnel.

Clemence tosió nerviosamente.

—Aquí les abandono.

—Gracias. —Moon le entregó al hombre un puñado de monedas—. Ha sido de gran ayuda.

—Un placer. —Clemence comenzó a alejarse, con un evidente deseo de marcharse cuanto antes—. ¿Señor Moon?

—¿Mmmm?

—Tenga cuidado.

Desapareció en la oscuridad del túnel exterior. Moon le contempló mientras se desvanecía.

—Seguiremos la luz —dijo, y se dejó caer en el túnel, aferrándose con fuerza a la escala, y comenzó a descender lentamente—. ¿Vienes? —le preguntó al gigante.

El Sonámbulo, casi frenético, trató de recordarle a su amigo el miedo que le provocaban las alturas, pero la penumbra hizo que sus esfuerzos fueran completamente inútiles.

—No te preocupes —dijo Moon con indiferencia—. Está demasiado oscuro como para saber a qué altura nos encontramos. —Siguió descendiendo, y el gigante se apresuró a seguirle. Si hubiera sido capaz de mascullar entre dientes con

resentimiento, sin duda lo hubiera hecho.

Roger Clemence subió de nuevo al andén de la estación y encontró a un hombre bien alimentado y de mejillas sonrosadas que le estaba esperando con lo que parecía una empanada a medio comer en una mano.

—Buenas tardes, señor Clemence.

—Señor McDonald.

El hombre dio un jugoso bocado y lo masticó ruidosamente, como un perro devorando un cuenco de restos.

—¿Entonces, está hecho?

—Firmado, sellado y entregado.

—Por fin. Empezábamos a preguntarnos si llegaría hasta allí.

—No es lo que solía ser, sabe. Sus mejores años ya pasaron. Su genio se ha consumido y deteriorado.

—Lo sé. —Donald McDonald sonrió—. Por eso precisamente le queremos.

Tras un descenso que se hizo eterno, Edward Moon y el Sonámbulo llegaron a la luz. El gigante, un tanto vacilante tras el esfuerzo, pisó con gran alivio el último peldaño y la tierra firme. Miraron en torno a sí, imbuyéndose de los sonidos, olores y escenarios de Amor.

Por fin, Moon rompió el silencio:

—Tengo que admitirlo, estoy un poco decepcionado.

El Sonámbulo se limitó a contemplar lo que les rodeaba con expresión hosca. Se encontraban en una especie de almacén, rodeados de cajas vacías, botellas viejas y sacos húmedos. Reinaba un desagradable olor, además, como si hubieran permitido que se echaran a perder varios kilos de carne. Moon se dirigió a la puerta.

—Esperemos que ahí fuera las cosas se pongan más interesantes.

Accedieron a una sala amplia y redonda, en ese momento vacía, pero que resultaba obvio que se utilizaba como algún tipo de comedor o refectorio. Frente a ellos estaban dispuestas, en ordenadas filas, sillas y mesas de caballete, y en un extremo de la estancia, debajo de una platea para dirigirse a los presentes, colgaba una gigantesca pancarta de la pared. Mostraba un símbolo que ya habían visto muchas veces antes: una flor negra de cinco pétalos.

Moon no pudo reprimir una exclamación de alegría.

—Por fin.

El Sonámbulo parecía mucho menos animado. Quizá ya sospechaba cuál era la verdadera naturaleza de lo que habían descubierto.

—¡Edward! —La voz reverberó por toda la sala.

Moon dio media vuelta. Una figura maravillosamente familiar estaba frente a él.

—Me alegra que lo consiguieras.

Moon rió con una mezcla de gratitud y alivio. Quizá incluso hubiera lágrimas

asomándose a sus ojos.

—¡Charlotte! Gracias a Dios. ¿Estás bien?

La señorita Moon sonrió beatíficamente.

—Estoy bien. De hecho, nunca he estado mejor. Aunque te agradecería que no me llamaras por mi antiguo nombre.

El Sonámbulo miró a Moon con preocupación.

—¿Viejo nombre? —dijo Moon cautelosamente, como si al hablar más despacio fuera capaz de retrasar la inexorable comprensión de la verdad.

—Esa mujer está muerta —dijo animadamente su hermana—. Yo he nacido en su lugar. A partir de ahora debes llamarme Amor.

Moon estaba horrorizado.

—Charlotte.

—Quiero que conozcas a alguien.

Moon se apartó lentamente, como si retrocediera ante un animal salvaje que saltaría a su cuello si hacía un movimiento brusco.

—¿Ah sí? ¿A quién?

—Es un amigo muy querido para mí. Un gran líder. Un héroe. Y mi inspiración.

Por fin, Moon empezó a comprender lo que estaba ocurriendo.

—Entonces, es el hombre detrás de todo esto —dijo con repentina furia—. El principal responsable de las muertes de Cyril Honeyman y Philip Dunbar. La mente maestra oculta tras los ataques al Directorado y la conspiración contra la ciudad.

—Te gustará —dijo Charlotte con dulzura—. Estoy segura de que os llevareis de maravilla.

—¿Qué te han hecho?

Charlotte alzó la vista.

—Está aquí, Edward. El te lo explicará todo.

Un extraño apareció en la platea. Había estado esperando fuera, contando los segundos para hacer la entrada más dramática posible. Era menudo y de rasgos afilados, un hombre poco notable de piel picada, arrugada e hinchada. Pero, a pesar de estos defectos, no le faltaba una cierta nobleza, una dignidad innata. Cuando habló, su voz tranquila y suave pareció latir con un poder hipnótico. Era la voz de alguien acostumbrado a ser obedecido sin rechistar, cuyas palabras eran recibidas con reverencia y temor.

—Mi nombre —dijo— es reverendo doctor Tan.

Pero ustedes, mis queridos lectores, también me conocen como su narrador.

Capítulo 18

Temo no haber sido del todo sincero con ustedes.

Claro está, quizá piensen que debería haber sido sincero desde el principio, que debería haber confesado en la primera página y declarado mi honestidad desde el mismo comienzo. Sin embargo, les pido que no me juzguen aún. No me castiguen por ocultar unos pocos detalles sin importancia, uno o dos nombres, por amañar minucias insignificantes.

Nunca les revelé mi verdadera identidad porque no quería que pensarán que *El Sonámbulo* es, en modo alguno, un relato tendencioso. La gran mayoría de lo que han leído es la pura y absoluta verdad. Cuando he embellecido, lo he admitido; cuando directamente he fabricado, lo he confesado de inmediato.

Sin embargo, quizá sean capaces de detectar algunas irregularidades en mi retrato de uno de los personajes. Me he esforzado por escribir imparcialmente, pero, válgame Dios, cuánto llegué a odiar a ese hombre.

Sin embargo, cuando nos encontramos de nuevo en el gran vestíbulo de Amor, Amor, Amor y Amor, traté con todas mis fuerzas de ser educado, aunque tuve que hacer un gran esfuerzo para resistir la tentación de regodearme.

—Señor Moon. Me alegra que consiguiera llegar hasta aquí.

—¿Nos conocemos?

—Edward —le reñí—. ¿Cómo puede haberlo olvidado?

—Reverendo Doctor Tan —replicó, con un cierto sarcasmo en su voz que se me antojó totalmente innecesario—. Supongo que ese no es su verdadero nombre.

—Mi título es honorífico —admití—, pero debo decir que me siento herido. ¿No me recuerda?

Moon se dirigió a su hermana:

—¿Quién es este hombre?

Aunque no puedo afirmar haber llegado a conocerla íntimamente, durante el breve tiempo que nos habíamos conocido la señorita Moon siempre me había parecido una mujer decente, tan inteligente como bella, y también (aunque tras varios días de amable persuasión) una digna conversa a nuestra causa.

—Es un héroe —dijo la mujer de nuevo—. Un líder y un buen amigo.

Enrojecí ante este halago inmerecido.

—¿De veras no me recuerda?

Moon negó con la cabeza.

—No le había visto en mi vida. —Se giró hacia el Sonámbulo—. ¿Tú le recuerdas?

El gigante se limitó a encogerse de hombros.

Me sentí estafado. Durante años, había esperado nuestro encuentro, lo había planeado con la misma enfermiza ansia que siente un niño la víspera de Navidad. En

muchas ocasiones había delineado la versión ideal de esta conversación. Sería magnánimo en la victoria e ingenioso, sería una inspiración y una fuente de sabiduría. Planeaba deslumbrarles.

Pero en esas fantasías había esperado que Moon me reconociese de inmediato, que el Sonámbulo retrocediera horrorizado, que ambos me trataran con un ápice de respeto, como un rival formidable, un adversario al que temer. En lugar de eso, se quedaron mirándome con rostros inexpresivos del mismo modo que mirarían a un vagabundo que les pidiera dinero por la calle.

Así que les dije mi verdadero nombre.

No lo repetiré aquí. Es un apelativo común y prosaico que no hace justicia a un hombre de mi talento y ambición. Pueden seguir pensando en mí (si piensan en mí en absoluto) como el reverendo doctor Tan.

El Sonámbulo sonrió para declarar su reconocimiento, pero Moon seguía perdido. El gigante escribió algo, y por fin los ojos de Edward brillaron, y comprendió.

Cloacas

Moon rió. Ese despreciable hombrecillo llegó a reírse de mí.

—Por supuesto —dijo, y procedió a relatar muy exageradamente el modo en que, siendo yo mucho más joven, había intentado robar el Banco de Inglaterra pero había terminado por error en las cloacas de Londres.

—Llevo meses intentando recordar su nombre. —Soltó una carcajada—. Ni siquiera la señora Grossmith lo recuerda, y siempre ha tenido una gran memoria para las naderías.

Creo que dije algo entonces acerca de la relativa sabiduría de Moon, ya que adoptaba ese tono tan antagonista conmigo cuando él mismo estaba atrapado en mi guarida subterránea, desarmado y totalmente en mis manos.

Exigió una explicación, y, en cuanto recuperé la compostura, traté de satisfacerle. Le dije que hay una jerarquía incluso entre los criminales, y que, tras el lamentable incidente mencionado, mis colegas habían comenzado a burlarse de mí. Evité hábilmente la autocompasión y, modulando con precisión mi tono entre el patetismo y la determinación, le dije esto:

—Me preocupaba ser el más insignificante de los ladronzuelos. Supe que tenía que perfeccionarme. Podría decirse que encontré la religión. —Me reí tras decir esto, pensando que era una observación aguda e irónica. Charlotte sonrió (bendita sea), pero los otros dos no movieron ni un músculo de sus rostros.

—Nuestra sociedad está rota, señor Moon. Aquí en Amor tenemos una solución.

—Entonces, díganosla. —Bostezó—. Pero sea buen chico y no se tome demasiado tiempo. —Habló como le hablaría uno a un niño, y aunque su tono me enfureció, preferí tolerar su impertinencia por el momento.

—Usted forma parte de ella —dije cautelosamente—. Le he traído aquí por un

motivo.

—Vine aquí por mi propia voluntad. Usted no tuvo nada que ver.

Confieso que fui incapaz de reprimir un gemido de placer ante su ignorancia (aunque creo que pude hacer pasar el sonido como una ligera tos).

—No, no —le corregí amablemente—. Yo le he traído aquí.

Tres personas esperaban en la puerta de la platea para hacer su entrada. Les hice una señal para que aparecieran.

El señor Clemence. La señora Honeyman. Thomas Cribb.

—Dispuse las pistas, Edward, y usted las siguió como sabía que lo haría.

Algo parecido al miedo cruzó su rostro cuando las últimas piezas del rompecabezas fueron colocadas en su lugar. No puedo asegurar que fuera en ese momento cuando Moon comprendió el alcance de la trampa a la que le había dirigido con habilidad. Desde luego, pareció terriblemente confundido, y mientras le observaba tratando de asumir su grave error, no pude controlarme y me eché a reír.

A pesar de lo que puedan pensar, no estoy totalmente desprovisto de compasión. Moon había sufrido una conmoción considerable, e incluso el Sonámbulo, con su rostro granítico que parecía sacado de la isla de Pascua, mostraba su sorpresa ante mis revelaciones.

Hice marchar a Cribb, Charlotte y el resto, y llevé a mis invitados a mis modestos aposentos privados, donde les ofrecí comida y bebida, y les prometí que cuando estuvieran listos se lo explicaría todo. El Sonámbulo estaba ostensiblemente agradecido por la comida, pero Moon rehusó, un tanto maleducadamente. Empujó su plato a un lado y anunció de mala gana:

—Tengo algunas preguntas.

—Lo que estamos construyendo aquí —dije— es el futuro. Una nueva comunidad inspirada en el sueño de la pantisocracia.

—¿Por qué necesita ese sueño que se asesine en su nombre?

—Mi conciencia está tranquila. Lo que hago, lo hago por los pobres y los destituidos de esta gran ciudad nuestra, por los indigentes que habitan los límites de nuestra sociedad, por los que han sido excluidos por circunstancias de las que no son responsables. Los marginados, si lo prefiere, notas a pie de página de carne y hueso. Los mansos, señor Moon. Los mansos que heredarán la Tierra.

—Hombres como Speight.

—Exacto.

Parecía enojado.

—El Speight que vi la semana pasada no era el hombre que conocí.

Traté de hacer que comprendiera.

—Ha cambiado. Ha encontrado una vida mejor.

—Sea lo que sea lo que le ha hecho, también se lo ha hecho a mi hermana.

—Vino a nosotros por voluntad propia. Cuando comprendió que había pasado toda su vida sumida en la oscuridad, Amor la guió hacia la luz. Todo lo que deseamos

es vivir nuestras vidas según los principios pantisocráticos. Y estamos muy cerca de hacer realidad nuestro sueño. ¿Cuántos hombres, a lo largo de la historia, han sido capaces de decir algo así? Vamos a construir un paraíso en la Tierra, señor Moon. ¿Por qué se empeña en oponerse a nosotros?

—Porque han asesinado y engañado. Porque usted es un error retorcido que se engaña a sí mismo y cree que puede recrear el mundo a su imagen y semejanza.

Estas duras palabras me afectaron, y Moon aprovechó su momentánea ventaja.

—Hizo que mataran a Barrabás.

—Le pedimos que se uniera a nosotros.

—¿Unirse a ustedes? ¿Qué lugar ocuparía un asesino en el paraíso?

—Usted nunca creyó que fuera irrecuperable. Nosotros tampoco.

—¿Y él se negó?

—Parece que le hacía feliz morir en las tinieblas.

—¿Y Meyrick Owsley?

—Meyrick era el encargado de vigilarle. Barrabás sabía muchas cosas de nuestras operaciones.

—¿Por eso le hizo matar?

—No fue porque le estuviera contando la verdad a usted. Fue por la velocidad con que lo hacía. Debo admitir que me sorprende —dije— que no me haya preguntado por Cyril Honeyman. Fue su muerte, después de todo, lo que le puso sobre nuestra pista.

Moon me miró con expresión de resentimiento.

—¿No tiene ninguna teoría? —pregunté con indiferencia—. ¿Ninguna suposición elegante? ¿Ninguna deducción brillante sacada de su chistera en el último momento?

—¡Dígamelo! —Moon prácticamente gritó.

—Fue un gancho, Edward. Un crimen grotesco y perverso que debía atraer su atención. Una pequeña escenificación a la que sabíamos que usted no se podría resistir. Como medio de atraerle hacia nosotros, no podía fallar.

—¿Está diciendo que todo fue por mí? ¿Una trampa?

—En esencia, sí, eso es.

—¿Ha muerto gente —escupió Moon— para que podamos tener esta absurda conversación?

—No hay necesidad de ser tan egocéntrico. La señora Honeyman y la señora Dunbar no sentían un excesivo amor por sus casquivanos retoños. Querían que esas manchas en su vida desaparecieran, como quiere uno desembarazarse de una verruga desagradable a la vista. Creo que disfrutaron de la experiencia.

—Señora Honeyman. Señora Dunbar. No son exactamente representantes de las clases trabajadoras, ¿verdad?

—Confieso que ha habido momentos en los que Amor no ha sido totalmente solvente. Necesitábamos dinero. Resultaron muy valiosas.

—¿Resultaron?

—No son dignas de entrar en el paraíso —admití con calma.

—¿Y la Mosca? ¿Por que el?

—Era el tipo de aparición improbable que pensé que le parecería atractiva. ¿Cómo íbamos a saber que le mataría?

—Así que por fin me tiene ante usted. ¿Qué quiere? ¿Se trata únicamente de humillarme?

—Bueno, no puedo decir que no lo haya disfrutado. Pero hay cosas más importantes que la venganza.

—¿Qué quiere?

—Creo que es obvio, Edward —sonreí—. Quiero que se una a nosotros.

La señora Grossmith (que pronto pasaría a ser la señora Barge) despertó de repente justo antes del amanecer sin estar muy segura del motivo. La habitación estaba silenciosa, aunque podía oír a los pájaros en el jardín, que trinaban sus eternas canciones, sus arias aviares, sus cánticos e himnos emplumados. Durante gran parte de su vida, la señora Grossmith se había preguntado justamente qué motivo tendrían para cantar tan alegremente a primera hora de la mañana. Desde que conoció a Arthur, por fin lo sabía. Dejó escapar un pequeño suspiro de felicidad al pensar en él, algo a medio camino entre un ronquido consciente y un gemido de satisfacción. Extendió el brazo para tocarle, pero encontró únicamente sábanas vacías, aún calientes, pero su prometido se había esfumado.

—¿Arthur?

Bien, en este punto debo advertirles que, si tienen algún tipo de escrúpulo Victoriano al respecto de las parejas de amantes que comparten lecho sin haber pasado por el altar, espero que se las guarden para ustedes. No quiero saber nada de mojigaterías tan anticuadas, y les aseguro que en el nuevo estado pantisocrático su moralidad no tendrá lugar. Los códigos de represión de nuestros padres y abuelos serán sustituidos por algo más orgánico, más hermoso y puro. La naturaleza humana, al verse liberada de las cadenas que la sociedad ha construido para sí misma con gran ingenuidad, florecerá y prosperará. En la nueva época, todos seremos como Emmeline Grossmith y Arthur Barge.

La ausencia de su amado hizo que el ama de llaves se sintiera inquieta. Tuvo entonces la primera corazonada, aunque tenue, de que el día que tenía por delante todo iría terriblemente mal, y, de repente, los alegres canturreos de los pájaros dejaron de parecer inspiradores. Se irguió, sentada en la cama, colocó las almohadas a su espalda y se frotó con fuerza de los ojos esa sustancia dura y escamosa que se acumula durante el sueño. Incapaz de resistirse, depositó un pedazo de esa sustancia en su boca y lo masticó pensativa, aunque, extrañamente, este ritual no consiguió animarla.

—¿Arthur? —gritó de nuevo.

La puerta del dormitorio se abrió, y apareció su prometido, aseado, afeitado y

totalmente vestido.

—¿Sí, mi palomita, mi ángel?

—Es temprano. ¿Qué haces?

—¿Te he despertado?

—Arthur, estoy preocupada.

—No es necesario, querida. Solo voy a salir una o dos horas. Hay un pequeño asunto que requiere mi atención. Una faena que no puedo posponer más. No tienes que preocuparte por nada.

El modo calmado y deliberado en que habló y la estudiada indiferencia en su tono la convencieron de inmediato de que la verdad era todo lo contrario de lo que afirmaba. De que, fuera lo que fuera lo que el amor de su vida tenía que hacer a tan temprana hora, ella debía preocuparse, y hasta debía asustarse.

Barge se acercó a la cama, se sentó junto a ella y le acarició la mejilla.

—Sigue durmiendo. No tardaré. Y cuando vuelva te traeré una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

Arthur colocó un dedo sobre los labios de su prometida.

—Espera y verás.

La señora Grossmith se dejó tranquilizar, y por unos instantes fue capaz incluso de no prestar atención a esa persistente sensación de que se aproximaba una catástrofe. Arthur se marchó para cumplir su misteriosa tarea, y la señora Grossmith se acurrucó entre las sábanas y dejó que el sueño la venciera. Cuando durmió, soñó, y sus sueños fueron inquietos y siniestros.

Arthur Barge paró un taxi y le pidió al conductor que le llevara a Piccadilly Circus. Llevaba tiempo aplazando ese viaje, lo que era un descuido lamentable en un hombre que siempre se había enorgullecido de su profesionalidad y puntualidad.

Cuando llegó a Piccadilly, Barge detuvo el carruaje y bajó del vehículo. Su destino no era ese, claro está, pero no tenía ningún deseo de revelar al conductor la dirección exacta. Pagó el viaje al cochero sin mirarle. Lo mejor sería que el hombre no fuera capaz de identificarle después.

El carruaje se marchó. Barge esperó a que se alejara y echó a caminar hacia St James's Park. Era temprano, apenas había amanecido, y las calles estaban vacías en su mayor parte, a excepción de los infortunados que pasaban la noche acurrucados junto a los umbrales y en los callejones de la metrópolis. Barge pasó junto a todos ellos sin mirarlos dos veces, lo que resultaba comprensible, dada la ubicuidad de escenas similares, pero quizá merezca la pena hacer notar que esas cosas nunca ocurrirían en un estado pantisocrático.

Barge llegó a los límites de St James's Park, tomó una estrecha avenida en Pall Mall y se detuvo frente a una modesta residencia en mitad de la calle. La placa que lucía el edificio junto al timbre decía:

Club de supervivientes Solo miembros

Obvia decir que Barge no era un miembro.

Sacó una larga herramienta metálica del bolsillo de la chaqueta, un objeto delgado y delicado de bordes serrados y afilados. Con la destreza innata de un hombre que había hecho lo mismo muchas veces, introdujo el instrumento en el ojo de la cerradura y lo giró, primero a un lado y luego al contrario, hasta que el cerrojo se abrió con un sonido metálico. Abrió la puerta tan silenciosamente como pudo y entró.

Recorrió el pasillo con cautela. Frente a sí tenía la sala de fumar, de la que surgía un concierto de escandalosos ronquidos y silbidos. Barge miró dentro y vio a un anciano dormido en uno de los sillones con el *Times* del día anterior abierto sobre su regazo y una botella de brandi medio vacía a sus pies.

Barge dio media vuelta y se dirigió al final del pasillo, donde, como bien sabía, estaban los aposentos del señor Dedlock. Llevaba semanas observando el club, y terminó por llegar a la conclusión de que la pertenencia debía de estar restringida a los hombres más extraños de todo Londres. Todos a los que había visto, ya fuera al entrar o al abandonar el recinto, parecían personajes sacados de un cuadro de Hogarth, apenas tridimensionales, y tan grotescos que su misma existencia resultaba casi imposible. En una ocasión había visto a Dedlock paseándose desnudo por la sala de fumar. El que pareciera la persona más normal de todos los presentes decía mucho de sus colegas.

Barge trató de girar el picaporte de la habitación de Dedlock. No habían echado el cerrojo, ingenuamente, y se abrió fácilmente. El colíder del Directorado yacía boca abajo en su cama, sudoroso, removiéndose agitadamente y murmurando en sueños. La cama estaba muy cerca de una gran ventana en saliente cuyas cortinas ondeaban sugestivamente en la brisa de la mañana. Las sábanas cubrían su cuerpo desnudo, y las cicatrices de su torso blanco como la leche resultaban visibles incluso en la penumbra.

Barge se acercó a la cama y sacó de su bolsillo lo que parecía un escalpelo. Con la indiferencia de un dentista dispuesto a comenzar su decimosegunda inspección del día, se inclinó sobre su víctima.

A lo largo de su carrera, Arthur Barge había asesinado a treinta y cuatro hombres, treinta mujeres y dos niños (gemelos). Durante ese tiempo, había adquirido determinados hábitos y rituales supersticiosos, el principal de los cuales era que siempre le gustaba mirar a los ojos de sus víctimas antes de acabar con sus vidas. De algún modo, hacía que fuera más real, le daba un cierto sabor.

Con su mano libre, despertó a Dedlock. Los ojos del hombre se abrieron lentamente. Con rostro legañoso y desconcertado, trató de resistirse, pero Barge le hizo recostarse de nuevo con facilidad. Se agitó frenéticamente, y trató de pedir ayuda, pero Barge blandió el filo. Entonces, como una res que se pone dócilmente en

manos de su matador, presintiendo la inevitabilidad del escalpelo, Dedlock se quedó inmóvil. Barge hundió el filo en la garganta del hombre, y ya estaba sumando uno más a su recuento de víctimas, y preguntándose cuántos más habría antes de que por fin se retirara, cuando algo irrumpió en la estancia por la ventana con un apocalíptico estruendo de cristales rotos.

No algo, sino dos cosas.

Cuando consiguieron desembarazarse de la cortina, dos figuras altamente improbables se adentraron en la estancia mientras se apartaban los pedazos de cristal de sus ropas.

—Saludos.

—Buenas, Arthur.

Barge soltó el cuchillo, conmocionado. Dedlock se irguió trabajosamente en su lecho, tratando de respirar, con una renovada esperanza de seguir viviendo.

Barge contempló a los dos intrusos, demasiado perplejo para hablar.

—¿Quiénes sois? —consiguió decir por fin.

—Soy Hawker, señor. Él es Boon.

Los Monitores sonrieron como uno solo.

—Buenas noches, señor Dedlock. Lamentamos irrumpir tan groseramente...

Dedlock buscó consuelo en una almohada, que abrazó.

—¿Os envía... el albino?

—Así es, señor. ¿Es amigo suyo, no?

—Un gran tipo, el viejo Skimpy.

—El mejor.

Fue aproximadamente en este momento cuando Arthur Barge por fin comprendió lo que estaba sucediendo. Estaba a punto de echar a correr cuando el más grande de los dos hombres le agarró por los hombros y le arrastró por la sala. Barge trató de resistirse, y solo consiguió que el extraño le rompiera el brazo sin aparente esfuerzo. Mientras Barge chillaba de dolor, Hawker comenzó a silbar.

—Gracias —dijo Dedlock débilmente. Sus palabras apenas resultaron audibles bajo el sonoro tormento de su asaltante.

Boon tocó el borde de su gorra.

—Un placer, señor. —El y Hawker echaron a Barge rápidamente por la ventana, y desaparecieron ellos mismos de idéntica manera.

Hubo un momento de silencio, y después Dedlock salió de la cama y miró a través de los restos destrozados de la ventana de su dormitorio. El anciano de pobladas cejas entró en la habitación tambaleándose, con el pelo enmarañado y descuidado.

—¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Está usted bien?

Dedlock apenas le miró.

—Parece que hubiera caído una bomba aquí —exclamó el anciano.

—Han estado a punto de asesinarme en mi propia cama.

—Lamento oír eso.

—Páseme el brandi —dijo Dedlock—. Tengo la horrible sensación de que el día de hoy solo va a empeorar.

Las grandes cejas se inclinaron servilmente.

—Muy bien, señor.

Cuando Arthur Barge volvió en sí, Hawker y Boon estaban inclinados sobre él como un par de gárgolas de un antiguo colegio. Estaba atado a una silla con un cordel que cortaba sus muñecas y tobillos, que sangraban. Aparte de la brillante luz que iluminaba su rostro, le rodeaba la más absoluta oscuridad.

—Me alegra tenerle de vuelta, señor. Es espléndido verle, ¿verdad, Hawker?

—Sin duda, Boon.

—¿Quiénes sois? —masculló Barge—. ¿Qué queréis?

—No ha oído hablar de nosotros, Boon.

—¿Ah, no? Me siento decepcionado. Pensaba que éramos leyendas vivientes.

—Viejo estúpido.

—¿Cuánto os han pagado? —preguntó desesperadamente Barge—. Sea lo que sea, lo doblo.

—No malgaste palabras con nosotros, señor.

—¿Qué queréis?

—Me temo que nos han pedido que le demos una pequeña lección.

—¿Una... lección?

—Una buena tunda, eso es lo que quiere decir.

—Una paliza.

Barge comenzó a sollozar.

—Por favor...

—¿Cómo se llama, señor?

—¿Cómo me llamo?

—Eso es, señor.

—Arthur Barge. Me llamo Arthur Barge.

Boon pareció decepcionado. Asintió en dirección a su compañero, y Hawker husmeó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un cuchillo increíblemente grande, dos o tres veces mayor que el que Barge había utilizado para intentar asesinar a Dedlock, y demasiado grande para caber en el bolsillo del monitor.

Barge lo contempló horrorizado; una pegajosa y amarillenta calidez cayó por su pierna izquierda.

—¡Vaya! Hawker tiene una navaja nueva. Es fantástica.

—Es una navaja espléndida, señor. Fíjese... tiene abridor de botellas y destornillador y todo tipo de cosas.

Barge sollozó.

—Díganos su nombre, señor.

—Ya os lo he dicho. Arthur Barge.

Boon alzó tan solo levemente la voz.

—No intente engañarnos, señor.

—Por favor. Por favor, yo...

—Su nombre, por favor. Su verdadero nombre.

Barge no vio alternativa; debía decir la verdad y quedar en manos de la incierta misericordia de estas criaturas. Extrañamente, tras tantos años, le resultó casi liberador poder decirlo en voz alta, confesarse por fin. Gruñó:

—Soy la Mangosta.

Boon sonrió.

—Gracias, señor. Espero que comprenda que teníamos que asegurarnos.

Los dos rieron. Hawker se inclinó sobre Barge y, con extremo deleite, comenzó a seccionar su cuello.

Debería, en este punto, confesar que fui yo, al menos en parte, el responsable de la desagradable escena que acabo de describir. Tenía que evitar que el Directorado se interesara en exceso por nuestras actividades, y, tras el fracaso de Slattery, puse a este asesino sobre su rastro, un agente durmiente que solía trabajar con Okhrana y que se ocultaba tras la persona de Arthur Barge. Permití que Donald se ocupara de los detalles, y me temo que se excedió en sus deberes. Desde luego, jamás pretendí que las cosas llegaran tan lejos, ni que la pobre señora Grossmith sufriera tanto. Pero ¿cómo podía yo saberlo? Soy un hombre importante, y una parte fundamental de mi trabajo consiste en delegar.

Por mucho que estuviera disfrutando al explicarle al señor Moon la facilidad con que le manipulé, empezaba a preocuparme estar desvelando demasiado.

—¿Quiere que me una a usted? —balbuceó Moon. Su rostro había adquirido un curioso matiz malva producto de una sincera indignación.

—Cuando vea lo que voy a mostrarle, creo que lo entenderá.

Salí de la habitación con la certeza de que el señor Moon y su compañero me seguirían, guiados ya no por el miedo o simplemente la curiosidad, sino por el deseo más básico y primario de todos: la necesidad de conocer cómo iba a terminar todo.

El Londres subterráneo me fascina desde hace tiempo, sus secretos bajo tierra, los lugares tenebrosos de la tierra. Desde que le arrebaté el control de Amor, Amor, Amor y Amor a su odioso presidente, Donald McDonald y yo construimos un mundo entero bajo nuestro cuartel general. Esculpimos grandes criptas y bóvedas que sirvieran de refugio ante el tumultuoso mundo de la superficie.

Guié a Moon y al Sonámbulo de vuelta a la platea sobre el gran vestíbulo. Mi gente había ocupado ya el lugar, hombres y mujeres que abarrotaban la estancia hombro con hombro, como sardinas en lata. La sala bullía de vida, y de Amor. Ante nosotros se encontraban los marginados, los pobres, los deformes, los indigentes, los

desposeídos de Londres, los desechos de la ciudad, los que habían perdido toda esperanza. Cuando me vieron, se alzó un clamor, al que respondí como mejor supe, inclinando la cabeza levemente y gesticulando tímidamente con la mano.

Moon contempló a la multitud desde las alturas, tratando, sin duda, de encontrar a su hermana entre ellos, o a Thomas Cribb, o al señor Speight.

—Hay tantos... —murmuró—. No tenía ni idea de que habría tantos.

—Todo Amor se ha congregado —dije, incapaz (lo admito) de ocultar por completo mi orgullo—. Los soldados de a pie de la pantisocracia.

—¿Soldados? —Moon trató, de nuevo, de llevarme la contraria—. ¿Para qué necesita soldados el paraíso? ¿Para qué necesita violencia y muerte? ¿Por qué no se limita a coger a sus seguidores y llevárselos? Construya su edén a las orillas del Susquehanna y déjenos a los demás en paz.

Me maravillé ante su torpeza. A pesar de todo lo que le había dicho, seguía sin comprender.

—¿El Susquehanna? —Traté de hablar sin desprecio—. ¿De veras cree que vamos a ir a América?

—Ese era el plan de Coleridge, ¿no es así?

—América no es adecuada. Demasiado corrupta.

—Entonces, ¿dónde?

—Aquí, Edward. Aquí, en la ciudad.

—Pensaba que odiaba Londres.

—Ninguna ciudad es irrecuperable. La reconstruiremos. Empezaremos de nuevo. Crearemos una nueva ciudad en la que viviremos como verdaderos pantisocráticos. Voy a darle a Londres una segunda oportunidad.

—¿Qué pasará con los que no sean dignos de su utopía?

Tuve que ser honesto:

—Morirán.

Moon dijo algo predecible acerca de mi estado mental. Le dije que no estaba mirando las cosas con perspectiva y le expliqué pacientemente que limpiaríamos la ciudad, que empezaríamos de nuevo.

—¿Qué diría su adorado Coleridge de todo esto? No creo que hubiera aprobado tanto derramamiento de sangre.

Sentí un irrefrenable impulso de echarme a reír histéricamente, pero logré reprimirlo, aunque solo con un hercúleo ejercicio de voluntad. Le dije a Moon con calma que quería presentarle a mi superior, el presidente del Consejo.

—Suponía que usted era el presidente —dijo.

No respondí, sino que me limité a abandonar la platea. Nos alejamos del vestíbulo, y les guíé hacia las profundidades del sistema de túneles, hasta los niveles más bajos. Por fin, llegamos a una amplia sala cerrada con llave ubicada en la parte más inaccesible de Amor, el más sagrado de nuestros altares. La puerta estaba cerrada con rejillas y cadenas, y un pequeño cartel era la única indicación de que estos eran

sus dominios:

El presidente del Consejo

Abrí los cerrojos e invité a mis huéspedes a cruzar el umbral. Era evidente que no esperaban algo tan grandioso como lo que encontraron. Incluso yo mismo, que a esas alturas ya debería haberme acostumbrado, no dejaba de maravillarme cada vez que lo contemplaba.

Una enorme esfera metálica llenaba la estancia, un gran huevo de hierro cubierto a intervalos intermitentes por portillas de cristal tras las que se amontonaba un líquido amarillento y espeso. A un lado de la esfera había un pequeño motor de vapor que exhibía su estructura desnuda. Entre ambas máquinas se extendían tubos y conductos metálicos semejantes a cordones umbilicales. Toda la sorprendente tecnología moderna basada en la electricidad y el vapor estaba al servicio de la esfera, todas sus válvulas, placas, sus pernos, sus pistones, sus bombas y sus volantes, sus cilindros, sus obturadores y sus cojinetes.

Pero no era la esfera en sí la que provocaba tanto asombro, sino lo que contenía: su extraordinario ocupante.

Un anciano flotaba en el interior de la esfera, vestido con ropas que pasaron de moda hace un siglo. Su cabello ralo y blanco estaba amarillento por la nicotina y el paso del tiempo. Su piel llena de manchas estaba desgarrada en partes, y mostraba las primeras señales de descomposición. Sin embargo, resultaba inmediatamente reconocible como el poeta más importante de su época.

Moon comprendió de inmediato, creo. El Sonámbulo tardó un poco más. Me vino a la cabeza entonces un verso: «Desearía revivir dentro de mí su sinfonía y su canto».

Moon contuvo el aliento, y fue con un cierto placer que vi que por fin había comprendido el verdadero alcance de mi logro.

—¿Cómo es posible?

—Galvanismo —dije, triunfante—. Las maravillas de la electricidad y el vapor.

El Sonámbulo garabateó furiosamente en su pizarra.

Asaltatumbas

Me encogí de hombros; estaba por encima de esa insignificante moralidad.

—Le liberé —dije—. Sin duda me lo agradecerá.

—Parece... deteriorado —dijo dubitativamente Moon.

El Sonámbulo miró a través del cristal las manos del anciano.

Puntos

—Cuando le encontré —expliqué—, algunas partes de su cuerpo estaban dañadas. Tuvieron que ser reemplazadas. Por supuesto, usamos a sus amigos siempre que fue posible. Su mano izquierda perteneció a Robert Southey. Varios de los dedos de los pies fueron donados por Charles Lamb. Otros órganos, que quizá sea mejor no especificar, pertenecieron al difunto señor Wordsworth.

Monstruo

—Un hombre reconstruido con pedazos, quizá —dije—. Pero no un monstruo. Un salvador. El señor de la pantisocracia.

Moon parecía petrificado.

—¿Qué es ese líquido? —preguntó.

—Fluido amniótico. O al menos, lo más aproximado que he podido conseguir. «Porque él se ha alimentado de ambrosía, y ha bebido de la leche del paraíso».

—¿Está vivo?

—Está soñando. Recuperando fuerzas. A menudo me he preguntado qué ve en sus sueños. Qué maravillas contempla mientras duerme. —Señalé una ostentosa palanca roja a un lado de la esfera—. Tengo maneras de despertarle.

Los tres contemplamos a través del cristal el rostro de ese espléndido individuo, ese titán de la poesía y el pensamiento filosófico. El último hombre, según se decía, que lo había leído todo. Flotaba serenamente en el líquido dorado, solemne a pesar de los estragos que le había provocado su estancia en la tumba.

Moon lo miraba fijamente, y a sus ojos se asomaban lágrimas.

—Entiendo —dijo—. Perdóneme. Usted tenía razón.

Quizá esto haga que la opinión que tienen de mí empeore, pero lo admito sin vergüenza: cuando le oí pronunciar esas palabras, aplaudí y salté, y chillé lleno de una infantil alegría.

La señora Grossmith despertó de nuevo a la hora del desayuno, algunas horas después de que su prometido se marchara. Atontada, se frotó los ojos, rascó vigorosamente todo su cuerpo, y estaba a punto de salir de la cama para prepararse su primera taza de té del día cuando oyó un curioso sonido que provenía de la cocina: una risa infantil, y, entremezclada con ella, voces masculinas, ásperas y desconocidas. Se armó con el objeto pesado que tenía más a mano (al no encontrar atizadores o jarrones, tuvo que conformarse con el orinal) y se dirigió de puntillas a la sala adyacente.

Dos extraordinarias figuras se inclinaban junto a la estufa, hombres adultos vestidos como colegiales. Estaban jugando con un objeto suave y redondo, lo pateaban del uno al otro como si fuera un balón, que se espachurraba sonoramente cuando lo golpeaban.

El más fornido de los dos sonrió cuando la vio.

—Vaya, hola, señora Grossmith.

—Buenos días, señora —dijo el otro, algo más amablemente.

—Esperamos no haberla despertado. Solo estábamos jugando un poco al fútbol.

—Tratamos de que no caiga al suelo.

Fue entonces cuando la señora Grossmith vio lo que era en realidad el balón de fútbol. Resulta extraño, pensó con cierto desapego, como si el horror de la situación no tuviera nada que ver con ella, que una cabeza humana pareciera mucho más pequeña separada del cuerpo que cuando estaba firmemente colocada entre un buen par de hombros. Trató de gritar, pero no produjo ningún sonido.

—Me temo que son malas noticias —dijo cortésmente Boon—. Su prometido era un asesino profesional al que sus jefes conocían como la Mangosta. Siento decir que Hawker y yo no tuvimos más remedio que darle un escarmiento.

—Le cortamos la cabecita de cuajo —rió Hawker—. Casi nos caemos de la risa.

—Aun así —dijo Boon, sonriente—. Yo no me preocuparía. A veces la vida es así.

Fue aproximadamente entonces cuando cometí mi primer error.

Algo había cambiado en Moon. El Moon cínico se había desvanecido frente a mis ojos, el defensor del racionalismo, la lógica y la razón; todo lo que le hacía ser quien era se esfumó ante mí. En su lugar había ahora un converso a nuestra causa, un nuevo san Pablo cuya Damasco era la calle Cannon.

Esa reacción al confrontar al presidente estaba lejos de ser única. Speight, Cribb y la misma hermana de Moon vieron la luz únicamente cuando estuvieron ante la presencia del soñador.

—Lo veo —dijo Moon en voz baja—. Lo veo.

Del mismo modo que debió de sentirse Jesús cuando Tomás terminó de hurgar en sus santas heridas, yo traté de no parecer engreído.

—¿Así que ahora lo entiende? —pregunté.

Moon parecía extrañamente respetuoso conmigo, y todo rastro de su grosería anterior había desaparecido. Quizá debí haber comprendido entonces que no todo era lo que parecía ser, pero en ese momento simplemente parecía adecuado.

Pensé que el Sonámbulo estaba a punto de escribir algo, alguna objeción, unas cuantas palabras que sembraran la duda, pues parecía sorprendido por el cambio sufrido por su amigo. Sin embargo, fue lo suficientemente inteligente como para hacerse a un lado y guardar silencio.

—Me siento halagado —dijo Moon, y lo repitió, esta vez con mayor énfasis, como si yo dudara de su sinceridad—: De veras. Me siento halagado. Todo lo que ha hecho por mí... Para traerme aquí, para que vea esto... Tantas molestias solo para mostrarme la verdad. Estoy en deuda con usted.

Me humedecí los labios.

—Tengo una misión para usted.

Sonrió.

—Lo sospechaba —dijo.

Con voz vacilante por la emoción, le expliqué lo que quería que hiciera. Pretendía que el mago fuera la voz de la pantisocracia en el mundo exterior, el principal propagandista del nuevo orden, el portavoz del Reino Estival. Como todos los grandes líderes de hombres, conozco mis limitaciones. ¿Quién iba a escucharme? ¿Ladrones fracasados, expresidarios, delincuentes compulsivos? Conozco de primera mano la crueldad de la opinión pública, su perversa y obstinada insistencia en no escuchar el mensaje, sino en ridiculizar al mensajero.

Moon era distinto. A él le escucharían, era un célebre detective, la estrella del Teatro de los Prodigios, en el pasado un elemento fundamental de toda reunión social.

Por supuesto, ese «pasado» era la clave. Esperaba que tuviera aún la influencia suficiente para que le escucharan, pero me intrigaba la reclusión en la que vivía. Se estaba convirtiendo en un marginado. Lo supiera o no, Edward Moon se estaba convirtiendo en uno de nosotros.

—Déjeme ir —dijo—. Por favor. Déjeme difundir la palabra. La gente debe estar preparada. La ciudad debe prepararse para la pantisocracia.

Fue una actuación convincente, y no dudo que le resultó sencilla. Probablemente piensen que fui un estúpido por creerlo, pero, dado que en ese instante me sentía abrumado por la rectitud y la franqueza, tendrán que perdonarme.

Así que le dejé ir.

Le di catorce días para difundir la palabra, una quincena en la que debía preparar a la ciudad. Y sin embargo, incluso en mi sublime credulidad, fui capaz de actuar con algo de astucia, pues aún albergaba dudas en mi interior.

—Irás solo —dije, y cuando Moon trató de protestar, le interrumpí con un ademán—. El Sonámbulo aún debe ser convertido. Se quedará aquí con nosotros hasta que comprenda la verdad.

Moon discutió la decisión, pero terminó por ceder y consintió en abandonar a su amigo bajo tierra. Quizá los dos intercambiaron un mensaje, un código o un gesto secretos, algo que aliviara los miedos del gigante y le indicara que Moon estaba fingiendo. Si dicho incidente se produjo, no fui capaz de verlo.

Me gusta pensar que una pequeña parte de él realmente creía, que a pesar de su cínica actuación, un fragmento de decencia reconocía la verdad. Sé que fui algo ingenuo. Ingenuo y confiado. Pero así soy yo. Nunca hubiera sido capaz de imitar la cínica perfidia de un hombre como Moon.

Dejé al presidente durmiendo y ordené que escoltaran al detective a la superficie (Donald McDonald y Elsie Bayliss, antigua asistente doméstica de un solo brazo, hicieron los honores). Estrechamos nuestras manos cálidamente antes de separarnos.

—¿Catorce días? —preguntó, en apariencia aún efusivo, con fe inquebrantable.

—Dos semanas. Tiene mi palabra.

Me dio las gracias y se marchó. El Sonámbulo lo miró mientras se alejaba, y en

sus silenciosos ojos se manifestó un cierto temor.

—No te preocupes —dije, tocando levemente su hombro—. Pronto comprenderás la verdad.

Regresamos a la estancia donde dormía el presidente. A pesar de su hibernación, confiaba en que de algún modo era consciente de mi presencia, que comprendía quién era yo y me daba las gracias. Algunas veces incluso me atrevía a esperar que me amara. Hablé en voz baja hacia el cristal:

—Catorce días. Después podrá recorrer el Reino Estival.

Alguien golpeó a la puerta.

—Reverendo Doctor.

Me giré y vi a una figura vestida en seda y encaje.

—Charlotte —dije.

Esbozó una leve sonrisa.

—Llámeme Amor.

—Por supuesto —dije, algo avergonzado.

—Estoy preocupada. —Habló con esa encantadora voz musical suya, el tipo de voz, imaginé, que en otros tiempos quizá atrajo a marineros hacia su muerte, que hechizó a generaciones de navegantes hacia su fin en las rocas—. Mi hermano. ¿Le ha dejado marchar?

—Ahora es uno de los nuestros. Amor 1000 ha regresado a la superficie para comunicar la buena nueva.

Charlotte parecía impaciente.

—Estaba fingiendo. Le ha mentado.

—¿Qué?

—Conozco a mi hermano. No ha vuelto para difundirla palabra. Traerá a la policía aquí abajo, al ejército. Acabarán con nosotros. Usted le ha humillado, y querrá vengarse.

—Estoy seguro de que no fingía —insistí, aunque ya notaba que mi fe empezaba a resquebrajarse—. Ha cambiado.

—Tonterías —dijo Charlotte—. Le traicionará. No ha enviado a un Bautista, sino a un nuevo Judas. —Pensé que era un curioso efecto secundario el que hacía que los fieles que habían estado en presencia del presidente parecieran más prolijos y elocuentes tras la experiencia.

—¿Estás segura?

—Del todo.

Por un momento no supe qué hacer.

—¿Qué vamos a hacer?

—Acelerar el plan. Olvidemos los catorce días. Hagámoslo ahora.

—No estamos preparados.

—Lleva años planeando esto. Claro que estamos preparados. De hecho, ya he enviado un grupo para detener los trenes.

—¿Sin mi permiso?

—Perdóneme. Pensé que era lo mejor. Nos queda poco tiempo. Los trenes subterráneos no nos molestarán hoy. —Miró a mi acompañante—. Hay algo más. El Sonámbulo. Mi hermano volverá a por él. Quizá nos resulte... beneficioso.

Fueron necesarios veinte hombres para inmovilizar al Sonámbulo cuando comprendió lo que estábamos planeando, pero finalmente conseguimos arrastrar al gigante al vestíbulo principal, haciéndolo caer al suelo y arrastrándolo. Era prácticamente invulnerable, claro, y sabíamos que las cuerdas y las cadenas por sí solas no le retendrían. Fue el señor Speight quien dio con la solución.

Apuñalamos al Sonámbulo unas veinticuatro veces; le atravesamos dos veces con espadas que tras recorrer su cuerpo se hundieron en el suelo. Estoicamente, sin abrir la boca, aguantó esta tortura sin derramar ni una sola gota de sangre. Mientras le contemplaba, recordé a Gulliver atado en la playa por los liliputienses, el retrato del hombre de Galileo, corrompido, inmovilizado, reducido al estatus de objeto de estudio para un lepidopterista.

Todo Amor se congregó en torno al gigante, con curiosidad y no poco temor. Les llamé al orden, a los novecientos noventa y nueve miembros, la infantería del Reino Estival, mis tropas de la pantisocracia. Sabía que las palabras que iba a pronunciar serían las más importantes de mi vida, la culminación de un sueño de toda una década.

Comencé pidiendo disculpas.

—Confieso —exclamé—, que me han engañado. Me ha traicionado un hombre que pensaba que se había convertido en uno de nosotros. Y debido a mi falta de previsión, ha ido a poner sobre aviso a nuestros enemigos. Gracias al presidente, pues, por Amor 999, que me abrió los ojos antes de que fuera demasiado tarde. —Siguió una gratificante aclamación.

—Pero incluso de la traición ha surgido algo maravilloso. Nuestros planes han cambiado. La pantisocracia comienza hoy. El Reino Estival estará con nosotros antes de lo que nos habíamos atrevido a desear. —Más vítores—. Adelante —dije, y mi voz alcanzó el *crescendo*—, reclamad la ciudad, erradicad los símbolos de la corrupción y el mal. Provocad el caos, pero un caos puro y sagrado. Utilizad la espada, pero utilizadla con moderación, no como un arma, sino como el instrumento de un cirujano para extirpar la enfermedad y la putrefacción. Pues nos dirigimos a un nuevo edén. Tengo fe en vosotros. —Contemplé casi un millar de rostros solitarios, los desechos, los desposeídos de nuestra sociedad, y sentí un poder y un afecto enormes.

—Os amo a todos —dije, antes de añadir malévolamente—: Que Dios esté con vosotros.

Y con un gran rugido, salieron del vestíbulo, corrieron por los túneles y alcanzaron las calles, anticuerpos listos para combatir el cáncer de la ciudad.

Solo, regresé a la sala donde descansaba el presidente y le contemplé en silencio a través del cristal de su útero hasta que la emoción fue demasiado intensa para que pudiera soportarla.

Y entonces al fin lo hice. Tiré de la palanca roja.

La máquina emitió una lluvia de chispas que llenó la estancia. La esfera comenzó a burbujear, y una terrible luz brilló tras sus entrañas, tan dolorosamente brillante que ante mis ojos parecieron bailar, no ya estrellas, sino galaxias enteras.

La cabeza del anciano se convulsionó, su cuerpo se agitó, y sus manos trataron de aferrarse a la superficie interior de la esfera. Apenas podía creer estar siendo testigo de semejante escena, algo parecido a contemplar el primer nacimiento, cuando del vientre hinchado y jadeante de Eva surgió Caín.

El rostro del anciano se encontraba a apenas milímetros del mío cuando sus ojos se abrieron, y me pareció que sonrió al verme. El soñador había despertado.

Abrumado por el gozo, desatornillé los portones de la esfera. Olas de fluido rompieron en torno a mí, y aullé triunfante cuando el anciano avanzó hacia mí. Le sostuve antes de que cayera, y se apoyó en mí, tratando de respirar. Golpeé con fuerza su espalda, tosió, y después respiró profundamente. No dijo nada, tan solo gorgoteó y silbó como un fuelle gastado; de su boca caían espumarajos de líquido. Le sostuve en un fuerte abrazo.

Moon no me vencería. Había logrado transformar el fracaso en triunfo.

El soñador había despertado, el presidente caminaba entre nosotros y Amor reinaba, por fin, en las calles de Londres.

Capítulo 19

Maurice Trotman estaba desayunando cuando el destino llamó a su puerta. El señor Trotman, como recordarán, era el hombre del ministerio, el funcionario que había tenido éxito en su intento de cerrar el Directorado, allí donde otros habían fracasado. Era un hombre preciso y puntilloso, un espécimen típico de la raza de autómatas desapasionados de rostro inexpresivo a la que pertenecía, los hombres, en suma, que mantienen en funcionamiento la sórdida maquinaria del Estado. Sus ambiciones eran limitadas, sus prospectos modestos, y tenía una visión prosaica de la vida, que era para él una carrera, una secuencia reconfortantemente regular de ascensos y promociones.

Estaba ocupado con un huevo escalfado cuando alguien llamó a su puerta. Seguía soltero, a pesar de su cortejo desgastado a la hija de un colega, no tenía sirvientes, y vivía y comía solo. Por tanto, fue el propio Maurice, aún vestido con su bata de color beis, quien abrió la puerta para encontrar su muerte.

—¿Qué quieren? —preguntó ásperamente. Como el perfecto caballero que era, no solía lucir su mejor aspecto antes de las ocho de la mañana.

Sus visitantes formaban una extravagante pareja. Eran hombres adultos, uno fornido y el otro menudo, y ambos vestían con pantalones cortos de franela que dejaban al descubierto piernas nudosas y ridículas.

—Buenos días —dijo Boon.

—Buenas —dijo Hawker.

—Lamentamos molestarle tan temprano.

—No nos ha quedado otro remedio.

—Me temo que somos una especie de *deus ex machina*.

—No hables en latín, compadre. Ya sabes que me suena a griego.

Boon soltó una carcajada.

—Hawker tiene una navaja nueva fantástica —dijo—. Tiene destornillador, y abridor, y uno de esos cacharros para sacar piedras de los cascos de los caballos. ¿Le gustaría verla?

En el transcurso de su improbablemente larga y sangrienta carrera, los Monitores no se habían sorprendido ante demasiadas cosas. Por eso, resultó extraño que les engañara tan fácilmente un funcionario con aires de grandeza.

Maurice Trotman no había llegado tan alto en el funcionariado sin haber aprendido unos cuantos trucos en el camino. Había reconocido a los Monitores a la primera, y mientras parloteaban y enumeraban sus habituales bromas y disparates, de pie frente a él, Trotman estaba preparando un plan de escape. Claro está, correr hacia el interior de la casa no serviría de nada. Allí le arrinconarían, le seguirían y le capturarían en cuestión de instantes. Pero en el exterior quizá tuviera una oportunidad.

Mientras Hawker y Boon seguían hablando (algo sobre castañas), Trotman extendió cautelosamente su brazo izquierdo tras la puerta en dirección al paraguero y sacó hábilmente una reliquia familiar: un delgado paraguas negro de tres generaciones de antigüedad, legado de padres a hijos durante sesenta años de orgulloso servicio al Estado.

Miró a los Monitores. Hawker había desenvainado su navaja y empezaba a avanzar silenciosamente hacia él cuando, con sorprendente destreza, Trotman sacó el paraguas y golpeó con él la navaja, que cayó de la mano de su atacante. Aprovechó la momentánea sorpresa de los Monitores y corrió hacia la calle. Sin ser apenas capaz de creer su suerte, se adentró en la ciudad, en las calles en las que creía, erróneamente, que estaría a salvo.

Mientras Hawker chillaba de sorpresa y frustración, Boon contuvo su rabia en silencio.

—¡Maldita sea! —gritó Hawker—. Nos ha tomado el pelo. El muy granuja se nos ha escapado en nuestras mismas narices. ¿Qué vamos a hacer?

Boon torció el rostro en un gesto de lúgubre determinación.

—Le seguimos. Y cuando le cojamos, le damos palos con ese puñetero paraguas hasta matarlo.

Los Monitores dieron media vuelta y comenzaron la persecución de su presa en silencio, con la determinación de sabuesos siguiendo un rastro, tan implacables como el destino.

Supongo que debería contarles lo que ocurrió con Moon. Por lo que sé, quizás han decidido no prestar atención a mis advertencias y le han cogido cariño, así que existe la posibilidad de que les interese.

Sin duda se sentía muy satisfecho de sí mismo cuando abandonó la sede de Amor y salió de nuevo a la superficie por la estación de la calle King William. Debía de pensar que me había engañado con su actuación, esa fraudulenta conversión damascena. Pero, como ya hemos visto, no contaba con la perspicacia de su hermana.

Cuando estuvo de nuevo en la superficie, paró el primer taxi que vio y le pidió al conductor que le llevara directamente a Scotland Yard, y le prometió un soberano si conseguía llegar allí en un cuarto de hora. Fue necesario el doble de ese tiempo, y durante el viaje Moon no dejó de tamborilear con los dedos en el asiento. Cuando llegaron, se dirigió directamente a la oficina de un viejo amigo, abrió la puerta de par en par sin llamar y gritó:

—¡Merryweather!

El inspector levantó la mirada de su escritorio, sorprendido.

—Edward. ¿Qué ocurre?

En su desesperación por relatar cuanto antes la historia, pero sin estar muy seguro de por dónde empezar, Moon pareció un telegrama humano. Su mensaje fue fragmentado y confuso:

—Conspiración... bajo tierra... Amor congregado... el soñador... Sonámbulo...

—Cálmese. Dígame lo que ha ocurrido lentamente.

Moon respiró profundamente.

—Bajo tierra, un hombre llamado reverendo doctor Tan ha reunido un ejército. Tiene un plan demencial para destruir la ciudad, para reducirla a cenizas y comenzar de nuevo.

Supongo que debería molestarme el adjetivo «demencial». Pero estoy por encima de eso. Los profetas, después de todo, nunca son reconocidos en su tierra.

Cuando Moon terminó de hablar, una corpulenta sombra surgió de una esquina de la habitación.

—Así que ya ha comenzado —se limitó a decir.

Merryweather se puso en pie. Moon diría, algo después, que fue una de las raras ocasiones en las que había pasado algo de tiempo con el inspector y no le había visto reír, sonreír o hacer algún chiste poco apropiado. Al confrontar crímenes brutales, asesinatos terribles, disturbios sangrientos y delirantes asesinatos múltiples, el inspector Merryweather nunca había perdido el sentido del humor. El que hoy fuera incapaz de esbozar algo remotamente parecido a una sonrisa era acaso una buena indicación de lo grave que era la situación.

Presentó al extraño.

—Este es el señor Dedlock.

Dedlock inclinó la cabeza ligeramente.

—Trabajo con Skimpole —dijo.

Moon le miró y pareció olisquear en el aire, como un zorro que huele a un cazador en la brisa.

—Es usted del Directorado —escupió—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Lo era —murmuró Merryweather.

—La agencia ha sido clausurada —admitió Dedlock—. Esta mañana han intentado asesinarme. Skimpole ha desaparecido. He venido a la policía para pedir ayuda. —Arrugó la nariz, disgustado.

—Amor ha sido más listo que ustedes —dijo Moon (y confieso que sentí un cierto orgullo ante la certeza casi indiferente con la que pronunció estas palabras)—. Están listos para hacer el próximo movimiento. En dos semanas saldrán a la superficie y destruirán todo lo que encuentren a su paso. La ciudad corre un gran peligro.

—Parece increíble —dijo Merryweather. Le interrumpió un golpe seco en la puerta. Un oficial de policía, enrojecido y sin aliento, miró nerviosamente al interior del despacho.

—Lamento interrumpirle, señor.

—¿De qué se trata?

—Hemos recibido noticias de... alborotos en el distrito financiero. Combates en las calles. Fuegos y disturbios. Casi parece... —El muchacho tragó saliva—. Parece

una invasión.

Algo injustamente, Dedlock reprendió a Moon.

—Le han engañado. ¡Dos semanas! Pobre estúpido. Comienza hoy.

Merryweather gritó algunas órdenes.

—Que todos los hombres que tenemos se dirijan hacia allí de inmediato. Todos. Moon estaba horrorizado.

—No comprende lo serio que es esto. Estas personas están armadas hasta los dientes. Está enviando porras y silbatos contra un ejército.

El inspector lanzó una maldición.

—Deberíamos haber estado preparados. —Se dirigió a Dedlock—. ¿Cuántos hombres puede reunir?

—Veinte. Quizá treinta, que sigan siendo leales.

—¡Veinte o treinta! —exclamó Moon—. Cielo santo, será una carnicería.

Dedlock parecía atemorizado.

—Lo lamento —susurró—. Ya no tengo poder.

El detective se giró hacia la puerta.

—Hagan lo que puedan. Voy a volver.

Merryweather se interpuso en su camino.

—Edward, no puede detener esto usted solo.

—El Sonámbulo está con ellos. También mi hermana. Debo intentarlo por ellos.

—Tomó la mano del inspector y le apartó de su camino—. Buena suerte.

Abandonó el edificio corriendo, y se dirigió de nuevo hacia el corazón de la ciudad.

Ningún carruaje quería acercarle al lugar de los disturbios. Se vio obligado a alquilar un cabriolé que tuvo que conducir él mismo, en una frenética carrera entre las calles, sin importarle los daños que pudiera provocar en el trayecto. Mientras se acercaba, encontró su camino obstaculizado por multitudes que huían aterrorizadas, y no pudo avanzar más. Abandonó el vehículo y corrió hacia el corazón del desastre.

Cuando salí de la estación de la calle King William, con el presidente a mi lado, presencié una escena que muy pocos de nosotros tenemos el privilegio de contemplar: mis sueños más queridos hechos realidad, mis esperanzas tomando forma ante mis ojos.

Se habían encendido hogueras, y destellos escarlatas iluminaban el cielo, iridiscentes incluso en contraste con la húmeda luz del amanecer: una escena digna de Guy Fawkes. Los soldados de a pie de Amor, los fieles de la Iglesia del Reino Estival, corrían por las calles, y dispensaban justicia a cada oportunidad, gozosos de su libertad, del cambio fundamental que estaban a punto de provocar en la ciudad.

La mañana era gélida, y nuestro aliento parecía humo que llenaba la ciudad. Para mi sorpresa, vi que las respiraciones de mi compañero parecían coloreadas de un lívido verde, un fenómeno que pasé por alto entonces, erróneamente, que tomé como

un efecto visual o una ligera alucinación provocada por la emoción o el cansancio. El anciano miraba confusamente en torno a sí, alarmado por el escándalo y la furia reinantes.

—¿Ned? —preguntó, esperanzado.

—Sí —mentí—. Estoy aquí.

—¿Qué está ocurriendo?

—Venga conmigo. Buscaremos una vista mejor.

Tomé su mano y le llevé al monumento. Ascendimos la escalera de caracol hasta la cima. Saltaba ágilmente los peldaños, pero a menudo me veía obligado a detenerme para permitir al anciano recuperarse. Prácticamente le arrastré el último tramo del viaje. Por fin, salimos al exterior para contemplar una mañana de lunes como no habíamos visto antes, única entre todos los siglos que había visto nacer y morir la ciudad.

—Contemple —exclamé (sin duda sabrán perdonar que fuera tan grandilocuente, dadas las circunstancias)— el amanecer del Reino Estival.

Desde nuestra aguilera, nuestro refugio en las alturas, lo vimos todo. Se elevaban grandes humaradas oscuras. Los sonidos de la guerra estallaban a nuestro alrededor y el ambiente estaba cargado de los gritos de los moribundos. ¿Moribundos? Eso me temo. Cuando ideologías opuestas se enfrentan en el campo de batalla, es inevitable un cierto baño de sangre. Sin duda consideran que este punto de vista es algo despiadado, pero hay personas desprovistas de cualquier posibilidad de redención. Si la ciudad debía ser reclamada, no tenía elección: debían morir.

La jornada laboral apenas había comenzado cuando fue abrupta y sangrientamente interrumpida. Los banqueros, los corredores de bolsa y los secretarios, los hombres de negocios, los comerciantes, los contables y los prestamistas; todos ellos fueron arrastrados entre gritos de sus casas y sus oficinas. Algunos fueron perdonados, la mayoría fueron ejecutados. Me gustaría asegurarles, lectores míos, que sus muertes fueron rápidas e indoloras, que fueron tratados con una cierta dignidad cuando el final se acercaba, pero la verdad es que no fue así. Ante nosotros se escenificó una orgía de crueldad, una histeria de muertes y sangrientas represalias por generaciones de injusticias. Los marginados accionistas de Amor, mis bacantes londinenses, estaban reclamando por fin las calles.

En cuanto a los banqueros y sus discípulos, algunos de esos desgraciados fueron golpeados hasta la muerte, otros cayeron bajo hachas, picos y guadañas. Otros fueron lanzados al río, y vi al menos a uno de ellos ahogarse mientras los miembros de mi rebaño le llenaban la boca de una bolsa tras otra de monedas de plata.

Ya imagino sus objeciones. Pero ¿por qué deberían esos hombres recibir misericordia cuando ellos mismos no la mostraron a sus innumerables víctimas? Habían abusado de la ciudad durante demasiado tiempo. Su momento había pasado. Una nueva época había llegado, para nosotros y para ellos. Y la topografía de Londres parecía reconstituirse a sí misma para mostrar su consentimiento.

Los grandes templos a la avaricia y la codicia fueron pasto de las llamas. Los bancos fueron arrasados hasta sus cimientos, los restaurantes y las licorerías más exclusivos, las barberías y sastres más lujosos; todos cayeron bajo la misma llama purificadora. Las reservas de oro del Banco de Inglaterra fueron saqueadas, y mis fieles lanzaron sus contenidos a las tinieblas del Támesis o a las oscuras profundidades de las cloacas. Un influyente ciudadano fue golpeado hasta la muerte con uno de esos lingotes. Por toda la ciudad se percibía el olor a dinero quemado.

La voz del anciano era áspera y débil; gorgoteó como si estuviera sumergido bajo el agua, pero así y todo consiguió murmurar unos versos, que no eran de su cosecha, pero que no dejaban de resultar relevantes:

—«El rey estaba en su despacho contando sus tesoros, la reina estaba en su sala comiendo pan y miel».

Apreté con fuerza su mano, y él apretó la mía («Ned», murmuró), y, a nuestros pies, el terror continuó.

Moon se abrió paso entre la multitud, evitando los ataques de los fieles y pisoteando los cuerpos ensangrentados de los caídos cuando no le quedaba más remedio. Ni una vez se detuvo para ayudar, sino que siguió adelante, buscando a una persona entre la marabunta.

—¡Charlotte! —gritó—. ¡Charlotte!

Terminó por encontrarla; aguardaba, tímidamente, mientras al director general de una célebre firma de corredores de bolsa le arrancaban los brazos de cuajo. Moon abandonó al hombre a su suerte y corrió hacia su hermana.

—Charlotte. ¿Qué estás haciendo?

La muchacha lució otra de sus encantadoras sonrisas.

—Hola, Edward. —Hizo una pausa—. Sabes, no deberías habernos mentido.

—¿Qué te ha pasado?

—Tú no lo entiendes.

—Tienes razón, no lo entiendo.

A sus espaldas, el corredor de Bolsa emitió un último y débil gemido antes de expirar en un charco carmesí. Charlotte pareció entusiasmada al contemplar la escena.

—Esto es el comienzo de algo maravilloso. Una nueva era. Una segunda oportunidad.

Moon señaló al hombre muerto.

—No habrá una segunda oportunidad para él.

—Pero la habrá para ti —insistió Charlotte—. Aún puedes salvarte.

Moon la hizo a un lado, disgustado.

—¿Dónde está el Sonámbulo?

—Bajo tierra. Le atamos.

Moon seguía desafiante.

—Sabes que le rescataré.

Charlotte se encogió de hombros.

—Puedes intentarlo si lo deseas. Ahora, importa poco.

—¿Dónde está Tan?

Charlotte alzó el brazo y señaló el monumento, en cuya cima permanecíamos el presidente y yo, reinando sobre el caos, los emperadores de la pantisocracia. Moon dejó a su hermana y corrió en nuestra dirección, decidido, o eso parecía, a protagonizar una nueva confrontación.

Apareció minutos después, jadeante, tratando de recuperar el aliento. Me miró con furia en sus ojos.

—¡Edward! —Le saludé con la mano—. Llega justo a tiempo. —El presidente y yo contemplamos la ciudad—. Parece que acaba de llegar la caballería.

A nuestros pies comenzaban a llegar refuerzos en ayuda de los adinerados. Varias docenas de policías guiados por el temible inspector Merryweather y acompañados de un puñado de los falsos orientales del Directorado se precipitaron en oleadas en el distrito financiero.

Cuando digo que se precipitaron en oleadas, la descripción no es del todo adecuada. Fueron mis hombres, las tropas de Amor, los que se derramaron como el oleaje de un océano furioso por las calles de la ciudad. La presa que las contenía se rompió tras años de confinamiento miserable y antinatural. Las fuerzas policiales y los hombres del Directorado formaban un ejército mucho más exiguo. No eran un océano incontrolado, sino más bien un pequeño charco que salpica cuando alguien lo pisa.

Pero Moon comenzó a protestar de nuevo con repentina santurronería.

—Esos hombres no tienen ninguna oportunidad.

—Según mis cálculos, les superan en número en proporción de diez a uno —dije en voz baja—. Tiene razón, señor Moon. Será una carnicería.

A nuestros pies, un policía de abrigo azul fue aplastado por mis multitudes. Sus gritos llegaron hasta nosotros, a más de sesenta metros por encima del suelo. Por supuesto, Moon adoptó una actitud predeciblemente sentenciosa ante el incidente.

—Esta sangre está en sus manos.

—Al contrario. Fue usted quien me traicionó.

—No puedo quedarme inmóvil mientras le hace esto a la ciudad.

—Es un proceso natural —le reprendí—. ¿Acaso no está escrito que hay que separar a las ovejas de las cabras? Los mansos, los débiles, los despreciados y olvidados... nos han oprimido durante demasiado tiempo. Esta es nuestra venganza.

—¿Por qué tiene que ser así?

Detrás de nosotros, el anciano murmuró:

—En torno, en torno pululaban en la noche, los fuegos fatuos; y como lámparas de bruja brilló el mar, verde, azul y blanco.

—¿Lo reconoce? —pregunté, casi como un padre lleno de orgullo—. Es suyo.

Moon se giró hacia mí.

—¿Cree que lo aprueba? ¿Cree que se siente halagado por lo que usted ha hecho?

—Pregúnteselo —me limité a decir.

Moon apartó al presidente del parapeto, lo arrastró con brusquedad ante mí y acercó su rostro al mío. La halitosis rancia y eléctrica del anciano me hizo retroceder.

—Esta cosa no está viva —dijo Moon—. Es un cadáver a quien tan solo anima su perversa ciencia.

—Es poco más que un niño aún. Está confundido.

Moon obligó al anciano a contemplar la carnicería que se desarrollaba a sus pies y exclamó:

—Dígame, señor. ¿Lo aprueba? ¿Es este un tributo apropiado?

El soñador contempló con ojos vidriosos y perplejos las calles.

—Y tales hombres, tan hermosos, yacían muertos a mis pies. Y mil viles criaturas del fango viven, y yo vivo también.

—Todo esto —insistió Moon— es por usted.

Por primera vez el anciano pareció notar nuestra presencia, y por primera vez pareció ser consciente de lo que le rodeaba. Era como si por fin hubiera despertado.

—¿Por mí? —murmuró—. ¿Por mí?

Con ojos llorosos, me lancé a sus pies.

—¡Sí! —sollocé—. Todo esto es por usted. Por la pantisocracia.

—Fíjese bien —dijo Moon—. Todo lo que está ocurriendo ante nuestros ojos, todo el sufrimiento y la agonía, se está realizando en su nombre.

El presidente negó con la cabeza.

—No, no —murmuró—. No, no, no. No de este modo.

—Usted tiene el poder. Por favor, deténgalo.

El anciano pareció crecer en estatura frente a nosotros, como si un invisible potro de tortura le hiciese más alto y más corpulento.

—¡Presidente! —grité. Me miró como si fuera un extraño.

—No soy tu presidente. —Las palabras de Moon le habían enfurecido, y la rabia parecía haberle revitalizado—. No —gritó (gritó realmente, no se limitó a seguir murmurando senilmente como hasta entonces)—. Esto no es culpa mía.

—Pero lo es —susurró Moon, como si fuera Claudio derramando veneno en el oído de un hombre mejor que él—. Se le culpará de todo esto.

Y entonces sucedió algo extraordinario. Dado que el día no había sido exactamente rutinario, comprenderán que no utilizo esa palabra a la ligera.

El presidente aulló de furia y, mientras su rabia crecía, comenzó a manifestarse un cambio en su cuerpo, una nueva transfiguración. Surcos de un verde gangrenoso aparecieron en su rostro y manos, como si de repente todas sus venas fueran visibles, unas venas que no latían con el saludable vigor de la vida, sino con algo espantoso, enfermizo y moribundo. Su rostro se iluminó de una espectral fosforescencia.

Edward Moon me miró con un gesto de horror.

—¿Qué ha hecho? —preguntó.

Admito que lo que ocurrió me sorprendió. El fluido amniótico que había reanimado al anciano debía de tener algunas propiedades especiales que no fui capaz de prever. Hoy día soy incapaz de recordar con exactitud su composición. Quizá sea lo mejor, pues no deseo que nadie repita un experimento tan atroz.

Cuando desenterré al viejo, su mano izquierda estaba gravemente dañada, y pensé que no tenía otra elección; debía amputarla, y en su lugar coloqué una mano que perteneció a uno de sus amigos y colegas más íntimos, Robert Southey.

Pero entonces me di cuenta de que mis puntos se estaban deshaciendo, y que la mano había empezado a colgar como la manopla de un niño del muñón que era la muñeca del anciano. Uno a uno los puntos saltaron, y vi un rezumante líquido donde debiera haber habido sangre y cartílago.

Fue aproximadamente entonces cuando por primera vez se me ocurrió que quizá las cosas no estaban saliendo según el plan.

Dado que la rabia del anciano parecía nutrirse tanto del dolor como de la rabia, empezó a preocuparme que puntos de otro tipo se hubieran soltado en su mente. Se alejó del parapeto, asqueado ante los combates que se desarrollaban a sus pies, y se acercó a Moon. El mago obstaculizó imprudentemente su camino, en un gesto tan inútil como tratar de detener una locomotora en marcha.

—Espere —dijo—. Por favor.

El presidente hizo a Moon a un lado con un solitario golpe de su mano buena, la derecha, con mayor fuerza de la que parecía posible. Como si fuera un boxeador aturdido por los golpes, pero decidido a resistir hasta que sonara la campana, Moon se puso en pie, y el anciano le golpeó de nuevo. Cuando lo hizo, algo verde cubría su mano. Esta vez, Moon cayó al suelo y se quedó inmóvil.

Era evidente que el fluido amniótico había otorgado al anciano algo más que la vida, y se me ocurrió que era afortunado por haber resucitado a un poeta de carácter amable y poco agresivo. Incluso ahora me estremezco al pensar en las consecuencias si se me hubiera ocurrido conceder un poder tan extraño a, digamos, lord Byron, el loco Blake o ese farsante de Chatterton.

Moon yacía en el suelo, inconsciente o algo peor. El anciano se perdió de nuevo en el interior del monumento y se dirigió hacia la calle, imbuido de un poder y una determinación terribles. Di a Moon por muerto, y no tuve más opción que seguir al viejo. Mis sueños hechos jirones me rodeaban.

Descendí la escalera de caracol. Unos pasos por delante de mí avanzaba el presidente, iluminado por un fantasmagórico fulgor que conjuraba extrañas sombras verdes en los muros.

Al menos, eso es lo que creí ver. Temo no haber estado en mi sano juicio.

Lo que sucedió a continuación fue una serie de terribles coincidencias.

No tienen por qué preocuparse por Moon (si es que les importa). Solo estaba inconsciente. Ya me había traicionado una vez ese día, y además había provocado la locura del presidente; un buen golpe en la cabeza era lo menos que merecía. Personalmente, me hubiera gustado verlo destripado.

Por ahora le dejaremos donde está, perdido para el mundo. Ya ha hecho bastante.

Aproximadamente al mismo tiempo que el presidente comenzaba a mostrar los primeros signos de su desintegración, Maurice Trotman aparece de nuevo en nuestra historia. Llevaba más de una hora corriendo por las calles mientras sostenía un paraguas con una mano temblorosa. Su corazón le latía como si fuera a salirse del pecho. Había agotado prácticamente todo el coraje del que disponía durante su huida, como el aire que pierde una rueda pinchada.

Tuvo mala suerte, pues al escapar de los Monitores corrió hacia el centro de la ciudad, hacia lo que esperaba que sería el santuario del distrito financiero. Tuvo mala suerte, pues el día en que eligió huir de esa manera, en Amor decidimos al fin mostrar nuestra mano. Pero fuimos nosotros quienes tuvimos mala suerte cuando trajo consigo a los Monitores.

Trotman se detuvo por fin en mitad de la calle Cannon. Mientras se abría paso a través de multitudes de oficinistas histéricos y banqueros enloquecidos, se preguntó si no se habría adentrado sin saberlo en una pesadilla. A su alrededor se sucedían los combates y reyertas y... santo cielo, ¿era un cadáver aquello? Al igual que Cyril Honeyman antes del final, se le ocurrió que quizá los sucesos de la mañana no habían sido más que un sueño de inacostumbrado realismo. También se preguntó si las históricas advertencias del Directorado albergaban alguna verdad después de todo, y, por primera vez en una vida por otro lado desprovista de todo color o interés, llegó a considerar la posibilidad de estar volviéndose loco.

Gimoteando, con su bata abierta ondeando al viento, cayó al asfalto y se acurrucó en posición fetal. Esperaba que si permanecía el suficiente tiempo en esa postura, quizá nadie le prestara atención y la marabunta pasaría de largo sin hacerle daño. Por supuesto, se equivocó.

Alguien le tocó el hombro. Trotman, decidido a no girarse, esperando negar lo inevitable, cerró con fuerza los ojos y se acurrucó aún más.

—Vamos, señor. Levántese y juegue con nosotros.

Trotman abrió los ojos. Hawker y Boon se inclinaban sobre él, y no mostraban la menor señal de cansancio tras la larga persecución.

—¿Qué hay, Maurice? —dijo Boon.

—Gracias por la carrera, viejo. Ha sido muy tonificante.

Boon cogió el paraguas, y Trotman sollozó.

—Vamos, no sea un crío —le riñó el más pequeño de los asesinos—. Enfréntese a

esto como un hombre. —Tras estas palabras, alzó el paraguas por encima de su cabeza como una espada de Damocles de andar por casa.

—¿Por qué? —preguntó con voz débil el funcionario—. Decidme al menos por qué.

—Estamos haciéndole un favor a alguien.

—A un viejo amigo.

—Un gran tipo.

—Quizá le conozca.

—Un personaje un poco raro.

—De piel muy blanca.

—¿Skimpole? —consiguió decir Trotman, y, momentos antes de que todo terminara, comprendió por fin.

—Así es —dijo Hawker.

Si hubiera vivido más tiempo, quizá Trotman hubiera protestado ante la injusticia que suponía ser cazado y asesinado simplemente por hacer su trabajo. La verdad es que no tuvo tiempo de pensar en nada de eso. Boon golpeó con fuerza el pecho de Trotman con el paraguas, que atravesó limpiamente su corazón con un seco crujido. Al menos, su final fue rápido.

Boon soltó una risotada, introdujo el paraguas más profundamente en el cuerpo de su víctima y lo abrió. Trotman gimió indecorosamente, casi desnudo, mientras un paraguas desplegado surgía de su pecho como una oliva asomándose en la copa de un elegante cóctel. Los Monitores retrocedieron y admiraron su trabajo.

Hawker aplaudió educadamente.

—Bravo.

Boon rebuscó en los bolsillos de su chaqueta y sacó un par de piruletas. Le dio una a su amigo y permanecieron en silencio, degustando las golosinas durante unos momentos, contemplando la carnicería que se desplegaba a su alrededor con la impaciencia de un hombre que espera un autobús que se retrasa en exceso.

Hawker sacó la piruleta de su boca sorbiendo ruidosamente al hacerlo.

—Menuda se ha montado.

Boon masticó y tragó.

—¿Te apetece armar algo de jaleo? ¿Montar una buena?

Un hombre obeso pasó junto a ellos, jadeante, con un hacha en una mano y la sangre de las arterias seccionadas de dos docenas de influyentes banqueros coagulándose en su traje. Quizá le recuerden como Donald McDonald, mi lugarteniente más leal y experimentado.

—Vaya. Disculpe, señor.

McDonald se detuvo en seco.

—¿Le importaría decirnos a qué viene todo esto?

—Estamos recuperando la ciudad —jadeó mi amigo—. La arrebatamos de las manos de los decadentes. La edad de la pantisocracia ha llegado.

Boon bostezó.

—Política —dijo.

—¿Pantisocracia? —preguntó Hawker con escaso interés—. ¿Qué es eso?

—Libertad, alimento y poesía para todos —replicó McDonald—. La muerte del comercio. Un nuevo edén en el corazón de la ciudad.

Hawker sonrió malévolamente.

—No funcionará —dijo.

McDonald comenzó a elaborar una objeción, pero era demasiado tarde. Ya les había aburrido.

—Tu turno —dijo Boon. El grandullón se giró hacia McDonald, le agarró con fuerza por la garganta y rompió el cuello del pobre diablo con un desganado giro de muñeca en el que empleó la misma fuerza que ustedes o yo usaríamos para abrir un tapón de botella especialmente obstinado.

—¿Otro? —preguntó Hawker.

—¿Por qué no? Podríamos matar una o dos horas.

Se adentraron en el corazón de los combates, en dirección al monumento, matando indiscriminadamente a quien encontraban por el camino, ya fueran policías, banqueros, miembros de Amor o hombres del Directorado, como si fueran comodines que se dedicaban nada más que a hacer saltar por los aires la partida de cartas, sembrando el caos y el terror allí por donde pasaban.

Como dije: una serie de terribles consecuencias.

Espero que no piensen que me he olvidado del Sonámbulo. Le dejamos bajo tierra, como recordarán, en las profundas criptas de Amor, inmovilizado por veinticuatro espadas clavadas al suelo. Ya habrán supuesto, imagino, que ese método no le retendría durante demasiado tiempo. Al mismo tiempo que el presidente se alejaba de mí, el gigante ya se había librado de la mitad de las espadas. Las había extraído una a una, como un puercoespín que se librara de sus propias púas. Trabajaba sin cesar, a sabiendas de que la ciudad estaba en peligro y que era su deber protegerla.

Entretanto, yo seguía al presidente. El anciano, hinchado y enojado, se abría paso entre los combates, golpeando a los que encontraba en su camino sin importarle a quién debían su lealtad. Fue fácil seguirle, dado que dejaba tras de sí un rastro de partes de su cuerpo (dedos, una oreja, pedazos de carne y piel) además de sembrar en su camino un riachuelo verde, como si fuera un enorme caracol que caminara erguido.

Los miembros de Amor que encontró en su camino quedaron horrorizados por la visión de un terrible monstruo ocupando el puesto de su líder inspirador, y mientras su atroz avance continuaba, podía sentir la disensión entre mis fieles, tan palpable como el humo, mientras su fe colectiva caía en pedazos.

Entonces decidí que mi prioridad debía ser conseguir que el viejo regresara a su refugio subterráneo, donde esperaba que aún pudiera ser revivido, salvado, restaurado. Quizá el día no había transcurrido como lo había planeado, pero aún había esperanza para el futuro. Así que le seguí, esperando ser capaz de guiarle de nuevo bajo tierra.

—Señor —grité—. Señor, soy Ned.

Interrumpió lo que estaba haciendo y gruñó sonoramente.

—¿Ned?

—Así es.

—¿Eres tú?

—Venga conmigo, señor. Puedo llevarle a un lugar seguro.

Me sentí enormemente aliviado cuando decidió obedecerme.

Moon recuperó la consciencia unos diez minutos después de que nos marcháramos. Se esforzó por no prestar atención al dolor y corrió tan velozmente como pudo hacia la calle.

Los combates se habían atenuado un tanto, puesto que los adinerados habían muerto o escapado a otras partes de la ciudad, y la batalla se había convertido en un asunto de dos facciones, las fuerzas de Amor, la policía y el Directorado unidas frente a los Monitores.

Hawker y Boon habían irrumpido en la batalla como un huracán de navajas, dedos manchados de tinta y brazos enrojecidos. Ya habían matado a varios cientos de hombres que habían caído como bolos ante ellos. Cuando las tropas reunidas llegaron a comprender que los Monitores se habían propuesto arrasar todo aquello que encontrarán en su camino indiscriminadamente, se formaron alianzas bastante curiosas. El señor Speight, por ejemplo, fue visto luchando codo con codo con un falso oriental. Dedlock unió fuerzas con Mina, la prostituta barbuda.

El inspector Merryweather se había alejado de las reyertas y trataba de unir a sus hombres en un ataque unificado cuando vio a Moon al pie del monumento.

—¡Edward! —gritó entre el caos y el estruendo—. ¡Aquí!

Moon corrió hacia él.

—¿Qué está ocurriendo? —jadeó—. ¿Qué son esas cosas?

—Nadie está del todo seguro. He oído... rumores.

Una voz gritó:

—Yo lo sé.

Se giraron y vieron a una figura achaparrada y marchitada que caminaba hacia ellos. La piel de su rostro estaba tensa, y sus ojos eran pozos de sufrimiento. Su piel estaba cubierta de numerosas heridas. El señor Skimpole estaba muy cerca de morir; casi se podía apreciar visualmente cómo su vida le abandonaba.

—Son los Monitores —dijo—. Y son mi responsabilidad. —Sin prestar más atención a ninguno de los dos, el albino se tambaleó en dirección al centro del

tumulto, hacia el ojo de la tormenta, hacia Hawker y Boon.

—¿Dónde está mi hermana? —exclamó Moon—. ¿Dónde está el Sonámbulo?

—Su hermana está en algún lugar, ahí fuera —replicó Merryweather, desconcertado—. Pero no he visto al gigante. Yo no me preocuparía. Es prácticamente indestructible, ¿verdad?

—¿Ha visto al presidente?

—¿A quién?

—Da igual. —Moon corrió hacia el campo de batalla, siguiendo el rastro verde del poeta.

Yo caminaba a apenas unos minutos de distancia de él, mientras trataba de llevar al viejo a su hogar subterráneo. Era francamente complicado, ya que partes de su cuerpo seguían desprendiéndose sin previo aviso. Llegamos a la boca subterránea de la estación de la calle King William y le guíé adentro. Descendimos, dejando atrás las taquillas, recorrimos el andén, bajamos a la vía y nos dirigimos hacia el cuartel general de Amor. Traté de no pensar en lo terriblemente mal que todo había salido, en cómo mis sueños y planes se habían convertido en nada, y me esforcé por concentrarme en salvar al presidente, en preservar la piedra angular de mi visión. Entonces no lo sabía, pero mientras arrastraba al anciano, el Sonámbulo, con un gesto de intensa concentración en su rostro, extraía las últimas espadas de su cuerpo. Casi estaba libre.

Como la mayoría de los escolares, los Monitores se aburrían fácilmente. Solo necesitaron media hora para vencer a las fuerzas combinadas del Directorado, la policía metropolitana y Amor. Las calles que les rodeaban estaban repletas de cadáveres; las aguas de las alcantarillas estaban manchadas con la sangre de los caídos. Hawker y Boon estaban ocupados arrancándole el ojo a un hombre con el utensilio para limpiar cascos de caballo de su navaja cuando vieron al señor Skimpole caminando tambaleante hacia ellos.

—¡Skimpy! —gritó Boon—. ¿Qué diablos está haciendo aquí? Mira, Hawker, es el viejo Skimpole.

El albino consiguió llegar hasta ellos tras rodear con maniática cautela una montaña formada por una docena de cadáveres.

—¿Qué habéis hecho? —susurró.

—Lo que nos pidió, señor. No es así, ¿Boon?

El otro asintió fervorosamente.

—La Mangosta ha caído, Maurice Trotman nos ha dejado, y hemos limpiado las calles como bonus. Diría que prácticamente hemos hecho su trabajo por usted.

—Por favor, marchaos —jadeó Skimpole—. Ya habéis hecho bastante.

—Vaya, eso no me lo esperaba.

—Menudo desagradecido.

—Qué... —Skimpole se detuvo con el rostro torcido en una mueca de dolor. Por fin, consiguió murmurar—: ¿Qué os debo?

—¿Qué nos debe, señor? Bonito momento para hablar de eso.

—No nos debe un penique, señor.

—Ya no.

—¿Qué? —gimió Skimpole.

—De hecho, ya nos hemos cobrado lo que nos debía.

—Yo no me preocuparía, señor. Es un precio más que razonable.

—Un chollo, diría yo.

Boon acarició el pelo del albino cariñosamente.

—Yo me iría a casa si fuera usted. No tiene buen aspecto, ¿verdad, Hawker?

—Parece hecho polvo, sin duda.

—Si va a morir, señor, yo me iría a casa. Si estira la pata por aquí, parecería que está imitando a la multitud. No, no, es mejor hacerlo en Wimbledon. Allí, la moralidad es algo poco habitual. Una rareza. Quizá la gente preste atención.

Una voz llegó hasta ellos.

—¡Alto!

Los Monitores, divertidos, giraron sus cabezas.

—Fíjate. ¿Quién será?

—¿No es el tipo del club?

—Podría ser.

Dedlock avanzó con un revólver en la mano.

—Dejadle marchar.

—No lo entiendes —murmuró el albino.

Hawker se acercó a Dedlock.

—No os mováis. Sé lo que sois.

Boon sonrió.

—Lo dudo —dijo.

—Está bien —dijo Skimpole—. Trabajan para mí.

—¿Para ti?

Hawker reprimió un bostezo, se dirigió hacia Dedlock y golpeó su mano. El revólver cayó al suelo.

—Me llamo Hawker. Creo que no nos han presentado formalmente. —Sostuvo la mano de Dedlock en un paródico apretón.

Dedlock sintió de inmediato una sensación abrasadora que nació en las puntas de sus dedos y se extendió por todo su cuerpo, un calor intenso y vibrante. Se desmayó casi al instante.

Hawker se encogió de hombros y dejó que cayera al suelo.

—Un regalito —explicó—. Sin cargo extra.

—¿Qué le ha pasado a ese tipo verde tan raro? —preguntó Boon.

—Creo que se dio un viaje en metro —replicó Hawker.

—¿Vamos a echar un vistazo?
—¿Por qué no?
—Estoy demasiado cansado para andar.
—Yo también.
Se giraron hacia Skimpole.
—Hasta otra, señor.
—Que lo pase usted bien.

Los Monitores unieron sus manos, y por un instante sus rostros se iluminaron con la inocencia extraña de unos verdaderos niños. Boon arrugó la frente, en apariencia concentrado.

Imagino que, a estas alturas, más que suspender su incredulidad, habrán llegado ustedes a declararse fieles seguidores de las creencias y las ideas más fantásticas y extravagantes. Aun así, lamento decir que el siguiente incidente requiere una intensificación aún mayor de esa capacidad.

Los dos hombres parecieron resplandecer ligeramente, parpadear como un reflejo en un estanque cuya serenidad rompe un objeto lanzado que provoca ondas en la superficie. Este efecto duró apenas unos segundos antes de que desaparecieran. Desaparecieron, sí. No existe otro modo de decirlo. Un instante estaban allí, y al siguiente habían sido borrados de la existencia. El único rastro que quedaba de su presencia, el único residuo, era un intenso olor a fuegos artificiales y un regusto a sorbete.

Dejaron unas tres docenas de personas con vida. Los muertos superaban en número a los vivos.

Esa fue, a fin de cuentas, la última terrible coincidencia del día, pues todas las hebras se unieron en una para garantizar el fracaso total de mis planes. Por suerte soy una persona decente y paciente, que no suele ser presa de la amargura. De hecho, cualquiera que tenga una querencia mayor que la mía por la autocompasión, podría considerarse con toda justicia un segundo Job.

Corría junto al presidente por el túnel, de regreso a la esfera. El anciano degeneraba a ojos vista; la mitad de su rostro había desaparecido, y su cuerpo rezumaba por doquier ese horrible líquido verde. Traté de no tocar la desagradable sustancia, pero no pude evitar que mi piel se manchara de ese ácido burbujeante, y, allí donde el líquido me tocaba, mi cuerpo olía a salchichas quemadas.

Llegamos por fin a Amor, y traté de hacer que el viejo entrara. A nuestra espalda, podía oír a alguien corriendo en nuestra dirección. Y después se oyó un tenue grito:

—¡Tan! —Era Moon, por supuesto, que buscaba vengarse o algo parecido. Hice entrar al presidente por la puerta verde y llegamos al vestíbulo principal.

Lo que ocurrió a continuación fue confuso y complicado de explicar. Incluso hoy me cuesta organizar los sucesos en el orden correcto.

El presidente reconoció el gran vestíbulo en cuanto lo vio, y debo confesar que su reacción no fue exactamente la de alguien que se alegra de volver a casa. Probablemente asociaba el lugar con su larga encarcelación, el tanque y el fluido amniótico. Por tanto, de repente se volvió loco, ansioso por marcharse y volver a la superficie.

Gruñó algo que imagino que pretendía ser «No», pero el viscoso líquido verde que seguía rezumando por cada poro de su cuerpo había consumido tan concienzudamente sus entrañas que las palabras que surgieron de su destrozada garganta fueron rugidos animales más que cualquier cosa parecida al habla humana.

Heroicamente, traté de razonar con él.

—Señor presidente, por favor. Puedo repararle. Créame, es lo mejor.

—Superficie —gruñó, ahora más coherentemente—. Superficie.

—Quédese. Se lo ruego.

Pareció calmarse un tanto, y me acerqué a él, tratando de llevarle de la mano hacia la esfera. Probablemente, fue lo peor que podría haber hecho. Con un movimiento de lo que quedaba de su mano derecha (que era poco más que un muñón a esas alturas) me golpeó con fuerza en el rostro y me hizo caer al suelo. Aún hoy luzco el legado de ese golpe, una señal púrpura en mi mejilla izquierda, del tamaño y forma aproximados de una manzana, que a menudo la gente confunde con una marca de nacimiento.

Yací en el suelo, incapaz de moverme (y reacio a hacerlo), mientras el presidente, cuyo cuerpo chorreaba el venenoso fluido verde, se giró hacia la puerta y hacia el mundo exterior. ¿Cuánto caos indiscriminado causaría antes de ser detenido? Dado que su simple contacto era potencialmente letal, imaginé que no sería poco.

Con lo que no había contado era con otro hombre tan letal como él.

Más tarde, imaginé que llegué al vestíbulo principal en el mismo momento en que el Sonámbulo se extraía la última espada de su vientre. Cuando caí al suelo, él se puso en pie, se limpió el polvo y nos miró.

El presidente contempló boquiabierto al Sonámbulo. Señaló y gritó algo que en el momento sonó como «Dios mío», aunque se me ha hecho notar después que fue algo completamente distinto.

El presidente se tambaleó y lanzó su cuerpo rezumante del líquido verde hacia el gigante. El Sonámbulo, debilitado tras su *vía crucis*, quedó desconcertado en un principio, pero pronto contraatacó, y con furia.

A mi espalda se oyó un golpe y un tropiezo. Edward Moon apareció junto a mí; sin duda, pretendía desafiarme o llevarme ante la justicia. Por fortuna, una escena mucho más terrible llamó nuestra atención.

Sorprendentemente, el líquido verde pareció afectar al Sonámbulo del mismo modo que me había afectado a mí, y su rostro se torció en un gesto de dolor. Moon y yo no pudimos hacer otra cosa que mirar. Era como contemplar a dos leones competir por el liderazgo de la manada. No, algo más grandioso, más bestial, como dos

grandes reptiles, dos dinosaurios prehistóricos que se enfrentaban en un primitivo campo de batalla, dioses gemelos, colosos combatiendo con el destino de su mundo en juego.

Algo nos distrajo a su vez de esta terrible escena. En principio no fue más que una sensación de tenuidad, después una ligera alteración en el aire, y por último un remolino de color titilante. A apenas un par de metros del lugar en que el prestidigitador y yo mismo permanecíamos, perplejos, los Monitores regresaron a la existencia. En las manos llevaban cuatro absurdos cartuchos de dinamita, del tipo que se suele ver en las historietas de los periódicos, grandes cartuchos rojos cuyas mechas encendidas chisporroteaban.

Imagino que objetarán que no podían funcionar realmente. Los explosivos no tienen ese aspecto, tan solo es una representación cómica dirigida a niños impresionables.

Respeto su opinión, por supuesto, pero yo estaba allí, y puedo asegurarles que fueron de lo más eficaces. Hawker, o Boon (uno de ellos, los confundo), lanzó la dinamita al centro del vestíbulo.

Los Monitores dejaron los cartuchos despidiendo chispas en el suelo, y huyeron del vestíbulo entre carcajadas.

Moon avanzó, imagino que para ayudar a su amigo, pero ya era demasiado tarde. El primer cartucho explotó en el extremo más alejado de la sala, e hizo que la mitad del techo se derrumbara con un ensordecedor rugido. Pude oír como la estructura del edificio crujía y protestaba, antes de que comenzara a desmoronarse. Grandes nubes de humo oscurecieron nuestra visión, pero a juzgar por lo poco que aún podía ver, el gigante y el soñador no prestaron atención y siguieron combatiendo.

No me avergüenza confesar que me puse en pie y eché a correr hacia los túneles, hacia la calle. Tengo muchos defectos, pero al menos sé cuándo ha llegado el momento de disminuir en la medida de lo posible las pérdidas.

Lo último que vi cuando miré atrás fue al presidente y al Sonámbulo, dos monstruos inmersos en la batalla, rodeados por una miasma esmeralda, mientras Moon, sin saber qué hacer, seguía mirándoles impotente.

Al final echó a correr, como yo, aunque se quedó el tiempo suficiente para ver la segunda explosión, creo. Más tarde aseguraría que, antes de que el gran vestíbulo se derrumbara por completo, el ácido del presidente había comenzado a consumir la misma roca, y que los adversarios habían comenzado a hundirse en la tierra como si pisaran arenas movedizas. Gritó al Sonámbulo, pero el gigante siguió luchando en silencio, y Moon tuvo que escapar. A veces me pregunto qué gritó antes de que todo se desmoronara, cuáles serían sus últimas palabras, y también me pregunto si el Sonámbulo llegó a gritar en respuesta, si, por fin, habló.

Todo lo que sé es que Moon escapó justo antes de la última explosión. A su espalda vio la sede de Amor, todo por lo que tanto había trabajado, enterrada para siempre bajo los escombros. Me alegré de no estar allí para verlo.

Por segunda vez ese día, salí jadeando al exterior. Los combates habían terminado. Policía, médicos y otros entrometidos profesionales discutían acerca de qué hacer con ese desastre, y con los cadáveres. Incluso la prensa había llegado para husmear.

Al ver toda esta conmoción, sentí una repentina y renovada esperanza. Pensé que aún podría escapar y escabullirme entre la confusión. No tuve esa suerte. Sentí un revólver presionando mi nuca.

—El Sonámbulo ha muerto.

—¿Edward? —pregunté con voz débil.

Me giró y apuntó el arma a mi frente.

—El Sonámbulo ha muerto —repitió con voz fría y uniforme. Me pregunté de qué modo podría disculparme sin parecer falso.

—Lo siento —dije por fin, y me encogí de hombros—. Pensaba que era indestructible.

Dudo que alguno de ustedes lo hubiera hecho mejor, dadas las circunstancias.

Moon presionó el arma con fuerza contra mi cabeza y pareció a punto de apretar el gatillo cuando le interrumpió una voz familiar.

—Usted debe de ser Edward Moon.

—¿Qué quiere? —replicó Moon.

—Me llamo Thomas Cribb. —Me di cuenta de que Cribb estaba detrás de mí, frente al detective—. Le estrecharía la mano, pero veo que las tiene ocupadas.

—¿Qué?

—Está a punto de cometer un gran error.

—Pensaba que se había unido a Amor.

—¿Yo? Bueno, quizá lo haga. Pero eso ocurrirá mañana.

—Deme un buen motivo para no dispararle.

—Tan solo este. —Cribb sonrió—. No lo hará. He visto el futuro, y el reverendo, aquí presente, se pudre en una celda.

Por el rabillo del ojo pude ver a varios policías y al inspector acercándose. Se detuvieron para ver como terminaba todo. Supongo que no tengo derecho a enojarme, pero se me ocurre que era su deber salvarme, no hacerse a un lado y quedarse mirando mientras me asesinaban.

—¿Morirá? —preguntó Moon, con, debo decirlo, innecesaria sed de sangre—. ¿Será ejecutado?

Cribb hizo una mueca.

—No le colgarán.

—Entonces, ¿no habrá justicia?

—Puedo prometerle algo: recibirá el castigo que merece. Sufrirá. Por favor, baje el arma.

Por un instante, Moon dio la impresión de querer seguir adelante.

—Por favor —dijo de nuevo Cribb. Moon pareció ceder, y comenzó a retirar el arma. Pero en el último momento, la apuntó de nuevo a mi rostro.

—¡No! —gritó Cribb.

Moon, distraído por el sonido, apretó el gatillo demasiado pronto. La bala me erró (aunque me pareció que rozó mi mejilla) y terminó acertando al señor Cribb. No debió de ser una herida demasiado grave, pero así y todo cayó al suelo, gimiendo como un jugador de fútbol que busca simpatía, sosteniendo su mano izquierda y murmurando entre dientes.

La policía apareció por fin (no exactamente a tiempo) y me pusieron bruscamente en pie. Me retuvieron con esposas que fueron colocadas con escasa o ninguna consideración en cuanto a la presión ejercida, y me alejaron de allí. Moon no dijo nada.

Mientras caminaba, sin embargo, le oí gritarle a alguien. A Cribb, quizás, aunque siempre he tenido la impresión de que se dirigía a alguien completamente distinto.

—El Sonámbulo ha muerto —gritó, y después, en voz más baja—: El Sonámbulo ha muerto.

Capítulo 20

Sucede cada mañana, bajo tierra. Es muy posible que lo hayan presenciado alguna vez.

En la hora punta, mientras viajeros de aspecto agobiado se bajan de los trenes a empujones en la estación de Monument, vestidos con traje oscuro y bombín, listos para entregarse a la maquinaria despiadada de un nuevo día de trabajo, son testigos de un fenómeno extraordinario.

La mierda. Hay mañanas en que su sofocante hedor es casi intolerable. Sé de buena tinta que muchas narices se arrugan ante el olor, que muchas copias de *The Times* se convierten en abanicos improvisados, que muchos pañuelos se colocan discretamente sobre los rostros de sus dueños. Tan acostumbrados están estos viajeros a las vías ferroviarias chirriantes y destartadas, sin embargo, que no hacen comentario alguno ante humillación semejante, sino que aprietan los dientes, se tragan su orgullo y continúan su viaje estoicamente. No tengo la menor idea de por qué ocurre esto, aunque imagino que debe de tener algo que ver con la desafortunada proximidad de los túneles a las cloacas.

Creo que esto es significativo. Se me ocurre que Londres revela en esos momentos su verdadero carácter, que muestra el esqueleto que oculta su piel, su verdadera naturaleza cloacal. Es una especie de advertencia, creo, y también una reprimenda.

¡Qué distinto podría haber sido todo si hubiéramos tenido éxito! Ahora mismo estarían creciendo amapolas y margaritas allí donde se alzan los bancos y los despachos. El Londres corrupto habría desaparecido, y en su lugar florecería y prosperaría el estado pantisocrático. ¿Un sueño, una fantasía de un niño? Quizá.

Dos horas y media después del abrasador apretón de manos de Hawker que le dejó inconsciente, el señor Dedlock abrió los ojos y se puso en pie, mareado. Por fortuna, había despertado de su estupor sin sufrir ningún efecto negativo, salvo por un dolor de cabeza palpitante y leve que no era peor que los que había sufrido otras veces tras una noche de excesos.

A su alrededor, los fuegos habían sido extinguidos, los muertos empezaban a ser retirados y los heridos estaban siendo atendidos; el desastre, en resumen, empezaba a limpiarse. En unas horas el campo de batalla sería restaurado a su estado habitual, y los ciudadanos tratarían de fingir que nada había ocurrido allí. Era como si los supervivientes de Hastings se hubieran limitado a limpiar los escombros, reunir los cadáveres y esperar que todo volviera a la normalidad de nuevo mañana. Era un comportamiento propio de niños; Londres había estado a punto de ser salvada, y sus habitantes reaccionaban como críos asustados de la oscuridad, cerrando con fuerza los ojos y rogando que se marchara. La Iglesia del Reino Estival les había ofrecido la

salvación, pero ellos estaban satisfechos de vivir como siempre lo habían hecho, rodeados de injusticia, ignorancia y pecado.

Dedlock, claro está, no pensó en nada de esto mientras miraba con gesto de aprobación en torno a sí. No, estaba sencillamente aliviado de que el incidente hubiera llegado a su fin, y de haber sobrevivido indemne. Con cierta timidez, se aclaró la garganta, se acercó al grupo más próximo de policías y comenzó a gritar órdenes.

Pero Dedlock había cambiado. No fue hasta horas después, cuando regresó a casa y se desvistió para acostarse, cuando se le ocurrió mirarse en el espejo y vio por primera vez exactamente lo que los Monitores le habían hecho, la sutileza de su regalo.

Las cicatrices de su torso habían desaparecido, y con ellas las marcas de su rostro, esos surcos blancos como la leche que habían entrecruzado en otro tiempo su cuerpo. Todas habían desaparecido, borradas tan fácilmente como el Sonámbulo borraría las marcas de tiza de su pizarra. Dedlock se miró el pecho, suave e inmaculado, y sintió un profundo desagrado ante la visión, ahora tan común, tan insoportablemente cotidiana y mediocre.

Le faltó de repente el aliento. Se quitó apresuradamente la última prenda, se echó en la cama e hizo algo que no había hecho en casi veinte años.

Por la mañana, cuando llamó al Club de Supervivientes para presentar su renuncia, sus ojos estaban aún hinchados y enrojecidos por el llanto.

Los Monitores sabían exactamente lo que estaban haciendo. Pero, comparado con el albino, Dedlock fue afortunado.

No estoy seguro del mejor modo de contarles lo que le ocurrió al señor Skimpole. ¿Por dónde comenzar? ¿En qué punto de esa muerte prolongada y humillante? ¿El largo y agónico regreso a Wimbledon? ¿El momento en que le echaron del carruaje tras vomitar una pegajosa sustancia roja en el asiento? ¿Cuando contempló el resultado y se preguntó, casi con cierta indiferencia, si parte de esa baba repugnante no sería un pedazo de su intestino?

No. Pasaré por alto todo eso y comenzaré, creo, con el momento en que regresaba a casa y luchaba con la llave y el cerrojo por última vez mientras el aullido de dolor de su cabeza bloqueaba incluso el sonoro jolgorio de sus vecinos. Para recuperar el equilibrio, se apoyó en la puerta principal por un instante, y después se dirigió tambaleándose al interior de la casa mientras pronunciaba con voz áspera el nombre de su hijo.

Por supuesto, no hubo respuesta, y Skimpole se apresuró a buscarle, decidido a estar con su único hijo cuando la muerte le reclamara. Apestando a vómito y sangrando por al menos una docena de lugares distintos, llegó a la cocina, llamando a su hijo a gritos.

Entonces le vio. O mejor dicho, vio lo que quedaba de él.

Hasta a mí (que no soy en absoluto aprensivo) me cuesta describir la escena. Sin duda ya se habrán hecho una idea, habrán llegado a adivinar la naturaleza del pago exigido por los Monitores.

El hijo de Skimpole yacía boca arriba en el suelo, pálido y húmedo, con un lastimoso gesto de terror en el rostro. Su piel y ropas estaban manchadas de carmesí, y todos los huesos de su cuerpo estaban rotos. Había sido golpeado hasta morir con sus dos muletas.

Skimpole se preguntó si se habrían turnado.

Demasiado débil para expresar su rabia y pena, y demasiado cansado para gritar, el albino cayó de rodillas y se derrumbó sobre el cuerpo destrozado de su hijo. Con un último esfuerzo, sostuvo la mano del cadáver (aún humedecida en sangre), la apretó con fuerza y esperó pacientemente el final.

En cuanto a los asesinos, ningún policía les atraparé, y ningún tribunal les juzgará por sus innumerables crímenes.

Después de que desaparecieran, se organizó desganadamente una partida de búsqueda, pero no obtuvo ningún resultado, y el asunto fue olvidado rápidamente. Para ser franco, dudo que alguien quisiera encontrarles.

Por lo que sé, los Monitores aparecieron otras dos veces desde entonces, aunque no dudo que figuran en muchos otros relatos que me son desconocidos, que se ocultan en narraciones, algunas muy antiguas, otras que aún no han sido contadas, otras acaso incluso más extrañas que esta.

Hace doce años, los testigos de una atrocidad cometida bajo el auspicio del nuevo Gobierno ruso aseguraron haber visto a dos hombres extrañamente vestidos como colegiales ingleses participar activamente en la masacre. Nadie les creyó, naturalmente, pero los que estuvimos bajo el monumento ese día reconocimos al instante el toque personal de Hawker y Boon.

Han reaparecido recientemente; algo relacionado con un baño de sangre en Nueva Zelanda. Leí un artículo en el periódico acerca del incidente, ilustrado con una fotografía borrosa tomada inmediatamente después de los hechos. Es probable que tan solo fuera mi imaginación, pero hubiera jurado que vi a Hawker en un extremo de la imagen. La fotografía no era demasiado clara, pero me pareció que sonreía satisfecho de su obra, de la destrucción que le rodeaba. Por desgracia, soy incapaz de verificar este dato, ya que me arrebataron el periódico menos de una hora después. Aquí son muy estrictos en cuanto a las lecturas.

No es necesario decir que, a pesar de los años que habían pasado desde la batalla en la estación de la calle King William, el Hawker de la fotografía no había envejecido ni un solo día. Era como si hubiese quedado congelado en el tiempo, inalterado, como una mosca atrapada en ámbar.

Si alguna vez tienen la desgracia de cruzarse con estas criaturas, no hace falta que

les diga que deben alejarse corriendo (no caminando) de ellos, taparse los oídos para no escuchar sus mentiras y huir para salvar la vida.

El destino me reservaba algo distinto a la pintoresca muerte del señor Skimpole. He sufrido una ejecución más prolongada y, en cierto sentido, mucho más truculenta. En cierto momento se habló de la horca por traición (creo que el inspector Merryweather fue especialmente enérgico a este respecto), pero fui capaz de burlar a mis captores con un notable esfuerzo. Tras una actuación algo degradante por mi parte, me trajeron aquí, a un santuario en el que la supuesta condición mental de sus ocupantes me coloca más allá del alcance de las tendencias más sanguinarias del Estado.

En lugares como este resulta especialmente difícil juzgar el paso del tiempo, y la alternancia entre día y noche resulta casi imposible de delimitar salvo por el racionamiento irregular de comida y bebida. Cuando llegué aquí me encerraron en soledad durante... ¿cuánto tiempo? ¿Días? ¿Semanas? Ni siquiera ahora puedo estar del todo seguro.

El hecho de que fuera capaz de tolerar un encarcelamiento tan solitario sin perder la cabeza por la tensión es prueba de mi tremenda resistencia. En realidad, cuando mi confinamiento terminó me convertí en una persona más fuerte, aunque, lo admito, algo solitaria. Soy una criatura sociable, y me di cuenta de que había añorado la calidez del compañerismo y la camaradería, el sonido de voces distintas de la mía. Por tanto, se me permitió, bajo estrictas condiciones, recibir visitas.

Confieso que me sorprendió que viniera a verme.

—Thomas Cribb —dijo, y extendió la mano izquierda (sin vendar, con cinco dedos). Uno de los guardas nos observaba malhumorado con sus gruesos brazos cruzados desde el otro extremo de la sala.

—Ya nos conocemos —dije.

Algo parecido a una sonrisa se asomó a su rostro.

—Eso tengo entendido.

Nunca antes había tenido oportunidad de contemplarle tan de cerca, y no puedo evitar hacer mención de su sorprendente fealdad y su repulsivo rostro.

—¿Qué quiere? —pregunté.

—Quiero hacerle una promesa.

Me di cuenta de que había traído un periódico consigo, y pude leer parte del titular en portada. Era un informe, parece, de recientes sucesos que tuvieron lugar a la sombra del monumento. Vi mi propio nombre, y debajo, una insultante caricatura de mi rostro.

Cribb se inclinó hacia mí por encima de la mesa. A este gesto, el guarda echó la mano instintivamente a la porra que llevaba atada al cinto. Cribb me miró con ojos penetrantes.

—No quiero ver mi ciudad amenazada —dijo.

—¿Su ciudad?

—Le prometo que haré todo lo que esté en mi mano por detenerle. Ayudaré a...

—Miró el periódico como si quisiera confirmar algún pequeño detalle—. A Edward Moon. Le enseñaré cómo detenerle.

Bostecé.

—Lo siento. No le sigo.

—Le guiaré. Le utilizaré para asegurarme de que usted no tenga éxito.

Sonreí al guarda.

—Quizá debería estar aquí dentro con nosotros —bromeé, y el hombre sonrió en respuesta, lo que me agradó.

Me llevo bien con mis carceleros. Creo que me han cogido cariño, y sospecho que muchos de ellos (aunque no lo admitirían nunca) creen que yo no debería estar en este lugar.

Mi visitante se puso en pie.

—Por cierto —dijo—, la historia no le recordará.

Preferí no replicar a esta última pulla infantil, y Thomas Cribb se marchó en silencio.

Quizá, retrospectivamente, debería haber dicho algo más, hacer que siguiera hablando, averiguar algo más sobre sus afirmaciones. No volví a verle nunca más.

Francamente, no lo considero una gran pérdida. Había algo en él que nunca me gustó.

Pasó una semana antes de que recibiera mi segunda visita (digo una semana, pero, claro está, podría haber sido perfectamente una quincena o un mes). Les parecerá extraño, y en ese momento no niego que me sorprendió, pero incluso después de todo lo que había hecho, parte de mí se alegró de verle.

—Edward —dije, y sonreí.

Para tratarse de un hombre que había sufrido tanto, tenía buen aspecto. Parecía algo envejecido, quizá, más canoso. Había perdido parte de su arrogancia. Su vanidad y su orgullosa confianza en sí mismo habían sufrido una mutilación que me resultó muy satisfactoria. Me pareció toda una mejora.

Permanecimos en silencio por unos instantes.

—¿Por qué ha venido? —dije por fin.

—Necesito preguntarle algo.

—Lo que sea —dije, quizá con excesivo énfasis.

—Necesito saber por qué.

Para mi sorpresa (y sospecho que también para la suya), sus visitas se convirtieron en una costumbre.

Me gusta pensar que ambos salimos ganando de los encuentros. Hice lo posible por que comprendiera lo que había tratado de conseguir (aunque, claro está, nunca fui

capaz de convertirle), y él me traía noticias del mundo exterior y me contaba lo que ocurrió después de que se me llevaran encadenado. Entre los dos fuimos capaces de tejer la secuencia de eventos de lo sucedido, una narración exhaustiva de todo lo ocurrido en los meses que precedieron a la batalla en la estación de la calle King William.

El cuerpo del Sonámbulo aún no había sido encontrado. Edward cree que aún vive, que duerme en algún lugar bajo la superficie, esperando, como Arthur, el momento en que la ciudad le necesite, pero esta creencia suya nace de una profunda tristeza. Quizá les interese saber que la última vez que le vi, Moon había comenzado a sostener opiniones francamente excéntricas en cuanto a la identidad de su amigo. Me enseñó una postal que mostraba las dos grandes estatuas que guardan la entrada de Guildhall, Gog y Magog, como les identificó correctamente Cribb, y juró que podía reconocer al Sonámbulo en sus rasgos de piedra. Personalmente, nunca llegué a ver el parecido.

Moon le declaró muerto públicamente. Incluso se celebró un funeral, aunque no hubo muchos asistentes, y yo no fui invitado. El inspector estaba allí, junto con Charlotte, la señora Grossmith, unos cuantos admiradores y otros que pasaban por allí. Utilizaron un ataúd vado (construido con medidas anormalmente grandes, como si el gigante realmente lo ocupara), y le enterraron, irónicamente, en el cementerio de Highgate, a escasos metros de otro féretro famoso e igualmente vacío.

Pero Moon también me comunicó buenas noticias. La Iglesia del Reino Estival no ha desaparecido. La luz de la pantisocracia aún no ha sido extinguida. Hace algún tiempo, un pequeño grupo de fieles (seis hombres y seis mujeres) cruzaron el Atlántico con la intención de fundar una comunidad en las orillas del Susquehanna, tal y como había planeado el viejo. Tienen mi bendición y mis oraciones, o las tendrían si las hubieran solicitado. Quizá hayan leído en la prensa populista que esos peregrinos me han repudiado a mí y a mis métodos, lo cual resulta comprensible, claro está, dadas las circunstancias, pero mentiría si dijera que esa deslealtad no me duele.

Edward no comparte mis sentimientos. Cree que la aventura es una locura, que solo puede terminar en desastre. Y tiene buenos motivos para ello, motivos personales, pues fue su hermana, mi querida Charlotte, antes Amor 999, quien orquestó la expedición.

Edward siempre creyó que la conversión de su hermana a mi causa fue solo temporal, una aberración provocada por las inusualmente persuasivas técnicas de reclutamiento de Amor. En realidad, la transformación fue permanente e irreversible. Sigue siendo mi más leal convertida. Resulta bastante curioso, creo, el modo en que, a veces, los peores escépticos y los cínicos más amargos resultan ser los más fervorosos.

Pero Edward tiene otros motivos para estar inquieto por la deserción de su hermana. Se ha llevado a la pobre señora Grossmith con ella. Sin esposo, y ante la

evidencia de la turbadora duplicidad de su prometido, el ama de llaves decidió unirse a los nuevos pantisocráticos. Me pregunto de qué les servirá, dado que ha dejado atrás ya la edad para engendrar hijos, y no será muy útil ni como poeta ni como granjera. Quizá pueda organizar los trabajos de cocina u ocuparse de algunas tareas de limpieza.

Para mí resulta una fuente de preocupación no haber tenido noticias de los pantisocráticos desde su marcha. He leído con detenimiento los periódicos sin resultado alguno, he rogado a guardas y médicos que me transmitan cualquier rumor que hayan podido oír en el mundo exterior, pero parecen haber desaparecido. Es una pena. Me hubiera gustado saber cómo terminó todo.

La última vez que vi a Edward Moon, acababa de despedirse de ellos; esa misma mañana les había visto zarpar de los muelles. Le pregunté si Charlotte me había mencionado, y me aseguró que no lo había hecho. Algo en sus ademanes, sin embargo, junto con la sospechosa velocidad de su respuesta, me convenció de que estaba mintiendo. Solo admitió que hubo nuevas lágrimas y recriminaciones cuando se despidieron. Fue, tengo entendido, el último adiós.

Moon me dijo que quería viajar. Un cierto respeto había surgido entre nosotros en los meses que habíamos estado charlando, y fuimos capaces de despedirnos educadamente y estrechar manos casi amigablemente. Le dije que planeaba escribir un relato completo de lo que había ocurrido, a lo que replicó que debería hacer lo que mejor me pareciera.

Lo último que supe es que había ido a África, continente que recorrió exhaustivamente, y que llegó a establecer un vínculo con una tribu de indígenas. Hasta donde yo sé, sigue allí. Ahora me vienen a la mente unos versos del poeta:

Y nunca más se supo de él, pero se supone
que se quedó a vivir y murió entre los salvajes.

Tengo mucho tiempo libre. Mis anfitriones siguen siendo generosos, y disfruto de luz y espacio para escribir, así como de una ilimitada cantidad de folios y un solitario lápiz. No dispongo de pluma, por desgracia. A menudo he solicitado tintero y pluma, pero en este lugar existen reglas muy estrictas respecto a los objetos afilados. Mis carceleros no me desaniman, aunque al término de cada día me lo quitan todo para tenerlo bajo llave. Estoy seguro de que mis habilidades como narrador han mejorado a lo largo del relato, y me preocupa que los primeros capítulos parezcan casi la obra de un aficionado comparados con los últimos. A menudo me he preguntado si me permitirían disponer del manuscrito en su totalidad, aunque fuera durante una o dos horas, para que pudiera hacer algunas revisiones y clarificaciones de las que la obra solo puede beneficiarse. Hasta la fecha, han denegado todas mis peticiones.

Sin duda estarán de acuerdo, dada la fría objetividad con la que he relatado esta

historia, en que no soy un hombre dado a los excesos de la imaginación.

Sin embargo, últimamente turba mi tranquilidad un sueño recurrente. No es un sueño típico, no es un revoltijo fragmentario de recuerdos desenterrados y rostros medio olvidados, ni un caleidoscopio absurdo de yuxtaposiciones e incongruencias imposibles. Tampoco se emborronan sus detalles con la llegada de la mañana, sino que permanece en mi mente mucho tiempo después de haber despertado, y adquiere tal permanencia y solidez que me pregunto si lo que he visto no será, en cierto sentido, más que una fantasía del sueño, sino un pedazo de realidad. De verdad.

Siempre es igual. Comienza en las profundidades de un bosque iluminado bajo las copas de los árboles coloreados de un verde musgoso. Extraños pájaros cantan sobre las ramas, y pequeñas criaturas se estremecen bajo tierra, invisibles. Veo a doce personas, seis hombres y seis mujeres, caminando por el bosque. A menudo tienen que abrirse paso entre las ramas y el follaje, pero, con una sorprendente habilidad, se las ingenian en todo momento para caminar en parejas, en formación, como colegiales de visita al zoo. A algunos les reconozco: el señor Speight, la señora Grossmith, Mina, la prostituta barbuda. Mi querida Charlotte también está con ellos, radiante incluso cuando se pelea, sudorosa, con raíces de árboles y ramas recalcitrantes, y la belleza del escenario complementa y aumenta la suya propia.

Lidera el grupo un hombre que al principio no reconozco. Es totalmente calvo, y su cráneo reluce por el sudor mientras guía a los otros a través del bosque. Perplejo, contemplo su avance por unos instantes hasta que por fin comprendo. Aunque he tenido este sueño docenas de veces antes, en cada ocasión me sorprende esta revelación. Es el Sonámbulo, desprovisto por fin de sus patillas y peluca falsas, de los engaños de su vida con Moon. Su piel es pálida y, como siempre, no dice nada.

Al cabo de un rato, el grupo llega al límite del bosque, a un pequeño promontorio elevado unos metros sobre el suelo. Miran abajo y ven a sus pies el gran Susquehanna, cuyo caudal espeso y azul serpentea por el paisaje rodeado a ambos lados de un profuso y exuberante verdor. No hay nadie en las orillas del río, las fértiles orillas de la pantisocracia.

El Sonámbulo contempla este pedazo del edén y sonrío. Entonces abre la boca y, para mi eterna sorpresa y alegría, habla. Su voz es completamente distinta de lo que había esperado.

—Bien —dice—. ¿Por dónde empezamos?

Fin